

Super Star

PATRICIA SUTHERLAND

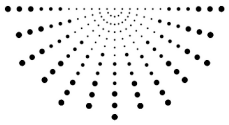
AUTORA DE LA SERIE SINTONÍAS

SUPERSTAR

PARTE 1

SERIE LUCES DE NEÓN

LIBRO UNO



PATRICIA SUTHERLAND

JERA Romance

Título original: *Superstar*. Parte 1.
© 2024 Patricia Sutherland.

Diseño cubierta/fotomontaje: Patricia Sutherland
Imagen cubierta: 22742932 © Val Armstrong | Dreamstime

Ediciones Jera
Colección Jera Romance
JR17 - *Superstar*. Parte 1.
Serie Luces de Neón # 1
Romance contemporáneo
Nivel de erotismo: ♥ (Suave)

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Los personajes y sucesos relatados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

A mis padres.
Siempre serán la luz que alumbra mi camino.

A mis queridísimas lectoras «Beta».
Por su permanente disposición e interés
y por ayudarme a hacerlo un poquito mejor cada día.

A todas mis lectoras.
Por acompañarme en esta apasionante aventura ❤

RESUMEN

Una ferviente activista humanitaria y un carismático ícono de la música country se encuentran en un cruce inesperado de destinos…

Chris Thompson, reconocida internacionalmente por su trabajo humanitario, regresa a Toronto tras años en África, enfrentando un aterrizaje forzado por circunstancias personales.

Ken Bryan, una estrella de la música que ha conquistado a millones de fans con su talento y carisma, vuelve a Nashville decidido a relanzar su carrera musical, tras dos años luchando contra sus propios demonios.

A pesar de sus mundos dispares, el destino los une en un encuentro fortuito. Mientras Chris lucha por equilibrar su compromiso con su hermana y su carrera, y Ken se enfrenta a los desafíos de la fama, ambos se ven atrapados por una profunda e inexplicable conexión que desafía sus percepciones del amor y la vida.

¿Conseguirá esa conexión mantener unidas a dos personas cuyas vidas discurren por caminos tan distintos? ¿O las diferencias pesarán más y los separarán para siempre?

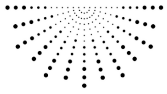
Superstar es una cautivadora historia sobre el poder del amor para trascender las barreras sociales y personales en la que dos opuestos aparentemente irreconciliables descubren que, en el caos del mundo, a veces el destino tiene sus propios planes.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Epílogo

Nota de la autora
Sobre la autora
Otras Obras de Patricia Sutherland

CAPÍTULO UNO



Principios de julio de 2002.
Times Square, Nueva York.

Chris Thompson atravesó el hall con el paso más ágil que le permitía su rodilla derecha y se dirigió a los lavabos próximos a la recepción del hotel. Ni siquiera consideró la posibilidad de usar el de su habitación —intuía que no llegaría a tiempo— y se dispuso a recorrer un camino semejante al que ya había recorrido otras tres veces en las últimas dos horas. Aquel moderno hotel especializado en convenciones, próximo a Times Square, era un hervidero de personas debido al número de actividades que estaban teniendo lugar simultáneamente en tres de las cinco salas tipo auditorio de que disponía. Una de dichas actividades arrastraba un auténtico ejército de mujeres de entre veinte y cuarenta años y, por lo que había oído, era la reunión semestral de una organización de venta piramidal dedicada a cosmética femenina. Por lo visto, su producto estrella era una crema que hacía maravillas con las arrugas. A ella no le sonaban de nada. En el lugar de donde venía, las mujeres tenían otro tipo de preocupaciones. Como, por ejemplo, conseguir que sus hijos no murieran de inanición antes de alcanzar los dos años de vida.

En todo el hotel se respiraba un aire cargado, pero Chris era consciente de que su malestar no estaba relacionado con otra cosa que el jet lag. Claro que su lado irónico no estaría muy de acuerdo con eso; seguro que se estaba preguntando si aquel era el nuevo nombre que se le daba al «vértigo ante el futuro»… Pero en aquel preciso momento, la única cuestión importante era llegar al baño a tiempo.

De primeras, le extrañó que no hubiera un remolino de gente esperando, como había sucedido en los otros lavabos que había visitado en sus tres incursiones de emergencia. Pero la sola visión del cartel indicando la dirección hacia los baños, con su promesa de un pronto alivio, agudizó los síntomas; algo subía por el interior de su estómago a gran velocidad y ascendía a través del esófago, imparable.

Tan imparable que Chris no lo pensó dos veces, empujó la primera puerta que halló y se metió en el retrete que estaba más próximo a la entrada. No bloqueó la puerta. Tampoco la cerró del todo. No se atrevió. A pesar de que el sitio era bastante espacioso, se sentía tan mal que le

faltaba el aire.

Un sudor helado le cubrió la frente y el dolor en la boca del estómago se hizo más intenso; sin embargo, la necesidad de arrojar disminuyó momentáneamente. Como conocía sus propios procesos fisiológicos supo que tendría que tomárselo con calma; mantenerse de pie —era lo más conveniente en caso de emergencia—, recostar la espalda contra la pared para descargar parte del peso de su rodilla lesionada y buscar una postura lo más cómoda posible, ya que la espera sería larga.

Inspiró hondo y con aquel leve alivio, su lado optimista encontró una razón para alegrarse. La conferencia había acabado y gracias a que los organizadores de la convención sabían de los dos días de viaje transatlántico que llevaba a sus espaldas, le habían dado a entender que nadie lo tomaría a mal si decidía no asistir al cóctel previsto para las 20 horas. Por supuesto, asistiría. Era su trabajo. Pero tenía dos horas largas por delante, de modo que podía tomar un reparador baño de espuma e, incluso, dar una cabezadita. Con el nivel de agotamiento que sentía no se le ocurría un plan mejor

En realidad, sí que se le ocurría uno mejor; que el accidente que había puesto su existencia del revés no hubiera ocurrido. Que su hermana no hubiera tenido que vivirlo tan de cerca y tomar conciencia de que en aquella parte olvidada del mundo donde estaban, la vida era mucho más dura, mucho más real. Que no le hubiera hecho prometerle, envuelta en lágrimas, que regresarían a casa, al mundo civilizado, a vivir como las personas normales…

Súbitamente, el malestar empeoró. Chris se irguió, inspiró y expiró varias veces. La sensación de estar helada, así como los sudores fríos y el dolor de estómago, habían regresado con fuerza.

En aquel momento, con diferencia de milésimas de segundo, se oyó un portazo y alguien la embistió, chocando literalmente contra ella. Una voz masculina exclamó «¡Mierda! ¡Lo siento!», la puerta se cerró con un estruendo y la inercia se ocupó de hacer el resto.

Chris manoteó el aire en busca de algo a lo que asirse para evitar la caída, pero fue en vano. Acabó parcialmente desmadejada sobre el inodoro. La tapa estaba levantada y tuvo que dar gracias de que su trasero fuera lo bastante grande para no caber por el agujero, pero el alivio de no dar con sus huesos en el suelo, quedó enseguida sepultado por el dolor de su rodilla que chilló mucho más fuerte que el de su estómago, tan intenso que todo empezó a dar vueltas a su alrededor a velocidad vertiginosa.

Un estallido de gritos y pasos a la carrera interrumpió el silencio sepulcral del baño. Eran voces femeninas, parecían jóvenes y muy exaltadas. Gritaban, aporreaban las puertas, hablaban entre ellas a gritos.

Alguien se puso a golpear la puerta de su baño con violencia. Intentaron abrirla, pero, por lo visto, el desconocido había echado el pestillo. ¿Eso había sido una patada? El pensamiento atravesó raudo la mente de Chris, pero no se quedó a esperar una respuesta.

—¡Eh, ¿a qué viene tanto ruido?! ¡Si la puerta está cerrada, será que el baño está ocupado! —reaccionó. Entre lo indispuesta que se sentía y lo que acababa de suceder, no necesitaba esforzarse mucho para echarlas de malos modos. Fueran quienes fueran. Ya se ocuparía más tarde del causante de hacerle ver las estrellas de dolor.

Vio que el hombre con quien compartía retrete unía sus manos en un gesto de agradecimiento. En aquel momento, entre el griterío y, a pesar de que su malestar crecía por segundos, Chris pudo oír dos frases con claridad:

«¡Que te digo que no está aquí!», «¿dónde se habrá metido?»

Y después otra:

«¡Chicas, chicas… que está en la cafetería! ¡Vamos!».

Igual que habían llegado, de pronto, desaparecieron y el recinto recobró el silencio. Chris volvió a mirar al hombre que estaba frente a ella. Vio que entreabría la puerta con mucho sigilo y tras mirar fuera durante unos segundos, soltaba un suspiro:

—Se han ido…

Entonces, la puerta exterior del baño volvió a abrirse.

—¿Está bien, señor? —oyó que alguien preguntaba.

—Sí, sí, muchas gracias…

—Bien. Denos cinco minutos y ya podrá salir. Mis compañeros se están ocupando de abrirle un camino seguro, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Y gracias de nuevo.

Chris oyó que la puerta exterior volvía a cerrarse y vio que su compañero de retrete se volvía hacia ella, ofreciéndole su mano para ayudarla a incorporarse.

—Lo siento mucho… —le dijo—. Pero la puerta estaba abierta, no imaginé que estaría ocupado… Y, la verdad, tampoco esperaba encontrar a una mujer aquí…

Ella apartó con suavidad la mano que él le ofrecía y permaneció sentada sobre el inodoro un poco más. Las náuseas habían regresado. Respiró hondo y recién entonces, cayó en la cuenta de lo que acababa de oír.

—¿Y qué esperaba encontrar aquí?

—¿Un hombre, quizás? —repuso él con un punto de humor—. Es el lavabo de caballeros, así que… Sí, encontrar a otro tío aquí habría sido de lo más normal.

Ag. Mierda. ¿Me he equivocado de puerta?

Él no le dio tiempo a decir nada.

—No se preocupe. Los letreros son tan modernos que confunden… Bueno, como casi todo en este hotel, por lo que he visto… Además, cuando hay prisa… Disculpe que haya entrado así…

—Así, ¿cómo? ¿Como una horda de compradoras compulsivas el primer día de las rebajas, *quizás*? *No se preocupe* —repuso ella, imitándolo, solo que en su voz no había ni una pizca de humor. No estaba para bromas. De hecho, un instante después se llevó una mano al estómago en un intento de aliviar las ganas de vomitar—. Pero ahora, si no le importa, creo que lo mejor es que salga de mi baño y me deje sola. Su compañía puede resultar bastante peligrosa…

Él sonrió cuando la imagen de sí mismo con una etiqueta de precio sobre un estante de *Sears* apareció en su mente, pero al notar que la mujer se acariciaba el estómago y que su rostro se había vuelto blanco como una hoja de papel…

—Oiga… ¿se encuentra bien?

Chris negó con la cabeza. Tenía intención de repetirle que se marchara y la dejara a solas, pero tras sentir que un enorme vacío se adueñaba de su estómago, todo el malestar de las últimas horas salió despedido por su boca para acabar chocando contra el suelo… Y, cómo no, salpicando unos pantalones de cuero que antes eran negros y ahora…

¿Qué más iba a pasarle aquel día? Por Dios… No podía imaginar un broche más bochornoso a aquel momento delirante… Chris alzó la vista despacio. ¿Qué se le decía al damnificado en tales circunstancias?

Ay, por favor… ¡Tierra, trágame!

Pero cuando, finalmente, reunió el valor de mirarlo, vio que él sonreía con un gesto de total incredulidad.

—¿Estás segura de que la compañía peligrosa es la mía? Casi estoy por salir ahí fuera, ponerme en mitad de la recepción y gritar a todo pulmón «¡estoy aquí!, ¡venid a por mí!»… Espero que no te importe la confianza que me estoy tomando… Pero después de esto, me resultaría imposible un trato formal…

A Chris no le importaba. De hecho, no le extrañaba en absoluto. Ahora que el malestar se había ido y el bochorno la estaba haciendo sudar como si estuviera en una sauna en vez de en un baño, podía ver el lado hilarante de la situación. Lo que unido a él, a su risa fácil y a sus comentarios desenfadados, hizo aflorar primero una sonrisa, seguida de un conato de carcajada, que intentó silenciar con bastante éxito tapándose la boca.

—Acabas de enviar al carajo todo mi glamour —sentenció él.

—Pues anda que el mío —apostilló ella.

—Supongo que ahora puedo decir que estamos en paz. Yo casi te hago caer… ¡y tú me has puesto perdido! Bueno, y sin casi. Menos mal que tenías el inodoro detrás, que si no…

Para entonces los dos reían.

Pero por mejor que le estuvieran sentando las risas a cuenta de su desafortunado incidente estomacal, tenía que marcharse. ¿Dónde estaba el bastón?

Fue en aquel momento cuando él vio lo que ella buscaba con la mirada, caído en el suelo junto al váter. Se agachó a recogerlo y se lo ofreció.

—Gracias —dijo ella. Apoyó parcialmente el peso del cuerpo sobre el bastón para ponerse de pie. Enseguida, notó su incomodidad. Era la misma que manifestaba todo el mundo ante la presencia de alguien joven con un bastón. No sabían si ofrecerse a ayudarte o dejarte que te apañaras por ti misma para que no pensaras que se compadecían de ti. Decidió hacer lo que hacía siempre: cortarla de raíz con una broma—. ¿A que no conocías a ninguna chica con tres piernas? Igual te traigo suerte, como los tréboles…

Chris no esperó respuesta, evitando la zona catastrófica, pasó a su lado, forzando de forma tácita que él se apartara. Se dirigió a la primera pileta de la hilera de tres que había al fondo, en la pared opuesta a la entrada. Abrió el grifo y, usando la palma de la mano a modo de cuenco, se enjuagó la boca. Luego, bebió un poco.

Él esbozó una sonrisa incómoda que ella no vio, y siguió con la mirada todos sus movimientos. En parte, lo hizo por curiosidad. Menuda manera de conocerse… Además, le intrigaba conocer a una mujer tan joven que necesitara la ayuda de un bastón para poder andar. ¿Cuántos años tenía? ¿25? Siendo muy generoso. Seguro que si se soltaba el pelo, que llevaba recogido en un moño a la altura de la nuca, no le servirían alcohol en los bares a menos que mostrara el carné de identidad. Su cojera era evidente, pero le llamó la atención que anduviera con tanta agilidad. A lo mejor era la típica lesión reciente, esquiando o patinando… Pero si llevaba vendajes compresivos, no estaban a la vista porque la falda acababa donde empezaban sus botas cortas. En realidad, había muy poco a la vista. Vestía de dénim, una falda recta larga y una chaqueta a juego. Debajo llevaba una blusa blanca. Bien podía tener una pierna ortopédica que él no lo notaría… Se estaba preguntando qué le habría sucedido cuando ella volvió a hablar.

—Creo que deberías limpiarte esas manchas antes de que se sequen. —Chris extendió el brazo para darle un pañuelo de papel del que caían algunas gotitas de agua—. Me ofrecería a ayudarte, pero tendría que arrodillarme frente a ti y… Bueno, ya me entiendes —añadió con picardía.

Vio que en un primer momento él asentía y al comprender la broma, meneaba la cabeza y con una sonrisa violenta se ponía a limpiarse el pantalón.

Chris no pudo evitar sonreír al detectar el arrebol en sus mejillas. Su encuentro lo había propiciado que a él lo persiguiera una horda de jovencitas histéricas desbordantes de pasión; verlo sonrojarse por un simple comentario, le resultó casi tierno.

—Era una broma, ¿lo sabes, no?

Vio que él la miraba con aquellos increíbles ojos grises y una expresión traviesa en su rostro. Pero cuando volvió a hablar, no hizo la menor referencia al comentario que le había coloreado las mejillas.

—¿Qué sucedió? —preguntó él. Acompañó sus palabras de una rápida mirada a la pierna herida.

Era lo que en el mundo civilizado se denominaba un accidente laboral. El dolor había sido lacerante. Tanto, que le había hecho perder el sentido. Pero no había sido nada comparado con el dolor de saber que no volvería a recuperar la plena movilidad de su pierna. Lo cual implicaba dejar su trabajo en el terreno como cooperante y convertirse en «oficinista» humanitaria. Obviamente, no pensaba relatarle sus desgracias a un desconocido.

—Como se suele decir, metí el pie donde no debía. En fin… Gracias por el rato emocionante, ¡y suerte ahí fuera!

Él arrugó el ceño. Aquella respuesta de compromiso, sumada al hecho de que se estuviera yendo sin intentar entablar una conversación, le resultó mucho más increíble aún.

—Oye, ¿no vas a decirme siquiera tu nombre? Tú sabes el mío… Eso es jugar con ventaja.

—Te aseguro de que no tengo la menor idea de quién eres, así que estamos empatados.

La sorpresa masculina crecía por segundos.

—¿Me tomas el pelo?

—Nop —repuso ella, negando graciosamente con la cabeza.

—Venga ya… ¿has estado encerrada en una cueva los últimos cinco años, o qué?

—Mmm… Cueva, lo que se dice cueva, no. Pero casi. Y fueron seis, no cinco. Adiós, desconocido. Tengo que marcharme —le tendió su mano, que él estrechó y no liberó.

En cambio, le ofreció otra disculpa. Lo que fuera con tal de retenerla un rato más.

—Siento el mal momento que te he dado, en serio…

Chris se las arregló para rescatar su mano con actitud divertida.

—Y yo lamento haberte… —Hizo un gesto ambiguo con la mano que acababa de recuperar en vez de decirlo en palabras. Lo cual era una estupidez, porque a estas alturas qué más daba.

Entonces, él ladeó la cabeza y la miró con aquellos enormes ojos grises y un agradable hormigueo recorrió a Chris de la cabeza a los pies.

Demasiado agradable.

—Me marcho —dijo, esta vez con decisión. Un instante después ya se había puesto en movimiento.

Él la vio avanzar hasta la puerta con la misma cojera ágil de antes y tardó unos instantes en reaccionar.

Unos instantes durante los cuales intentó atar cabos. Había atracción y era mutua. Hasta ahí todo normal. Repentino y un tanto insólito por cómo se habían desarrollado las cosas, pero normal. Lo que no le cuadraba para nada era que ella llamara a retirada. Y aquí no había falsa modestia, sino hechos verificables; si él era el hombre en cuestión, ellas no se iban. Así que solo había dos opciones que explicaran semejante reacción; sabía quién era él y se estaba haciendo la interesante. O…

No era del sexo femenino, aunque a él le hubiera parecido la mismísima Venus en persona.

Ahora a la atracción había que sumar otro ingrediente; la curiosidad se lo estaba comiendo vivo.

—Disculpa… —le dijo. Ella se volvió, pero no se detuvo—. ¿Te hospedas aquí? Por lo menos, déjame invitarte a un café…

Chris abrió la puerta y antes de salir, le regaló una mirada que rezumaba ironía y picardía a partes iguales.

—No me hospedo aquí. Y no, gracias, no me apetece un café.

Venga ya, preciosa… No me lo pongas tan difícil. Él se apresuró hacia la salida.

—Espera, espera… —la llamó, en un intento vano de detenerla.

La puerta se cerró en sus narices.

La abrió y salió aprisa tras ella, pero lo retuvo una de las tiras decorativas de su chaleco que se enredó en el pomo de la puerta. Cuando al fin consiguió liberarse y salió al pasillo principal, ella ya no estaba a la vista.

Apenas habían sido unos segundos, ¿cómo podía haberse evaporado de aquel modo?

A poco que lo pensó, cayó en la cuenta de que la verdadera pregunta no era «cómo» sino «por qué». Tras años sintiéndose acosado por el sexo opuesto era una pregunta inevitable.

Volvió a sonreír ante el recuerdo de lo que había sucedido en el baño. La expresión de ella había sido genial. Una mezcla de sorpresa y fastidio tremendamente cómica. Vaya un encuentro… Todavía seguía sin creer que ella se hubiera largado sin más y que él siguiera allí, como un imbécil, sin un teléfono o alguna otra forma de contacto. Por lo visto, estaba perdiendo facultades.

El sonido del móvil interrumpió sus pensamientos. Miró el identificador de llamadas y se armó de valor.

—Llego en diez minutos —le dijo a Tom, su mánager y amigo de toda la vida.

Un bufido anticipó el rapapolvo.

—Llevamos media hora esperándote, Ken. ¿Dónde coño te has metido?

—He tenido que esconderme de un grupo de chicas —explicó—. Estoy bien, tranquilo. Enseguida voy.

—¡Joder, tío…! —fue lo último que oyó antes de desconectar la llamada y volver a guardar su móvil.

Estar a merced de tanta locura desatada no le hacía ni pizca de gracia. Los besos, los sobeteos, los apretones… Nunca había encontrado el menor estímulo en esa clase de demostraciones de interés, por más rentables que fueran, según Tom. Según casi todo el mundo, en realidad. Sentirse como un trozo de carne no lo halagaba ni lo seducía en absoluto.

Pero, por una vez, daba las gracias de haber tenido que meterse en aquel baño para evitar que le hicieran la ropa jirones y le llenaran el cuerpo de cardenales.

Porque allí, en el lugar más inesperado de todos y en las circunstancias más insólitas posibles, había conocido a alguien que, definitivamente, le interesaba.

La cuestión ahora era cómo se las ingeniaría para volver a ver a la mujer del bastón.

Toda una cuestión, habida cuenta de que no sabía absolutamente nada de ella.

Por no saber, ni siquiera su nombre de pila.

CHRIS NO SE HABÍA EVAPORADO. Había salido del baño como si huyera del demonio y se había zambullido en el ascensor que había vuelto a abrir sus puertas cuando el sensor detectó la presencia del bastón. Una vez dentro, pulsó con insistencia el botón que accionaba el cierre y exhaló un suspiro cuando las puertas, al fin, volvieron a cerrarse. Fue entonces, cuando tomó conciencia de que no estaba sola; media docena de miradas habían presenciado su zambullida triunfal y ahora la observaban con cierta sorpresa. Una clase de sorpresa que no estaba relacionada con lo abrupto de su llegada, sino con ella. Con su aspecto.

En la sociedad civilizada había patrones para todo y si eras mujer, los patrones eran más numerosos. Más estereotipados. Más injustos. Y, sí, generalmente, más insultantes. Estaba acostumbrada a esas miradas, incluso desde antes de haber necesitado usar un bastón. Sus atributos femeninos nunca se habían ajustado al canon occidental de belleza. En su caso, por exceso; con dieciséis años ya gastaba la talla 44 y doce años más tarde, milagrosamente, se mantenía en ella. Al lado de la belleza frágil, casi perfecta de Lilly, Chris parecía un fallo cromosómico en la familia. Todo el mundo se deshacía en halagos al conocer a la pequeña Lilly, y cuando le llegaba el turno de las presentaciones a la hermana mayor, tras recuperarse de la sorpresa, indefectiblemente, soltaban un «¡qué ojos más bonitos!». Así era ella; una mujer de cara guapa y ojos llamativos, con una gran anatomía que no respetaba en absoluto el buen gusto estético de la época que le había tocado vivir.

Y encima, llevaba bastón. ¡Menudo descaro el suyo!, pensó con humor, algo más tranquila ahora que había llegado a su habitación.

Dejó sus cosas sobre la cama y se dirigió al baño, al tiempo que liberaba el cabello del moño con que solía sujetarlo. Una mata ondeada de color castaño rojizo le cubrió la espalda casi hasta la mitad. Puso el tapón al desagüe de la bañera y maniobró el grifo hasta ajustar la temperatura del agua a su gusto. Esparció un buen puñado de sales de baño. A continuación, acercó el taburete a la bañera y tomó asiento lentamente, ayudándose del bastón, que luego apoyó contra la pared, junto a ella.

El estómago se había asentado del todo. Ya no había náuseas ni molestias. Pero se sentía agotada. Quizás, fuera la visión del agua llenando la bañera acompañada de aquel sonido tan relajante, lo que estaba acelerando su sensación de cansancio. Quizás fueran las horas de viaje en avión, el gran estrés emocional de volver a la civilización, el miedo a no saber cómo vivir de la manera que lo hacía el 98 % de los ciudadanos y ciudadanas que habitaban el mundo civilizado, con un trabajo normal de ocho a cinco, en una casa normal de una ciudad normal…

Chris sacó el móvil del bolsillo de su falda y volvió a conectarlo. Tenía tres llamadas perdidas y otros tantos mensajes. Todos de Lilly. Todos de su estilo, directo y afectivo.

«¿Qué tal el día? Llámame. Te quiero».

¿Qué tal el día? Pues, a ver, pensó mientras tecleaba su respuesta, había sobrevivido a la despresurización de la cabina sin que sus sensibles oídos requirieran tratamiento. A su primer atasco neoyorquino en una década; cincuenta minutos para recorrer quince calles. A ocho horas de conferencia sobre el estado de los derechos humanos en el mundo. Y, como colofón, le había vomitado los pantalones a un famoso. No estaba mal para un solo día.

Completó el mensaje con un «yo también te quiero» y lo envió. La sonrisa regresó a su rostro y a su estado de ánimo al imaginarse la cara de Lilly cuando lo leyera.

Se desnudó y entró en la bañera con cuidado, ayudándose del bastón. Se sentó en el fondo y luego se deslizó con cuidado, dejando que el agua la cubriera hasta el cuello.

Exhaló un largo suspiro, disfrutando del momento. Unas horas más, y estaría en casa. Lilly

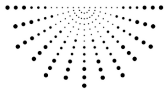
comenzaría el primer curso en la escuela de cocina y ella afrontaría su nueva vida de la misma forma que lo había hecho siempre, con esperanza y determinación.

Todo estaba en orden, se dijo, al tiempo que reposaba la cabeza contra el borde de la bañera.

Sin embargo, un segundo después de cerrar los ojos y abandonarse al relax, aquella mirada de enormes ojos grises regresó a su mente.

Y con ella, el agradable cosquilleo que volvió a recorrerla de la cabeza a los pies.

CAPÍTULO DOS



Chris apuró su copa de vino blanco sin poder evitar un gesto de desagrado. Nunca había sido aficionada al vino blanco, pero aquel le supo especialmente seco. Estaba claro que seis años en las selvas vírgenes del Ngorongoro habían conseguido asilvestrar sus papilas. Miró con ojitos golosos la bandeja con aperitivos de caviar, salmón y rosbif que el camarero le puso delante. De buen grado, se habría servido dos de cada. Lamentablemente, estaba segura de que la cremallera del vestido no aguantaría más tentempiés. Las costuras estaban tensas y no porque hubiera engordado, sino porque ocho horas después de haber aterrizado en Nueva York, continuaba reteniendo líquidos. Todavía tardaría cinco o seis días en dejar de sentirse como una salchicha. No solía maquillarse, pero hoy había usado cobertor de ojeras a discreción y rímel en cantidad. A pesar de lo cual, el tamaño de sus ojos parecía haberse reducido a la mitad bajo el peso de unos párpados hinchados. Incluso había liberado el cabello de su recogido habitual, que hoy lucía suelto y libre como en los anuncios de champú. Y no había sido por coquetería, qué va. Tan solo un intento de que su rostro, hoy especialmente rubicundo, estuviera algo menos expuesto. Lo malo era que, en aquel ambiente caluroso, su larga cabellera era como llevar un chal cubriéndole los hombros y la espalda. Tras consultar el reloj, pensó con alivio que en diez o quince minutos ya podría dar las buenas noches y retirarse a su habitación con la conciencia tranquila. Asistía al evento en nombre de la presidenta de la organización para la que trabajaba, y la había dejado en buen lugar, intercambiando saludos y conversación con los representantes de todas las demás organizaciones asistentes.

Estaba segura de no haberse dejado a nadie hasta que la elegante mujer del vestido plateado, se detuvo ante ella esbozando una gran sonrisa. Del tipo «justamente con usted quería hablar».

—La señorita Thompson de OXFAM Canadá [1], ¿verdad? —le dio la mano que Chris estrechó—. No hemos tenido ocasión de presentarnos… Soy April Sommerfield, dirijo la OADASV.

Chris estaba muy vagamente al tanto de lo que hacía esa organización. Había visto de pasada un memorándum sobre el tema que se apilaba junto a otros en su siempre bien nutrida bandeja de pendientes. Sabía tan solo que trabajaban en el área de los derechos de la mujer, pero le pareció poco cortés demostrarlo. Además, que la disculpara la señora Sommerfield, pero ni su cuerpo ni su cerebro daban para más. Estaba agotada, solo quería dormir.

—Ah, la OADASV, claro que sí. Encantada de conocerla. Por favor, llámeme Chris.

—El gusto es todo mío, se lo aseguro. Vaya, parece usted mucho más joven en persona… Entre tanto dinosaurio, parece una niña.

De no haber estado tan agotada, Chris habría reparado en aquella alusión a que no aparentaba los años. Como mínimo, denotaba que tenía algo con lo que establecer una comparación. Pero estaba muy cansada, de modo que se limitó a sonreír.

—Sé que estará deseando retirarse a descansar —continuó la elegante mujer—. Una conferencia después de cuarenta horas de viaje, agota a cualquiera… Pero no he querido dejar pasar la ocasión de acercarme a saludarla y felicitarla personalmente por su proyecto «Semillas». Quizás aún no haya tenido tiempo de enterarse, pero aquí, en Estados Unidos, es usted un referente en el ámbito de las organizaciones que luchan a favor de la igualdad de derechos entre los hombres y las mujeres.

Chris no ocultó su sorpresa. Llevaba demasiado tiempo desconectada del mundo civilizado, trabajando en lugares remotos. Demasiado tiempo lejos de los males del «medalleo» y el amor por la notoriedad habituales, incluso, en un ámbito tan poco sospechoso de padecerlos como el de las organizaciones humanitarias y la cooperación internacional. No tenía la menor idea de que en la tierra de las oportunidades se la tuviera como un referente. Francamente, tampoco entendía el porqué. Pero estaba bastante segura de poder pasar sin una explicación. Lo único que le interesaba en aquellos momentos era meterse en la cama y dormir diez horas seguidas. Todo lo demás, podía esperar.

—¿Yo? Le agradezco mucho sus palabras, pero hay un equipo de gente detrás de ese proyecto. Una idea no es nada sin personas que crean en ella y luchen por convertirla en una realidad.

—Por supuesto. Pero las dos sabemos que hay ideas e ideas. Un proyecto como «Semillas» no puede salir adelante, ni conseguir la financiación necesaria, ni resultar atractivo a otras personas potencialmente capaces de apoyarlo, sin una mente visionaria que lo saque del abstracto y un corazón pujante que le infunda vida, energía, sangre… Sin usted, ese proyecto no sería una realidad. Pero, no se apure —dijo ofreciéndole una sonrisa conciliadora. También le habían hablado de su modestia, y lo último que deseaba era incomodar a la joven—, solo me he acercado a saludarla… Y ya que estoy aquí, aprovecharé para contarle que este hotel tiene un rinconcito verdaderamente ideal. Está en la octava planta. Es un jardín interior. Un jardín natural. Quién se esperaría algo semejante en pleno Times Square, ¿verdad? Pero existe y se lo recomiendo encarecidamente. En realidad, voy a hacer más que eso; con mucho gusto le cubriré la retirada. ¿Qué le parece?

¿Que qué le parecía?, pensó Chris, entusiasmada ante la idea de que le estuvieran dando luz verde para hacer mutis por el foro. En una palabra; perfecto.

KEN CALCULABA que debía haber doscientas personas en aquel salón de la quinta planta donde se celebraba un cóctel de algo, no sabía el qué, relacionado con la cooperación internacional. Su interés en el evento se había disparado hacia la estratosfera al ver dónde tenía lugar; el mismo hotel donde horas antes había conocido a Venus en persona. Cuando la limusina había aparcado frente al hotel, se las había visto y se las había deseado para mantener a raya la ilusión. Estaba impaciente por entrar y comprobar si ella estaba allí. Había apenas una posibilidad entre un

millón, pero era mejor que nada.

Sin embargo, su ilusión y su interés habían caído en picado al comprobar que, entre el gentío que había en aquel salón diáfano de ventanales que iban del techo al suelo desde los cuales podía contemplarse la Séptima Avenida con sus grandes carteles de neón, no había ni rastro de Venus. Había personas de distintas nacionalidades, pero la media de edad era como mínimo diez años mayor que la de la mujer que había conocido aquel día en uno de los lavabos de caballeros de la planta baja.

Intentaba atender la conversación que mantenía el grupo de seis personas con quien estaba. Pero era consciente de que solo se limitaba a asentir con la cabeza sin tener la menor idea de lo que decía el tipo de gafas. Dudaba que Sandy la tuviera; sabía por ella misma que solo asistía a este tipo de eventos porque era buena publicidad para su negocio. También porque su padre estaba involucrado en la financiación de proyectos solidarios. Involucrado por cuestiones fiscales, no por interés.

A título personal, era de los que se implicaban en asuntos de la comunidad. Colaboraba siempre que podía, la mayoría de las veces con trabajo, además de con dinero. Toda su familia lo hacía. Pero la parte social —social, de hacer relaciones públicas para recaudar fondos— siempre le había resultado extraña. La había empezado a conocer al hacerse famoso, cuando como por encanto, habían empezado a lloverle invitaciones del cielo, pero nunca había conseguido acostumbrarse a ellas. Se sentía como sapo de otro pozo y rara vez asistía. Si había acudido aquella noche, era porque no le había quedado otra alternativa. Sandy necesitaba un acompañante y él estaba en la ciudad grabando un vídeo promocional con cero excusa que lo librara. Ni siquiera había valido la de no llevar vestimenta adecuada en la maleta. Por lo visto, formaba parte de sus nuevas obligaciones. Esas que, a pesar de no estar explícitamente recogidas en ningún acuerdo escrito, eran de obligado cumplimiento. Al menos, si quería su apoyo para grabar un nuevo álbum tras veintiocho meses alejado de los estudios de grabación y de las giras musicales.

Así que allí estaba él, recién afeitado y metido en un Armani azul petróleo que la promotora musical Alexandra Carrington-Fox había comprado especialmente para él, moviendo la cabeza cual perro articulado, de los que solían decorar el salpicadero de algunos coches. Ni siquiera comprobar que en media hora el chófer los estaría recogiendo para llevarlos al aeropuerto donde les esperaba el avión privado que los devolvería a Nashville, le proporcionó suficiente alivio. Tenía la sensación de que si no hacía algo al respecto, acabarían cerrándosele los ojos del aburrimiento. Así, de pie y sin dejar de mover la cabeza.

Necesitaba tomar el aire ya, previa parada obligada en el lavabo de caballeros.

Ken se excusó fingiendo haber recibido una llamada, y se alejó con el móvil pegado a la oreja.

POR LO VISTO, April Sommerfield le había cubierto la retirada a más personas aparte de ella, pensó Chris al ver lo concurrido que estaba aquel lugar. Y eso que era espacioso. Había gente hasta en el piso superior, asomados a la barandilla metálica, contemplando el centenar de especies vegetales que se daban cita en aquella selva urbana.

Era como estar en el jardín personal de algún jubilado amante de las plantas exóticas con

mucho tiempo libre para cuidar de ellas. Un jubilado muy detallista y con buenos conocimientos de paisajismo. En aquel lugar había una combinación perfecta de colores y de especies. Las trepadoras se combinaban con las arbustivas para crear un entorno oxigenado y estéticamente muy agradable que invitaba al relax.

Se sentía un poco rara paseando por los senderos de mosaicos artesanales con un plato de canapés sobre el que también estaba su copa de agua. Reconoció algunos rostros que había visto durante el día en el hall del hotel o en la sala donde se había celebrado la convención. Algunos se apresuraban a apartarse de la especie vegetal en cuestión, para dejar que la fotografiara en todo su esplendor. Lilly siempre quería todos los detalles. Al fin, decidió sentarse en uno de los pequeños muros que hacían las veces de canteros y degustar los manjares. Con un canapé de salmón en la boca, las vistas de aquel lugar le parecieron insuperables…

Hasta que sus ojos repararon en la esbelta figura del traje azul que acababa de atravesar las puertas de cristal.

KEN LA VIO AL INSTANTE. Era ella, la mujer con quien había chocado en el lavabo hacía unas horas. Vestida de cóctel y con el pelo suelto, parecía distinta… El bastón descansaba a su lado, apoyado contra el cantero, y ya sería mucha coincidencia ver a una mujer tan joven con bastón dos veces en un mismo día, pero, además, no podía apartar la vista de ella. Le había ocurrido lo mismo la vez anterior.

Llevaba un vestido negro entallado que destacaba la blancura de su piel. Tenía mangas tres cuartos y un escote nada revelador que, sin embargo, a él lo estimulaba lo indecible. Esta vez no había botas, sino zapatos con un poco de tacón y unos pantis transparentes. En resumidas cuentas, toda ella era como una invitación a perder la cabeza.

Sí, Ken la vio al instante y al reconocerla, cada célula de su cuerpo entró en una actividad frenética. De pronto se sentía alerta, interesado, desafiado… Se irguió en un acto inconsciente y avanzó hacia la mujer del bastón con actitud segura y una sonrisa en los labios.

Le gustó descubrir que ella también sonreía, no solo porque eso presagiaba un rato de conversación sin las tensiones propias de los primeros minutos de flirteo entre dos desconocidos. También porque estaba bastante seguro de haber descubierto un flash de ironía en aquella mirada franca. Como si un pensamiento del tipo «¿qué hace este tipo aquí, otra vez?», hubiera relampagueado en sus pupilas, intenso y breve. No lo bastante breve para pasar desapercibido.

Los pensamientos de Ken no estaban demasiado alejados de la realidad. A Chris le había sorprendido la nueva coincidencia, pero lo que a su lado travieso le resultaba aún más increíble, era que él se dirigiera hacia ella tan elegante y tan desaprensivo. Pensó con malicia que había tipos que no escarmentaban a la primera y, en cierto modo, lamentó estar completamente repuesta de sus náuseas.

Se miraron sonrientes durante un instante y a continuación, como debía ser, él rompió el silencio. Examinó el plato de canapés de Chris, luego el propio y dijo:

—Te cambio mi canapé de queso de cabra sobre un lecho de cebolla caramelizada por tu mini tostada de salmón, ¿qué dices?

De haberlos descubierto antes, también estarían en su selección, pero Chris no los había visto. Le acercó el plato en una indicación de que hiciera los honores. Ken hizo otro tanto con el

suyo, y después de llevarse la tostada a la boca, tomó asiento junto a ella.

—Mmm… Está buenísimo. Podría vivir a base de salmón ahumado. Me encanta.

Chris asintió mientras masticaba el suyo. Tenía toda la razón. Sobre una tostada de pan casero untada con mantequilla era un manjar. O con un chorrito de limón. O sin nada más, del paquete a la boca.

—Pero engorda —apuntó ella. Era la única desventaja que le encontraba y, en su caso, una de peso. Nunca tan bien dicho.

Él le hincó el diente a otro canapé de salmón y sonriendo, tras hacer una pausa para tragar, comentó:

—Qué va… ¿Cómo va a engordar el pescado? Es la mantequilla de la tostada la que engorda… ¿Lo has probado así?

—¡Ya lo creo! —Era su favorita—. Lo he probado de todas las formas posibles, incluido crudo y sin ahumar… Eh, que estás hablando con una amante del salmón, que lo sepas —apuntó Chris, con humor—, y sí que engorda. Te lo digo yo, que de eso entiendo un rato.

Ken se limpió la boca con una de las pequeñas servilletas de papel que tenía en el plato. Luego, volvió su rostro hacia Chris.

Había un aire pícaro en la mirada de aquel tipo, que a Chris la hizo sonreír con anticipación. Como si supiera o intuyera lo que él diría a continuación.

—¿Por qué? ¿Porque eres mujer y siempre estáis a dieta, quizás?

—No. Porque soy gorda —repuso con naturalidad.

De niña, sus padres la habían obligado a cuidarse en las comidas. De adolescente, cuando casi cada parte de su cuerpo suponía un trauma distinto según el día, había seguido todas las dietas de moda. De adulta, y tras años pasando mucho tiempo en regiones donde un plato de arroz al día constituía un lujo que la mayoría no podía permitirse, había aprendido a agradecer el alimento que recibía y a aceptar, sin más, la facilidad con que su organismo asimilaba hasta la última molécula. Cuando finalmente había llegado ese momento, decir «soy gorda» había dejado de conllevar sufrimiento. Para ella era como decir «soy canadiense» o «soy soltera».

—¿Que eres qué? —dijo él.

La carcajada que soltó a continuación sonó auténtica porque lo fue. Ken se sintió tentado de darle su opinión al respecto. Estaba convencido de que si las de su sexo pudieran saber lo que opinaban realmente los hombres de ese vestido o esa falda que, según ellas, les sentaba mal, dejarían de darle tanta importancia a lo que marcaba la báscula. Pero temió estropear el momento, que ella lo tomara como un halago típico del flirteo, se diera media vuelta y se largara. Otra vez. No sabía nada de la desconocida del lavabo, pero, si alguna información le habían comunicado sus sensibles radares, era que ella parecía estar siempre alerta y dispuesta a largarse ante el menor signo de peligro. Igual que un conejillo asustadizo. Decidió que lo mejor era sacar el pie de aquella trampa. Sin darle ocasión de responder, continuó hablando al tiempo que apartaba sus ojos de ella. Porque eso —sostenerle la mirada—, según acababa de comprobar, activaba la alerta de evacuación urgente. Juraría que la intención original de aquel súbito cambio de postura, había sido ponerse de pie (y largarse, claro).

—Tranquila, que no engorda. Puedes seguir disfrutando de tu afición por el salmón hasta que te crezcan branquias —con alivio, vio por el rabillo del ojo que ella sonreía y eso lo animó a continuar—: Año y medio de dieta estricta y dos horas diarias de gimnasio por prescripción médica me autorizan a asegurártelo.

Dicho lo cual, se zampó otro canapé de un solo bocado.

El truco funcionó y Chris era perfectamente consciente de ello. De ambas cosas; de que era un truco y de que funcionaba. Él le había resultado atractivo desde el principio porque, básicamente, tenía dos ojos funcionales en la cara y lo que estos contemplaban era un soberbio ejemplar de macho caucásico en edad de merecer. Había atracción, también había estado allí, entre los dos, desde el principio, y aquí las cosas ya no le cuadraban tanto. Llevaba fuera de circulación bastante tiempo, era cierto, pero tratándose de los hombres, le constaba que la evolución era lenta. Lenta de siglos, no de años. Y la última vez que había asomado las orejas al mundo de las citas, ellos querían «tías buenas», calladitas y, preferentemente, con dos piernas viables. O sea que, en su caso, puntuaba cero de tres.

Pero allí estaba él, dándole conversación. Increíble.

Y precisamente por eso, porque no podía ser creíble, esa parte de ella que olía el peligro a millas de distancia, llevaba enviándole señales desde que aquel supermacho caucásico había atravesado las puertas de cristal.

Señales de «lárgate y no te compliques la vida».

Señales de «no te fíes».

Lo que sentía no era solo atracción. A su lado experimentaba una extraña sensación de… ¿Familiaridad? ¿Cómo podía resultarle familiar un tipo al que no conocía de nada? Era ridículo. Y una razón de peso para no fiarse de sus propias sensaciones.

—Así que si te hubiera visto hace tres años, hoy no te habría reconocido… ¿Eso quieres decir? —apuntó ella con humor y cierta curiosidad. También lo dijo con una pizca de mala intención, por picarlo y ver su reacción.

La verdad era que aquel hombre no le habría pasado desapercibido en ninguna circunstancia. Y no por su atractivo o su indiscutible belleza. Había algo en su forma de mirarla, en su sonrisa…, que reclamaba su atención.

—Así que es cierto que no tienes la menor idea de quién soy… ¿Eso quieres decir? —la miró a los ojos—. ¿O te estás marcando un farol?

—¿Tú qué crees?

Chris mantuvo la mirada mientras hablaba y luego la apartó con la excusa de elegir el siguiente canapé que se comería. Algo que no pasó desapercibido a Ken, quien sonrió para sus adentros y decidió, una vez más, no incentivar la huida del conejillo.

—Vale, no me conoces… —concedió. En el fondo, seguía sin creérselo—. Propongo que nos presentemos…

Chris se anticipó a la jugada. Fue un acto reflejo y cuando quiso darse cuenta, ya estaba diciendo:

—¿Por qué tendríamos que hacerlo? No vivo aquí. Ni trabajo aquí y, además, me marcho mañana a primera hora. Propongo que nos acabemos nuestros respectivos tentempiés, nos despidamos amigablemente y cada cual siga su camino.

Él tampoco vivía allí. Ni trabajaba allí. Y estaba a punto de marcharse. De hecho, lo más probable era que Sandy lo estuviera buscando para avisarle que la limusina los esperaba fuera. Pero la sola idea de despedirse, le provocó una odiosa sensación en el estómago.

—Chica, pensé que era el rey de los solteros empedernidos, pero tú me ganas… ¿Qué puede pasar porque me digas tu nombre y yo te diga el mío? Además, me has vomitado encima y también te encanta el salmón ahumado sobre una tostada untada con mantequilla, ¿no te parece que eso merece un intercambio de nombres? Venga, anímate… Soy Ken y me ha encantado atropellarte en el baño.

Ambos rieron. Ken pensó que la risa de Chris venía a cuento de su forma de recordarle el incidente del lavabo. Pronto descubrió que ella no se reía por eso.

—¿«Ken» de Kenneth, como el novio de Barbie? —apuntó, risueña.

Él puso los ojos en blanco. Treinta años aguantando la misma bromita, pensó.

—Sí, Ken de Kenneth, como el novio de Barbie.

—Pues, yo no me llamo Barbie… —repuso ella, aguantando la risa.

Él volvió la cara para mirarla… Y siguió mirándola, reclamándole, sin decirlo, que no se fuera por las ramas.

Al final, ella hizo los honores.

—Me llamo Chris.

—¿«Chris» de Christine? —dijo él ofreciéndole una gran sonrisa satisfecha.

A la sonrisa se sumó una mirada indescriptible. Ella tuvo la sensación de que todo cuanto los rodeaba empezaba a desdibujarse lentamente. Para Ken el mundo entero había desaparecido… El mundo entero, excepto ella.

—«Chris» de Chris —murmuró incapaz de desengancharse de la intensidad de esos ojos grises.

Ken inspiró profundamente. Para no apartar la vista de ella, cogió a tientas otra servilleta de papel de su plato y sacó un bolígrafo del interior de su chaqueta. Se los ofreció, pero Chris no hizo ademán de cogerlos. En su lugar, formuló una pregunta.

—¿Para qué me das esto?

Él se encogió de hombros.

—Si quieres, puedes dibujarme a Bob Esponja…

Chris no sonrió ante la broma. Ken tampoco. En aquel momento, no había lugar para más.

Sus miradas enganchadas. Sus voces susurrantes. Aquella intensa, reconfortante, inexplicable sensación otra vez…

Solos, él y ella. Nadie más en kilómetros a la redonda.

Un minuto interminable.

Un minuto eterno, intenso, como ninguno de los dos recordaba haber vivido jamás.

«¡¡¡Kennnnnn... Venga, que la limusina está abajo!!! ¡¡Vámonos, ya!!».

La voz femenina, cargada de impaciencia, puso fin al momento de manera abrupta.

Ken maldijo para sus adentros. Maldijo todo y, en especial, a la mujer que acababa de aparecer en escena. Estaba harto de ella, de sus imposiciones, de sus urgencias. De su acoso.

En un impulso, tomó la mano de Chris y depositó en ella el bolígrafo y el papel. A pesar de la brevedad del contacto, ambos se estremecieron.

Chris desvió la vista hacia la dueña de aquella voz. Rubia, alta, esbelta. Treinta y muchos. Tan solo lo que debía valer su vestido, habría bastado para alimentar a diez familias de nativos tanzanos durante toda una semana.

Ella sí que cualificaba como Barbie.

Ella era Barbie.

Chris bajó la vista hasta las cosas que sostenía en la mano. Titubeó unos instantes, pero, tras una pausa, Ken la vio garabatear algo.

Sus miradas volvieron a encontrarse un segundo cuando ella le devolvió el bolígrafo y la servilleta plegada.

Ken esbozó una ligera sonrisa a modo de agradecimiento. Guardó ambas cosas en su chaqueta y, a continuación, se puso de pie.

—Me encantó volver a verte… —murmuró él.

—Gracias… —«Y a mí» le dieron ganas de decir. Pero no lo hizo.

Un instante después, Ken y Barbie habían desaparecido tras las puertas de cristal.

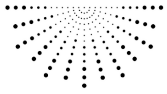
Chris respiró hondo.

Su corazón seguía latiendo a trompicones y, a su alrededor, el mundo volvía a materializarse muy despacio.

---

1 Ver nota de la autora al final del libro.

CAPÍTULO TRES



Una semana más tarde.

Tom Keller miraba a su representado deambular por la casa en busca de juguetes y enseres que luego guardaba en la caja de cartón que se llevarían sus dos jóvenes Terranovas a la semana de adiestramiento, cual madre que prepara la mochila del colegio para su hijo… Tan despreocupado. Como si su móvil no estuviera sonando con insistencia. Cuando hacía esa clase de tonterías, sentía unas irrefrenables ganas de matarlo.

Ken sabía quién llamaba. La misma persona que llevaba una hora insistiendo. Sabía que no podía permitirse no atender. Que eso no era inteligente. En el mejor de los casos, Sandy se plantaría allí y organizaría un buen numerito. En el peor, lo tomaría de forma personal, lo pondría de patitas en la calle —después de todo, la casa era suya; solo se la había dejado temporalmente hasta que Ken volviera a instalarse en Nashville— y adiós al potencial contrato de grabación con la Nashville Records. Como si no fuera consciente de eso, o como si no le importara, allí seguía él, sumergido en sus propios pensamientos, mientras el móvil sonaba y sonaba y sonaba…

Qué. Ganas. De matarlo.

—Tío, atiéndela, ¿quieres hacer el favor? —pidió Tom, armándose de paciencia y al ver que Ken abandonaba la habitación como si no lo hubiera oído, manoteó el móvil que estaba sobre la mesa e hizo los honores.

Ken no atendía el teléfono porque no tenía ningún interés en hablar con Sandy. La conocía desde sus inicios en la música, cuando él era un veinteañero novato, y ella ya apuntaba maneras para convertirse en lo que era hoy: un importante nombre del mundo del entretenimiento y la mano derecha de su padre, el poderoso magnate discográfico Randall Carrigton-Fox. A lo largo de los años, su interés obsesivo por él le había dado algún que otro mal rato. Ahora, según Tom, ella era su pasaporte al éxito, a volver a estar en el candelero. Él no estaba de acuerdo con esa afirmación tan tajante —algo que pensaba demostrarles muy pronto a todos los que albergaban dudas—, pero reconocía que esta vez necesitaría algo más que su cara bonita para volver a poner un pie en la discográfica después de lo sucedido dos años y pico atrás. Sandy y su poderosa familia eran ese algo más. Pero de ahí, a tolerar sus neuras, había un trecho muy largo.

Puestos a reconocer, también tenía que admitir que, desde hacía una semana, funcionaba en piloto automático. Le costaba mantener la atención en lo que hacía. ¿La razón? No dejaba de pensar en la chica del bastón. De descubrirse riendo al recordar algunas de sus respuestas, algunas de sus expresiones… Y desde que había desplegado la servilleta que él le había dado para que le apuntara su número de móvil y había descubierto aquel rudimentario dibujo de Bob Esponja… ¿Ken Bryan le pedía el teléfono a una chica y ella, en vez de dárselo, le dibujaba una caricatura? Pasaba del «no entiendo nada» a reírse a carcajadas, cada vez que el recuerdo volvía a su mente. Mucho antes de aquellos canapés de salmón compartidos, ya le parecía la criatura más interesante que había conocido en años. Ahora, sabía que no pararía hasta averiguar cómo volver a verla.

Eso era lo que lo tenía tan distraído.

Suponiendo que se llamara Chris y no le hubiera dado un nombre falso, no podía hacer nada con tan solo ese dato. ¿Qué más sabía de ella? Que se habían conocido en Nueva York, pero ella estaba de paso. Su inglés era nativo, pero tenía un acento raro. Incluso, dudaba que fuera norteamericana, aunque eso no tenía nada que ver. Podía vivir en Estados Unidos y no haber nacido allí. Eso sería genial, que viviera en el país. Todo lo que le permitiera acotar la búsqueda era bienvenido.

¿Y si no vivía en Estados Unidos, si solo estaba allí por trabajo? Sin darse cuenta, Ken dejó caer la pelota de Noah, que rodó fuera de la habitación. Si no vivía en el país, no solo sería como buscar una aguja en un pajar, suponiendo que diera con ella, ¿cómo narices iban a verse si vivían en distintos países? Meneó la cabeza ante sus propios pensamientos. Tenía gracia que estuviera preocupándose de dónde tendrían lugar sus futuras citas cuando, por el momento, ni siquiera había conseguido que ella le diera su número de móvil.

Vaya, si tenía gracia… Cuando su vanidad no se retorcía de dolor, conseguía verle el lado cómico a todo aquel asunto. Mejor que nadie se enterara de que al mismísimo Ken Bryan le habían dado «esponjas». Por no decir, calabazas.

Un nombre de pila. Dios, no era mucho con lo que empezar… Eso y nada era lo mismo.

De pronto, algo se estrelló contra el estómago de Ken, devolviéndolo a la realidad. Era la pelota de Noah, que Tom acababa de lanzarle. Ken lo miró de muy mala uva.

Y Tom reaccionó muy a su estilo.

—Chitón, tío, que te he llamado tres veces y no me has hecho ni puto caso. Aterriza de una vez. Tienes asuntos que atender —dijo señalando el móvil que sostenía con la otra mano—. Le he dicho que estabas en el baño, pero, como comprenderás, no se lo ha tragado. Haznos un favor a los dos y llámala antes de que la sangre llegue al río.

—No me digas lo que tengo que hacer. Sabes que no me gusta —fue la respuesta de Ken. A continuación, pasó junto a él, pelota en mano, y volvió al salón.

Tom resopló y siguió a su amigo.

—A ver, Ken… ¿Qué problema tienes? Esa mujer vale por un contrato con la *Nashville Records*. Te lo ha puesto en bandeja de plata y lo único que tú tienes que hacer es ser amable con ella. Nada más.

A cualquier cosa le llamaban ser amable, pensó Ken dedicándole una mirada irónica a su amigo. Lo que Sandy quería era esposarlo a la pata de su cama. Eso, y tragarse la llave después.

—Primero, si firmo ese contrato se llevará un diez por ciento de las ventas. Así que eso de «nada más» quítalo de la frase. Segundo, soy amable. La primera vez que me llama. Las otras cien, paso de atenderla. Sé lo que se propone y, de eso, paso todavía más.

Tom alzó los brazos al cielo en un gesto de pura impaciencia.

—Me superas, Ken. Tú y tus gilipolleces me superáis… Eres el único tipo que conozco que le hace ascos a un revolcón. ¿Qué más te da? Hasta yo me prestaría gustoso, si mi futuro dependiera de pasármela por la piedra. Y eso que a esa pedorra no puedo verla ni en pinturas. De verdad, tú tienes un problema, macho. Esto no puede ser normal…

El portazo retumbó en la estancia dejando claro el nivel de enfado de Tom. Ken sabía que le duraría unas cuantas horas, quizás el resto del día. Se conocían desde la niñez y, excepto por un período de unos cuatro o cinco años en los que sus caminos se habían separado, siempre habían estado muy unidos. Eran amigos y se querían, pero existían temas sobre los que mantenían posiciones contrarias. Entre ellos, este. Tom creía que el fin justificaba los medios. Él, no.

Se acercó a la ventana. Vio a Noah y a River intentando jugar con Tom en el pequeño jardín delantero. Él se los quitaba de encima con rudeza una y otra vez. Esa era otra cosa en la que eran muy distintos. Tom no tenía mascotas, no le gustaban. Odiaba que lo llenaran de pelos, que estropearan su inmaculada apariencia de dandi.

La llegada de una ranchera gris cambió el foco de interés de los cachorros, que acompañaron con ladridos y saltos al vehículo mientras aparcaba en la pequeña parcela de césped a la derecha de la casa. Eran Gary y Paul, los dueños del centro veterinario, que venían a por los canes.

Ken recogió la gran caja de cartón que había preparado, añadió la pelota de Noah, y salió a recibir a los recién llegados.

—¡Qué puntuales! —comentó al estrechar la mano de Gary, después de depositar la caja en la parte de atrás de la ranchera.

Quien respondió fue Paul.

—¿Gary puntual? Solo cuando viene a verte a ti. Lleva dos horas metiéndome prisas. —Y obsequió a su socio y pareja una mirada recriminatoria.

—No le hagas caso. Ya sabes que es un exagerado —replicó el aludido.

—Me alegro de verte… —le dijo Ken a Paul, a lo que él respondió con una sonrisa casi imperceptible—. He preparado esta caja con los juguetes favoritos de mis chicos y alguna que otra cosa para que no se sientan tan…

Ken dejó la frase en el aire. Se sentía culpable por separarse de sus cachorros, pero era necesario. Una vez que estuvieran bien adiestrados, se los llevaría de gira con él. Le daba completamente igual lo que dijeran los demás. Pero ahora tenía que dejarlos en manos ajenas durante siete interminables días. Formaba parte de un programa educativo de seis meses de duración, durante los cuales sus Terranovas pasarían una semana al mes en el centro de adiestramiento.

—Ah, no te preocupes por Noah y River —dijo Gary, echándole una mirada con mensaje a su pareja al comprobar que no había respondido al saludo de Ken más que con un sucedáneo de sonrisa. Él y sus celos—. Estarán bien, y cuando vuelvas a verlos, ya habrán empezado a convertirse en dos ricuras superobedientes. Un par de perros ideales para un amo ideal.

La alusión fue dirigida a Ken, pero la mirada de refilón acarició al elegante moreno de los ojos azules que recostado contra la pared, junto a la puerta de entrada de la casa, contemplaba la escena. Sus gafas de aviador ocultaban sus ojazos azules, pero Gary se los sabía de memoria.

«Tú sí que serías un Amo ideal», pensó con picardía.

Desde un cómodo segundo plano, Tom le dio una larga calada a su cigarrillo, armándose de paciencia. Aguantar los flirteos de aquellos dos maromos y la gilipollez de Ken, todo en una misma mañana, empezaba a ser demasiado para su cuerpo. Les daría el tiempo que duraba otra calada, luego sería él quien les metería prisa a todos.

Como si el veterinario hubiera podido oír sus pensamientos, llamó a los perros.

—Bueno… nos vamos… Noah, River, ¡aquí! Venga, que os ayudo a subir. —Los canes obedecieron al instante bajo la sonrisa aprobatoria de su dueño, que se acercó a acariciarles la cabeza y luego se apartó un poco mientras la pareja de veterinarios los ponían en sus respectivas jaulas y cerraban las puertas traseras del vehículo.

Tom observó cómo su amigo se despedía con la mano de sus mascotas y permanecía allí, quieto, mirando en la dirección en la que el vehículo se había marchado hacía unos instantes. Sacudió la cabeza. Ojalá le dedicara a la mujer de la que dependía su próximo contrato discográfico, un cuarto del interés que les dedicaba a los dos perros.

Fue pensarlo y sentir el rugido de un motor que se acercaba. Tom miró en la dirección del sonido con cierta aprensión y al ver el morro del descapotable azul metalizado, supo que sus aprensiones estaban plenamente justificadas. Era Sandy. Esta vez de cuerpo presente. Volvió la cabeza hacia Ken con la rabia impresa en la cara.

—Te dije que la llamaras. Pero tú, ni puto caso —dijo pisoteando la colilla del cigarrillo—. Pues ahí la tienes, toda para ti. Deja de tocarle las narices, tío. Hazme caso.

Acto seguido, volvió a entrar en la casa.

KEN SE QUEDÓ DONDE ESTABA. El coche se detuvo en mitad del estrecho sendero de cemento que hacía las veces de entrada a la propiedad tanto para peatones como para vehículos. Al volante, Sandy no hizo ademán de bajarse. Obviamente, estaba esperando que fuera él quien se acercara, pero Ken hizo caso omiso. ¿En qué planeta la gente procedía como si un contrato comercial le diera derechos de propiedad sobre la otra persona? En el suyo, desde luego, no. Y si iban a hacer negocios juntos, más le valía asegurarse de que Doña No Me Toques Las Narices lo tenía meridianamente claro desde el minuto uno.

Permanecieron mirándose, cada cual desde su sitio. Ken, de pie, junto al pequeño muro decorativo que rodeaba la casa, con las manos en los bolsillos posteriores de sus tejanos. Sandy, sentada al volante de su coche, mirándolo a través de unas gafas de sol estilo años ochenta.

—¿No vas a acercarte? —espetó ella, todo ironía, asomándose por la ventanilla.

Ken no pensaba moverse del sitio más que para regresar a la casa y seguir con sus asuntos. Dijera lo que dijera Tom, aquellas no eran formas.

—¿Qué quieres, Sandy? Hablamos esta mañana. Me pediste que te avisara en cuanto lleguemos a Filadelfia y te dije que sí. Ahora qué.

Ella se apeó del coche. La brusquedad de sus movimientos denotaba que estaba a punto de sufrir uno de sus habituales berrinches. A Ken le dio igual. En lo que a él respectaba, sería el último berrinche que le iba a tolerar.

—Me parece que todavía no te has enterado de cómo va esto… —empezó a decir, llena de ínfulas de superioridad.

Ken la cortó en seco.

—Esto va de negocios y solo de negocios.

—¡No seas ingenuo! Nada en este mundillo es solo negocios, Ken. ¿Todavía no lo has aprendido?

En el mundo del espectáculo solía haber un pago oculto, un extra que aceleraba las cosas y que el interesado debía aceptar como parte del trato. Era el precio de éxito. Sí, lo sabía. Pero nunca había jugado a ese juego y no empezaría a hacerlo ahora.

—A cambio de un diez por ciento de las ventas durante dos años, vas a ayudarme a conseguir un contrato discográfico con la *Nashville Records*. A eso yo lo llamo negocios. Y sí, solo negocios. Voy a cumplir mi parte a rajatabla, de eso puedes estar segura. Pero hasta ahí, ¿estamos?

La mujer se cruzó de brazos.

—«Hasta ahí», ¿qué? Nadie en esa compañía, ni en ninguna otra, tiene la menor intención de volver a firmar un contrato contigo. Nadie. Ni se lo plantean.

Lo harán, pensó Ken. En cuanto los amantes de la música country y sus millones de *fans* se enteraran de que Ken Bryan había vuelto a la carretera y escucharan su nuevo repertorio, tendría a todos los nombres importantes del negocio comiendo de su mano.

—En una semana eso empezará a cambiar, y lo sabes.

—Lo que sé es que ya me estás costando bastante dinero y que el trecho que me queda para empezar a recuperarlo con mi diez por ciento, es más largo de lo que crees. Confiaron en ti y los dejaste colgados, Ken. Y todos somos hijos de alguien, podemos empatizar con lo duro que es que nuestros padres enfermen o se mueran, pero no todos nos hemos creído que fueran esas tus razones para largarte, así, de repente —lo miró directamente—. Y lo sabes.

—¿Otra vez con lo mismo? ¿Hasta cuándo vas a seguir sacando a relucir ese asunto? Vale, mira, no voy a discutir. Me largué y los dejé colgados. No estuvo bien y no volverá a pasar. Pero no me fui de rositas. Recuperaron hasta el último centavo que invirtieron. Así que la cosa quedó en tablas.

—En el negocio de la música, al igual que en otros muchos, nunca nada queda en tablas, Ken. Como posible inversión, no generas ninguna confianza. Hoy por hoy, no le interesas a nadie.

—Y qué otra cosa ibas a decir tú, ¿verdad? —repuso él rezumando ironía.

—Te digo lo que es. Sé que esto le hace mucha pupa a tu corazoncito de estrella, pero jugaste mal tus cartas y eso trae consecuencias. Necesitas oírlo para no volver a cometer el mismo error. Y también para que se te bajen los humos, querido.

Estaba harto de oír hablar de lo mal que se lo había montado y de que si quería volver, tenía que aprender no solo a hacerlo mejor, sino también a agachar la cabeza. Qué sabrían ellos del infierno por el que había pasado. Qué sabría nadie de sus razones para hacer o no hacer.

—¿Qué quieres, Sandy? —dijo con tono cansino—. ¿A qué has venido?

—Cuando te diga ven, quiero que vengas y cuando te llame, quiero que te pongas al teléfono. Para empezar, esto es lo que quiero.

Ken exhaló un suspiro de hartazgo. Sabía que estaba a punto de hacer algo que, probablemente, regresaría a él, como un *boomerang*, convertido en un problema. Pero, a diferencia de Tom, para él no todo valía a la hora de conseguir un objetivo. Y no pensaba pasar por el aro. Ni muerto.

—Tú quieres mucho más que eso… Siempre has querido mucho más de mí —enfatizó—.

Pero ya te puedes ir olvidando. Te respeto como empresaria y estoy muy interesado en nuestro acuerdo comercial. Pero mi interés por ti acaba ahí… Si crees que esto va a ser un problema, será mejor que rescindamos el contrato ahora.

Tras soltar su órdago, vio que el rostro femenino pasaba por toda la escala de rojos. ¿Debía estar preocupado? Probablemente. Le gustara reconocerlo o no, en aquellos precisos momentos la necesitaba. Sin embargo, ver su furia, su incomodidad, su vanidad herida al oír que un hombre manifestaba su total desinterés hacia la gran Alexandra Carrington-Fox le estaba sentando de maravilla.

Durante unos instantes, Ken dudó acerca de cuál sería la reacción femenina cuando finalmente hubiera acabado de asimilar unas palabras que, sin duda, la habían tomado desprevenida. ¿Se pondría hecha una furia? ¿Lo enviaría de vuelta a su casa de Ohio, con su familia, de un soberbio gancho de derecha? ¿O, simplemente, aceptaría como buen zorro viejo en el negocio, que aunque hubiera perdido esa batalla, todavía podía ganar la guerra? La tenía por una caprichosa, alguien que podía enfilarte por cualquier tontería y dedicarse a hacerte la vida imposible porque sí, porque podía hacerlo. Sin embargo, no perdía de vista que llegar tan alto como ella había llegado, también requería habilidad e inteligencia.

Y esta última fue, precisamente, la clase de reacción que presenció Ken.

Sandy se sobrepuso a su vanidad herida, a la furia que le provocaba que alguien creyera que podía ningunearla y salir airoso. Ken Bryan la necesitaba, si quería volver a triunfar en el negocio de la música. Así de simple y así de claro.

«La banca es quien dicta las normas, imbécil. Y no al revés».

La empresaria se limitó a darse la vuelta y se dirigió de nuevo a su coche.

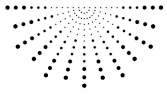
—Llámame cuando lleguéis al hotel —ordenó con frialdad.

Acto seguido, maniobró para dar la vuelta y se alejó, arrancando porciones del césped del jardín con sus neumáticos.

DENTRO DE LA CASA, detrás de la ventana del salón, desde la que tenía una buena panorámica de lo que sucedía fuera, Tom resopló rabioso. Lo había visto y oído todo. Y aunque tenía que reconocerle a su viejo amigo un buen par de pelotas, la verdad era que desafiar de aquel modo a una mujer como ella era una absoluta insensatez.

Sandy era de la clase de persona de quien podías tener una certeza; antes o después, su puñalada trapera llegaría. Sucedería cuando menos la esperabas y, desde luego, no la verías venir.

CAPÍTULO CUATRO



Chris colgó el auricular y se puso de pie. Jamie no solía ser de los que interrumpían las reuniones por tonterías, así que algo importante se traería entre manos.

—Continuad con la tormenta de ideas —les dijo a los tres miembros de su equipo—. Enseguida vuelvo.

Chris recorrió el largo pasillo al que daban varios despachos que había a izquierda y a derecha, la mayoría de los cuales estaban destinados a ser aulas formativas. La sede de la organización en Toronto estaba situada en una calle céntrica de la ciudad, en el primer piso de un edificio de cuatro plantas destinadas a oficinas. Estaba justo encima de la tienda donde la organización vendía productos procedentes del comercio justo con los que apoyaba y financiaba parte de sus proyectos.

Se detuvo ante la última puerta. Golpeó dos veces con los nudillos y entró.

Jamie le hizo señas de que tomara asiento frente a él y continuó firmando unos documentos. Luego, apartó la carpeta y se quitó las gafas.

—Me ha llamado Sommerfield. ¿Le has enviado el curriculum de Eva como candidata?

La directora de la OADASV había solicitado a una especialista en la organización y gestión de refugios para víctimas de la violencia de género para formar a las responsables de su proyecto estrella, una cadena nacional de residencias femeninas que dieran cobijo, cuidados y formación profesional a las mujeres víctimas de violencia de género y a sus hijos, hasta su completa reinserción social. En Tennessee, ya estaba en marcha con doce residencias situadas en grandes ciudades como Memphis, Nashville y Knoxville.

—En las fechas previstas, es la única que puede ocuparse. ¿Por qué? ¿Qué sucede?

—¿Y qué hay de ti?

Chris frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

Jamie se restregó su abundante cabellera castaña clara en un gesto de impaciencia. Se conocían desde la adolescencia y se conocían muy bien. Siempre habían sido los raritos que se interesaban más por el hambre en el mundo que de la discoteca de moda o de las citas del fin de semana. Ambos habían escogido el mismo camino: el de la cooperación internacional y lo habían hecho trabajando para la misma organización. Primero habían sido voluntarios. Tras alcanzar la mayoría de edad, se habían unido como trabajadores. Ella prefería bajar al ruedo, «embarrarse». Siempre había preferido la acción directa al papeleo. Él, en cambio, se sentía más útil siendo quien conseguía el dinero y los contactos para que los proyectos salieran adelante. De modo que ella había descollado en la acción directa, donde era un referente internacional —aunque a ella

«eso le daba igual»—, y él se había convertido en el director de la oficina de Toronto.

—Sé que te chifla ese proyecto, así que no te hagas la desentendida, ¿de acuerdo? —Chris se sonrojó y él asintió: mensaje recibido. Se estiró hasta la cafetera que tenía detrás del escritorio, junto a la ventana—. ¿Me acompañas con uno?

—No, gracias.

Ya había tomado su dosis matutina permitida de cafeína, y además, acababa de ponerse de los nervios, solo con imaginar la remota posibilidad de abandonar su aburrido trabajo de despacho y bajar a la arena, a hacer algo realmente interesante. No deseaba añadir más excitación, tomándose un café.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Qué hay de ti?

—Ni tú has respondido la mía —apuntó Chris con desparpajo—. Eva es la persona idónea para ese proyecto. Está disponible en esas fechas, tiene más experiencia en formación de cooperantes, casi la misma experiencia en el campo de la violencia de género y —añadió, risueña —, no tiene una casa de la que ocuparse porque todavía vive con sus padres.

—Ya. Pero Sommerfield te quiere a ti, no a ella.

—¿Ah, sí? Como si esto fuera un catálogo de donde elegir… Además, ¿qué es esa tontería de que me quiere a mí? Apenas me ha visto dos minutos en un cóctel… Ni siquiera tiene mi curriculum…

—Lo tiene. Se lo envié yo cuando todavía estabas en Tanzania.

Chris lo miró confusa, luego se puso de pie y con aquel desparpajo que a Jamie siempre le hacía gracia, se dirigió a la cafetera y se sirvió un café mientras refunfuñaba.

—Ya empezamos otra vez… Se supone que he regresado a Canadá. Que estoy en tierra y aquí me quedaré. Que se acabó la aventura para mí. ¿Se puede saber por qué le has enviado mi currículum?

Jamie hizo girar su sillón hasta quedar de frente a Chris.

—Se lo envié por dos razones. Primero, porque te conozco y sé que en ese despacho te marchitarás. Y eres demasiado valiosa. Para nosotros. Para la cooperación internacional. Para mí, Chris. Si tengo la menor posibilidad de evitar que eso suceda, la aprovecharé.

—Por lo visto, ya lo has hecho —espetó ella, sin ocultar su contrariedad.

—Exacto. ¿No quieres saber cuál es la segunda razón? —Chris mantuvo la mirada en él, pero no dijo nada—. Se lo envié porque ella me lo pidió.

La breve conversación que habían mantenido durante el cóctel regresó a la mente de Chris arrojando luz sobre el tema. Ahora entendía que se hubiera acercado a saludarla y esa sensación rara al oírla hablar de su propio trabajo y lo bien que estaba considerado en Estados Unidos. Por no mencionar, aquella observación de que en persona parecía aún más joven. Claro, no solo había leído su currículum; también había investigado sobre ella.

—Y supongo que enviarme al cóctel no fue una coincidencia…

—No. Se lo comenté a la jefa y ella me dijo «que asista Thompson en mi lugar».

Chris exhaló un suspiro.

—Me pones en un problema, Jamie. Le prometí a Lilly que esta vez habíamos vuelto para quedarnos y llevar una vida normal.

—Esa vida normal no es para ti y lo sabes muy bien. No te enviaría a un proyecto que requiriera trabajo físico, ya no cualificas para algo así. Y, suponiendo que pudiera saltarme las normas, no lo haría porque solamente conseguiríamos empeorar esa lesión en tu rodilla. Pero este proyecto, sí. Estás perfectamente capacitada para hacer un excelente trabajo y concederte algún

viaje de tanto en tanto hará más llevadero tu nuevo puesto burocrático. Además, solo son tres semanas, Chris. Tres semanas y en Nashville, no en la selva africana. Venga, piénsatelo ¿quieres? No voy a obligarte. Si decides declinar su oferta, te apoyaré. Pero creo que deberías considerarlo seriamente.

Como si ella no se muriera de ganas de considerarlo seriamente… Ese no era el problema.

—Ja. ¿Y se lo dices tú a Lilly? Me ha costado Dios y ayuda conseguir que no se presente aquí cada día «para charlar conmigo», ¡¿y tú quieres que me vaya tres semanas a Nashville?!

Se refería a que mientras Lilly había estado con ella en Tanzania, no había una separación estricta entre los momentos de trabajo y los momentos privados. Vivían en la comunidad que OXFAM coordinaba junto con otras dos organizaciones sin ánimo de lucro, y si Lilly quería pasar un rato con ella, no tenía más que cruzar al otro lado del camino que allí la encontraría dando clases, trabajando en la huerta o ayudando en la cocina o en la enfermería.

—Lilly es una mujer ya. Puede quedarse sola veinte días sin que le suceda nada. Y no, no pienso ser yo quien se lo diga… Eso es cosa tuya —y esbozando una gran sonrisa, añadió—: ¡pero te deseo suerte! ¡Te mando todo mi apoyo y mis buenas vibras!

Chris se cubrió el rostro con las manos.

Ya, pensó, ojalá eso fuera suficiente.

EL PEQUEÑO BISTRÓ DONDE Chris solía comer algo rápido los días laborales estaba casi al completo cuando llegó aquella calurosa mañana de julio. Escogió la mesa más próxima a la barra y se sentó. La tía Dottie aún demoraría unos buenos diez minutos en llegar. Dejó su cuaderno rojo junto a la estilográfica, sobre la mesa, y colgó el bolso y el bastón del respaldo de su silla. Notó que no quedaba ningún taburete libre en la barra. Los ocupantes, en su mayoría mujeres, despachaban sus platos combinados mientras seguían las noticias del día a través de la gran pantalla de televisión que estaba frente a ellos, sobre la pared que había detrás de la barra, rodeada de estantes repletos de bebidas alcohólicas.

Después de indicarle al camarero que le trajera un agua con gas mientras esperaba a su acompañante para pedir, Chris decidió aprovechar esos minutos extra para confesarse con su diario personal.

Tres semanas en Nashville formando al personal de la OADASV. Guau. Cada vez que lo pensaba, se sentía pletórica de energía… No era como trabajar en aquellas aldeas perdidas de la mano de Dios, pero la ilusión que le provocaba se le acercaba bastante. Además, por más que jamás lo hubiera admitido en voz alta, la verdad era que, para bien o para mal, su rodilla había dicho basta. Las últimas semanas en Tanzania apenas conseguía dormir tres o cuatro horas bajo los efectos de las ampollas de Nolotil inyectable que Jamie le había llevado personalmente, aprovechando una parada técnica en su viaje de inspección de los distintos proyectos africanos de la organización. Y eso que ella no le había dicho una sola palabra acerca del nivel de dolor que soportaba; ventajas (o desventajas, no estaba muy segura) de conocerla desde hacía tantos años. La irregularidad del terreno, la falta de comodidades y el intenso calor, convertían cada paso que daba en una tortura que soportaba en silencio, procurando que nadie se diera cuenta. No es que fuera de mártir por la vida, pero todos los cooperantes ya trabajaban extenuantes jornadas; se negaba a ser un peso muerto sobre la espalda de sus compañeros.

La prueba de que ya no era físicamente apta para ese tipo de misiones era que, desde que había regresado al mundo civilizado, no había vuelto a necesitar analgésicos. Bueno, casi. Ayer le había bajado la regla tras dos meses de ausencia y la estaba matando. Pero eso era harina de otro costal. Sus menstruaciones siempre habían sido irregulares y dolorosas. Daba igual si estaba en plena jungla natural o en una de asfalto, el dolor formaba parte del proceso. Por eso, cada vez que veía los anuncios de productos de higiene femenina, más se convencía de que los creativos publicitarios que las diseñaban tenían que ser hombres; solo alguien que jamás lo había vivido en carne propia podía pintar un cuadro tan bucólico.

Tres semanas en Nashville.

A ver cómo se lo decía a Lilly. Y a ver cómo sobrevivían —ambas— a estar separadas. Las dos eran muy pegotes la una de la otra. Lilly se presentaba en las oficinas centrales de la organización con cualquier excusa, pero ella no se quedaba atrás; la freía a mensajes de texto. Siempre habían estado muy unidas y pasar veinte días separadas no les resultaría sencillo a ninguna de las dos. Eso, por no mencionar su promesa de que se habían acabado los viajes.

Además, Lilly estaba en una edad difícil. Acababa de cumplir los veinte y dejarla a su aire… La mayoría de sus amigas de la infancia se habían independizado de sus padres. A Chris le resultaban demasiado mayores y experimentadas en comparación con su dulce Lilly. No le gustaba nada aquel cambio radical de entorno, y no quería perderla de vista.

—Si ya estás con tu diario, es que algo ha sucedido…

Chris levantó la vista sorprendida y le ofreció una sonrisa a la sexagenaria delgada y canosa que estaba frente a ella.

—Bueno, siempre estoy con mi diario, pero la verdad es que sí. Algo ha sucedido…

Tras dejar sus cosas en el respaldo de la silla y tomar asiento, la mujer se pasó una mano por el cabello. Lo llevaba muy corto y sin teñir, así que aquel repaso no era cuestión de prolijidad sino de coquetería. Chris sonrió ante la familiaridad de aquel gesto. Dottie le devolvió la sonrisa, pero Chris pronto descubrió que no sonreían por lo mismo.

—¿Qué? ¿Te ha llamado Jared?

Chris frunció el ceño.

—¿Está en la ciudad?

O sea, que no tenía que ver con Jared, pensó Dottie.

—Vive aquí. Se trasladó hace dos meses —le explicó a su sobrina—. ¿Qué es lo que ha sucedido entonces?

La llegada del camarero demoró la respuesta hasta después de hacer el pedido. Cuando volvieron a estar a solas, Chris dijo:

—¿Has estado con él?

Dottie sonrió para sus adentros. Dijera lo que dijera, y siempre decía lo mismo —«es agua pasada»—, Jared Milton le seguía interesando. Tampoco era de extrañar. Era el único hombre que había conseguido amarrar a su sobrina en una relación que había durado la friolera de tres meses. Todo un récord para la indómita Chris Thompson, que a sus veintiocho años continuaba con el corazón invicto. Nada deseaba tanto como verla claudicar, enamorarse, formar una familia… A veces se preguntaba si a ella le quedaba vida suficiente para verlo suceder.

—Pues, sí… —dijo con tono fingidamente casual y añadió—: Bueno, ¿vas a compartir con un ser vivo lo que le estabas cotilleando a ese pedazo de papel, o no?

Nashville, sí. Durante un instante, el interés por aquel novio, del que no sabía nada desde hacía seis años, eclipsó lo demás. Pero solo fue un instante. Ni siquiera tanto; una fracción de

instante. Volvía a sentirse llena de energía.

—Hay una organización en Tennessee especializada en violencia de género. Es la primera de su clase en esa parte de Estados Unidos. —Hizo una pausa, e incapaz de ocultar su ilusión, añadió—: Están interesados en que me ocupe de formar al personal.

Dottie sonrió.

—Pero… —dijo, instándola a continuar.

Chris exhaló un suspiro.

—Son tres semanas en Nashville… ¿Cómo voy a decírselo a Lilly? ¡Se va a coger un berrinche…!

El camarero regresó con el pedido. Dos sándwiches de pavo con guarnición verde y patatas fritas, y más agua con gas. Dispuso todo sobre la mesa y se marchó.

Las dos mujeres empezaron a comer mientras charlaban.

—Tonterías. Le haces demasiado caso a sus estados de ánimo. Ya no es una niña, y vale, te echará en falta, pero ella tiene que tener su vida y tú, la tuya.

—No es solo ella, también soy yo. No me gusta la idea de dejarla sola tanto tiempo…

La sexagenaria frunció el ceño.

—¿Pero qué dices tanto tiempo? ¡Tres semanas no es nada! Además, no tiene por qué estar sola. Puedo trasladarme a tu casa y quedarme con ella hasta que regreses.

A Chris se le iluminaron los ojos.

—¿Lo harías?

—Claro. ¿No lo he hecho siempre?

«Siempre» había estado sola. Soltera. Ahora, y por eso de que nunca era tarde si la dicha era buena, tenía pareja. No lo había anunciado oficialmente, pero Chris sabía que ya no dormía sola.

—¿Y qué dirá Frank? ¿Crees que a él también le parecerá bien? —le preguntó con cariño.

La mujer dejó el sándwich sobre el plato, se limpió la boca con la servilleta y miró a su sobrina con una expresión seria en el rostro.

—Frank es un buen hombre y le parecerá bien lo que a mí me parezca bien. Pero si no fuera así, me daría igual. Creo que me conoces lo bastante para saber que no hay nada ni nadie más importante que vosotras para mí. ¿Estamos?

Chris le palmeó la mano suavemente y la conversación se reanudó. Le contó detalles del proyecto de la OADASV, de por qué le gustaba tanto. También le habló de su directora, April Sommerfield y las impresiones que había tenido de ella tras la breve conversación que habían mantenido en Nueva York. Estaba relatándole eso cuando sus ojos quedaron enganchados a la pantalla de televisión.

Chris había dejado la frase a medias y lo había hecho de forma tan abrupta que Dottie se fijó en ella. Al hacerlo, vio que miraba con total atención los sucesos que mostraba la gran pantalla de televisión. Su expresión se había teñido de sorpresa.

Los ojos de Chris, como si estuvieran hechizados, recorrieron la imagen del hombre que dominaba la pantalla. Vestía una ceñida camiseta negra de mangas cortas que no solo dibujaba el contorno de sus músculos bien torneados, también exponía sus múltiples tatuajes. El negro destacaba su melena rubia poblada de reflejos naturales más claros. Con aquel estilo Bon Jovi, aunque un poco más largo y con la raya ligeramente más al medio, que le favorecía tanto. Y una barba de dos días que ella detestaba ver en un hombre, excepto en el que ahora miraba completamente abstraída. Le daba aquel aire tan sexi a un tipo que ya era terriblemente sexi sin ayuda de más complementos. Cuando la cámara alejó el plano, pudo ver que los tejanos eran tan

ceñidos como la camiseta. Calzaba unas botas de cowboy de color crudo y llevaba una cadena plateada que iba de la pretina delantera del pantalón a la trasera, cayéndole sobre el muslo y la cadera. Lo estaban entrevistando en algún concierto. Se veía un escenario al aire libre y una decena de gente trabajaba febrilmente conectando los equipos. Era él. Lo habría reconocido aunque la cámara no hubiera acercado el plano, encuadrando aquellos tremendos ojos grises.

Un primer plano, y aquella mirada increíble se la tragó entera. A la pantalla y a ella, que empezó a sudar como si estuviera sentada sobre un brasero.

Dottie le estaba hablando, pero el cerebro de Chris era incapaz de procesar lo que le decía. Como si su voz le llegara a través de un grueso muro de algodón. ¿Quién era él, aparte del tipo con quien había chocado en el baño de caballeros de un hotel de Nueva York? El volumen de la televisión estaba muy bajo y no alcanzaba a entender nada. ¿Y dónde estaba? ¿Qué imágenes eran esas?

En aquel momento, el logo del «WORLD AID - Filadelfia», sobrevoló la pantalla proporcionando a Chris una respuesta a su primera pregunta. La respuesta a su segundo interrogante le llegó como un texto sobreimpreso que se mostró debajo del entrevistado.

Su nombre era Ken Bryan.

EMPEZABA A SER COMO en los viejos tiempos cuando se iba de gira, siempre rodeado de admiradores y curiosos, y custodiado permanentemente en cuanto sacaba un pie fuera de la cama. Hasta el jefe del equipo de seguridad era el mismo, pensó Ken mientras observaba como Shane Norton se desembarazaba con su limpieza y amabilidad habituales del grupito de veinteañeras que pretendían acceder a la cafetería del hotel, donde él estaba tomando un tentempié en compañía de Tom. A los antiguos músicos de su banda aún no los había recuperado, pero confiaba en hacerlo pronto.

La pasión con la que sus fans habían acogido su regreso, los había tomado a todos por sorpresa. Excepto a él, claro. Él nunca había dudado de su capacidad para recuperar su antigua gloria. Bueno, tanto como «nunca»… Durante los meses que había descendido a los infiernos, sí. Pero entonces no era él mismo, así que no contaba. Tanto era así que, tras el incidente en aquel baño de caballeros de un hotel en Nueva York, hacía diez días, Shane había regresado a su vida. Lo cual también había sido una sorpresa. Había dejado de trabajar como guardaespaldas hacía cuatro o cinco años. Tras casarse y usar sus ahorros para montar algún negocio en su Milwaukee natal, quería llevar una vida más tranquila. Las cosas, por lo visto, no habían resultado según lo planeado. Un divorcio nefasto lo había desplumado y había regresado al negocio de la seguridad con los treinta y ocho cumplidos. Pero seguía estando en forma. Más calvo —directamente había optado por raparse al cero—, pero igual de eficaz.

Había sido una suerte que aquella tarde, la del baño, él no llevara guardaespaldas. De otra forma, no habría tenido la necesidad de esconderse en aquel retrete… Y la chica del bastón y él, no se habrían conocido.

Aunque, bien visto, «conocer» era solo una forma de decir…

Un suspiro escapó de la boca de Ken al recordar que seguía sin encontrar la manera de saber más de ella. Alguna debía haber, pero no se le ocurría cuál.

—Oye… Ya sé que los rollos organizativos siempre te han aburrido cantidad, pero ¿quieres

hacer el favor de prestarme atención? Odio que estés en Babia cuando hablamos de esto, porque después las cosas no salen bien, tú te cabreas y yo acabo con una pataleta al hígado…

Ken miró a su amigo con ojos de no entender. Efectivamente, no entendía. Si Tom le había estado explicando algo, desde luego, él no se había enterado.

—Sí, tienes razón. Perdona… ¿qué decías?

Tom bebió un buen sorbo de cerveza, considerando la situación. Algo rondaba la cabeza de su amigo. No era de ahora. Llevaba así unos días. ¿Estaría preocupado por algo? ¿Quizás las noticias sobre la evolución de la salud del cabeza de la familia Bryan no eran alentadoras?

—¿Tu padre está bien? —le preguntó.

Ken asintió.

—Sí, por suerte. Creen que la semana que viene ya podrá dar algún paseo cortito…

—¿Así que todo está bien por casa?

—Toquemos madera… —concedió el cantante. Sus ojos sobrevolaron brevemente el vaso de cerveza que había junto al plato de Tom. Enseguida se concentraron en su vaso de agua, que llenó hasta los topes del líquido helado.

—Llevas días con la cabeza en otra parte —dijo Tom. Ya que la razón no era su padre, ni su familia, quería saber cuál era—. ¿Por qué no lo sueltas de una vez, así podemos seguir con los asuntos importantes de hoy, esos que te aburren tantísimo?

Ken bebió un sorbo de agua para ganar tiempo. Otro más para aplacar las ganas de tomarse una buena cerveza. Y un tercero para ganar aún más tiempo, a ver si se le ocurría la manera de salirse por la tangente. Tom no era un buen interlocutor cuando el tema iba de mujeres…

Pero era ingenioso y, al contrario que él, muy bueno en el arte de estar enterado. Quizás a Tom se le ocurriera una forma de dar con la mujer del bastón. Lo malo era que tendría que ofrecerle algo de información a cambio. Y soportar sus bromas…

—Si quisieras localizar a una persona de la que solamente tienes su nombre de pila, ¿qué harías?

No había acabado de decirlo que Tom ya estaba sonriendo. Era su sonrisa intrigante, la que ponía siempre que el tema iba de mujeres. Ken procuró ignorarla, aunque era consciente de que no con mucho éxito.

—Sácame de la duda, ¿todavía no has tenido ocasión de presentarle tus respetos o... —Tom frunció el ceño, haciéndose el pensativo— despistado como siempre, has perdido su teléfono?

¿Perdido? Ken pensó en la servilleta plegada en cuatro que aún guardaba en la cartera y tuvo que apartar la mirada.

—No es asunto tuyo, chaval. Pero si se te ocurre alguna idea, será bienvenida.

Tom asintió a punto de soltar una carcajada.

—Ah, entiendo… Nunca has tenido su teléfono. Vale, entonces está claro que necesitas ayuda, chaval. Pero no solo para localizarla. Si no le ha dado su teléfono al Gran Ken Bryan, entonces…

Ken le obsequió una mirada sardónica.

—Oye, no te pases, ¿vale? Es alguien que conocí en el cóctel de la semana pasada. Como te imaginarás, con Sandy pegada a mi sombra, no tuve tiempo para hacer relaciones públicas.

Era una excusa tamaño elefante africano que, seguramente, colaría ante Tom. Esperaba que así fuera, porque por más que desde el primer momento le hubiera echado humor a todo aquel asunto, cada vez que caía en la cuenta de la verdadera razón por la cual tenía un dibujo de Bob Esponja en vez de un número de móvil, su vanidad se revolvía a base de bien. Algo que no

pensaba reconocer ante el tío más ligón de la galaxia, por más amigos que fueran.

—¿Quieres que me ocupe? —ofreció Tom, divertido.

Ambos sonrieron.

—*Nah*… Me basta con alguna sugerencia.

Tom asintió ceremoniosamente.

—Entonces, ahí va una. En los eventos con fines benéficos se suelen hacer muchas fotos. A la gente le gusta disfrutar de su minuto de gloria cuando acaba de soltar la pasta…

Sí, recordaba haberse librado por los pelos en dos ocasiones. Sandy quería que los retrataran juntos a toda costa. Ken asintió.

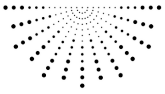
—Gracias, tío. No había pensado en eso… ¿Has traído el portátil?

Tom le dio un bocado a su sándwich ejecutivo después de responder:

—Eso es como preguntarme si he traído el móvil. Claro, tío, ¿cómo crees que controlo tus asuntos sin despegarme de ti?

Ken, para variar, ya no lo estaba escuchando. Su mente había regresado a los canapés de salmón y a la estupenda compañía con quien los había disfrutado.

CAPÍTULO CINCO



Chris dejó las llaves sobre el mueble artesanal de roble de la espaciosa entrada.

—¡Ya estoy en casa! —dijo en voz lo bastante alta como para que la oyera la otra habitante de la casa—. Voy a preparar unas estupendas, crujientes, sabrosísimas pechugas de pollo al estilo Kentucky. Si a alguien le interesa, que corra porque en cinco minutos se cierra la cocina…

No hubo respuesta. Chris, que se estaba descalzando, echó un vistazo a su reloj de muñeca.

—¿Lilly? —la llamó.

Tampoco la hubo ahora. Dejó el bolso y el portafolio allí mismo, en el recibidor y con ayuda del bastón, subió descalza las empinadas escaleras de madera enmoquetada que conducían a la primera planta de la casa. Todo estaba en silencio y la habitación de Lilly, a oscuras. Evidentemente, no estaba en casa. Qué raro que no le hubiera avisado que se retrasaría. Ya había sacado el móvil del bolsillo para llamarla, cuando escuchó el característico sonido de las campanillas de la puerta del trastero, en la planta baja.

La sensación de alivio que le recorrió el cuerpo al oír la voz de Lilly, le hizo tomar conciencia de que, sin darse cuenta, ya había empezado a preocuparse. Regresó hasta la escalera y sonrió al ver a su hermana al pie de la misma, con los brazos en jarra.

—¿Qué estás haciendo ahí arriba, si se puede saber? —empezó a decir la joven, al tiempo que subía en busca de su hermana mayor—. Este fin de semana, le aviso a Jamie y mudamos mi habitación aquí abajo. Pánico me da verte maniobrando en esta escalera con el bastón.

—Tú puedes mudarte donde quieras, pero no esperes que deje de disfrutar de la casa porque ahora tenga la rodilla un poco fastidiada… ¡Me he acostumbrado a cosas peores! —depositó un beso en la mejilla de su hermana menor y, cordialmente pero con firmeza, rechazó el brazo que ella le ofrecía para apoyarse. Vio que la joven ponía los ojos en blanco—. Estoy bien, nena… ¡Y mejor que estaré cuando empiece con la rehabilitación! Tú, tranquila, que está todo controladísimo.

Había hablado con el optimismo y la fuerza que la caracterizaban, pero eso no evitó que Lilly contuviera el aliento y no volviera a soltarlo hasta que las dos llegaron a la planta de abajo y Chris se recostó contra la pared, para recuperar el suyo.

—Ufff… Hace calor —admitió, abanicándose con una mano—. Iba a preparar unas pechugas de pollo fritas, pero antes creo que voy a necesitar un agua con gas bien fresquita… ¿Me la traes?

La joven le dedicó una sonrisa burlona y se dirigió a la cocina bajo la mirada cariñosa de Chris, que despacio y con cuidado se dejó caer sobre el tercer escalón. Tras acomodar su espalda en el ángulo que formaba el escalón al insertarse en la pared, extendió la pierna lesionada hasta

apoyar el talón sobre el hueco de la balaustrada, entre dos barrotes.

De a poco, empezaba a recuperar el resuello, y ahora que ya no estaba preocupada por Lilly y su rodilla había dejado de quejarse por lo estrechas y empinadas que eran las escaleras, el viaje a Nashville volvió a su mente, y con él, todos los sentimientos asociados, propios y ajenos. A ver cómo se lo tomaba Lilly.

Un vaso lleno de agua con burbujas situado graciosamente frente a su cara, la sacó de la abstracción. Lo agradeció y bebió el contenido mientras Lilly se ponía cómoda en el rellano, con las piernas cruzadas al modo indio.

Podía dejarlo para después de comer, cuando se echaran en el sofá a ver la tele, pero no quería prolongar aquella situación. Lo mejor era decirlo, y hacerlo ya. Volvió la cabeza hacia la veinteañera, pero entonces oyó su voz. Ella se le había adelantado.

—Tracey y su madre me han invitado al cine esta tarde…, pero con estas pintas… Tendré que cambiarme. Hoy ha hecho un calor horroroso —Lilly titubeó, y al fin añadió—. ¿Te importa que hoy te deje cenando solita?

Chris suspiró. Extendió la mano y acarició la pálida mejilla de su hermana menor. Por lo visto, tendría que postergar el tema viaje a Nashville.

—Claro que no… ¿Qué vais a ver?

—«La liga de los hombres extraordinarios». A mí la idea no me seduce demasiado, pero no quería parecer descortés. La verdad es que, desde que hemos vuelto, toda su familia se ha mostrado superacogedora. Son buena gente.

Chris asintió. Los conocía desde hacía varios años. Lilly y Tracey habían sido compañeras de curso. Se llevaban bien.

—No vuelvas más tarde de las once, ¿vale? Mañana tengo que madrugar y ya sabes que hasta que no estás en la cama, no me quedo tranquila.

Lilly rio divertida.

—¿Crees que conseguiría mantenerme despierta después de esa hora? ¡Lo más probable es que me duerma en el cine! La sesión acaba a las nueve y pico, así que a las diez me tendrás en casita de nuevo. No te preocupes. Y ahora me voy a cambiar o llegaré tarde.

Lilly pasó por encima de su hermana y subió aprisa las escaleras.

—¿Cogerás un taxi? —quiso saber la hermana mayor.

—Me traen a casa, Chris. ¡Tienen coche! Algo que nosotras también deberíamos volver a tener… ¡Ya hablaremos del tema!

Lilly había necesitado apenas quince minutos para adecentarse y hacía ya una hora que se había marchado. Chris se había dado una ducha, aunque lo que le apetecía de verdad era uno de esos baños espumosos con que solía obsequiarse con frecuencia, desde que había regresado al mundo civilizado. Jamás llenaba la bañera por encima de la mitad, y eso hacía que el agua se enfriara a gran velocidad y el placer apenas durara unos cuantos minutos, pero le devolvían el tono vital y facilitaban el sueño. Así que procuraba acallar sus reivindicaciones ecologistas y darse uno todas las veces que podía. Hoy, sin embargo, el hambre era mayor que cualquier otra necesidad.

Saboreó el último bocado de sus dos pechugas de pollo fritas al estilo Kentucky, apuró lo que le quedaba de agua en el vaso y dejó los platos sucios en el fregadero para lavarlos al día siguiente. De camino al salón, cogió su cuaderno de tapas rojas, la estilográfica y el portátil que había dejado en el mueble de la entrada y, tras depositar el bastón sobre la mesilla ratona, tomó posesión de su asiento favorito.

Quizás más tarde, pondría un rato la televisión. Ahora, no. Tantos años alejada del mundanal ruido, de esa terrible costumbre de comer con las (pésimas) noticias que ocupaban la mayor parte de los telediarios… Francamente, prefería quedarse mirando las paredes. Puso a un lado el portátil, junto al sillón contiguo, y abrió su diario.

Fue como haber abierto la caja de Pandora. En un instante, ya no estaba en el salón de su casa, sino en aquel bistró, mirando hechizada las imágenes que ofrecía la gigantesca pantalla de televisión mientras tía Dottie le hablaba sin que ella tuviera la menor idea de lo que le decía.

Desde el primer momento, había cortado de raíz con el asunto. El asunto del desconocido sexi del baño. Había evitado por todos los medios saber más acerca de él. O que él supiera más acerca de ella. Sencillamente, carecía de sentido hacerlo de otro modo. Lo tenía claro. Nunca había sido una mujer dada al flirteo fácil. A ningún tipo de flirteo, en realidad. Además, en este caso, él tenía una de esas profesiones que se fundían con su vida privada hasta convertirse en una misma cosa. Era «famoso». Si había algo que ella detestaba, era ese estilo de vida. Le parecía el súmmum de la banalidad. Sin embargo, no había podido dejar de pensar en aquel primer encuentro. Y en el siguiente. Era un recuerdo recurrente que la dejaba nerviosa y confusa. Un recuerdo que, a pesar de todos sus esfuerzos por evitarlo, ahora también tenía un nombre propio.

Ken Bryan.

Ahora sabía a qué se dedicaba, la razón de por qué era «famoso».

No tenía más que coger el portátil, lanzar su navegador de internet, y teclear su nombre en el campo de búsqueda. Así de fácil. Vida y obra de Ken Bryan al alcance del ratón.

La idea era tentadora y sobrecogedora al mismo tiempo.

¿Ceder a la tentación le ayudaría a entender por qué no había dejado de pensar en aquel encuentro fortuito en el baño de caballeros?

Absorta en sus pensamientos, Chris recorrió con sus ojos la habitación para acabar posándolos nuevamente sobre el portátil. Era como si el maldito aparato la estuviera llamando.

¿Le daría alguna pista de por qué aquellos ojos grises increíblemente hermosos seguían clavados en su mente?

Bufó. Se quitó la bata con gestos malhumorados. Estiró varias veces el borde del escote del camisón de tirantes en un intento de aliviar el calor que la invadió en un instante.

Era verano y julio seguía siendo el mes más caluroso, se consoló. Pero en su fuero interno sabía muy bien que aquello no era más que producto del bochorno que la invadía cada vez que tomaba conciencia de que a sus años seguía fantaseando con aquel suceso irrelevante que había tenido lugar en el baño de un hotel hacía unos días.

—Irrelevante —repitió en voz alta—. O sea, que carece de relevancia o de importancia. ¿Te enteras, Chris? ¿Sí? Muy bien, gracias.

Exasperada consigo misma, volvió a tomar su cuaderno y se puso a escribir.

A 800 kilómetros de allí…

KEN ENTRÓ en su habitación del hotel, soltando cosas por el camino: las llaves, el bolso, sus gafas de sol…

Apartó la silla estilo sillón que había frente a la mesa y tomó asiento en ella. Depositó el

portátil de Tom sobre la mesa y lo conectó.

30 ºC. Filadelfia era un horno y aquellas veinte manzanas cerradas al tráfico alrededor del estadio donde en unas horas comenzaría el gran concierto se habían transformado en el mismísimo infierno: miles de personas, toneladas de equipos eléctricos y un nivel de decibelios que por sí solo habría sido suficiente para calentar el núcleo de una bomba atómica.

Ken se quitó la camisa y descalzó los pies. Estaba asado, de modo que fue al baño a refrescarse un poco. Puso la cara bajo el chorro de agua fría y sin secarla, se refrescó el pecho y las axilas. Regresó al salón y abrió la puerta del minibar. Podía elegir entre agua con gas y agua sin gas. Obviamente, Tom se había ocupado de la selección de bebidas, pensó con sorna.

Cogió una botella de agua con gas y bebió a morro un buen trago antes de regresar a la mesa. Para entonces, el portátil mostraba la pantalla de inicio por defecto de Windows. Volvió a acomodarse en la silla. Sacó el móvil del bolsillo de sus vaqueros y lo dejó sobre la mesa, junto a él, y se aplicó a la tarea que traía entre manos.

Le costó unos cuantos minutos dar con la combinación adecuada de palabras para obtener resultados relacionados con aquel evento en el que había coincidido con la mismísima Venus en persona. No recordaba el nombre del hotel y tampoco el del evento. Al fin, las consiguió a través de un pequeño artículo que recogía el *New York Times*. El bendito cóctel al que había asistido como acompañante de Sandy formaba parte del programa de la Tercera Conferencia Internacional sobre Derechos Humanos. Al mismo habían asistido cooperantes de organizaciones humanitarias de todo el mundo y diversas personalidades relacionadas con actividades filantrópicas. Solo había una imagen ilustrando el artículo, y no era la que él buscaba. El artículo mencionaba a más de quince organizaciones no gubernamentales seguidas de un alarmante «entre otras», así que antes de ponerse a mirarlas una por una, decidió tentar suerte introduciendo el nombre de la conferencia y la palabra «imágenes».

Diez minutos más tarde, ya sin agua y con su cara empezando a coger la forma de una pantalla de ordenador, decidió que ya sabía algo más de «Chris de Chris»: al igual que él, era experta en esquivar las fotos. No salía en ninguna. Y había cientos.

Antes de ponerse con la búsqueda por organización, volvió a saquear el mini-bar. Necesitaba re-hidratar su sistema y calmar la ansiedad. Sí, también eso. Su primer concierto importante en casi tres años. Y su primera participación en un macro-espectáculo de esta envergadura. Había tomado parte en festivales *country* que reunían a miles de personas, pero nunca en nada parecido al concierto multitudinario que reuniría aquel fin de semana a más de doscientos artistas del rock, pop, jazz y country.

Y, además, tenía ansiedad por ella, la mujer del bastón.

La idea de volver a verla lo llenaba de una renovada expectativa. Una que había dejado de sentir hacía años, cuando todavía era un adolescente.

Tras varios minutos, Ken había descartado a cuatro organizaciones no gubernamentales. Eso no quería decir que «Chris de Chris» no perteneciera a ellas. Suponiendo que fuera una cooperante y no una filántropa, claro. Solo significaba que su foto no aparecía en ellas, ni tampoco en alguna noticia relacionada con la conferencia.

Tecleó el nombre de la quinta organización. No pudo evitar sonreír cuando la imagen de aquel bote con tapa roja regresó a su mente. Era una crema de cacao que estaba de muerte. En su casa, solían comprar productos procedentes de las tiendas de comercio justo que auspiciaba la organización en cuestión. Todos estaban buenísimos, pero esa crema de cacao era imposible. Sus hermanos y él se la comían a cucharadas.

Con la sonrisa aún en los labios, exploró la página web de OXFAM, pestaña a pestaña, mientras daba pequeños sorbitos a la botella de agua. Tampoco había nada allí. Entonces, avanzó hasta el pie de la página y vio que la organización tenía diecisiete delegaciones repartidas por todo el mundo. Se quedó pensando unos instantes. Quizás eso explicara aquel inglés que, aunque nativo, no asociaba con ninguno que hubiera escuchado antes durante sus giras a lo largo y ancho de la geografía norteamericana. Las exploró por orden, según estaban listadas. No aparecía ni en Estados Unidos, ni en Australia, ni en Bélgica, ni en Alemania. A ver qué tal con Canadá. Pinchó la pestaña «acerca de nosotros», siguió abriendo ventanas y al fin, llegó al personal de la organización.

Y allí, con su cabello recogido y la sonrisa más increíble que había visto en toda su vida, estaba ella: se llamaba Chris Thompson. Era cooperante, no filántropa, y su curriculum ocupaba toda la pantalla.

Con creciente interés, los ojos de Ken devoraron las palabras de aquella presentación, y con cada nuevo dato que aprendía, su sorpresa crecía más y más. Estaba literalmente con la boca abierta por lo que leía.

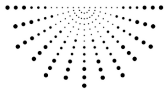
Había empezado a colaborar con la organización en la adolescencia y a los dieciocho se había unido a la plantilla mientras simultaneaba su trabajo con sus estudios universitarios. Era Socióloga. Dentro de la organización, se había especializado en proyectos relacionados con los derechos humanos, en especial, con los derechos de la mujer, y había participado en misiones humanitarias enfocadas en la educación en distintos países de tres de los seis continentes: Asia, África y América. Cuatro premios internacionales, entre ellos el de Naciones Unidas a los derechos humanitarios. Había pasado los últimos seis años en África, tres de ellos en Tanzania, dirigiendo el proyecto «Semillas», del que también era su creadora. Ahora estaba en oficina de la organización en Toronto, Canadá, al frente del área de formación.

Ken emitió un silbido de admiración y se recostó contra el respaldo, contemplando la imagen que ocupaba la pantalla.

Así que «Chris de Chris», la que obsequiaba dibujos a mano alzada de Bob Esponja a los ligones que le pedían el teléfono, era un peso pesado en el mundo de la cooperación internacional.

Guau. Guau. Guaaaaauuuuu.

CAPÍTULO SEIS



Jamie arrojó el vaso vacío de café a la papelera y apoyó un codo sobre el techo de la máquina de refrescos, una actitud de «espera que me ponga cómodo porque esto va para largo» que Chris conocía de sobra y detectó al instante.

—¿Qué? —dijo risueña, tras interrumpir su propio discurso sobre el millón de razones por las cuales no era conveniente irse tres semanas a Tennessee a formar al personal de la OADASV.

—¿Que… qué?

Chris apuró su café y también depositó el vaso vacío en la papelera de reciclaje de cartón.

—Cada vez que haces eso es que hay una objeción.

Jamie sonrió.

—A lo mejor estoy alardeando de tipo alto. ¿A que tú no puedes hacer lo mismo?

—¿Alardear ante mí? Venga, suéltalo de una vez, ¿quieres?, que nos conocemos mucho y bien.

—Exactamente, tú lo has dicho. Así que deja de dar vueltas con este tema y respóndeme a una pregunta… No se lo has dicho aún a Lilly, ¿verdad?

Eso de que la tuvieran tan calada no le gustaba nada. Ni siquiera tratándose de alguien en quien confiaba tanto como aquel canadiense de origen británico que quería como a un hermano.

Su respuesta fue del mismo estilo que Jamie conocía mejor que bien. Primero, un bufido y luego, una rápida negación con la cabeza.

—Ya veo —dijo él, por toda respuesta.

Chris volvió a soltar aire por la boca. Esta vez a Jamie le sonó a un suspiro.

—Es que… ayer fui para casa toda decidida y ella no había llegado… Y cuando lo hizo… Bueno, que no se lo he dicho y ya está. Mira, si ya no puedo hacer trabajo de campo, si ahora tengo que acostumbrarme a esto, lo mejor será que me quede y apechugue, ¿no te parece? Además, no sé… No me apetece nada dejarla sola aquí.

—¿Cómo que sola? Dottie me dijo que se ofreció a quedarse en tu casa con Lilly mientras tú estás de viaje… Y también estoy yo.

Chris asintió de mala gana.

Jamie también conocía esa expresión, pensó mientras abría la puerta del comedor para dejarla salir primero.

—¿Comemos juntos? —ofreció ella, antes de meterse en su despacho.

—No. Estaré ocupado —repuso él pasando a su lado en dirección a la sala de juntas donde le esperaban para una reunión.

Y ella también lo estaría en breve, pensó Jamie. Sacó el móvil y marcó una memoria. Chris era capaz de rechazar la oferta de la OADASV sin ni siquiera comentarlo con su hermana.

Y él, por descontado, no estaba dispuesto a permitirlo.

CHRIS RETROCEDIÓ las cinco páginas del expediente que había avanzado mientras su mente divagaba sin hacer el menor caso. Llevaba la mitad de la tarde igual; moviendo las hojas adelante y atrás, incapaz de concentrarse en nada más de cinco minutos seguidos.

En media hora tenía que impartir una clase y aunque se sabía el temario de memoria, ya que se trataba de un curso que había dictado muchas veces, no las tenía todas consigo de que en mitad de su exposición, su mente volviera a deambular por los otros asuntos que la ocupaban y ella se quedara en blanco.

Asuntos. En plural, sí. Porque aunque se suponía que solo había uno realmente importante —Lilly y la oferta de la OADASV—, cuando le quedaba un rato libre, su mente también se entretenía deleitándose en el señor de los increíbles ojos grises. Ahora, además, desde que conocía su nombre, lo traía al recuerdo con un rótulo sobreimpreso -igual que en la tele- en letras refulgentes, haciéndola sentir una completa idiota.

Lo peor era que con los recuerdos, volvían las sensaciones.

Por suerte, el sonido del teléfono la devolvió al presente.

—Chris Thompson al habla. ¿En qué puedo ayudarla?

—Buenas tardes, Chris. Soy April Sommerfield… ¿Tiene un momento ahora o prefiere que la vuelva a llamar más tarde?

Chris se incorporó de golpe en su silla.

—Ah… Hola, señora Sommerfield… Qué sorpresa… Por supuesto, dígame…

—Por favor, llámeme April… Todo está preparado a la espera de su respuesta, Chris. Mis chicas —dijo refiriéndose a las responsables de las residencias femeninas que la organización dirigía en el estado de Tennessee— por poco organizan una fiesta al enterarse de que al fin tenemos entre manos un plan de formación como Dios manda, con un panel de expertas internacionales en las distintas áreas formativas. Las pobres vienen echando mano del ingenio y son campeonas a la hora de vérselas con los problemas del día a día, pero no ven la hora de comenzar el curso…

—No me extraña que estén tan ilusionadas. El proyecto formativo es muy interesante. Incluso me atrevería a decir que muy innovador, con esa propuesta de organizar sesiones de trabajo con todas las responsables de las distintas residencias, intercambiando planes e ideas de forma activa. Es la primera vez que veo una propuesta de esa naturaleza y, desde ya le digo, que estoy convencida de que será un éxito. Nadie entiende mejor la problemática diaria de la gestión de una residencia que quienes están allí al pie del cañón, dirigiéndolas. Reunirlas en sesiones de trabajo para intercambiar experiencias y poner ideas y planes en común es también una estupenda forma de terapia para ellas mismas. Sinergia pura, April.

—Pero usted se lo sigue pensando —comentó la norteamericana—. *¿Qué sucede? Si hay algún problema, me gustaría saberlo… Quizás, pueda ayudarle.*

Chris titubeó. Detestaba hablar de asuntos personales con extraños… Por otro lado, aquella mujer le caía bien. Su proyecto también. Y estaba claro que era mutuo, ya que la llamada no

había pasado por centralita. ¿La mismísima directora de la OADASV llamándola directamente *a ella*? Era un lujo que no podía ignorar.

—Cuando tuve aquel accidente en Tanzania y me lesioné la rodilla, mi hermana Lilly se llevó un susto de muerte. Hacía tiempo que venía pidiéndome que regresáramos al mundo civilizado y entonces… Bueno, le prometí que lo haríamos. Que volveríamos a Canadá y que, en adelante, mi trabajo sería tranquilo y… —sonrió— *civilizado*. Y ahora usted me ofrece esta increíble oportunidad que me hace sentir tan halagada y tan entusiasmada, pero que me lleva lejos de mi casa otra vez… Tres semanas es muchísimo tiempo. No estamos acostumbradas a estar separadas… Tengo que hablarlo con Lilly pero, si le soy sincera, aún no he encontrado el momento oportuno.

—Entiendo. Bueno, su hermana también podría acompañarla, si usted quisiera. Estoy segura de que Nashville le encantaría y no habría problemas por el alojamiento… ¿A qué se dedica Lilly, si me permite la indiscreción?

—Desde ahora y hasta que acabe, solo a estudiar. Se ha matriculado en la Escuela de Alta Cocina de Toronto. Las clases empiezan en septiembre.

—Pues entonces, quizás podamos ocupar estas semanas libres en algo que le gusta. Un buen amigo mío pertenece al gremio. Es dueño de un restaurante muy famoso de la ciudad, con tres estrellas Michelin. Si le parece bien, puedo hablar con él. Suele recibir estudiantes en prácticas de todo el mundo… ¿Qué le parece la idea?

Chris sonrió ilusionada. Volvía a sentirse pletórica.

—Sería fantástico… No sabe cuánto le agradezco su interés y todas estas molestias que se toma… Podría aceptar su oferta, April. Su proyecto me maravilla y sé que Lilly no estaría sola aquí y además, ya tiene 20 años. Pero no voy a mentirle, hemos estado toda la vida muy unidas y separarme de ella, así de golpe, me resultaría muy difícil… Un proyecto tan fantástico se merece el cien por ciento de mi energía, y si tengo que dejar a Lilly sola aquí, una parte importante de mí no estará en Nashville…

—Lo sé y lo entiendo perfectamente. A ver qué le parece esto; usted intente encontrar el momento oportuno para hablar con su hermana, que yo, mientras tanto, hablaré con mi amigo. Quizás tengamos suerte y haya lugar para una estudiante más en su cocina.

Chris exhaló un suspiro aliviado.

—Muchísimas gracias… Me parece perfecto, April.

—Muy bien, entonces… Seguimos en contacto —se despidió la directora de la OADASV.

SIN EMBARGO, no fue Chris quien encontró el momento oportuno para hablar con Lilly, sino justo al contrario.

Al llegar a casa aquella tarde, Chris encontró a su hermana menor sentada en el tercer peldaño de la escalera que conducía a la planta alta de la vivienda. Vestía unos shorts negros y una camiseta de mangas cortas a juego, e iba descalza. Acababa de darse una ducha y su pelo, peinado hacia atrás, lucía empapado. Una criatura hermosa, tal cual estaba, al natural.

—¿Qué haces ahí? —le preguntó a modo de saludo.

Chris continuó con su ritual bajo la mirada sonriente de su hermana menor. Dejó llaves, bolso y móvil sobre el mueble de la entrada y se descalzó. Luego, se acercó a Lilly, depositó un

beso sobre su frente y con ayuda del bastón, se sentó junto a ella en la escalera. La miró con gesto risueño, esperando que ella respondiera a su pregunta.

—Esperarte. Y evitar que te rompas la crisma escalando este Everest que tenemos por escalera, con la ayuda de ese bastón.

Chris asintió.

—¿Qué tal el día?

Lilly dobló una rodilla y apoyó el codo sobre ella mientras descansaba el rostro sobre la palma de su mano. Todo fueron movimientos deliberadamente lentos, tras los cuales miró a su hermana directamente a los ojos, con expresión divertida.

—Seguro que no tan excitante como el tuyo, pero no me quejo. —Al ver que Chris fruncía el ceño, añadió—: ¿no tienes nada que contarme?

Por lo visto, alguien se había ido de la lengua.

—Jamie, claro —dijo Chris mirando a su hermana pequeña con una sonrisa culpable.

Ella asintió.

—«Jamie, claro» —repitió la muchacha con expresión divertida.

Chris exhaló un suspiro. Retiró las horquillas que mantenían su cabello amarrado en su habitual moño y sacudió la cabeza suavemente. Como si aquel gesto de liberación, la preparara para hablar de un tema del que, realmente, no deseaba hablar. A pesar de la generosa oferta de April Sommerfield, en el fondo, seguía prefiriendo que todo aquello no hubiera sucedido. Al menos, no tan pronto.

Pero había sucedido y tocaba apechugar.

—¿Qué es lo que te ha dicho Jamie?

—Suficiente.

—¿Y qué te parece? Dime la verdad, ¿vale?

Lilly se incorporó un poco. Rodeó con sus brazos la rodilla en la que antes había apoyado un codo. «La verdad», pensó. Nunca era tan simple. Las cosas nunca eran blanco o negro. Y eso era algo que le había enseñado la misma persona que ahora le pedía que le dijera la verdad. La misma persona que le había enseñado todo. La persona que más amaba en el mundo.

—Me da miedo que estés sola. Y, por favor, no me digas que Nashville es como Toronto, porque aquí está tía Dottie, está Jamie, estoy yo… y en Nashville estarás tú sola. Me prometiste que tendríamos una vida tranquila y no ha pasado un mes, que ya vuelves a las andadas. Y encima, sola. Es increíble que haya familias que jamás sacan un pie fuera de su pueblo y que la nuestra sea incapaz de estar en el mismo lugar más de un mes seguido. ¿La verdad? Me cabrea muchísimo. Me lo prometiste, Chris.

Chris asintió sin pronunciar una palabra. Podía proporcionarle una enorme lista de razones que justificaran que ella se estuviera pensando la oferta. Incluidos motivos de tanto peso, como que era hora de que empezaran a enfrentarse a la realidad; tenían que comenzar a hacer su propia vida. Cada una la suya. Pero ahora veía más claro que nunca antes que no estaban preparadas para un corte tan drástico. No entonces —era muy pronto— y no de aquella manera.

—Tienes razón, cariño. Llevas toda la vida siguiéndome al fin del mundo —sonrió—. *Literalmente*. Ahora estamos aquí y vamos a disfrutar a fondo de nuestra experiencia urbana; volver a tener un peludito que se desarme de alegría cada vez que ponemos un pie en casa… Y nos compense con su ternura todos los calcetines que destrozará y los almohadones que destripará mientras sea un cachorro —dijo juntando las manos en un gesto de puro deleite—, cenar con amigos, ir al cine o al teatro… ¡Poder abrir un grifo para llenar la bañera! ¡Dios, qué

gusto no tener que bombear tres horas para poder lavarte!

—Si me pides la verdad, no me des una mentira —replicó Lilly. No había rastro de enfado en su voz. Al contrario—. ¿Crees que no sé que has vuelto por mí? ¿Que si de ti hubiera dependido, seguirías en el fin del mundo, *literalmente*?

Chris permaneció en silencio. ¿Qué podía decirle? Era la pura verdad. A pesar de su lesión, se las habría ingeniado para estar lo más cerca de un trabajo de campo como le fuera posible, le daba igual dónde y le daba igual qué.

Lilly respiró hondo.

—Me cabrea separarme de ti —aseguró—, pero quiero que aceptes esa propuesta. Quiero que vayas a Nashville… Bueno, *no quiero.*.. Pero sé que esto es lo tuyo… Y también sé que haber «vuelto a la civilización» ya es suficiente sacrificio para ti. Tres semanas pasan volando —sonrió para reafirmar lo que diría a continuación, algo que no creía en absoluto—: Sobreviviremos.

—¿Tú crees? —dijo Chris.

Las hermanas se miraron con actitud risueña y al final se fundieron en un abrazo.

—¡Va a ser horrible! —se quejó Lilly, mitad en broma, mitad en serio al tiempo que hacía pucheros.

Chris la mantuvo abrazada durante un buen rato, acariciándole el cabello que de tan empapado había mojado también su camiseta.

—Podrías venir conmigo, si te apetece…

—¿Y qué hago mientras tú trabajas? ¿Dar vueltas sola por la ciudad? ¿Tres semanas?

Chris la apartó un poco para poder mirarse mientras hablaban.

—¿Y qué tal si estás de ayudante en un buen restaurante? ¿Te gustaría?

A Lilly se le iluminaron los ojos, pero enseguida negó con la cabeza.

—¿Sabes lo largas que son las listas de pretendientes para los buenos restaurantes? No es tan fácil que te acepten. Y no hablemos ya de conseguir una plaza. Estos lugares están muy solicitados.

Chris sonrió traviesa.

—Ya, pero tú vas recomendada.

—¿De qué hablas? —preguntó Lilly, cada vez más interesada.

—La directora del proyecto es amiga del dueño de un restaurante que tiene estrellas Michelin.

Lilly se incorporó de un salto, una vez al pie de la escalera, se puso de cuclillas frente a su hermana, mirándola atentamente. Estaba eléctrica.

—¿Cuántas estrellas?

—Tres me parece que dijo.

—¡El *Barracuda*! ¡Tiene que ser ese! —exclamó alucinando de alegría—. ¡Me parece que es el único con tres estrellas en Nashville! Diosssss… ¿Voy a hacer prácticas allí? ¡Me va a dar un ataque! ¿Estás segura de que dijo tres?

Chris empezó a reír al ver la locura de su hermana.

—Te gustaría, ¿eh? Bueno, a ver si hay suerte. La directora iba a hablar con su amigo.

—¡Ay, cómo te quiero! —exclamó Lilly por toda respuesta.

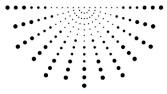
Y bajo los efectos de un ataque de amor que Chris conocía sobradamente, su hermana empezó a achucharla y a llover besos sobre ella, loca de alegría.

Chris respiró aliviada.

«Crucemos los dedos», pensó esperanzada.

Quizás, con un poco de suerte, podría tener las dos cosas: un trabajo que le había devuelto la ilusión y a su querida Lilly, disfrutando de su tiempo en Nashville mientras hacía prácticas en uno de los mejores restaurantes de la ciudad.

CAPÍTULO SIETE



Agosto de 2002.

Chris se detuvo para acomodar mejor el plano. Dudó de si iba en la dirección correcta. A veces, le resultaba increíble cómo alguien capaz de orientarse en plena selva, se convertía en una completa inepta si la soltaban en la gran ciudad. Aunque llevara un mapa.

La mejor referencia a tener en cuenta era que el edificio donde estaba la OADASV estaba situado a trescientos metros formando una ele de la Biblioteca Pública, que era justamente donde estaba ella. Así que solo tenía que llegar hasta la esquina, torcer a la izquierda, seguir, y volver a torcer a la izquierda. Plegó el mapa con forma de tríptico dejando lo que le interesaba tener a la vista y lo puso encima de las carpetas que llevaba en el brazo. Cogió su bastón y volvió a ponerse en marcha echando un vistazo al mapa de tanto en tanto. No estaba segura de la última parte del recorrido. ¿El último giro era a la derecha o a la izquierda? Hacía mucho calor para tomárselo a la ligera. Estaba sudando y no eran ni las doce del mediodía.

Volvió a mirar el mapa analizando la situación. No, definitivamente, el último giro tenía que ser a la derecha…

¡Mierda! Maldita manía de no prestar atención dónde pones el pie. Chris solo se dio cuenta de que había encontrado un obstáculo en su camino al chocar contra él.

—¡Ay, lo siento, no te he visto! —oyó que alguien le decía.

—¿En serio? No me había dado cuenta… —repuso ella mientras hacía malabarismos con su único brazo libre, intentando que las dos gruesas carpetas que llevaba, no cayeran al suelo.

Pero al levantar la vista se quedó muda y al final fue él quien evitó el desparramo.

A pesar de que la mente de Ken había entrado en barrena ante la perspectiva de estar frente a la mujer que no conseguía quitarse de la cabeza desde que se habían visto por primera vez, logró sobreponerse a la sorpresa con mayor rapidez (y, esperaba, con más naturalidad). El mundo era increíblemente pequeño, pensó al tiempo que le ofrecía una sonrisa.

—Vaya… Espero que hoy estés bien del estómago.

Chris no hizo el menor esfuerzo por ocultar sus pensamientos. Más aún, los expresó en voz alta.

—Pues no sé qué decirte… Acabo de llegar de viaje, así que yo que tú mantendría las distancias. Por si las moscas… —lo miró sonriente y vio que él se estaba partiendo de risa—.

¿Qué? ¿Hoy no te persigue nadie?

—¿En Nashville? Noooo…

Chris asintió sin acabar de entender una negación tan enfática. Tampoco se creyó aquel tono de alivio. Tenía clarísimo que el estado ideal de un hombre era ser el centro de atención. Si era de una mujer —o varias—, mucho mejor. No podía creer que el universo, o quien fuera que tejiera los hilos del destino, le estuviera poniendo la zancadilla por segunda vez en menos de un mes, pero seguía sin tener la menor intención de estrechar lazos con aquel hombre. Después de saber quién era, tenía muchos más motivos que antes de saberlo. De modo que volvió a acomodarse el bolso, dispuesta a continuar su camino.

Pero, típico en ella, fue totalmente incapaz de morderse la lengua.

—Pobrecito… Estarás triste, entonces.

Era su lado combativo que no desaprovechaba ninguna ocasión de mofarse de sus compañeros de especie. Tan pronto lo dijo, ya se estaba marchando, así que Ken ignoró la mofa y se dedicó a fabricar alguna excusa que le permitiera retenerla.

—Oye… ¿Por qué cada vez que nos vemos tengo la sensación de que no quieres hablar conmigo? ¿He hecho o dicho algo que te haya… No sé… *molestado*?

¿Se refería a algo *aparte* de traspasarle el alma con aquella mirada que no conseguía quitarse de la cabeza? ¿De plantarse en mitad de su vida, en el momento menos oportuno, despertando emociones que era mucho mejor que siguieran dormidas?

Para sorpresa de Ken, Chris se detuvo a regañadientes. La sorpresa venía a cuento de que lo dicho no había sido, sino un intento desesperado por arañar unos instantes más en su compañía, que no había confiado en absoluto que fuera a funcionar. Y al ver la expresión del rostro femenino, tampoco tuvo claro que fuera a hacerlo ahora. Al menos, no en el sentido que él deseaba. O sea, tocaba cambio de estrategia *ya*.

—Llevas prisa, lo entiendo. ¿Te puedo acercar a algún lado?

Chris exhaló un suspiro de impaciencia y permaneció mirándolo sin responder. Él, con una sonrisa imposible, volvió a ganarse otro trocito de su corazón al decir:

—Vaaale. No necesitas que te haga de chófer…. Muy bien, pues… A ver, esta noche actúo en el *Gaylord*, el hogar de *Los Depredadores de Nashville*, el equipo local de hockey sobre hielo. Pásate, si quieres…

Esta vez, una sonrisa divertida apareció en el rostro de Chris. Qué tío más listo, pensó. Y más guapo. Dios, era guapísimo.

—¿Tengo cara de aficionada al hockey?

Ken rio de buena gana ante la tercera estocada directa a su vanidad que ella le lanzaba. Bajo ninguna circunstancia le dejaría ver cuánto estaba sangrando su amor propio en aquel preciso momento.

—¡Pues el *stick* ya lo tienes! —apuntó risueño, aludiendo al bastón.

Chris no pudo más que echarse a reír también.

«Tocada», pensó Ken. Y, cómo no, se dispuso a darle el golpe de gracia.

—Te dejaré un par de entradas en la taquilla de la Quinta Avenida con Broadway. Por si te apetece invitar a tu novio, ya sabes… —dijo, como al pasar.

Y coronó su jugada —una que en su humilde opinión le había salido soberbia— con un guiño.

El guiño de aquellos espectaculares ojos grises dejó a Chris pegada al suelo, incapaz de dejar de sonreír mientras lo veía montarse en su camioneta.

El concierto de ladridos que tuvo lugar tan pronto él abrió la puerta sorprendió a Chris que, de pronto, se descubrió sonriendo enternecida ante la imagen.

Los dos preciosos cachorros de Terranova le daban la bienvenida a su dueño como si hiciera siglos que no lo veían. Uno tenía el pelaje blanco y el otro negro y blanco. Se enredaban con sus correas de seguridad intentando acaparar el cariño de su dueño. No estaba segura de qué edad tendrían. Tres o cuatro meses, quizás. Muy pronto descubrió que el amor era mutuo, ya que él dedicó varios instantes a agradecerles la bienvenida con caricias y palmeos en sus peludas cabezas. Tras lo cual, a un gesto de su mano, los perros regresaron obedientemente a sus respectivos asientos posteriores y dejaron de ladrar.

¿Y encima también le gustan los perros? ¿Por qué me haces esto, Universo?

En aquel momento, vio que él se asomaba por la ventanilla del lado del acompañante.

—Ve al concierto esta noche, Chris —le dijo—. Te va a gustar, ya verás…

Y después de saludarla con la mano, se alejó en su camioneta negra.

KEN NO FUE MUY LEJOS. Torció a la izquierda y aparcó a los pocos metros. Sin cerrar el contacto, se quedó esperando mientras miraba el final de la calle por el espejo retrovisor.

En su locura —porque a la necesidad de volver a verla no se le podía llamar de otra manera —, había llamado a la oficina de Toronto de OXFAM preguntando por ella. Lo había atendido una chica joven, a juzgar por su voz. Había sido una llamada en plan viejo amigo que está en la ciudad de paso. Así había averiguado que Chris estaba de viaje y no regresaría hasta el mes siguiente.

No se había cortado, por intentarlo que no quedara, y había preguntado por el destino del viaje. Tal era su nivel de locura. Pero la recepcionista le había respondido con amabilidad que no facilitaban esa clase de información.

¡Y resulta que estás aquí!

Una sonrisa iluminó el rostro de Ken.

Sus últimas dos semanas habían sido de locos. En su afán por demostrar que había vuelto para quedarse (y recuperar la confianza de la discográfica), Sandy lo había incluido en cuanto sarao le había venido a la cabeza sin importar si estaban en lugares opuestos de la geografía nacional. No era una queja. Profesionalmente estaba encantado. Feliz de volver a estar sobre un escenario. Lo necesitaba de verdad, aunque hubiera sido tan poco consciente de ello últimamente. Algo que tenía que agradecerle a Tom; su insistencia de que «le sentaría de perlas volver a ser SuperKen» era lo que había conseguido llevarse el gato al agua y devolverlo a las luces de neón y a las giras musicales.

Pero a nivel personal, sí era una queja en toda regla. No había podido conocer a Chris en un momento peor. No tenía tiempo para nada. Ya no hablemos para cortejar a Venus como se merecía.

En cambio, sí había tenido tiempo de documentarse sobre su trabajo en el mundo de la cooperación internacional y también para averiguar cómo estaba el panorama local en ese ámbito, ya que su futuro inmediato pasaba por volver a vivir en Nashville. Le sorprendió saber que una de las organizaciones más innovadoras en cuanto a la acción directa en los temas que más parecían interesar a Chris, tenía su sede principal en la Ciudad de la Música [1].

En aquel momento, ella apareció en su retrovisor. Cruzaba la calle por la línea de cebra para ir en la dirección opuesta. Esperó a que ella se alejara y maniobró para incorporarse al tráfico en el carril contrario.

Si su intuición no le fallaba, el lugar al que se dirigía Chris estaba muy cerca. A trescientos metros exactamente; el edificio Myriad en la Octava Avenida.

EL PÚBLICO no lo había dejado marchar hasta el quinto bis. Lo conocían y sabían que él disfrutaba tanto como ellos de esa parte de la función, teóricamente fuera del guion que, sin embargo, todos los artistas llevaban perfectamente prevista. De ahí, que no dejaran de reclamar que siguiera sobre el escenario, deleitándolos con su particular forma de hacer música country.

Cuando al fin atravesó el backstage seguido de los músicos y del personal de seguridad, Ken estaba como recién salido de una sauna; completamente mojado en sudor, con el maquillaje que Sandy insistía en que se pusiera para la sesión de fotos previa al concierto, corrido, formando una pasta untuosa sobre su piel y su cuidado peinado de antes de empezar convertido en uno estilo «lametazo de vaca». La frase era invención de Tom Keller, el mánager y amigo personal de Ken, y describía con bastante rigor un estilo capilar resultado de sudar a chorros y luego, echarse el pelo hacia atrás con las manos para evitar que le cayera sobre la cara mientras ejecutaba *riffs* con su Fender Stratocaster del ’64.

Había sido una actuación fabulosa. Genial. Se había sentido Dios sobre aquel escenario con todo el público de pie, ovacionándolo como en los viejos tiempos.

Y todavía bajo los efectos del subidón de adrenalina, se sentía capaz de todo. No duraría demasiado, un par de horas, como mucho. Eso también lo sabía. Cuando sus niveles de adrenalina volvieran a la normalidad, un cansancio inenarrable se adueñaría de él y dormiría diez horas seguidas sin cambiar de postura.

Pero, si su intuición no le fallaba, dos horas eran suficiente para lo que tenía en mente.

—Tom… ¡Tom! —dijo en voz más alta para que su mánager le prestara atención. Conversaba con una de las Chicas de hielo (así se llamaba el *team* de animadoras del equipo local de hockey sobre hielo, *Los Depredadores de Nashville*) en el corredor que conducía a los vestuarios.

Él se volvió a mirarlo y Ken le hizo un gesto nervioso de que se acercara.

—Disculpa —dijo Tom a la Chica de Hielo—. Enseguida vuelvo… ¿Me esperas aquí?

—Cinco minutos. Ni uno más —replicó ella, haciéndole un guiño.

Tom asintió con su sonrisa de ligón en ristre y fue a ver qué quería la estrella.

—A ver, colega… ¿No ves que estoy ocupado? —guaseó.

—Tú siempre estás ocupado, hermano… Necesito un favor. Localiza a Jay Williams y llévalo al camerino. Es un empleado del Gaylord —aclaró al ver el ceño fruncido de su mánager —. Estará en el puesto de merchandising de Los Depredadores que hay en la entrada norte.

Tom se cruzó de brazos. Hacer lo que Ken le pedía, tomaría más de los cinco minutos de gracia que la chica de hielo le había concedido. Además, ¿de qué iba todo ese asunto?

—¿Se puede saber qué te traes entre manos con Jay lo-que-sea?

—Williams. Jay Williams. Luego te lo cuento, ahora haz lo que te pido. ¿Vale?

Ken no esperó respuesta y siguió camino del camerino. Necesitaba una buena ducha ya.

Además, dos horas de subidón antes de la gran caída no daba para demasiadas florituras.

Media hora más tarde, en el camerino…

—¿Y dices que nadie las ha reclamado? —preguntó Ken jugueteando con el sobre que contenía las dos entradas VIP que él, personalmente, había dejado en la taquilla.

El veinteañero negó con la cabeza.

—No he estado yo todo el tiempo. Somos tres rotando turnos. Pero les pregunté a mis compañeros y no, nadie las ha reclamado.

Ken se quedó pensando. Aquello no le cuadraba. Por supuesto, no había contado con que Chris asistiera al concierto. Pero creía conocer bastante bien cómo las jugaba la chica del bastón -y cuánto le gustaba asestar ganchos de derecha a su vanidad- y que hubiera dado la callada por respuesta, no era su estilo.

—Bueno… —dijo al fin—. Gracias por todo, tío. Ya puedes volver al trabajo. No te molesto más.

—Qué va. Nada de molestias. Es una pasada que hayas vuelto a la música. Mi madre está que no se lo cree. Anda por ahí —dijo señalando ambiguamente el estadio—. Si me firmaras un autógrafo, la haría superfeliz…

—Claro, hombre. Eso está hecho. ¿Cómo se llama?

Ken se estiró a coger una de sus fotos promocionales que siempre llevaba consigo para este fin y aceptó el bolígrafo que el muchacho le daba.

Tom, que estaba apoyado contra la puerta contemplando la escena, notó que al chaval solo le faltó dar un salto de alegría.

—Margaret, pero todos la llaman Meg. ¡No se va a creer esto, te lo digo!

—Ya, me lo imagino… Seguro que este autógrafo valdrá por una cuantas concesiones para ti las próximas semanas —sonrió, al tiempo que le entregaba la foto dedicada. El joven la cogió como si acabaran de darle el mayor regalo de su vida.

—¡Gracias, Ken! ¡Qué ilusión, tío…! ¡Gracias mil!

—Gracias a ti por ese favor. Ya nos veremos por ahí… Pienso seguir actuando en el Gaylord, así que…

—¡Ojalá! Sería la caña —repuso Jay, despidiéndose.

Cuando el chico se marchó, Tom no se anduvo por las ramas.

—Déjame que lo adivine… ¿Esas entradas son para la mujer que no te dio su número de móvil?

—Sí. Pero antes de que digas nada, te aclaro que no he contado en ningún momento con que fuera a usarlas. O sea, con que viniera.

—Claro. Cuando uno se toma la molestia de dejarle entradas VIP a alguien en la taquilla, lo último que espera es que las reclame. Es lo normal.

Ken volvió a ignorar la ironía que rezumaba de sus palabras.

—No, no es lo normal. Pero, en este caso, sabía que ella no vendría. De hecho, sé que no estaba en el sector VIP porque lo veo desde el escenario. Y no estaba allí.

Tom se cruzó de brazos en ese gesto autosuficiente tan suyo que precedía a un dardo envenenado.

—Y digo yo… Si no contabas con que las reclamara y sabes que no ha estado en el sector VIP durante el concierto, ¿para qué me has pedido que fuera a buscar al taquillero?

Ken se levantó de la silla y se echó un último vistazo en el espejo de cuerpo entero del camerino. Su vestuario de calle no era muy diferente del que usaba en el escenario; camiseta, vaqueros y botas. Se pasó una mano por el pelo que todavía estaba húmedo, después de la ducha, y recogió su móvil y su bolso de hombre dispuesto a largarse de allí.

—Te quiero tío —le dijo a su amigo—, pero eres demasiado «sota, caballo y rey» [2] para entender esto.

Tom se carcajeó a gusto.

—¿Esa es tu excusa?

En aquel momento, se oyeron unos golpes en la puerta. Shane Norton asomó la cabeza.

—Es el chico otra vez —anunció.

Ken le indicó que lo dejara pasar. El joven volvió a entrar con gesto contrariado.

—Perdona, Ken… Un mensajero ha dejado esto para ti. —Le extendió un sobre pequeño—. Ya sabes que todo pasa por el control de seguridad primero y cuando nos lo devolvieron, el capullo de Richie, con las prisas, se lo quedó y se olvidó del tema. Lo siento —se despidió.

Ken lo cogió con una sonrisa que no le entraba en la cara. Se quedó unos instantes mirando el sello que demostraba que había sido abierto para una inspección por el equipo de seguridad del Gaylord, disfrutando del momento. Estaba seguro de que era de Chris. Una apuesta bastante osada, habida cuenta de que en cada actuación recibía montones de cosas que sus *fans* le dejaban en cualquier rincón o entregaban en la taquilla, si no habían conseguido entradas para asistir. Desde *souvenirs* típicos de la región donde había nacido la admiradora en cuestión hasta regalos de tipo mucho más personal, como ropa interior… Pero en este caso, no tenía dudas. Era de Chris.

—Bien. Me marcho y te dejo con tu chica de hielo —dijo, después de guardar el sobre en su bolso.

—A ver, a ver… Vamos con calma —pidió Tom—. Después de todo este jaleo a cuenta de las entradas VIP, ¿te largas sin contarme el final?

¿Y que se pasara los próximos tres meses riéndose a su costa? Dentro del sobre podía haber cualquier cosa. ¡Hasta un nuevo dibujo a mano alzada de Bob Esponja! Por supuesto que Tom se quedaría sin conocer el final de la historia. Al menos, de momento.

—Eso parece, tío. Eso parece —repuso risueño.

Tom lo miró desafiante.

—¿No será que no quieres hacer más evidente ante mí que estás perdiendo facultades con las mujeres?

Ken le palmeó el hombro.

—Te aseguro que no estoy perdiendo facultades. ¿Sabes cómo sé que la morena con la que hablabas es una Chica de Hielo? —preguntó con malicia.

—Tío, sale en la tele todos los domingos cuando juegan *Los Depredadores* —dijo, rezumando desdén—. ¿Qué me estás contando?

—¿Y desde cuándo a mí me interesa el hockey sobre hielo? No es por eso. Lo sé porque antes de intentarlo contigo, siempre lo intentan primero conmigo —sonrió desafiante—. Siempre, chaval. Siempre.

«Y una mierda», pensó Tom.

—Anda, lárgate y no me hagas hablar, que me están esperando y no quiero llegar tarde.

—Te diría que le enviaras saludos míos, pero, ya sabes… No quiero estropearte la juerga —guaseó.

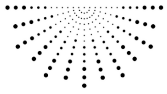
Y tras esquivar con bastante habilidad el puñetazo en broma que recibió a modo de respuesta, Ken se alejó por el corredor acompañado de Shane y dos miembros de su equipo.

---

1 Ciudad de la Música: así se denomina a la ciudad de Nashville, en el estado de Tennessee. También suelen referirse a ella como la Capital del Country, aunque su importancia y fama mundial abarca todos los géneros musicales.

2 Conjunto fijo de cosas, que excluye o restringe la posibilidad de variación.

CAPÍTULO OCHO



Chris había tenido un día ocupado pero muy satisfactorio. Y muy distinto a lo que solían ser sus días. Había pasado la mañana con el equipo de profesionales de la OADASV, conociendo de cerca su trabajo e intercambiando experiencias. Después de eso, había comido con April Sommerfield y el resto del panel de profesionales que tomarían parte en el curso de formación. Por la tarde, había tenido lugar el acto inaugural del curso durante el cual había tenido la ocasión de conocer a las que serían sus estudiantes durante las próximas tres semanas, un grupo de quince mujeres de edades comprendidas entre los veintiocho y los cuarenta y cinco años. Ocho de ellas ya estaban trabajando para la organización en calidad de responsables de otras tantas residencias. Las siete restantes se incorporarían a sus puestos tras el curso formativo.

Se había sentido en su salsa todo el tiempo. Hacía mucho que había dejado atrás la sensación de ser un perro verde que no encajaba en ninguna parte, pero lo cierto era que, desde que había regresado al mundo civilizado, se sentía más como una oficinista que como una activista humanitaria. Conocía a todos sus compañeros de trabajo en la oficina de Toronto. Muchos llevaban allí más de una década. Eran muy buena gente —personas que deseaban ganarse la vida haciendo algo que marcara una diferencia en el mundo—, pero no eran como ella. No llevaban el trabajo humanitario en la sangre. Jamás se plantearían abandonar la comodidad del mundo en el que vivían, dejar a su familia y a sus amigos, y trabajar en el centenar de programas de ayuda humanitaria que la organización mantenía en países del tercer mundo. Aquel día, en la OADASV, había vuelto a sentirse parte de algo importante, algo con lo que sintonizaba plenamente, rodeada de gente que sentía la misma pasión que ella sentía, que tenía la misma convicción de que el movimiento se demostraba andando, la misma determinación de andar el camino. De abrirlo, si hacía falta. Estar entre esa gente la energizaba, la hacía sentir que todo era posible. Porque lo era. No había nada más poderoso que la convicción humana de que un mundo distinto era posible, que las cosas podían cambiar, ser diferentes. Más justas. Más equitativas.

Quizás fuera culpa de esa energía trepidante que, como colofón a un día memorable, Chris se había dado el lujo de cometer una pequeña locura…

Su hermana Lilly la había llamado seis veces. Estaba histérica de alegría. April no solo había hablado con su amigo, el dueño del restaurante. También había conseguido que él le hiciera un hueco, prácticamente inventándoselo; el chef Daniel Richmond solía admitir un cupo de diez estudiantes por temporada y Lilly hacía la número once. Decía que la cocina era grande como un campo de fútbol, equipada con los últimos avances en cocina fusión y que la *sous chef* era una

«tía genial». Como era de esperar en alguien que se implicaba a fondo en todo, Lilly se había apuntado al equipo de limpieza con dos compañeros, de modo que no llegaría a la habitación del aparthotel que ocupaban hasta la una o una y media de la madrugada.

Con tantas horas por delante —e incapaz de dormirse hasta que Lilly llegara a casa— y tanta energía disponible, a Chris no le extrañó en absoluto que Ken Bryan se instalara en su mente y estimulara a fondo su imaginación.

Y vaya, si la había estimulado, pensó sonriendo al recordar la pequeña locura que había cometido.

Ahora la pelota estaba en su tejado. En el tejado del hombre de los increíbles ojos grises…

A ver qué hacía con ella la gran estrella de la música country.

SHANE y el equipo de seguridad escoltaron a Ken hasta el aparcamiento sin incidentes. Tan solo tuvo que detenerse unas cuantas veces para firmar autógrafos o permitir que le tomaran fotos. Era lo previsible estando en la Ciudad de la Música. Los vecinos de Nashville vivían rodeados de celebridades y tenían una alta estima por hacer posible que se sintieran como en casa, aunque no fueran oriundos de allí. Los saludaban con la mano si se los cruzaban por la calle y los felicitaban por su último éxito, como haría cualquier buen vecino, pero se cuidaban muy mucho de interferir en el desarrollo de su vida cotidiana. Y tampoco permitían que la prensa lo hiciera. La mayoría de las veces eran los propios vecinos los que daban la alarma, si veían a un *paparazzi* intentando estorbar la vida de sus vecinos famosos. De hecho, en general, los *paparazzi* no eran bien recibidos en Nashville. Una gran diferencia de lo que sucedía en el resto del país, donde Ken, como muchos artistas, había tenido que pasar por situaciones realmente estresantes.

Aquel día, y a pesar del subidón de adrenalina, Ken tenía un interés especial por estar a solas un rato. Aún no había abierto el sobre que un mensajero había entregado en la taquilla y la ansiedad se lo estaba comiendo vivo.

Montó en su Ford F-150, soltó sus cosas en el asiento del acompañante y puso en marcha el motor. Shane continuaba clavado allí, recorriendo las entradas del aparcamiento con la vista en prevención de sustos de última hora. Ken sabía que no se marcharía hasta que él lo hiciera, de modo que se despidió con un gesto de la mano y salió del aparcamiento.

Se incorporó al tráfico, que era bastante a aquellas horas de la noche, normal tratándose de un viernes. Se alejó media docena de calles y al fin, aparcó en doble fila sobre la avenida Broadway y puso el intermitente.

Con la ansiedad sentada ya sobre sus hombros, Ken sacó el sobre y lo abrió. Desplegó el folio plegado en cuatro que contenía y se quedó contemplándolo, intentando entender de qué se trataba.

No era un folleto al uso, sino más bien el típico montaje que se hace con un ordenador. Anunciaba un mercadillo solidario que tendría lugar en la ciudad en siete días, el siguiente fin de semana. Del texto se deducía que se trataba de un evento anual que llevaba realizándose en la misma localización los últimos cuatro años. En el centro y ocupando casi la página completa, había un gráfico que mostraba la disposición en forma de u de los puestos de las distintas organizaciones y asociaciones participantes. Ninguno de esos nombres le resultó familiar, pero uno de los puestos estaba encerrado en un círculo hecho con un bolígrafo rojo. No había nada

más, excepto una pequeña perforación en el borde superior que daba a entender que antes de que lo metieran en un sobre, había estado pinchado en un corcho o en un tablero en alguna parte. El anverso estaba en blanco.

Frunció el ceño ante lo que le parecía incomprensible. La única pista que delataba la mano de la chica del bastón detrás de aquel asunto, era que se trataba de un mercadillo solidario. No conocía a nadie más tan implicado en ser un buen ciudadano del mundo que la mujer con la que había chocado en un baño de Nueva York. Y, por descontado, no era esa clase de cosas las que estaba acostumbrado a recibir de parte de una mujer.

¿De qué iba ese panfleto? ¿Era su forma de reciprocar a la gentileza de haberle regalado entradas VIP para uno de sus conciertos? ¿Invitarlo a un mercadillo abierto al público en general para el que, evidentemente, no hacía falta ninguna invitación?

Pero a poco que lo pensó tuvo que sonreír. No porque tuviera sentido ni porque hubiera algún mensaje oculto en aquel trozo de papel, sino porque dejaba meridianamente claro que procedía de ella. Solo la chica del bastón se daba el lujo de descartar una invitación que ninguna otra mujer en el planeta habría descartado y, ni corta ni perezosa, convocarlo a un evento en mitad de un parque público donde seguramente se esperaría de él que se rascara el bolsillo y colaborara con la causa. ¿Qué era eso, una cita en el parque más concurrido de la ciudad en un día que estaría especialmente atestado de gente debido al mercadillo?

Hacía años que no necesitaba presentarse formalmente ante una mujer que acababa de conocer. Casi podía decirse que había perdido el entrenamiento propio del flirteo juvenil… Hasta que había conocido a Chris Thompson. No estaba seguro de que ella en verdad ignorara quién era él, pero si lo sabía, lo disimulaba la mar de bien. Procedía como si él fuera un hombre más, uno cualquiera. Pero Ken Bryan no era un hombre cualquiera y tener que enfrentarse a ella como si lo fuera, lo hacía sentir desafiado y tocado en su vanidad al mismo tiempo.

El sonido del móvil interrumpió sus pensamientos. Al ver que el nombre de Sandy parpadeaba en la pantalla, decidió que no estaba de humor para atenderla. Ya sabía de qué iba su llamada: de flirtear con él con la excusa de anticiparle lo positiva que era la cifra de taquilla. Ya sabía que las cosas estaban yendo mejor que bien, no necesitaba sus gráficas ni sus mensajes. Dejó que sonara sin apartar la vista del panfleto que ahora tenía sobre sus piernas.

Quería ver a Chris Thompson. Pasar tiempo con ella, conocerla. Conocerla todo lo a fondo que ella le permitiera, pensó su lado diablo. Cuanto más, mejor.

Incapaz de dejar de sonreír, sacudió la cabeza, en parte, derrotado por las circunstancias; si seguían intercambiando invitaciones a eventos separados entre sí por una semana en el tiempo, el mes que sabía que ella estaría en la ciudad, se esfumaría en un abrir y cerrar de ojos. Tenía que hacer algo. Pero, ¿qué?

El móvil volvió a sonar arrancándole un bufido.

Qué pesadez de mujer.

Sin embargo, esta vez el nombre que parpadeaba en la pantalla era otro: Jim, su hermano pequeño. Normalmente, su primera reacción sería de preocupación ante una mala noticia. Su padre llevaba dos años y medio con serios problemas de corazón, pero él mismo le había llamado antes del concierto para desearle mucha suerte. Se estaba recuperando bien de la última operación.

—¿Stella ya te ha enviado a casa? Un poco temprano, ¿no? Estás perdiendo *sexappeal*, tío… —se anticipó Ken.

La respuesta no tardó en llegar:

—¿Quién es Stella?

Los dos rieron ante una conversación muy habitual entre ellos. El auténtico rompecorazones de la familia Bryan se llamaba Jim, no Ken. Cambiaba de acompañantes como de camisa y jamás se acordaba de sus nombres, por lo que siempre recurría a apelativos para evitar meterse en problemas. Todas eran «nena» o «ricura» o cualquier otra cosa que se le ocurriera en el momento.

—Para tu información, mi sexappeal está como siempre. De hecho, estoy a punto de salir a probarlo otra noche más… Pero, cuéntame, ¿qué tal el concierto en el Gaylord? No quiero esperar a mañana a ver las noticias para enterarme…

—Prácticamente, lo llené y eso que no hubo tiempo para promocionarlo… —Gracias a las antenas siempre alertas de Tom, había actuado en lugar de una banda de heavy metal. A su vocalista se le había ido la mano con los alucinógenos y se había precipitado al vacío desde el balcón de su habitación del hotel. No se había matado de milagro, pero se había roto una pierna por tres partes—. Mis *fans* de Nashville corrieron la voz en tiempo récord… Fue fantástico volver a tocar aquí, ver la alegría de la gente que me sigue desde hace tantos años… Trajimos el merchandising que sobró del *World Aid* porque el bolo surgió de repente y, lógicamente, no dio tiempo de hacer nada exclusivo, pero voló todo… No quedó ni una triste camiseta… Estoy muy contento… A ver, no es que tuviera dudas sobre eso, ya sabes que no es mi estilo. Tardé en tomar la decisión de volver, pero una vez tomada, voy a por todas.

Había tardado más de seis meses en tomarla, de hecho. Seis meses durante los cuales Tom no había dejado de martillear el mismo clavo; «eres un músico, tío, lo llevas en los genes. Si quieres superar esta fase, necesitas dejar de darle conciertos a las vacas y subirte a un escenario de verdad. Necesitas sentir que estás ganado esta partida. De otra forma, más nos vale ir buscando otra clínica donde internarte».

—No puedes salir ahí fuera y exponerte, si no tienes la certeza de que vas a arrasar —continuó—. Al menos, yo no puedo hacerlo. Pero es genial, muy reconfortante, verlo suceder ante mis ojos… Como en los viejos tiempos.

Como en los viejos tiempos, sí. Antes de que la soledad, su juventud y el alto precio que había tenido que pagar para triunfar en la música country con un estilo tan diferente como el suyo, le pasaran factura. Una factura carísima que aún estaba pagando. Que seguiría pagando el resto de su vida.

Sus *fans* eran leales y lo habían apoyado en cada paso del camino, incluso cuando nadie importante en el mundo de la música daba un centavo por él. Pero no había mayores *fans* en el planeta que su propia familia, de modo que la respuesta de su hermano no fue una sorpresa.

—Me alegro un montón, Ken… Y mejor que irá, ya lo verás. Esos capullos no solo van a querer grabar tu nuevo álbum, sino todos los que a ti se te ocurran los próximos treinta años, como mínimo… Eso, si no creas tu propia discográfica y los mandas a todos a hacer gárgaras. —Su voz sonó absolutamente segura porque así lo sentía. Jim creía cada palabra que había dicho a pie juntillas—. ¿Y los perretes? ¿Qué tal se adaptan Noah y River a Nashville?

Sus amigos peludos habían sido un regalo de Jim y Ken leyó entre líneas, ya que un amante de los Terranova, como su hermano pequeño, sabía de sobras de su gran capacidad de adaptación. Lo que quería saber en realidad era qué tal se estaba adaptando *él* a la ciudad. O más concretamente, a estar solo otra vez, lejos de una familia unida como la suya, que siempre lo hacían todo juntos. Lo preguntaba Jim, pero era algo que estaba en la mente de todos los miembros de su familia.

—Muchísimo mejor de lo esperado. Se han acostumbrado enseguida al vecindario, al tráfico de la ciudad, hasta han hecho amigos perrunos… —Se rio porque era cierto; River y Noah estaban haciendo más nuevas amistades que él mismo, que ya era decir—. Tenemos nuestras rutinas de paseos y juegos, ya sabes… Y con el tema de mis bolos y mis entrevistas y su adiestramiento, los tres estamos superocupados, así que tampoco es tanto el tiempo libre que nos queda… ¡Pero lo aprovechamos a tope! Son dos perros geniales. Geniales, de verdad.

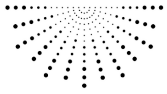
—*Son hijos de Rain, tenían que salir geniales por narices* —repuso Jim, que nunca perdía la ocasión de alabar a su mascota de seis años—. *Bueno, también te llamaba porque planeo ir a verte la semana que viene. No puedo quedarme más de una noche, aquí hay un montón de trabajo por hacer, pero no sé si tú tienes otros planes. Tom me dijo que el sábado libras…*

Una sonrisa radiante brilló en el rostro de Ken. Desde luego, tenía un plan para el sábado, pero estaría más que encantado de compartirlo con su hermano.

—Mi plan para el sábado es hacer una barbacoa y echarme unas buenas risas con mi hermano menor —repuso Ken.

Y algo más que no dijo; llevarlo a conocer un mercadillo solidario que, por lo visto, tenía tanto éxito, que llevaba organizándose cada año desde 1998.

CAPÍTULO NUEVE



Al llegar a su casa, Ken encontró el coche de Sandy aparcado en su entrada de vehículos y a ella sentada en su porche, fumando bajo la tenue luz de la columna de alumbrado de la calle. Sus perros, en el interior de la casa, ya estaban a todo ladrar.

Decidió aparcar fuera para no hacerlo sobre el césped del jardín y se apeó con resignación. Cogió sus dos guitarras, su bolso y su móvil y atravesó el jardín en dirección a la casa. Al verla, el subidón de adrenalina que llevaba el cuerpo se había convertido como por encanto en un cansancio indescriptible.

—¿No es un poco tarde para estar de visita? —dejó caer a modo de saludo. Sin mirarla siquiera fue a ocuparse primero de lo que verdaderamente le interesaba; abrió la puerta y dejó salir a sus perros que no tardaron en ponerse a saltar a su alrededor y pararse sobre sus patas traseras en un intento de que Ken los cogiera en brazos. Aunque ya estaban demasiado grandes para cargarlos, seguía alzándolos durante unos instantes, primero a uno y después al otro, para dejar que le dieran la bienvenida a su manera; con lametazos.

Sandy esperó con mal disimulada impaciencia y a suficiente distancia de los animales, que estos se calmaran para responder.

—Te llamé y no me atendiste. Imagino que estarías ocupado con tus *fans*.

—Tenemos una reunión mañana, ¿se ha cancelado?

—No. No se ha cancelado, pero no quería esperar a mañana.

Un suspiro de hartazgo salió de la boca de Ken, quien tampoco la miró esta vez. Volvió a coger sus cosas y entró en la casa. Sus perros lo siguieron y se puso a jugar con ellos en el suelo del salón.

Ella apagó su cigarrillo sumergiéndolo en el bote de refresco que estaba bebiendo y se puso de pie. En la vida la habían tratado con la indiferencia que ese mamarracho la trataba. Lo detestaba con todas sus fuerzas.

Y lo adoraba tanto o más.

No podía evitar sentirse cautivada por él. Más y más cuanto más distante se mostraba. Por supuesto, no era esa la única razón de que continuara allí. El tipo era una mina de oro en potencia, algo que él también sabía, de ahí que se permitiera tantos desplantes. Pero dejando a un lado los negocios, Kenneth Bryan siempre había sido su debilidad, el único tipo que había conocido que le gustaba más con el paso del tiempo. De veinteañero ya era un cañonazo de hombre. Pero ahora, en la treintena, era un millón de veces mejor. Daba igual el plano o el perfil desde el que lo mirara, el tipo era un dios. Y lo decía con pleno conocimiento de causa; las

paredes de su despacho privado, empapeladas hasta el techo con fotos suyas, daban fe de ello.

Entró en la casa —*su casa*, en realidad— y se quedó junto a la puerta mientras le hacía la advertencia de rigor:

—Voy a entrar. Que esos chuchos no se acerquen a mí.

Ken respiró hondo.

—¿Habéis oído, chicos? Quedaos aquí, conmigo. No le caéis bien a la señorita —les advirtió a sus peludos con quienes jugaba, sentado en el suelo. Ellos mostraban muy poco interés por Sandy. Diría que tampoco les caía bien, pero la verdad era que Noah y River siempre se comportaban de esa forma si él estaba presente. Acaparaba toda la atención de los cachorros.

Una vez que comprobó que los perros ni la miraban, Sandy se animó a ir hacia el interior de la casa. Se sentó en el otro extremo del sofá, a cuyos pies Ken jugaba con sus chuchos. Algo más tranquila, recién entonces se cruzó de piernas y se tomó unos instantes para disfrutar de las vistas.

Él se hacía el muerto sobre la alfombra. Cuando alguno de sus perros empezaba a hociquearlo —reclamando que arrojara de nuevo la pelota—, Ken se hacía un ovillo para evitar que le hicieran cosquillas con sus hocicos fríos y se reía a carcajadas. La camiseta era ceñida. Y corta. Con según qué movimientos dejaba a la vista unos abdominales bien trabajados y la cinturilla de su ropa interior. Negra, como la mayoría de la ropa que vestía. Llevaba media vida soñando con arrancársela a mordiscos y sus ganas no dejaban de crecer.

—Hoy me he enterado de que tu banco está considerando renegociar la hipoteca de tu rancho, si liquidas las cuotas atrasadas de los últimos doce meses.

Ken regresó al mundo real de sopetón. De estar feliz jugando con sus perros a sentir un sabor muy amargo en la boca.

—Y mejor que no te pregunte cómo te has enterado, ¿no? —Se puso de pie, se sacudió las perneras y enfiló hacia la cocina. Sirvió una ración de alimento especial en el comedero de Noah y de River y los llamó para que fueran a comer.

Sandy esperó a oír el inconfundible sonido de los chuchos devorando el pienso para ponerse de pie. Se estiró la ceñida falda tubular color obispo, hizo lo propio con el top a juego y dirigió sus *stilettos* también hacia la cocina. Apoyó los codos sobre la alta barra americana donde él se preparaba un sándwich.

—Sería una pregunta muy tonta, ¿no te parece? Mi padre acude a los bautizos de los nietos de todos los banqueros de la ciudad. Crecí rodeada de ellos. Viéndolos jugar al billar con mi padre en el salón, bañarse en la piscina de mi casa mientras hablaban de negocios… La pregunta realmente inteligente sería qué estoy dispuesta a hacer para que eso, que a ti te interesa tanto, suceda.

Un ramalazo de placer recorrió el cuerpo de Sandy al comprobar que, por primera vez desde que había llegado, Ken dejaba de hacer lo que estaba haciendo y la miraba. Un placer tan intenso y tan real que le puso los pezones duros hasta el punto de marcarse de forma evidente a través de su top.

—Vale, te daré el gusto —concedió Ken. A ver si se largaba de una vez—. Haré la pregunta inteligente. ¿Qué estarías dispuesta a hacer para que eso, que a mí no me interesa tanto como crees, suceda? —le preguntó, a sabiendas de que mentía. Le interesaba tanto y más.

«Así que no eres tan incorruptible como dices», pensó ella. Con una gran sonrisa le indicó con un gesto que esperara y regresó al salón donde había dejado su bolso. Regresó con él a la cocina. Lo puso sobre la barra y tras abrirlo, sacó un sobre americano de su interior. Extrajo el

contenido y lo depositó sobre la superficie metálica, frente a Ken.

A continuación se puso cómoda en una de las banquetas altas, apoyó el codo en la mesa, su barbilla sobre el anverso de su mano y posó su mirada interesada sobre él.

Ken volvió a respirar hondo. Bajó la vista hasta lo que ella había depositado sobre la barra y…

Sandy esbozó una sonrisa complacida al ver aquellas cejas rubias formando dos arcos casi perfectos sobre sus ojos. Estaba alucinando y eso le encantaba.

Ken no había esperado aquella jugada por su parte. Un jaque mate brillante, debía reconocer. Sus ojos recorrieron el talón bancario. Estaba completo a falta de una firma. La cifra era de seis dígitos; el importe que abría las puertas a la renegociación de la hipoteca. Más que eso; la que le abría las puertas de su hogar, que volvería a ser suyo en cuanto el talón estuviera en poder del banco.

Joder.

Alzó la mirada hasta ella y al ver su sonrisa de bruja sintió ganas de borrársela de un puñetazo. Detestaba que hubiera descubierto su talón de Aquiles, una grieta que raspar y horadar hasta convertirla en un boquete.

—Vale —volvió a conceder—, seguiré dándote el gusto. ¿Cuál es la contrapartida?

La sonrisa de bruja casi daba dos vueltas al planeta cuando ella volvió a hurgar en su bolso y sacó una carpeta negra. La depositó frente a Ken igual que había hecho antes con el cheque y regresó a su postura de espectadora sumamente interesada en una partida que sabía positivamente que estaba ganando por goleada. Por lo menos, en cuanto al factor sorpresa se refería.

Ken abrió la tapa. Lo que había dentro era un contrato privado. Pasó las hojas para contarlas. Eran cinco. A continuación, se dispuso a leer.

No había pasado del tercer párrafo cuando alzó la vista nuevamente.

—Esto es una broma, ¿no?

Sandy se tomó unos instantes para disfrutar del momento. Al fin, negó con la cabeza.

—Nunca bromeo con asuntos tan serios.

Comprobó que los perros seguían a lo suyo sin prestarle atención y se puso de pie. Cogió su bolso y antes de marcharse, le asestó el golpe de gracia:

—Vas a disfrutar. Me aseguraré de ello. Y cuando acabes de gozar, todavía tendrás el placer añadido de volver a tener muchísimo dinero en el bolsillo, en el banco, en las tarjetas… Y una casa propia, en vez de usar la mía. Y no una casa cualquiera… La casa de tus sueños; tu rancho *Mystic Oaks*. Es un gran intercambio, Ken. Yo de ti, me lo pensaría muuuuuuy detenidamente… —le lanzó un beso con los labios—. Me marcho y te dejo con tus pensamientos. Ya me dirás lo que decidas. Chao, chao…

Ken la siguió con la mirada hasta que desapareció. Poco después oyó el potente motor de su descapotable.

Y luego, nada. Silencio total.

Respiró hondo y volvió a poner su atención en la carpeta negra. Leyó párrafo a párrafo los cinco folios a doble interlineado que contenía. La tipa no solo era una obsesa sexual, además le iba el sexo duro. Había definido el cuándo, el qué y el cómo con un nivel de detalle repugnante. Pero, por lo visto, no solo pensaba exprimirlo de puertas de casa para adentro. También de puertas de casa para fuera; detallaba las veces por semana que tomarían el brunch y dónde, el número de eventos sociales a los que debía acompañarla, las veces por semana que cenarían en

compañía de amigos. Eran todos lugares de moda donde se reunía la crème de Nashville. Quería asegurarse de que los personajes importantes del mundo de la música los vieran juntos. Y ya de paso, también aparecer a su lado en las portadas de las revistas de cotilleo que tardarían un suspiro en empezar a relacionarlos sentimentalmente otra vez.

Sesenta días con un collar al cuello para que ella lo pudiera sacar a pasear con la correa, como él hacía con Noah y con River.

Sesenta días de servidumbre total.

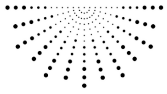
Y, a cambio, recuperar su mayor tesoro. La clave por donde pasaba no solo su sueño de volver a triunfar en la música, sino su esperanza de mantenerse limpio y sobrio. A salvo.

Tan sencillo y a la vez tan asqueroso.

Ken exhaló un suspiro, se empujó el pelo hacia atrás con ambas manos y las dejó allí, sosteniendo su cabeza.

Tom tenía razón. Estaba claro que él muy normal no podía ser, desde que algo en lo que estamparían su firma más que encantados la mayoría de los tipos que conocía, a él le provocaba náuseas.

CAPÍTULO DIEZ



Aquella mañana Ken había dormido hasta tarde. Era lo habitual tras una actuación. Especialmente, si como era el caso, aún no había recuperado su antiguo nivel. El tipo de vida que había llevado los últimos dos años no tenía nada que ver con el exigente y trepidante ritmo de las giras musicales. Despacio estaba volviendo a ser el de siempre, pero todavía no estaba al cien por ciento.

El contrato y el cheque seguían exactamente donde los había dejado la noche anterior. Pensó que era una pena que River, el más travieso de los dos cachorros, no hubiera decidido decorar las esquinas de los folios con unos buenos mordiscos, como había hecho con el libro que estaba leyendo, cuando él se lo había dejado olvidado en el asiento del sofá. O, hacerlo jirones directamente. ¿Por qué no? Eso había hecho con sus calcetines, sus bóxers e incluso algunas de sus camisetas.

Pero no había tenido esa suerte. Después de abrir la puerta para que sus perros salieran al jardín, Ken puso a hacer el café y se sirvió un vaso de zumo de naranja de la nevera. Pasó frente a la barra americana, donde se detuvo brevemente para mirar aquellos dos objetos que había sobre la superficie metálica. Dos objetos que, a pesar de ser ajenos, estaban muy vinculados a su vida. Eran la llave que le abría las puertas al futuro que deseaba, a la vida que deseaba. Una autopista de alta velocidad que lo conducía de la forma más directa al lugar donde residían sus sueños, sus proyectos de futuro y también los de su familia, su esperanza de mantenerse bien y a salvo de la vorágine del éxito y que no volviera a tragárselo entero, dejándolo reducido a un despojo humano. Una autopista con un peaje carísimo.

Bebió el zumo a pequeños sorbos mientras consideraba la cuestión.

Su situación financiera personal era mala. A duras penas había conseguido que el banco no vendiera o dispusiera de otra forma de su rancho. Todo lo demás había tenido que liquidarlo. Buena parte había ido a saldar las deudas, otra parte sustancial a cubrir las facturas médicas de las dos primeras intervenciones quirúrgicas de su padre y el resto, a sus propios tratamientos médicos. Los que habían sido necesarios para dejar de ser un zombi y volver a la vida normal.

La prolongada enfermedad de Robert Bryan, sumada a los desastres naturales que habían asolado la región y a la consecuente pérdida de las cosechas de los últimos dos años, había dejado al rancho familiar en una situación delicada. Unos años atrás, Tim, el hermano mediano de Ken, había puesto en marcha una línea de negocio alternativa a través de la cría de caballos para el rodeo, deporte del que no solo era fan sino también un ex-jinete. Pero todavía no generaba ingresos suficientes para mantener por sí solo el rancho a flote.

Por otra parte, triunfar en la música country implicaba pasar mucho tiempo en Nashville, si no residir allí. Ken había optado por lo segundo cuando el nivel de actividad profesional había hecho imposible continuar viviendo a quinientos sesenta kilómetros de su centro de trabajo. Para los Bryan había sido una decisión muy dura que seguían sin llevar bien. De ahí que constantemente hubiera un Bryan de visita en Nashville, cuando no todos a la vez. Para Ken, alguien muy apegado a su familia, había sido directamente un desastre emocional. Aquella casa de tres plantas, rodeada de ciento setenta y cinco hectáreas de tierra fértil a la que sus dueños originales habían dado un nombre tan místico, era la solución perfecta a todos sus problemas. *Mystic Oaks* estaba situado en Davidson County, a veinte minutos del centro de Nashville, y además de sus bosques, sus cuatro manantiales, su gran arroyo y sus tres grandes estanques, contaba con las condiciones idóneas para desarrollar una actividad agrícola y ganadera a mediana escala. Si conseguía convencer a su padre y a sus hermanos de vender el rancho familiar y trasladarse allí, uniría alfa y omega. Podría tener una carrera de éxito en el mundo de la música country y también tener a su familia con él.

Ken se quedó pensando. Si alguien le hubiera dicho al adolescente loco por la música que hacía sus primeros pinitos en los bares marchosos de su ciudad natal en Ohio, que quince años más tarde estaría estudiando la oferta de hacer de gigoló dos meses a cambio de recuperar una parte de aquel sueño de convertirse en una estrella…

Si alguien se lo hubiera dicho entonces, probablemente jamás habría sacado un pie fuera de Ohio.

Se sentía asqueado y asfixiado, ambas cosas a un tiempo. Ya no quedaba rastros del subidón de la noche anterior. Ni de la alegría de haber vuelto a acariciar la sensación de éxito durante una hora y media. Dejó el vaso sobre la mesa, apagó la cafetera, cogió su bolso y una botella pequeña de agua de la nevera, el móvil y las llaves, y enfiló hacia la salida.

—¡Vamos de paseo, colegas! —les dijo.

River y Noah, como siempre, lo rodearon alegres moviendo el rabo, expectantes ante la próxima aventura. Ken les acarició la cabeza afectuosamente, tras lo cual se encaminó hacia la calle donde la noche anterior había tenido que aparcar su Ford F-150 de seis asientos.

—HABLA MÁS DESPACIO, Lilly. No me estoy enterando de nada —pidió Chris a su hermana mientras hacía tiempo paseando por un parque próximo a la organización. April había necesitado hacer un cambio de última hora y su turno de intervención no tendría lugar hasta las doce de la mañana. Y eran las diez.

Lilly aún estaba dormida cuando Chris se había levantado para ir al curso que dictaba en las oficinas centrales de la OADASV. No había querido despertarla. Había optado por dejarle una nota con su paradero y sus planes del día en la mesilla de noche, junto a la lámpara.

Sabía que el plan de su hermana pequeña para la mañana del sábado era dormir. Había llegado a las tantas de la madrugada del restaurante *El Barracuda* y el chef no la esperaba hasta el turno de cenas del domingo. Por lo poco que había logrado entender de su perorata casi histérica de alegría, uno de sus compañeros estaba indispuesto y la *sous* chef la había llamado para invitarla a ocupar su lugar. Había un no-sé-qué especial aquella noche.

—Mira, ¿sabes qué? Te lo cuento luego. Porque me he puesto histérica y todavía tengo que

ducharme, secarme el pelo y vestirme… ¡Dios, ¿ya son las diez?! ¡Tengo que correeeeeer! ¡Adiós!

Chris se quedó mirando el móvil con expresión risueña. Esa era Lilly en toda su expresión; un torbellino a quien a veces, hasta a ella misma, le costaba seguirle el ritmo.

Al fin, volvió a guardarlo en el bolsillo de su falda vaquera y continuó paseando. Era un día estupendo. Y ahora que iba vestida adecuadamente para una región donde las temperaturas rondaban los veintiocho grados en verano, no sudaba ni le faltaba el aire ni se sentía como una turista despistada, pensó al recordar su día anterior.

Al enterarse del cambio de turnos había considerado brevemente la posibilidad de quedarse en las instalaciones charlando con el personal, pero enseguida había caído en la cuenta de que ya se sentía bastante implicada con el formidable trabajo que realizaba la OADASV; si encima se encariñaba de los empleados y se dejaba influir por la evidente pasión que todos sentían por el área del trabajo del que se ocupaban, el regreso a su trabajo de oficinista humanitaria sería mucho más duro. Su plan era mantenerse lo más al margen posible durante tres semanas, disfrutar de la estancia en aquella ciudad hermosa y cuando llegara la hora, marcharse por donde había venido.

Un grito de «¡va!», la sacó de su abstracción. Al grito sucedió algo que pasó como una ráfaga por su lado derecho y casi al mismo instante, otra, también como una ráfaga, por su lado izquierdo. Chris dio un pequeño brinco, sobresaltada. Para entonces, los dos perrazos que habían pasado a su lado detenían su carrera quince o veinte metros más adelante. Uno, de color blanco, llevaba una pelota en la boca y su compañero intentaba quitársela sin demasiado convencimiento. Ya había perdido su interés por la pelota y ahora solo quería jugar.

—Te diría qué pequeño es el mundo, pero eso te lo dije ayer y no quisiera parecer repetitivo —oyó que decía una voz a su lado.

Para su propia sorpresa, Chris sintió que un cosquilleo agradable le recorría la espalda al reconocer aquella voz. Muy, muy, muy agradable.

Los instantes que demoró en que su mirada volviera a encontrarse con la del hombre de los ojos alucinantes le resultaron eternos, cargados de expectativas y de preguntas. Preguntas como ¿seguiría pareciéndole tan alucinantemente guapo como se lo había parecido el día anterior? ¿O quizás hoy unas tenebrosas ojeras, fruto de una noche de excesos celebrando a lo grande el éxito rotundo de su actuación en el Gaylord, deslucirían aquel rostro de facciones casi perfectas?

Pero no. No había ojeras, ni sombras, ni nada que desluciera esa cara tan atractiva. Por no mencionar que, con su pelo todavía húmedo secándose con la brisa matinal y su sonrisa radiante, el novio de *Barbie* le seguía pareciendo el hombre más alucinantemente guapo que había visto en toda su vida.

—Empiezo a preguntarme si esto no es demasiada coincidencia… —se las arregló para decir. También sonreía. Otra cosa a apuntar a la lista de reacciones incomprensibles que tenía estando en presencia de aquel hombre.

Él apartó la vista solo un instante, para ordenar a uno de sus perros que no se acercara a olfatear a los viandantes, pero cuando volvió a mirarla, su sonrisa había regresado.

—¿Y qué te respondes?

—De primeras, que sí. La primera vez fue un accidente y la segunda, quizás, una coincidencia, pero esta ya no. La has fabricado tú.

Él asintió suavemente sin dejar de sonreír.

—¿Y de segundas?

Chris mantuvo la mirada.

—Que ya no eres ningún adolescente y tienes una profesión exigente. No creo que te deje demasiado tiempo libre para jugar a fabricar encuentros casuales con una chica. Te diré que tampoco tienes pinta de ser de esa clase, de la que persiguen a las chicas. —Ni, por supuesto, que le hiciera falta perseguirlas, pero eso prefirió no decirlo.

—¡Gracias, menudo cumplido! —dijo él, pero enseguida fue al meollo de la cuestión—. Entonces, ¿dónde nos deja eso? Porque si son demasiadas coincidencias para ser realmente coincidencias y a la vez no me crees capaz de ser quien las fabrica… ¿Qué, estamos predestinados? ¿Es cosa del destino? —y coronó su frase con un movimiento sensual de sus cejas.

Chris rio de buena gana. Tío listo, pensó.

—Yo no he dicho que no te crea capaz… —se defendió.

Esta vez fue Ken quien festejó la evasiva con una risotada.

—Ah, vale. Entonces, retiro lo de «¡gracias, menudo cumplido!».

En aquel momento, alguien que pasaba por su lado, se detuvo brevemente junto a Ken y le palmeó el hombro.

—¡Bienvenido de vuelta, Ken! Intenté llegar a tiempo para ir a verte al *Gaylor*, pero el atasco en la carretera era tremendo. ¡El próximo no pienso perdérmelo! Darás más conciertos aquí, ¿no?

—¡Muchas gracias! Sí, tranquilo, habrá más. Estoy cerrando fechas. Lo sabréis con tiempo de organizaros —repuso Ken.

—¡Genial, tío! ¡Nos vemos! —se despidió.

—Sí, ya lo creo. Gracias —y esta vez fue Ken quien palmeó el hombro del individuo.

Chris se había mantenido en un respetuoso segundo plano, observando. El hombre que lo había interpelado era joven. Parecía menor que Ken, unos cinco o seis años. Eso le estaba dando una pista acerca del tipo de gente que lo seguía. No eran solo adolescentes histéricas, como ella había pensado. El encuentro también le ofrecía otra pista sobre Ken. Había tratado al joven con sencillez y espontaneidad. Su interés era genuino. De modo que era su forma de ser y no algo que les reservaba a las mujeres con quienes quería ligar. Es decir, no solo con ella se comportaba de esa forma desenfadada que le había llamado tanto la atención al saber quién era de verdad. Eso quería decir que no era una estrategia para caerle bien. Aunque también era posible que el muchacho y él se conocieran de antes y de ahí, aquel trato natural que tanto le llamaba la atención.

Aquella mañana, Chris iba a tener la ocasión de comprobar más cosas sobre Ken y su relación con el éxito. La primera, que el muchacho que lo había interpelado no era un amigo ni un conocido, sino uno más de los millones de *fans* que tenía el artista a lo largo y ancho del país. La segunda, que esa primera interacción que ella había presenciado, no era excepcional. Tampoco sería la última que presenciaría.

—Disculpa… —dijo él, excusándose por la interrupción. Otro gesto que a Chris la sorprendió gratamente. Lo que dijo a continuación la sorprendió aún más—: ¿te gustan los perros?

—¿Es una pregunta con trampa? ¿En plan, si te digo que sí, me vas a pedir que los cuide un rato mientras tú… —Hizo un gesto con la mano mientras pensaba cómo acabar su frase y cuando al fin se le ocurrió, sonrió traviesa—: te vas a ligar con otra chica?

Ken estuvo a punto de atragantarse con el sorbo de agua que estaba bebiendo. Se rio mientras la miraba entre asombrado y encantado.

Porque lo estaba. Ambas cosas. Asombrado de lo nada afectada que era ella en su trato con él. Encantado de que además de todas las muchas y grandes cualidades que poseía, también fuera divertida y tuviera tal sentido del humor.

—¿Para ligar con otra chica, has dicho? —Sus ojos mostraron con claridad meridiana lo que estaba pensando: «¿Quién sería tan imbécil de hacer tal cosa, teniendo enfrente a un bombón como tú?»—. No, qué va. Lo decía por saber si puedo presentarte a mis peluditos o mejor hago de cuenta que no son míos… —se rio—. A la gente que no le gustan las mascotas, por lo general, les asusta el tamaño de mis perros… Y eso que son cachorros todavía… —La miró con ojitos traviesos—. ¿Qué dices, te los presento?

Al ver que ella sacudía la cabeza risueña, Ken llamó a sus perros. Estos trotaron a su encuentro.

—A ver, tranquilidad… No le saltéis encima, ¿de acuerdo? —Los perros dieron vueltas alrededor de ella, moviendo el rabo alegremente pero manteniendo una distancia de seguridad en todo momento—. Así, muy bien. Buenos perros. Este es Noah —acarició la testa del Terranova blanco— y este otro es River —esta vez acarició el pelaje negro y blanco del lomo—. Y esta señorita que me acompaña se llama Chris. Tened mucho cuidado con su bastón, ¿vale? —La miró de reojo al decir—: ¡Os puede atizar muy duro con él!

«Ahí va otro trocito de mi corazón», pensó Chris al tiempo que sacudía la cabeza alucinada de la facilidad con la que aquel individuo sumaba puntos a su favor. Por más que hubieran dejado de importarle hacía mucho las miradas compasivas por su talla 44 o, más recientemente, por necesitar hacer uso de un bastón para poder andar, no perdía de vista que la actitud de aquel tipo en su presencia no se parecía en nada a las que ella estaba acostumbrada. Era como si él no fuera consciente de esas diferencias que en su adolescencia la habían hecho sufrir tanto. Como si no las notara. O como si no les concediera la menor importancia.

Chris se inclinó un poco hacia Noah. El perro daba vueltas alrededor de sí mismo, moviendo el rabo y emitiendo suaves ladridos.

—*Sit*, Noah —le ordenó. El animal obedeció de inmediato.

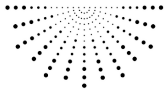
Ken volvió la cabeza para mirarla con el asombro pintado en la cara.

—Pata —volvió a ordenarle, al tiempo que ponía su mano con la palma hacia arriba frente al perro.

El animal obedeció otra vez, pero en esta ocasión también lo hizo River. Chris sonrió complacida.

—¡Qué chicos más buenos! —los felicitó estrechando sus patas, como si fueran personas. Primero la de Noah y luego la de River—. ¡Encantada de conoceros! Y no le hagáis caso a vuestro dueño, mi bastón es tan inofensivo para vosotros como yo —miró de reojo a Ken, imitándolo—: Aunque… él sí que haría bien en tener cuidado. ¡Es mi arma secreta para espantar moscardones!

CAPÍTULO ONCE



Durante un buen rato, la pareja se dedicó a jugar con los perros. Ken era un amante de los animales y un enamorado de los suyos en particular. Chris también lo era y, en su caso, llevaba seis años anhelando volver a tener una mascota.

Varias veces, los habían interrumpido sus *fans* que al ver a Ken se detenían para saludarlo, siempre con cariño, siempre con respeto. Si eran chicas, Chris podía leer en su lenguaje corporal que su interés por él no se limitaba solo a su música. Lo cual no era de extrañar, habida cuenta de que Ken Bryan era un hombre cuya belleza se ajustaba a los cánones de belleza masculina vigentes. Si eran chicos, la admiración que Ken despertaba en ellos era patente. Chris pensó con malicia que quizás no solo se acercaban a presentar sus respetos; también con la esperanza de que se les pegara algo de la pasión que su ídolo despertaba en el sexo femenino. Fuera como fuera, la respuesta del artista siempre era la misma; sencilla y agradecida.

Estaban sentados en un banco de madera y hacía un rato que nadie los interrumpía cuando Ken decidió dar un giro personal a la conversación.

—Anoche no te vi en el sector VIP —dijo, al tiempo que acariciaba la cabeza de River que, echado a sus pies, se mostraba encantado de tener la atención de su dueño.

Chris consideró sus palabras un momento. No había hecho mención alguna al sobre que ella le había enviado por mensajero. Probablemente, no lo hubiera visto, pensó con desilusión. Seguro que sus *fans* le enviaban montones de cosas. Cosas que alimentarían una pila infinita en el despacho de su representante o de alguien de su organización. Le habría encantado ver su cara al abrirlo. A falta de eso, saber lo que pensaba sería una compensación casi perfecta. Por lo visto, también tendría que pasar sin eso.

—No me viste porque no estaba allí —fue la respuesta de Chris. Ella también acariciaba una cabeza perruna; la de Noah.

—Entiendo; no te gusta mi música. Vaya. Es un golpe durísimo, lo admito. Mi música le gusta a todo el mundo, pero… Mientras yo te guste, supongo que lo superaré.

Chris dejó de acariciar a Noah y volvió la cabeza para mirar a Ken.

¿De verdad, no le importaba que, por tercera vez, lo hubiera rechazado? No lo había hecho realmente. Aunque debería haberlo hecho, se recordó. Pero, a los efectos, él le había regalado unas entradas y ella no había acudido. De pronto, todas las preguntas que venían aguijoneándola desde que se habían visto por primera vez —y a las que ella, últimamente, se había dedicado a bajarles el volumen hasta hacerlas casi inaudibles—, regresaron con brío. De pronto, tenía un barullo en la cabeza que no recordaba haber tenido en años.

—A ver, Ken… ¿De qué va esto? ¿Por qué estás aquí? ¿Qué pretendes?

«Vaya, parece que alguien Allí Arriba me ha escuchado. ¡Al fin!», pensó él.

—Esto va de que me encantas. Eres la mujer más interesante y preciosa que he visto en toda mi vida. Y eso que por mi profesión veo a montones, de todas las razas, colores y estilos que te puedas imaginar…

¿«La más preciosa», en serio?, aquel pensamiento irónico resonó en la mente de Chris que, incapaz de morderse la lengua, lo interrumpió para decir:

—O sea, que no te sientes *nada* intimidado por mi bastón.

Cuando él la miró a los ojos, a Chris la invadió un enorme sentimiento de culpa que sus siguientes palabras no hicieron sino aumentar.

—Lo de antes fue una broma. Mi intención no era molestarte y lo siento mucho —dijo refiriéndose a lo que les había dicho a sus perros acerca del bastón—. Y respondiendo a tu pregunta… No te pareces en nada a ninguna otra mujer que haya conocido en mi vida y sí, me intimidas. Tú, tu personalidad, no tu bastón… Aunque espero que nunca me tomes por un moscardón y lo uses contra mí. Pero sí, tienes una personalidad apabullante y me siento bastante intimidado, la verdad… Me gustas muchísimo… Y el que no arriesga, no gana —sonrió al ver que ella le enviaba una mirada recriminatoria—: Era por dejarlo claro.

Tras unos instantes de silencio, Ken continuó.

—Estoy aquí paseando a mis perros —y es aquí y no en otra parte—, porque sé que la razón que te ha traído a Nashville tiene que ver con la OADASV que, casualmente, está en la cuarta planta de ese edificio que se ve allí —señaló la torre que asomaba entre los árboles, trescientos metros a la derecha de donde estaban—. O sea, que podría decirse que esto es una coincidencia con un poquito de ayuda de mi parte. Y sobre mis pretensiones…

Ken se tomó algún tiempo para continuar. Lo que sentía era difícil de explicar, pero no una locura, no en el sentido estricto de la palabra. Sin embargo, era muy consciente de que podía interpretarse como tal, si no tenía cuidado. No era un flechazo. El amor a primera vista le parecían pamplinas publicitarias que se vendían como las rosquillas y de ahí que recibieran tanta cobertura en los medios. Eran excusas para justificar insensateces que se hacían por deseo, —por lujuria—, o, simplemente, por un consumo excesivo de sustancias psicotrópicas. Tenían poco y nada que ver con el verdadero amor. Pero desde el primer minuto a su lado había experimentado algo nuevo. Algo distinto. Una sensación inexplicable de familiaridad. Tan inexplicable que seguía siendo una incógnita hasta para él mismo.

Y con cada nuevo encuentro, esa sensación había crecido y a ella, se le habían sumado otras.

Otras como lo relajado que se sentía a su lado. Chris parecía una mujer llena de energía; sin embargo, cuando la miraba podía sentir aquel remanso en su mirada. Una serenidad que lo traspasaba y se adueñaba de él de una forma de lo más extraña. Sentía cómo sus propios decibelios mentales descendían ostensiblemente. Que había silencio en su cabeza. Por primera vez en toda su vida, había silencio. No duraba mucho, pero el solo hecho de experimentarlo le parecía un regalo.

O como la (increíble) sensación de estar con una mujer y no sentirse como el trozo de carne al que todas querían hincar el diente. Era consciente de que como pensamiento masculino era bastante insólito. Sus hermanos vivían repitiéndole lo raro que era desde que tenía uso de razón. Pero llevaba la mitad de su vida sintiéndose de esa forma cuando estaba en presencia del sexo femenino. Una golondrina no hacía verano, ¿pero miles? Miles, definitivamente, sí.

Ken volvió a mirarla.

Y volvió a sentir ese mar en calma, rodeándolo, apoderándose de él.

—Hay algo —la señaló a ella y luego a sí mismo—. No sé qué es. No puedo explicarlo. Y te juro que no estoy intentando ligar contigo… —Sonrió y se corrigió a sí mismo de inmediato—. Bueno, sí. Sí que intento ligar contigo. Pero esto que digo no lo digo por eso, sino porque es real. Aquí hay algo, Chris. Y… quizás me equivoque, pero creo que tú también sientes que hay algo… —respiró hondo y sonrió derrotado—. Diosss… Si Tom estuviera aquí… Es mi mejor amigo —explicó—. Se estaría riendo a carcajadas y con razón. Creo que este es, con diferencia, mi intento más patético de todos de ligar con una chica. Espero que no me lo tengas en cuenta… Y espero que me permitas seguir viéndote. Me encantaría. De verdad, Chris.

«Adiós a otros tres cuartos de lo que quedaba de mi corazón», pensó ella. Él tenía razón; desde luego que había algo. Que pudiera explicarse o no, era lo de menos. *Tenía que haber algo*. Porque de otra forma, ella no seguiría allí, escuchándolo como si estuviera pegada al asiento. Ni llevaría semanas plenamente consciente de que era incapaz de dejar de pensar en él. Lo intentaba. Lo intentaba con todas sus fuerzas. Pero en algún momento del día, él siempre se las arreglaba para volver a plantarse en mitad de su mente.

La cuestión era que, más allá de ese algo inexplicable, vivían realidades muy diferentes. Realidades a la que no les veía un punto de encuentro posible. Así las cosas, ¿dónde les conducía la existencia de ese algo, fuera lo que fuera?

—Podría estar aquí por cualquier otro motivo. Y que señales ese edificio, me lleva a pensar que me has seguido. En esa torre hay varias empresas, pero solo has mencionado a la OADASV. Lo que, otra vez, me lleva a pensar que sabes de mí más cosas de las que aparentas saber… Y si es así… Imagino que ya has caído en la cuenta de que esto que dices que hay —dijo señalándolo a él y luego a sí misma, tal como Ken había hecho antes— tiene un primer obstáculo importante. Uno geográfico… Como de…

—Mil doscientos kilómetros —la interrumpió él.

Chris asintió con un gesto que venía a decir «así que te has tomado la molestia de averiguar dónde vivo».

—Mil doscientos treinta y nueve —precisó ella—. Vamos, que el paseo con tus perros sería largo de narices… Los pobres llegarían con la lengua afuera.

Ken soltó una carcajada. Dios, cómo le gustaba esa mujer… Ella, al fin, también sucumbió, aunque lo suyo no pasó de una sonrisa.

—No te rías, no tiene gracia… —Sacudió la cabeza—. No voy a negar que hay algo —concedió y no quiso mirarlo porque aún sin hacerlo podía sentir la intensidad de aquellos ojos increíblemente hermosos sobre ella—, pero no logro ver un punto en el que tu vida y la mía puedan encontrarse. Y mientras no lo vea, no voy a arriesgarme. Yo tampoco estoy pasando por un buen momento. Y no voy a explicarte a qué me refiero. Solo lo digo para que entiendas por qué estoy más que dispuesta a ignorar ese algo y seguir con mi vida.

Sus palabras debieron resultarle desalentadoras a Ken. Pero no fue así. El solo hecho de que ella estuviera intentando explicarle por qué seguiría pasando de él, fue como un chute de energía. Podía entender su miedo. Podía entender su cautela. Perfectamente.

—Si en algún momento ves ese punto de encuentro, ¿te arriesgarás?

Chris respiró hondo. No era esa la pregunta que había esperado. Ni la reacción que había esperado. Pero, desde luego, era una buenísima pregunta. ¿Se arriesgaría?

—Sí —se sorprendió diciendo. Y enseguida se sintió ridícula e intentó aligerar la contundencia de aquella afirmación—: Bueno… Si mi apabullante personalidad te hace sentir tan

intimidado y aun así te arriesgas… ¿Qué menos, no?

Él le obsequió una sonrisa inmensa.

—Perfecto, entonces. Mientras encontramos ese punto… ¿Puedo invitarte a un café… o ya tienes que marcharte?

La propuesta descolocó a Chris. Teniendo en cuenta que las posibilidades de hallar un punto de encuentro entre su vida de cooperante humanitaria en Toronto y la de estrella de la música country en Nashville de Ken eran prácticamente inexistentes, podía decirse que, de alguna forma, le había vuelto a dar calabazas… ¿Y él, a cambio, la invitaba a un café? Qué tío más increíble.

—¿Y los peluditos qué harán mientras tanto, mirarnos desde la acera?

Él se puso de pie con una sonrisa triunfal. Había conseguido arrancarle un «sí». ¡Un «sí» de verdad!

¡Eres un crack, tío!

—Tomar café con nosotros… Bueno, lo de ellos será agua, pero ya me entiendes… ¿Nos vamos? —dijo, ofreciéndole una mano galantemente.

Mano que retiró ipso facto. En cuanto vio su mirada de «puedo solita, gracias».

KEN Y CHRIS habían abandonado el parque, cruzado la avenida y una vez en la acera, él se detuvo para ponerle las correas a los perros.

Para entonces, Chris ya había tomado una decisión y se la comunicó sin demora.

—Gracias por la compañía y las risas, pero tengo que marcharme.

Ken dejó lo que estaba haciendo y, agachado en el suelo, la miró. Estaba claro que había cantado victoria demasiado pronto. Sin embargo, habría jurado que cien metros atrás, había disposición por su parte. No eran imaginaciones suyas. No lo había malinterpretado.

El conejillo asustado estaba intentando huir otra vez.

—¿Seguro que no tienes diez minutos? Será rápido, te lo prometo.

Chris lo miró con interés.

—¿Cómo puedes asegurarlo? Ah, ya. Hasta el pinche de cocina es fan tuyo, así que en cuanto te ven, lo dejan todo para atenderte.

Ken volvió a incorporarse sonriendo, con las dos correas en la mano.

—Ya me gustaría, pero no. Mi buen amigo Travis tiene la edad de mi padre y lo que le va de verdad es Johnny Cash o Hank Williams. No estas bazofias que se hacen ahora, cito textual. —Al ver la mirada interrogante de Chris, descartó el tema con una mano—. Son viejas glorias de la música country, ya sabes, «clásicos». No están mal, pero mi bazofia es mejor —añadió con un punto imperceptible de vanidad.

Su música era realmente buena. A Chris le gustaba, pero no tenía intenciones de alimentar su vanidad reconociéndolo. Sin embargo, no pudo evitar reír ante su forma de decirlo.

—¿Tu bazofia? ¡Qué humilde!

Ken disfrutó de su risa espontánea y luego continuó:

—Cuando empecé a tocar en bares de la ciudad, la gente seguía a lo suyo como si no hubiera nadie frente al micro. ¿Sabes esa sensación de que no te hacen ni puñetero caso? Fue mi pan de cada día durante muuuucho tiempo. Créeme, que te escuchen y no les gustes, es mucho mejor que ni siquiera te escuchen. Si sobrevives a ese nivel de indiferencia, luego te da igual lo que te

echen. ¡No te entran ni las balas!

Chris continuó mirándolo con interés. No solo por lo que le contaba, también por la facilidad con la que él se las arreglaba para seguir manteniendo ese interés.

—¿Y entonces, cómo sabes que «será rápido»?

—No lo sé. Diría lo que fuera con tal de que te quedaras —Ken sonrió travieso—. Por favor, no te enfades, ¿eh?

Chris sospechaba que enfadarse por algo que hiciera o dijera, sería tan difícil como le estaba resultando dejar de interesarse por cada cosa que compartía.

—Eres un zalamero, chico y no, no me enfado —sonrió con malicia—: Haré algo mejor que eso; marcharme. —Y con esas, palmeó la cabeza de Noah, hizo lo mismo con River y finalmente miró a Ken y lo saludó moviendo su mano.

Ay, te vas… Qué lástima.

Pero ya que no podía evitar que se marchara, al menos se aseguraría de hacerla reír otra vez.

—¿Y a mí no? —dijo risueño, ofreciéndole su coronilla.

Chris se rio ante aquel nuevo despliegue de naturalidad y se sobrepuso a la tentación de acariciar su cabello. Tal y como iban las cosas entre los dos, su pelo seguramente sería tan magnético como el resto de él.

—A ti, no. Lo siento.

Ken la detuvo tomándola suavemente por el brazo. La corriente de energía los atravesó a los dos, aunque ambos se las arreglaron para aguantar el tirón con razonable naturalidad. Sin embargo, que Ken la retirara de inmediato no fue sino una confirmación de lo sucedido.

—Espera… ¿Tienes un boli?

—Tengo que irme —repuso Chris. Se hacía una ligera idea de lo que él se proponía y no deseaba tener más tentaciones al alcance de la mano.

Él ladeó la cabeza y le dedicó una de sus miradas imposibles.

—Será un minuto. Venga, no seas mala…

Chris respiró hondo y hurgó en su bolso. Le entregó su estilográfica. Él, por su parte, sacó la billetera del bolsillo de atrás de sus vaqueros, extrajo un papel y garabateó algo en él.

—Para ti —dijo, entregándoselo junto con la estilográfica.

—¿Qué es, un autógrafo?

Chris sabía perfectamente lo que era; la tentación que viviría en su bolso y le recordaría que estaba allí, esperándola, cada vez que lo abriera. En resumidas cuentas; tendría que cambiar de bolso.

O deshacerse de aquel trozo de papel de inmediato.

Él no festejó la broma.

—Llámame —le rogó y al ver su mirada desafiante, matizó—: O dame tu número y te llamo yo.

«¿Deshacerse de aquel trozo de papel? Ja. Ja. Ja».

Hacerlo no era tan fácil como decirlo. Nada con aquel hombre lo era. Chris jugueteó con el papel entre sus dedos. Entonces, notó que estaba impreso por la otra cara. Le dio la vuelta. Al ver que era un ticket de la veterinaria donde había comprado el alimento de sus perros, no pudo evitar sonreír. Acostumbrada a moverse en un mundo en el que al apretón de manos seguía siempre un intercambio de tarjetas, le resultó cómico que una superestrella de la música le diera su número en un ticket de la compra.

Cómico y muy refrescante.

—Ah, ya veo, es la versión Ken Bryan de una tarjeta personal —comentó intentando mantener a raya la sonrisa. Entre su expresión de niño travieso y esa sonrisa que quitaba el hipo era *imposible* no seguirle el juego.

Él fue el primero en reír. Pero más que por su espontáneo gesto de echar mano de aquel trozo de papel para salir del apuro, lo hizo porque acababa de marcar un tanto doble y era su forma de celebrarlo sin que ella lo notara. No tenía tarjetas personales. Nunca las había tenido. Quien se ocupaba de sus negocios era Tom y él sí las tenía, de varios estilos. Aunque la preciosa mujer que estaba frente a él aún no hubiera tenido tiempo de comprobarlo, sus señas personales eran un secreto de Estado para él. Ella acababa de unirse al reducidísimo grupo de personas en el mundo que tenían acceso a esa clase de información.

—¡Qué dices! Es la prueba de un asalto a mano armada. ¿Has visto lo que cuesta el pienso de mis peludos? ¡Estos tíos comen mejor que yo! —exclamó riéndose de buena gana.

Y, cómo no, haciéndola claudicar a ella también por enésima vez.

CAPÍTULO 12

Chris no lo había llamado. Estaba dentro de las posibilidades con las que Ken había contado, de modo que no le sorprendió. ¿Le espoleó la vanidad? Sí, por supuesto. Pero era lo que ella había hecho desde el principio; darle calabazas [1]. Eso sí, a su manera simpática y dicharachera. Aunque no le agradaba en absoluto tener que reconocerlo, empezaba a acostumbrarse a lidiar con los corcovos de su amor propio, que no se había acostumbrado y probablemente nunca lo haría.

También empezaba a acostumbrarse a lo irónico de la situación; estaba relanzando su carrera musical y sus *fans*, que llevaban más de dos años esperándolo, convertían cada actuación en una fiesta. Fuera donde fuera, lo esperaban innumerables muestras de cariño, mujeres y hombres dispuestos a permanecer largas horas esperando bajo el sol o bajo la lluvia la ocasión de poder tenerlo cerca para intercambiar unas palabras, pedirle un autógrafo o hacerse una foto con él. Y mientras medio país se rendía a sus pies, la única persona ajena a su familia a quien le había dado su número de móvil, no lo había marcado ni una sola vez.

Para rizar el rizo en el apartado «ironías de la vida», la última persona con quien desearía siquiera cruzarse por la calle, estaba tan obsesionada con él que había emitido un cheque de seis cifras a cambio de que él se convirtiera en su gigoló particular durante un par de meses. Esas cinco páginas del contrato eran tan apestosas que ni sus perros, que como buenos cachorros no dejaban nada sano, se habían acercado a olisquearlas. Había sido él quien las había movido de la barra americana al pequeño montón de publicidad, periódicos y revistas atrasadas junto al televisor. La última vez que lo había comprobado seguían allí. Intactas.

Aquella semana había tenido actuaciones casi todos los días y eso, en parte, le había servido para no volver a pensar en el tema. Era consciente de que cada día que pasaba sin mencionar cuál era su decisión sobre el asunto, suponía un nuevo golpe a la vanidad de Sandy. Lo cual no era nada bueno. Pero el maldito contrato le provocaba emociones encontradas. Por un lado, lo humillaba, pero por otro… Tal como ella había dicho; era la llave para recuperar *Mystic Oaks*.

Desde el minuto que Tom le había explicado en que consistía la oferta que Alexandra Carrington-Fox había puesto sobre su mesa, Ken había tenido claro que las cosas no se quedarían en una cuestión profesional. A pesar de lo cual había aceptado la oferta. Se había dejado convencer por Tom de que era su mejor oportunidad de regresar por la puerta grande. Más que el tamaño de la puerta por la que regresara al mundo del papel cuché y las luces de neón, lo que le importaba era que su familia no acabara en la ruina. Antes de su paso por el lado oscuro no habría sido así. Entonces, el tamaño de su ego requería que la puerta fuera muy grande.

Ahora, esas memeces de diva le traían al pairo.

Ahora, lo realmente importante era asegurarse un exitoso regreso a los escenarios, ya que eso le daría los recursos necesarios para pagar las costosas facturas médicas de su padre y las deudas ocasionadas por las pérdidas que estaba dando el rancho. En el fondo de su corazón, siempre había sabido que el precio a pagar sería más alto que ese diez por ciento de las ventas del nuevo álbum. Y que el pago sería en especie, no en dinero. Intentaría evitarlo por todos los medios, claro estaba, y confiaba en que su persistente negativa acabaría por desencantar a Sandy, quien al final acabaría conformándose con las ganancias económicas. Pero ni en sueños había esperado que ella llegara tan lejos. Quedaba claro que había infravalorado su nivel de obsesión.

Las risas de su hermano Jim lo devolvieron al presente. Noah y River habían conseguido hacerlo caer al suelo y jugaban a morderlo, hundiendo sus hocicos en los rincones más pequeños de su gran envergadura, arrancándole carcajada tras carcajada.

—¡Tened piedad, chicos o me enviará a vuestra madre para que os meta en cintura! —se rio Ken, desde la barbacoa donde preparaba el almuerzo.

Jim había llegado temprano por la mañana y había sacado a su hermano de la cama. Ken había tenido una actuación en Memphis. La ciudad estaba cerca, pero la cosa se había alargado y había regresado a su casa a las tantas, rendido del esfuerzo de toda la semana.

—Están fenomenales. Han crecido un montón. Yo creo que serán más grandes que Rain —comentó Jim, asomándose por el costado de Ken para aspirar el sabroso aroma del humo que ascendía en volutas y, de paso, husmear lo que se cocía sobre la parrilla. Esta vez, Jim se refería al bienestar de los perros y no de su hermano. Constatar en persona que Ken seguía estando en forma y luciendo un aspecto sano, lo había tranquilizado.

Jim era de la misma altura de Ken y, como todos los Bryan, rubio de ojos claros. A diferencia de sus dos hermanos varones, él seguía los dictados de la moda en estética capilar y, por lo tanto, llevaba el cabello con abundantes mechas platino y sujeto en una coleta baja que, desde el primer día, había dado mucho que hablar en la familia.

—Entonces, tendré que pensar en buscarme un trabajo extra porque pequeños como son, ya comen como osos y su pienso está carísimo —bromeó Ken. Tras echarle un vistazo a su coleta, añadió—: ¿de verdad eso tiene tanto tirón entre las chicas, tío?

Jim cogió su bote de cerveza y miró a su hermano desafiante.

—¿Por qué lo dices?, ¿estás pensando en copiarme?

¿Copiarlo? Ni en sueños. Ken no estaba en contra de los cuidados a los que sus compañeros de especie parecían dedicar tanto tiempo últimamente, pero él ya tenía bastante con soportar las sesiones de maquillaje y peluquería cada vez que daba una entrevista o hacía una sesión de fotos. Por más que todo el mundo se empeñara tanto, no era un modelo de ropa masculina, sino un músico.

—Tranquilo, te dejaré la exclusiva del peinado a ti… No, lo decía porque te debes gastar una auténtica pasta en tener el pelo siempre como si acabaras de salir de la peluquería… Y por más coqueto que seas, eres un hombre. Tenemos que ver una clarísima compensación a los sacrificios que hacemos. —Lo miró y le hizo un guiño antes de añadir—: Ya me entiendes.

Una enorme sonrisa vanidosa se abrió paso en el rostro de Jim. Una que lo hacía parecer mucho más joven de sus veinticinco años.

—Compensa —aseguró. Y no dijo más. Lo que constituyó suficiente respuesta y provocó que los dos hermanos estuvieran riéndose y enviándose miradas cómplices durante un rato.

Poco después, comían sus costillas con patatas asadas sentados a la mesa del porche bajo la

cerrada atención de los canes, que no se perdían ni un solo movimiento de los hermanos con la esperanza de que les tocara algún regalo en el reparto. Regalo que procedería, en todo caso de Jim y sería a escondidas de Ken, nada partidario de darle «cosas» a los perros.

—¿Qué tal sigue padre? ¿De verdad está tan bien como él dice? —quiso saber Ken.

Robert Bryan era un adicto a su rancho y a todo el trabajo que había que hacer en él. Llevaba dos años y medio mirándolo desde la ventana de su habitación y estaba dispuesto a decir lo que fuera para que su familia le permitiera «volver a ser útil».

—Seguro que no tan bien. Pero está mejor. Ya no se cansa al caminar, no se queda sin aire… Y vuelve a tener su buen apetito de siempre. Vamos, ese que es tan parecido al tuyo —bromeó, aludiendo a que padre e hijo no solo eran como dos gotas de agua en lo físico, también eran dos comilones de cuidado—. Como te imaginarás, Doreen lo está cebando… Para ser exactos, nos está cebando a todos. Tío, de verdad, desde que a padre le han dado el alta, yo creo que he engordado un par de kilos… Esa mujer cocina como los dioses.

Al morir su hermana Martha, Doreen Montgomery se había trasladado a Springfield para ayudar a su cuñado Robert con los niños. Había dejado el Rancho Lone Star, su paraíso personal situado en Montana. En principio, había dicho que sería por dos o tres años, pero habían transcurrido veinticinco y continuaba en Springfield.

—Y que lo digas. Me llamó después de ver un vídeo de mi actuación en el Gaylord en las noticias. ¿Sabes lo que me dijo? Que estaba como un espagueti porque según ella soy un perezoso y me alimento a base de bocadillos de basura. —Jim soltó una carcajada. A él le decía lo mismo—. ¡Me amenazó con plantarse aquí un mes por lo menos para recordarme lo que significa alimentarse en condiciones!

—Sí, así es ella. Como todo lo que come lo asimila, no entiende que haya gente que queme buena parte de lo que come trabajando…

—Ya. Cuando le digo que pierdo un kilo en cada concierto, me acusa de ser un exagerado —se rio Ken.

—Y da gracias de que padre todavía necesita muchos cuidados, si no ya la tendrías instalada aquí, asegurándose de que haces tus tres comidas al día como está mandado.

Jim lo había dicho con cariño, no a modo de queja. Los hermanos Bryan adoraban a Doreen. Sin ella, su vida habría sido infinitamente más difícil tras la muerte de su madre.

—¿Y qué tal van las cosas en el rancho? ¿Levantamos cabeza o…? —Ken no completó la frase por no ser pájaro de mal agüero. Que la familia se quedara sin su medio de sustento antes de que él pudiera recuperar *Mystic Oaks* era una alternativa que no deseaba plantearse bajo ninguna circunstancia.

De momento, no levantaban cabeza. Y las previsiones de Tim, el mediano de los hermanos Bryan que había tomado los mandos a raíz de la enfermedad del cabeza de la familia, no eran nada halagüeñas a medio plazo. Ken no estaba al tanto de todo porque su padre y Tim se negaban en redondo a añadirle más presión. Pero Jim no estaba de acuerdo en suavizarle las cosas. En su opinión, eso era contribuir a que el batacazo que se llevaría cuando la realidad les explotara en la cara fuera mucho más grande.

—Date con un canto en los dientes de que no vayamos para atrás como los cangrejos… ¿Avanzar? —Negó con la cabeza—. No está en las previsiones de este año.

Ken tragó saliva.

—¿Y entonces?

A Jim no se le pasó por la cabeza decir una mentira.

—Esperaremos hasta diciembre, por si ocurre un milagro. Y si no ocurre, venderemos las tierras que sean necesarias para cubrir las pérdidas.

—Joder… —Ken apartó su plato con las costillas a medio comer. No solo se le había quitado el apetito, ahora se sentía angustiado.

Jim le puso un brazo sobre el hombro a modo de consuelo.

—No es tan terrible, tío. Ya sabes lo que pienso. Debimos haber vendido el rancho hace años y venirnos contigo a Nashville. No hay nada que hagamos en Springfield que no pueda hacerse aquí y los Bryan somos como somos; nos tiramos los trastos a la cabeza cuando estamos juntos, pero no sabemos vivir separados. Ni tenemos ningún interés por aprender. *Esto* es una mierda —dijo refiriéndose al hecho de que Ken hubiera vuelto a Nashville solo.

Ken le dedicó una mirada cariñosa y palmeó a su vez la mano que reposaba en su hombro.

—Es una mierda —concedió.

Porque lo era. Una auténtica mierda.

CHRIS NO HABÍA TIRADO aquel ticket de compra. Había cambiado de bolso, para no toparse con él, pero con eso solo había conseguido no ceder a la tentación de llamarlo. ¿Había dejado de pensar en Ken? Ya le habría gustado, pero no. Ni de cerca.

Ahora, él se presentaba en su mente de otra forma mucho más sutil cada vez que atravesaba el parque o hacía tiempo tomando un café en el restaurante-cafetería que había cerca del edificio Myriad o paseaba por algún rincón de la ciudad… Antes o después, sus ojos escrutaban su campo visual con disimulo, buscándolo. A él o a sus adorables mascotas.

Pero no había vuelto a verlo y cada vez que sus ojos habían regresado de vacío de su barrido periférico de turno, ella había jugado a ignorar la sensación de desencanto que la embargaba.

Chris echó un vistazo impaciente a su reloj.

—O te das prisa o me iré sin ti —dijo en voz alta para que la oyera la tardona para todo de la familia, que seguía en el baño.

—Ya estoy aquí, quejica —repuso Lilly que en aquel momento se detuvo frente a Chris. Dio una vuelta sobre sí misma—. ¿Me ves bien o doy otra vuelta?

A continuación le tendió su mano para ayudarla a levantarse. Chris la aceptó.

—Gracias, nena. Y sí, te veo perfectamente, pero me habría gustado verte perfectamente *diez minutos antes* —matizó con retintín—. Ahora, tendremos que coger un taxi para no llegar tarde. Venga, coge tu bolso y larguémonos ya.

Lilly siguió a su hermana hacia la puerta del apartamento al tiempo que sacudía la cabeza.

—Qué más dará llegar diez minutos antes o diez después… Solo a ti se te puede ocurrir pasar la tarde atendiendo el puesto de un mercadillo solidario… ¡Esto es Nashville, Chris, la Ciudad de la Música y de los tíos buenos con botas y sombreros de cowboy! —exclamó histriónica.

Chris esperó a que su hermana saliera para cerrar la puerta con llave.

—Ya te he dicho que no tienes por qué venir, Lilly. Es tu primer día libre desde que llegamos y me encanta que estés conmigo, pero si quieres ligarte a uno de esos tíos buenos de los que hablas y pedirle que te muestre la Ciudad de la Música… O lo que sea… —añadió con picardía —. Por mí, perfecto.

—¿Has dicho «o lo que sea»? —le pasó un abrazo alrededor de los hombros—. ¿Y esperas

que te crea? Te pones tan nerviosa cuando salgo con una amiga, aunque la conozcas de toda la vida, que no te duermes hasta que yo llego, ¿y esperas que me tome en serio eso de que «por ti, perfecto» a ligarme a un total extraño e irme de marcha? ¡No te lo crees ni tú!

Las hermanas se pusieron en marcha hacia la calle.

—Vaaale, lo admito. No pegaría un ojo en toda la noche. De hecho, probablemente, saldría a buscarte —se rio de sí misma haciendo reír a Lilly—. Pero lo demás iba en serio. No tienes que venir conmigo, cari.

Lilly acercó su cabeza a la cabeza de su hermana en uno de sus gestos cargados de cariño.

—Ya sé que *no tengo*, pero *quiero*. Además —dijo tomando del brazo a Chris—, los tíos buenos están por todas partes en esta ciudad. Es como una invasión extraterrestre… Quizás a algunos les vaya el rollo solidario y se den una vuelta por el mercadillo a alegrarnos la vista, ¿no te parece?

—Claro, de esperanza también se vive —dijo Chris.

—¿Lo ves? ¡Vamos, que me muero por pasarme la maldita tarde atendiendo un puesto de mercadillo! —exclamó.

Un buen rato después, las hermanas volvían a reír cada vez que sus miradas se cruzaban.

«ESTE NO LLEVARÁ botas ni sombrero de cowboy, pero está tan bueno que quita el hipo», pensó Chris al ver al hombre con las gafas de sol sobre la cabeza, que avanzaba por el camino principal del parque llevando a un Terranova blanco de la correa. Otro tipo joven iba a su lado con un Terranova de pelaje blanco y negro.

Así que le habían entregado el sobre que ella había hecho llevar a la taquilla del Gaylord… ¿Había sido antes o después de su último encuentro? ¿Él ya lo sabía entonces y había decidido no mostrar sus cartas para sorprenderla? ¿O, quizás, estaba allí por casualidad, porque como había dicho Lilly, le iba el rollo solidario?

«Lilly», pensó, «ay, mierda». Su hermana no sabía nada de sus encuentros furtivos con la estrella de la música. ¿Iba a tener que disimular? Imposible. Por más que ella lo intentara, él procedería como siempre que estaban juntos. Hasta un ciego podía ver que algo se cocía entre los dos. Aunque ella siguiera decidida a esquivarlo. Y, conociendo a Lilly, en cuanto se diera cuenta… Dios, en buena hora se le había ocurrido invitarla a que la acompañara.

Ken se acercaba. Iba hacia donde estaba ella. Acababa de verla y su sonrisa preciosa ya había hecho acto de presencia.

¿Y ahora qué? ¿Se escondía debajo del puesto? ¿Echaba a correr despavorida? ¿Ponía cara de «¡vaya, qué coincidencia!»? Para lo primero ya era tarde, la había visto. Lo segundo era imposible desde que necesitaba un bastón para poder andar. Y lo tercero no sería creíble porque a medida que él se acercaba y ella podía ver su rostro con más claridad, le resultaba cada vez más evidente que no era ninguna coincidencia. Puede que a Ken le fuera el rollo solidario, pero no estaba allí por eso.

Ay, mierda. Ay, mierda. Ay, mierda.

Controló visualmente lo que sucedía en los tres metros cuadrados de su puesto. Una compañera reponía la mercancía que se había vendido mientras la otra, miembro de la Asociación de Gais, Lesbianas y Transexuales de Nashville, atendía a una familia. Lilly le estaba

dando las vueltas a una señora que se había enamorado de los atrapa-sueños y se había llevado media docena para regalar.

Decir que estaba nerviosa era quedarse muy corta.

Pero si a Chris se le había pasado por la cabeza intentar controlar de alguna forma los acontecimientos, muy pronto descubrió que cuando en la ecuación había perros, las cosas resultaban mucho más espontáneas. Ellos no entendían de tretas ni de planes; respondían al afecto y en cuanto olieron a Chris, echaron a correr hacia ella. Ken logró retener a Noah por la correa en el último momento, pero Jim, no.

—¡Eh, hola, hola, hola! ¿Cómo estás, pequeñín? —Chris se entregó a acariciar al perro que no dejaba de dar vueltas alrededor del banco alto donde estaba sentada, moviendo la cola—. Cuidado, no le des a la mesa que lo vas a tirar todo, ¿eh? ¡Qué dices, Chris?, ¿cómo un peludito tan listo le va a dar la mesa? ¡Pero qué precioso eres!

Fue cuestión de segundos que otra loca por los perros como Lilly se uniera a la fiesta. Para entonces, Ken y Jim habían llegado al puesto y Noah tiraba de la correa para que su dueño lo liberara, lo que no tardó en suceder.

—¡¿Y tú quién eres?! —exclamó Lilly abrazando alegremente al recién llegado—. ¡Oh, pero qué cosa más preciosa! ¿Has visto, Chris? ¡Ayyyy… qué monada!

Jim miró a su hermano y se echó a reír.

—No es por nada, tío… Pero, ¿te has dado cuenta del tirón que tienen tus perretes? ¡Más que tú, eso seguro! —le dijo al oído.

En aquel momento, la atención de Lilly pasó de Noah a los dos «tíos buenos» que estaban frente al puesto, uno de los cuales le resultaba conocido.

—Oye, ¿pero tú…? —Abrió los ojos como platos— ¡Tú eres Ken Bryan! ¡Madre mía, Chris! ¡Tenemos a Ken Bryan en el puesto! ¡A ver, señoras, un momento de atención, por favor, que esto seguro que no os lo vais a querer perder!

Ken le devolvió la mirada a su hermano con una sonrisa de oreja a oreja.

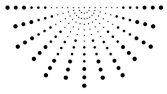
Una mirada en la que había un inequívoco mensaje que solo Jim comprendió:

«Con que ‘más que yo’, ¿eh? Mira y aprende, chaval».

---

1 Dar a alguien calabazas: rechazar una proposición amorosa.

CAPÍTULO 13



Ken había logrado pasar desapercibido exactamente el tiempo que Lilly había tardado en alertar al público de su presencia. Un instante después, la gente había empezado a arremolinarse a su alrededor y el foco de interés se había centrado en él. Sin embargo, algo que había supuesto una grata sorpresa para Chris, no era necesariamente bueno para el grupo de asociaciones que habían invertido una parte de sus paupérrimos fondos en obtener el permiso necesario para montar un puesto que ahora estaba sitiado por las *fans* del cantante.

La culpa era suya, pensó Chris. En su cruzada por desafiar a Ken, se le había olvidado un detalle sin importancia; su gran poder de convocatoria.

—Pues espero que este hombretón guapísimo simpatice con la causa. Porque estoy a punto de saquear su billetera —anunció Lorna, estirándose la camiseta en un gesto de coquetería.

Y con esas, salió de detrás del puesto y fue al encuentro de la estrella con los pronunciados movimientos de caderas que solían hacer las personas que habían nacido en un cuerpo de hombre, pero se sentían una mujer.

Chris se tragó la risa y continuó mirando con disimulo. ¿Simpatizaría Ken con la causa o, al igual que le sucedía al norteamericano medio, creería que toda alternativa a la heterosexualidad era sinónimo de enfermedad?

—Un momentito, un momentito, un momentito… Queridas, hacedme un hueco, por favor… Graciasssss —Lorna fue abriéndose camino hasta Ken a golpe de cadera. Y cuando lo alcanzó, posó sus manos sobre los hombros del cantante, obligándolo tácitamente a que se agachara para ponerse a su nivel—. A ver, guapetón… Yo soy Lorna.

—Y yo Ken —repuso él, divertido por su proceder.

—¿No es un encanto, chicas? ¡Cree que todavía necesita presentarse…! Sé quién eres, Ken Bryan —repuso ella riéndose con coquetería—. ¿Y sabes qué más sé? Que no todos los días tenemos la suerte de que una estrella como tú venga a visitar nuestro puesto, pero hoy nos ha llovido un tsunami de suerte del cielo derechito sobre la cabeza porque ¡estás aquíííí! ¡¡¡¿No es emocionante?!!! —les preguntó a las *fans* de la primera fila, lo que dio lugar a un griterío que no tardó en capitalizar—. ¿Lo ves? ¡Están histéricas de alegría! Así que ¿por qué no aprovechamos que tú estás aquí y ellas están aquí… y *nosotros estamos aquí* —esta vez señaló el puesto—, para organizar algo bien especial?

Fue entonces cuando Ken se dio cuenta de que su presencia allí estaba teniendo efectos colaterales en los que no se había parado pensar ni una sola vez.

—Claro… ¡Qué buena idea! —concedió—. ¿Qué os parece si entre todos ayudamos a estas

chicas comprando alguna de las cosas supergeniales que tienen en el puesto y yo os las firmo? ¡Mirad qué camisetas y qué bolsas más chulas!

—¡Y no os perdáis los atrapa-sueños! —añadió Lorna, animadísima—. Están hechos a mano por un colectivo de artistas locales.

—Son una pasada —intervino Jim—. Yo me llevaré un par… Aunque no me hace falta que los firmes, chaval… ¡Te tengo muy visto!

Y, de la misma forma sencilla y espontánea con que Chris lo había visto proceder hasta el momento, la firma de autógrafos y las fotos se convirtieron en el centro de atención del mercadillo al mismo ritmo que se agotaban todas las existencias del puesto.

DESDE QUE HABÍA CONOCIDO A KEN, Chris hacía y sentía cosas que había dejado de hacer y sentir tanto tiempo atrás, que ya no lo recordaba. Era como si hubiera algo en él que la desafiaba hasta el extremo de que le resultaba imposible ser razonable. Y si no, que alguien le explicara en qué estaría pensando al decidir corresponder a su invitación a verlo actuar en el Gaylord con una invitación a asistir a un mercadillo en el que tan pronto pusiera un pie y lo reconocieran, sucedería exactamente lo que estaba sucediendo. La respuesta era que, cuando se trataba de Ken, Chris sencillamente no pensaba. Una parte de ella estaba tan convencida de que era demasiado perfecto para ser real, que en vez de hacer lo que haría cualquier mujer adulta con dos dedos de frente en su situación, léase, mantenerse alejada de él como fuera, lo que hacía era empeñarse en demostrar su teoría. Por el momento, el éxito había sido nulo. Su otra mitad no dejaba de asombrarse con la sencillez y la calidez de un tipo que le parecía más y más de otro planeta cada minuto que pasaba.

El puesto había repuesto mercancía dos veces ya cuando Ken anunció que era hora de marcharse a darle de comer a sus perros. Aún y así, desde que lo dijo hasta que finalmente cogió las correas de sus canes, había transcurrido más de una hora. Para entonces, Lorna había conseguido que las *fans* despejaran el puesto con ayuda de unos compañeros de la asociación, devolviendo un poco de la normalidad anterior.

—Bueno, estos chicos van a comerme a mí si no me doy prisa, así que nos vamos… —anunció el cantante.

Lorna cogió su mano y la apretó entre las suyas, efusiva y sincera.

—Un millón de gracias desde el fondo de mi corazón, Ken Bryan. Ha sido un gesto muy bonito por tu parte… ¡Te avisaré cuando tengamos el próximo mercadillo! —bromeó y al ver la cara del cantante, negó con la cabeza—. Que no, que no… ¡Era una broma!

—Me alegra haber sido de ayuda… ¡Pero déjame un par de años antes de avisarme, para que me recupere! —bromeó, haciendo aspavientos como si le estuviera a punto de darle un ataque.

—¿Me lo firmas? —intervino Lilly.

Los ojos de Ken, a los que él llevaba toda la tarde intentando mantener a raya para que no delataran su verdadera razón de estar allí, acariciaron a Chris al pasar sobre ella camino de la muchacha que estaba a su lado y que en aquel momento le tendía un atrapa-sueños.

—Por supuesto —repuso. Después de entregar las correas de sus cachorros a Lorna, tomó el objeto y el bolígrafo y se apoyó sobre el puesto para dedicarlo—. ¿Quieres alguna dedicatoria en particular?

A Lilly se le iluminó la cara.

—¿En serio? ¿La que yo quiera? Es para un regalo…

Ken asintió divertido. Vio que ella se quedaba pensando y al fin esbozaba una gran sonrisa antes de decir:

—Agárralos fuerte y hazlos realidad. Para Chris, de su hermana favorita, Lilly —y con esas, le pasó un abrazo por los hombros a Chris, estrujándola contra su cuerpo.

A Ken se le rio hasta el alma. Tuvo que concentrarse en el precioso atrapa-sueños que tenía delante para no delatarse. En su fuero interno, no podía dejar de pensar en lo increíble que resultaba que los dos, a su manera, hubieran pensado en lo mismo.

—Vaya, así que sois hermanas —comentó al tiempo que le tendía el objeto dedicado. No quiso volver a mirar a Chris porque ya lo había hecho antes y la sonrisa preciosa, tierna y un poco emocionada que justo en aquel momento le dedicaba a su hermana, había estado a punto de hacerlo claudicar—. Nosotros también —dijo manoteando la camisa de su hermano que conversaba muy animadamente con una visitante del mercadillo.

—Perdona, ¿qué decías? —intervino Jim.

—Les decía a las chicas que eres mi hermano. Venga, preséntate, hombre. Cuida esos modales.

—Soy Jim Bryan. Encantado de conoceros a todas —Y después de hacer una florida reverencia, volvió a mirar a su hermano—. ¿Contento?, ¿puedo irme ya?

Ken cogió las correas de sus perros de manos de Lorna, se quedó con la de Noah y le entregó a su hermano la de River con un gesto gracioso.

—Estoy contento. Pero tendrás que despedirte de la señorita. —Echó un vistazo rápido a la veinteañera con quien Jim llevaba un cuarto de hora flirteando—. Porque debemos irnos ya. Es la hora de su cena —dijo aludiendo a los canes.

—Oye, no te los regalé para que los malacostumbres, ¿te enteras? ¿Qué es eso de darles la cena? ¿Te crees que son como tú, que vives comiendo?

Jim solo se estaba metiendo con él por haberlo interrumpido en lo mejor del flirteo. Pues lo sentía mucho, pensó Ken, pero si se quedaba un minuto más, se delataría y no quería estropear aquella jugada perfecta con un error de último momento.

—No vivo comiendo —repuso, pasándole su brazo libre por los hombros—. Y no los malacostumbro. Comen tres veces al día, como me has dicho, y la tercera comida es su cena. ¿Contento? ¡Adiós, chicas, a más ver! —se despidió.

—¡Adiós, guapetones! —se despidió Lorna, agitando la mano efusivamente hacia el tipo que les había salvado las ventas del fin de semana.

—¡Gracias por la firma y la dedicatoria! —se despidió Lilly.

Ken esperó el saludo que más le interesaba de todos. Incluso, sin darse cuenta, aminoró la marcha.

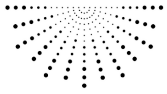
Y este al fin llegó.

—Gracias por tu visita —dijo Chris—. Ha sido toda una sorpresa.

Ken se limitó a obsequiarle una sonrisa sin hacer el menor comentario.

Pero si alguien hubiera podido espiar lo que sucedía en el interior de la estrella del country, lo que habría visto era a un niño soltando puñetazos victoriosos al aire, como si su equipo favorito acabara de marcar el tanto que definía el partido.

CAPÍTULO 14



Tan pronto humanos y canes ocuparon sus respectivos sitios en la Ford F-150, Jim fue directo al grano.

—Vale, ahora que he cumplido mi parte, ¿qué te parece si desembuchas?

—¿De qué hablas? —repuso Ken haciéndose el desentendido mientras maniobraba para incorporarse al tráfico.

—¿Cómo que de qué hablo? Llevamos un mes sin vernos, ¿y en vez de irnos a jugar una partida de billar, acabamos pasando la tarde en un mercadillo solidario? Si esperas que crea que esto es normal, vuelve a intentarlo porque no cuela.

—¿Y qué tiene de raro? Según tú, cualquier sitio es bueno para ligar —y sin darle pie a que su hermano metiera baza, continuó—: Además, ¿quién dice que no habrá partida de billar? Primero, hay que llevar a los perretes a casa y darles de comer. Luego, tú y yo nos iremos de marcha.

—¿De marcha? —soltó una risita irónica—. Eso sí que ha estado bueno…

—Era una forma de hablar —se defendió Ken, a sabiendas de que no colaría.

En efecto, no coló. Ken no se iba «de marcha». Llevaba más de dos años alejado de bares, discotecas y clubs por propia voluntad. Básicamente, alejado de todo lo que fuera lejanamente sospechoso de arrastrarlo al lado oscuro otra vez. Solo acudía cuando era estrictamente necesario, si no había podido evitarlo, y se marchaba cuanto antes. Algo con lo que toda su familia estaba de acuerdo. Pero según él, hoy planeaba irse de marcha. No se lo creía ni él.

Jim se volvió a mirar a su hermano con una sonrisa desafiante.

—La visita fue rara… Que Tom no haya asomado un pelo por tu casa sabiendo que yo venía es raro… Toda esta conversación es rara de narices, tío. Si no quieres decirme lo que pasa, allá tú. Pero no me sueltes estas gilipolleces esperando que me las trague, ¿de acuerdo?

Ken exhaló un suspiro. Por lo visto, el rato de sentirse un fenómeno por el puntazo que acababa de hacer subir al marcador acabaría, como siempre, sepultado por las otras historias de su vida. Historias que apestaban y de las que no sentía el menor deseo de hablarle a su hermano. Ni quería ni podía hacerlo. Así que…

Toca improvisar, pensó.

—Tom no ha venido porque yo se lo he pedido… Lo digo en serio —añadió al ver la mirada incrédula de Jim. Por supuesto, mentía. Tom estaba tan cabreado con él por el asunto Sandy que apenas habían hablado la última semana—. Desde que nos hemos metido en esto, me paso el día con él, pero a ti y al resto de la familia os veo una vez al mes, como mucho. ¿Es tan raro que quiera aprovecharlo a fondo? No es ningún secreto que os echo muchísimo de menos. Y no voy a

justificarme porque mi familia sea importante para mí. No es raro ni anormal; es como deberían ser las cosas para todo el mundo. —Miró brevemente a su hermano y añadió, imitándolo—. ¿De acuerdo?

Tras lo cual regresó la vista a la carretera que empezaba a estar cargada a aquellas horas, como todos los fines de semana.

—Sigues soltando gilipolleces —sentenció Jim—. Tom es de la familia. Sois como sombras el uno del otro desde siempre. Si no quieres decirme lo que ha pasado, vale. Pero que sepas que siempre se te ha dado fatal mentir y sigues sin aprender a hacerlo.

Ken exhaló un suspiro cargado de frustración.

—Vaaaale. Nuestra relación está pasando por un mal momento —guaseó—. Y espero que te conformes con esto porque no pienso decirte nada más. Tom y yo resolveremos nuestros asuntos a nuestra manera, como hemos hecho siempre. Pero nuestros asuntos nunca han sido de tu incumbencia y siguen sin serlo. ¿Estamos?

Jim asintió. Esto sí le valía. Además, cuadraba con algo que le había oído decir a su padre, a lo que en su momento no le había encontrado mucho sentido.

—De acuerdo. Pero quiero saber qué hemos ido a hacer a ese mercadillo…

—Aportar nuestro granito de arena para que esas asociaciones puedan seguir haciendo lo que el gobierno debería estar haciendo —sonrió con picardía—. ¿Dónde está tu lado solidario, tío?

¿Colaborando con la asociación de gais, lesbianas y transexuales de Nashville? Los Bryan colaboraban con varias organizaciones no gubernamentales. No militaban en el partido republicano, estrictamente hablando, pero puestos a elegir aportar su granito de arena, con toda certeza elegirían otras causas antes que la que aquel día, su hijo mayor, había decidido apoyar con tanto estilo. Y Ken, por supuesto, lo sabía.

Jim soltó una carcajada.

—Pero qué cara tienes, colega… ¡Como no empieces a desembuchar ya, te vas a enterar!

Los hermanos se rieron a cuenta de aquel nuevo intento fallido de evitar hablar de la razón que había llevado a Ken hasta aquel mercadillo solidario.

—Vale… No era solo por solidaridad, que también cuenta -me alegro de haber podido ayudarles-, era…

¿Cómo describir lo que estaba haciendo? Era una locura. Un sinsentido que, sin embargo, de muchas maneras le estaba devolviendo el sentido a su vida. A esa parte de su vida que siempre había procurado mantener alejada de los flashes y de la prensa del corazón.

—Por una mujer —dijo Jim, completando la frase de su hermano con desparpajo—. ¿Por qué te lo piensas tanto? Hasta para mí, que según tú solo pienso en los números de teléfono de mi agenda de contactos, es evidente que la única razón que podía arrastrar a un tipo como tú hasta ese mercadillo solidario un sábado por la tarde, después de las semanas agotadoras que llevas a la espalda, tiene que ver con una mujer.

«¿Un tipo como tú?». Ken miró a su hermano.

—¿Qué pasa conmigo? Si no recuerdo mal, te pasaste la tarde ligando… No parecía afectarte en lo más mínimo que fuera un mercadillo solidario en vez de uno de esos antros de moda a los que eres tan aficionado…

—Normal. Cualquier sitio es bueno para ligar. Pero tú no ligabas, tú hacías mérito, chaval. Y que yo recuerde, esta es la primera vez… Lo que me hace pensar que la mujer en cuestión te tiene que haber dado muy fuerte, si el Gran Ken Bryan siente que ser el Gran Ken Bryan esta vez no es suficiente y necesita hacer mérito. Son cosas mías, claro, pero… —dijo divertido, sabiendo

que acababa de dar en el clavo.

—¿Eso crees?

Jim asintió varias veces con la cabeza, su sonrisa desafiante en ristre.

El asunto tenía gracia, pensó Ken que volvió a ponerse en marcha cuando la luz del semáforo le dio paso. Su hermano acababa de definir en dos palabras, hacer mérito, lo que él llevaba devanándose el seso por entender desde hacía un mes.

Después de años utilizando su brillante capa de hombre famoso, por una vez, su mirada se había cruzado con la de seguramente la única mujer a quien tanto *brilli-brilli* y tanto glamour la dejaban indiferente. Al conocerse, de hecho, ella ni siquiera sabía quién era él. Chris, en cambio, era una mujer que se había pasado la vida haciendo cosas importantes, dejando su impronta en el mundo, marcando una diferencia en la vida de otras personas. ¿Quién era Ken Bryan? A su lado, no más que un nombre parpadeante en un cartel de neón. ¿Cómo iba a conseguir hacerse un lugar en el corazón de semejante pedazo de ser humano? Haciendo mérito para ello, por supuesto.

Ken sacudió la cabeza, riendo ante sus propios pensamientos; al pequeño Jim le habían bastado dos horas para calarlo en condiciones.

JIM SIGUIÓ a su hermano con la mirada y un gesto de genuina diversión en su rostro. La llamada tenía que ser de la misteriosa mujer del mercadillo porque a Ken solo le había faltado ponerse a bailar de la alegría.

Quizás, gracias a esa alegría, él lograra averiguar algo más que aquel «vale, estaba haciendo mérito con una mujer, pero tendrás que conformarte con eso porque no pienso decirte nada más» con el que había cerrado el tema.

Se levantó del sofá y fue de puntillas hasta la cocina, donde apoyó la oreja contra la pared que lindaba con la habitación de Ken. Con un poco de suerte, podría enterarse lo que se estaba cociendo entre el corazoncito de su hermano y aquella desconocida de la que se negaba a darle detalles.

KEN NO PODÍA CREER que fuera Chris a quien tenía al teléfono. Su voz era increíblemente dulce, suave. Un placer auditivo total.

—Esto será breve —la oyó decir—. Lilly ha ido al lavabo y no tardará en volver…

—¿Estás en el mercadillo todavía?

—Sí, hasta las ocho. Te llamaba por…

Chris hizo una pausa. Se apartó unos pasos, de espaldas al puesto. Llamarlo había sido un impulso. De nada había valido que cambiara de bolso para evitar que aquel ticket con su número al dorso se convirtiera en una tentación; lo sabía de memoria. Le había bastado mirarlo una vez para memorizarlo. Un impulso de cría adolescente. Prueba de ello era que la adulta que en realidad era, no estaba segura de cómo continuar ahora que lo tenía al teléfono. Oyó que él reía suavemente. Sintió que un cosquilleo agradable le recorría la espina dorsal, el mismo de siempre últimamente. Y tuvo que reírse de sí misma porque aquello era decididamente el mayor sinsentido de toda su existencia.

—Gracias a ti, el puesto ha salido en las noticias… La asociación espera duplicar el número de visitas mañana.

—¿Sí? ¡Qué bien!

—Sí… Por lo visto, su teléfono lleva toda la tarde echando humo. Incluso han recibido solicitudes de reserva para los atrapa-sueños… Está siendo un éxito… Un éxito con el que no contaban y es gracias a ti.

—Me alegro mucho, Chris. Gracias por contármelo. Es genial.

Ella respiró hondo. Echó un vistazo por encima del hombro. Lilly se había detenido a hablar con alguien, pero muy pronto estaría de regreso en el puesto.

—Voy a tener que colgar… Pero…

—¿Pero…? —dijo él, ilusionado.

—Llevas varias semanas intentando conseguir mi número y he pensado que estaría bien dártelo. Así que… Ya lo tienes —exhaló un suspiro—. Detesto que me agobien y detesto que me llamen porque sí. Lilly lo hace todo el tiempo, pero se lo tolero porque es mi hermana —sonrió y tras una nueva pausa, aclaró—: *Tú no eres mi hermano*, ¿entendido?

La risa divertida de Ken acarició el corazón de Chris. Era la típica risa que precedía a un rato de bromas. Sin embargo, no las hubo. Ken dijo tan solo una palabra:

—Entendido.

—Perfecto, entonces. Ahora voy a colgar. Gracias de nuevo por lo de hoy y… Bueno, adiós.

Chris colgó sin darle tiempo a más. Tenía taquicardia y para complicar más las cosas, Lilly iba directo hacia ella.

—¿Todo bien? —oyó que le decía tras posar una mano sobre su hombro.

—Claro, ¿por?

Lilly se encogió de hombros.

—No sé… Te brillan muchísimo los ojos…

«Y si supieras cómo tengo el corazón…», pensó. En cambio, se apresuró a restarle importancia.

—¿Sí? Pues no sé por qué… Estoy bien, Lilly. Vamos, que la pobre Lorna no da abasto —dijo, dirigiéndose al puesto nuevamente.

—¡Ya te digo! Menuda revolución ha causado Ken Bryan… Entre nosotras, no me extraña nada, ¡el tío está buenísimo! ¿Has visto los ojazos que tiene? ¡Y cómo te mira, Dios mío!

El corazón de Chris se saltó un latido. ¿Su hermana lo había pillado mirándola? ¿Se había dado cuenta de que había algo entre ellos?

—¡A mí me entraba la risa boba cada vez que me miraba… Qué tío! —continuó Lilly, riendo como la adolescente que era.

Chris soltó un suspiro de alivio. «Cálmate. No se refiere a ti», pensó. Se estaba comportando como una embustera que temía que la pillaran en su mentira en cualquier momento.

Era una embustera.

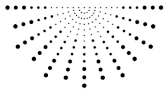
Lilly y ella siempre lo compartían todo. O casi todo, ya que todavía no había podido superar su rol de hermana mayor y relacionarse con ella de igual a igual. Probablemente, nunca lo haría. Se sentía responsable de su bienestar, de su seguridad, de su felicidad… Pero esto era distinto. Estaba metida hasta la cabeza en algo que no podía clasificar y, por lo visto, tampoco manejar. Su lado racional le gritaba que se olvidara de Ken Bryan y siguiera adelante con su vida como hasta ahora. No solo era lo más seguro, también lo más razonable. No era partidaria de las relaciones superficiales. Ella no hacía nada de manera superficial. Lo suyo era implicarse.

Mojarse. Por convicción, por sentido común y también por ética. Así que lo que fuera que se traía entre manos con el músico, estaba abocado a ser una relación seria o a no ser nada. Y aquí la historia empezaba a hacer aguas por todos lados… ¿De qué forma pensaba mantener una relación seria con un tipo que residía en otro país y vivía en la carretera, de ciudad en ciudad, dando conciertos? Por no hablar del mundo que habitaba, un mundo de mentira, donde todo parecía reluciente y perfecto, pero, en realidad, era justo lo contrario; un mundo de mentiras, vanidades y excesos. ¿Cómo, exactamente, encajaba alguien como ella en un cuadro semejante? Se sentía ridícula solo con pensarlo.

Y, sin embargo, allí estaba; con taquicardia después de haber hablado con Ken para darle su número. Algo a lo que, por cierto, se había negado en redondo desde el principio.

Chris exhaló un suspiro. No había quien lo entendiera. Y, ella, menos que menos.

CAPÍTULO 15



En cuanto oyó el sonido de llamada cortada, Ken se dejó caer de espaldas sobre la cama donde estaba sentado con una sensación de plenitud alucinante en el cuerpo. Quería disfrutar del momento, saborear la victoria un rato antes de regresar al salón donde, seguramente, le esperaría un interrogatorio en toda regla: Jim, el sagaz, se habría percatado de lo contento que se había puesto al atender la llamada y ahora le exigiría «todos los detalles».

No pensaba dárselos, por supuesto. Pero algo tendría que decir para que lo dejara en paz. Algo como…

Ken sonrió al tiempo que un gesto de total incredulidad se adueñaba de su cara. La forma en que había conocido a Chris. Su interés instantáneo por alguien que desde el principio había mostrado cero interés por él. Sus conversaciones que, a pesar de la resistencia femenina, siempre acababan en risas. Risas mutuas. La sensación de familiaridad que lo asaltaba sin venir a cuento y, poco a poco, lo había convencido de que entre ellos había algo más que el simple tonteo entre un hombre y una mujer. Curioso, además, que hubieran sido esos *flashes* extraños los que lo habían convencido y no la irrebatible realidad; él no acostumbraba a llevar el tonteo más allá del tiempo necesario para obtener lo que buscaba. Menos aún, a plena luz del día y en un espacio público. Y Chris, estaba seguro, debía llevar años sin tontear con nadie. Todo parecía confabularse para hacerle sentir que la soledad sentimental, compañera de viaje inseparable desde que había abandonado la adolescencia, estaba a punto de ser historia.

Y al mismo tiempo… Todo le parecía una locura. Una locura sin la que ya no imaginaba sus días.

Sonrió y exhaló un suspiro.

—Y ahora que tienes su teléfono, ¿qué piensas hacer? —se dijo. Su sonrisa se ensanchó ante la clase de pensamientos que aparecieron en su mente—. ¡Uuuhhh, tío! Rebaja la marcha, no sea que te estampes…

El interrogatorio estaba siendo uno en toda regla, desde luego, pensó Ken. Pero no tenía nada que ver con la mujer misteriosa.

Jim estaba enojado como nunca. Había encontrado el cheque y el apestoso contrato de Sandy, había sumado dos y dos…

Y se le había ido completamente la cabeza.

Lo había abordado tan pronto él había salido de la habitación y ahora lo tenía a un metro de su cara, con los ojos inyectados en sangre mientras blandía la carpeta negra con las páginas del contrato, como si pensara atizarle con ella.

—¿Así es como piensas ayudar a la familia? ¿A esto has vuelto a Nashville? Ya veo por qué Tom está cabreado. Y no me extraña: yo también estoy que vuelo, así que… Empieza a soltar por esa boca, tío. Ya mismo.

Ken lo apartó de su camino con suavidad a la voz de «cálmate».

—He vuelto a Nashville a relanzar mi carrera musical y Tom está cabreado por otra cosa. No sabe nada de esto y tú tampoco deberías saberlo. Ahora que lo pienso… *No lo sabrías, si no hubieras estado fisgando entre mis cosas* —subrayó, lanzándole una mirada recriminatoria.

Se dirigió a la cocina y cogió una botella de agua de la nevera de la que bebió a morro un buen trago. Jim lo siguió con cara de malos amigos.

—¿Fisgar entre tus cosas, dices? ¡Estaba encima de esa pila, a la vista de todo el mundo! Y, por cierto, no es la única pila que hay… Esto es una pocilga, tío.

En efecto, su casa era una pocilga. Había cosas por medio, el lavavajillas lleno de platos y tazas que, en vez de lavar, había seguido acumulando en el fregadero, que también lucía a rebosar. Excepto la habitación de invitados que ocuparía Jim aquella noche, el resto de la casa seguía el mismo patrón desastroso. El desorden no era completamente suyo, ya que los dos cachorros eran sus principales instigadores, pero entre el poco tiempo que Ken pasaba allí y su desánimo, no había cambiado ni las sábanas de la cama. Pero que así estuvieran las cosas, no implicaba en absoluto que fuera a permitir juicios sumarísimos por parte de nadie. Mucho menos de su familia.

—Oye, si la casa te da asco, no tienes por qué quedarte, ¿vale? Hay hostales muy baratos por aquí —espetó Ken mientras le mantenía la mirada a su hermano en un signo inconfundible de que había ido demasiado lejos.

Jim dejó caer los brazos a cada lado del cuerpo y al fin soltó un bufido.

—Eso me da igual y lo sabes… Es que… Joder, tío, que estés lejos de casa ya es bastante duro de llevar para encima, enterarme de que las cosas no te van tan bien como quieres hacernos creer… Ahora tengo la impresión de que van fatal, de que tú vas cuesta abajo… Y si piensas que me voy a quedar de brazos cruzados mientras miro cómo saltas al vacío, estás muy equivocado. Nos confiamos una vez y casi no la cuentas. Te juro por mi vida que no habrá una segunda vez. —Durante unos instantes lo miró fijamente con los ojos brillantes de rabia y de preocupación—. Quiero saberlo todo, Ken.

KEN DECIDIÓ que tal como estaban las cosas no tenía sentido seguir ocultando la verdad. Le pidió a Jim, sin embargo, que quedara como una conversación privada entre hermanos y no se lo contara al resto de la familia, algo a lo que él había accedido de mala gana.

—Siempre tuve claro que Sandy quería más que ayudarme a relanzar mi carrera a cambio de dinero. Y si acepté es porque… Bueno, las cosas por casa ya sabes cómo están y de alguna manera hay que pagar las facturas. En su momento, esa fue la única razón. Pero ahora estoy ilusionado, el público está respondiendo, los locales se llenan, mi música empieza a venderse otra vez… Pero esta semana me he dado cuenta de que infravaloré su nivel de obsesión conmigo.

Ese contrato me dejó en shock. En la vida me habría esperado algo semejante… Me sentí tan humillado… —Ken sacudió ligeramente la cabeza—. Y tan tentado de aceptarlo…

—¿Tú, tentado? No me hagas reír…

Aquel comentario que rezumaba ironía venía a cuento de que la imagen de icono sexual que su hermano daba no se correspondía con quien era en realidad; un tipo para quien el sexo era más que un simple intercambio de fluidos corporales entre dos desconocidos.

—Pues no te rías tanto… En el momento que estampara mi firma en ese contrato, recuperaría las llaves de *Mystic Oaks*. Y con el rancho otra vez en mis manos, quizás lograra convencer a papá de vender el suyo y trasladar la actividad aquí…

—¿Sacar a Robert Bryan de Springfield y traerlo a Nashville? Eres un iluso…

—No será fácil, lo admito —reconoció Ken—, pero podríamos volver a estar juntos y ya no tendríamos que preocuparnos del futuro, ¿y no es eso lo que todos queremos, padre el que más?

—El que más, no. Tim y yo firmaríamos mañana sin pensárnoslo dos veces.

—Claro que sí… —repuso Ken con cariño. Su tono cambió drásticamente al añadir—: Y Sandy sabe que mi familia es superimportante para mí…

Jim exhaló un suspiro.

—Qué hija de puta…

Ken asintió. Era muy mala y muy lista.

—No voy a firmar —aseguró—. Ahora tengo muchas más razones que antes para no hacerlo. Lo que ya es decir, porque solo con ver el jodido contrato me dan arcadas… Pero mantener mi dignidad a salvo también tiene un precio —Ken exhaló un suspiro—. Suponiendo que a esta loca no le dé un berrinche y rescinda nuestro contrato inicial cuando se entere de que no tengo la menor intención de ser su chico de alquiler, acabaré cancelándolo yo por diferencias irreconciliables. Y eso, además de consecuencias económicas, me obligará a buscarme la vida por mí mismo en una ciudad donde no te conviene estar a malas con los Carrington-Fox… O sea, que por donde lo mires es una gran cagada.

Jim permaneció en silencio, considerando lo escuchado hasta el momento.

—Te ha estado presionando mucho, ¿eh?

—Los primeros días, no, pero en cuanto me instalé aquí… No sé, fue como si pensara que, ya que la casa es suya, lo de dentro también, ¿sabes? Llevo un mes y pico parándole los pies. Y el problema es que yo cada vez reacciono peor. No lo soporto… Y estoy a punto de cruzar una línea roja.

—Y por eso Tom está cabreado contigo.

Ken asintió. Soltó el aire en un suspiro.

—Cada vez que yo «me hago el estrecho» en palabras de Tom, Sandy la paga con él. No solo de palabra, también complicando su trabajo todo lo que puede y más. Sabe que Tom removerá cielo y tierra para solucionar el embrollo de turno porque necesita tanto como yo relanzar mi carrera… Así que, según él, debería haberme acostado con ella desde el principio. Tenerla contenta. Porque de que esté contenta, depende un contrato discográfico y blablablá… —Sacudió la cabeza—. Yo no lo veo de la misma manera. Si la única alternativa de volver a estar en el candelero es esta, paso. Me vuelvo a Springfield mañana mismo y cambio de profesión.

—No tienes por qué. A nuestras vacas les pone oírte cantar… —guaseó Jim en un intento de que los dos se quitaran el amargo sabor de boca que la conversación les estaba dejando.

Ken sonrió al recordar cómo había nacido esa broma. Varios meses atrás, cuando Tom había ido a buscarlo a Springfield por enésima vez para convencerlo de regresar a Nashville, él había

vuelto a negarse y eso lo había sacado de quicio. «¿Y qué piensas hacer con tu vida, tío? ¿Seguir enamorando a las vacas con tus baladas?», le había espetado. Y como en la casa de los Bryan, las paredes tenían oídos, aquella frase se había hecho famosa y desde entonces salía a relucir cada dos por tres.

—Antes dijiste que ahora tienes más razones para no acceder a lo que te pide… —continuó Jim, al cabo de un rato de risas—. ¿Qué es distinto hoy de ayer? ¿No tendrá que ver, quizás, con la misteriosa señorita del mercadillo?

Ken sonrió. La sola alusión a Chris le hizo palpitar el corazón y supo en ese momento que estaba definitivamente jodido: lo que sentía por ella iba más allá del mero interés o la curiosidad.

—La diferencia es que hasta ayer no tenía su teléfono y hoy sí.

Jim lo miró con el ceño fruncido y una sonrisa vacilona en la cara.

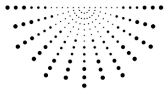
—¿No tenías su número?

—*Nop*. —Lo curioso del caso era que ya no le molestaba reconocerlo abiertamente—. Se lo pedí por primera vez hace… Uf… No sé, como un mes y medio. Le di un boli para que me lo escribiera en una servilleta y ¿sabes lo que había allí cuando la abrí? ¡Un dibujo de Bob Esponja! —Volvió a reír de buena gana porque cuanto más lo recordaba, más increíble le parecía—. No te molestes en alucinar, tío. Seguro que con lo que estoy alucinando yo, te gano por goleada.

Las risas, esta vez, duraron un buen rato.

Y dispararon hasta el infinito y más allá las ganas de Jim de conocer a la mujer capaz de lograr que su hermano se tomara con tanto buen humor haber tardado nada menos que un mes en conseguir su número de teléfono.

CAPÍTULO 16



Habían transcurrido dos días sin que Chris tuviera noticias de Ken. Dos días en los que había pasado de sentirse aliviada a sentirse molesta sin olvidar la inevitable intriga de pensar para qué había insistido tanto en que tuvieran alguna forma de contacto, si ahora que la tenía, no la usaba.

A lo mejor, consideraba que ya había hecho suficiente y ahora le tocaba a ella.

¿O sería que ahora que al fin había conseguido lo que buscaba, el juego había perdido interés?

Lo más probable era que fuera ella la que, tras viajar en el tiempo a su adolescencia, pensaba y sentía cosas de cría. A buenas horas.

Chris cerró la carpeta en la que llevaba los últimos diez minutos intentando concentrarse sin éxito y le dio un último sorbo a su café.

Lo que debía hacer era concentrarse en su trabajo y dejar de pensar en lo que no le convenía. Hacía unos días, Evelyn James, una de sus alumnas, la había invitado a visitar la residencia que dirigía. Era nueva en la organización y nueva en el trabajo y estaba muy interesada en conocer su opinión sobre el funcionamiento. A Chris le había encantado la iniciativa; era la ocasión perfecta para «ensuciarse las manos» que tanto necesitaba. Sin embargo, por mucho que le gustara, no podía inmiscuirse en el trabajo de la organización sin más. Necesitaba autorización, le había explicado a su alumna. Ella había tomado cartas en el asunto rápidamente y aquella misma mañana April Sommerfield la había invitado formalmente a visitar cuantas residencias quisiera de las que la organización tenía en el estado de Tennessee para ver in situ cómo estaban organizadas y sugerir los cambios o mejoras que considerara oportuno.

Lilly estaba tan ilusionada con sus prácticas en el restaurante que se apuntaba a todo lo que le proponían. Para Chris era un alivio que las cosas fueran tan bien, pero la contrapartida en su caso era que cuando acababa con las clases, normalmente para la hora de comer, ya no tenía nada que hacer el resto del día. No estaba acostumbrada a pasar el tiempo ociosa y la experiencia no estaba resultando agradable. Además, necesitaba ocupar su mente en algo distinto de aquel hombre que se las había ingeniado, aún ignoraba cómo, para tenerla pensando en él a cada rato.

Y lo necesitaba ya.

Cogió su móvil y marcó el número que figuraba en la carpeta.

—*¿Hola?* —respondieron.

—Soy Chris Thompson, señorita James. ¿Qué tal?

—*Hola… ¿Me he dejado algo en clase?* —preguntó, dudosa—. *Acabo de llegar y no me ha*

dado tiempo a echar nada en falta, pero últimamente no sé dónde tengo la cabeza, así que…

Chris sonrió. La mujer le caía bien. Era una treintañera enérgica y muy participativa en clase. Se implicaba a fondo y parecía vivir más en su mente, en sus ideas de cómo hacer esto o cómo mejorar aquello, que en el mundo real, de ahí que con frecuencia tuviera que regresar a la clase, a recoger algo que se había dejado. Se sentía muy identificada con ella.

—No, no… La llamo por otra cosa. Es sobre nuestra conversación del otro día. Ya tengo las bendiciones de la señora Sommerfield, así que cuando usted me diga, iré encantada a visitar la residencia de Knoxville.

—*¡Fenomenal!* —la oyó exclamar alegremente—. *Es fantástico que April haya dicho que sí… Estoy tan contenta… Por mí, cuando usted quiera… ¡Estoy deseando mostrársela y oír todo lo que me tenga que decir, señorita Thompson!*

Y Chris estaba deseando hacerlo. Evelyn James la intrigaba. De todas las responsables de residencias de la organización, era la única con un currículum corriente. Nada de másteres, ni posgrados. De hecho, ni siquiera contaba con estudios universitarios. Lo más cercano al trabajo que desempeñaba ahora era haber sido monitora infantil de tiempo libre en sus años de estudiante. Pero allí estaba, dirigiendo con aparente éxito una de las principales residencias que la OADASV tenía en el estado.

—Perfecto. ¿Qué tal esta tarde, a eso de las…? —Chris hizo una pausa—. ¿Dónde queda Knoxville?

La risa de Evelyn era contagiosa, pero también daba a entender que Chris acababa de decir algo gracioso.

—*Lo bastante lejos para que yo pase mis cinco días de curso en Nashville* —repuso.

—Ah, vaya… No tenía ni idea…

—*Le propongo una cosa, a ver qué le parece. El viernes la espero hasta que acabe con sus clases del día y nos vamos a Knoxville en mi coche. ¿Sería abusar de usted invitarla a quedarse el fin de semana con nosotras? El domingo por la tarde, la devuelvo sana y salva a Nashville, lo prometo.*

La idea le atraía mucho. Desde una perspectiva laboral, le encantaba, pero en lo familiar… ¿Un fin de semana completo lejos de Lilly? Tendría que pensárselo. Hablarlo con ella y ver cómo se presentaba su horario de prácticas en el restaurante.

—Mi hermana ha venido conmigo y me da no sé qué dejarla sola tanto tiempo…

—*Bueno, no tiene que ser todo el fin de semana… Puede venir conmigo el viernes, y el sábado volver en el tren o en el autobús… O hacerlo al revés, ir por sus medios cuando le resulte cómodo y regresar conmigo el domingo por la tarde. De más está decir, que si su hermana quiere acompañarla, por mí, encantada.*

Chris asintió complacida.

—Muy bien. Entonces, lo hablaré con ella. Seguro que podemos organizarlo, Evelyn.

—*¡Seguro que sí!* —concedió ella.

Después de cortar, Chris recogió sus cosas y llamó al camarero. ¿O quizás era el dueño?, pensó. ¿Sería el famoso Travis del que le había hablado Ken?

—¿Puedo ofrecerle algo más, señorita? ¿Un sándwich de pollo frito picante? ¿O quizás uno de nuestros clásicos; hamburguesa especial acompañada con unas exquisitas batatas fritas?

—¿Batatas?

El hombre sonrió satisfecho.

—Aquí, en el sur, somos muchos los que pensamos que donde haya unas buenas batatas

fritas, las patatas no tienen nada que hacer…

Chris asintió interesada. Aún no las había probado, pero lo haría.

—Muchas gracias por el dato. Tengo que irme, pero lo tendré en cuenta para otra ocasión. Ahora tráigame la cuenta, por favor.

—Cuando guste, por supuesto. Soy Travis y mis batatas son las más famosas de la ciudad. No se arrepentirá de probarlas, se lo aseguro. Enseguida le traigo la cuenta —repuso el hombre.

Así que era Travis, el buen amigo de Ken, que tenía la misma edad de su padre y pensaba que la música actual era una bazofia…

Chris exhaló un suspiro.

¿Por qué cada maldita cosa la conducía indefectible al hombre de la sonrisa que quitaba el hipo? *Aj*.

KEN DETUVO su F-150 junto a la acera y puso el intermitente. La lectura de cartilla de Tom duraba ya unos minutos y no tenía visos de acabar pronto. Miró a sus perros por el retrovisor en busca de algo con lo que distraerse mientras contaba mentalmente hasta un millón. No quería empeorar las cosas enviando a Tom a la mierda, pero el cabreo de su amigo empezaba a tocarle mucho la moral.

Una vez más, sus peluditos no le fallaron. Ver al pesado de Noah intentando morderle la oreja a River, que estaba tranquilamente echado cuán grande era en el asiento posterior, le arrancó una sonrisa. Era cuestión de segundos que a River se le acabara la paciencia y le soltara un bocado.

«Más o menos como yo», pensó regresando su mirada a Tom.

—Para, tío —exigió Ken—. Ya está bien.

—¿Bien, dices? ¡La tía estaba verde de rabia, echaba espuma por la boca! No-está-bien, Ken. Esto va de mal en peor y la necesitamos. *La necesitamos*, ¿lo entiendes, tío?

—Firmamos un contrato y yo estoy cumpliendo mi parte. Pero si me tiene de aquí para allí todo el tiempo, no puede pretender que también escriba nuevas canciones. No funciona así. Siendo quien es, ya tendría que saberlo.

—¡No me jodas, Ken! Tu creatividad está seca desde hace dos años, así que no uses el ajetreo como excusa.

No estaba seca. Tan solo había cambiado; lo que surgía ahora era mucho más íntimo, más profundo, y Sandy quería lo mismo de siempre. Y el ajetreo, como lo llamaba su amigo, le ponía las cosas mucho más difíciles.

—No es ninguna excusa. Estoy reventado. He pasado de «enamorar a las vacas» en Ohio a trabajar sin parar. He dado ocho conciertos en quince días, tío. Y cuatro de ellos estaban en la otra punta del país. Que no pida milagros.

—Pues los pide. Además, según ella, te sobra tiempo para asistir a mercadillos solidarios, así que… ¿Se puede saber qué coño hacías ahí? Tu foto con la travesti más famosa de Nashville está en todos partes. Menuda publicidad.

Después de soltar su dardo envenenado, Tom mantuvo la mirada en Ken. Vio el brillo en sus ojos y aquella expresión incómoda que conocía tan bien… Y que lo cabreaba tanto.

—Primero, lo que haga en mi tiempo libre es asunto mío. Segundo, tú y yo no opinamos

igual en cuestiones de orientación sexual y por eso no hablamos de este tema. No vamos a hacerlo ahora. Y tercero, no era una travesti. Me daría igual si lo fuera —aclaró—, pero no es el caso.

—¡Claro, se me olvidaba que eres un especialista en gente rara! —rabió Tom—. ¡¿Qué más da lo que Lorna sea, tío?! Aquí, lo único que importa es que en Tennessee no es buena publicidad. ¿Y sabes por qué? Porque para la gente a la que tienes que convencer de que vuelva a confiar en ti, de la que depende que vuelvas a entrar en un estudio de grabación importante alguna vez en tu vida, todos estos personajes son escoria. Te guste o no, es así. ¿Es demasiado pedirte que prestes más atención a lo que haces y con quién lo haces? En serio, tío. Entre tú y Sandy me estáis volviendo loco, joder… De esta, me van a salir canas…

Ken permaneció en silencio. No quería que el asunto se alargara. Estaba de vuelta en Nashville y tenía planes. Planes que no pasaban por escuchar la regañina de nadie.

Pero Tom no estaba por la labor de dejarlo estar.

—¿Por qué Sandy está tan cabreada? —insistió.

—Siempre está cabreada y ya sabes el porqué.

Su amigo negó con la cabeza.

—Tanto como ahora, no. ¿Qué no me has contado?

Ken exhaló el aire en un suspiro. No pensaba hablar del contrato y el cheque de seis cifras. Con Tom, no. Ahora, no. Pero algo tenía que decirle…

—¿Recuerdas que te pedí ayuda para dar con alguien de quien solo sabía el nombre de pila?

Tom se quedó pensando y al fin, asintió. Su expresión empezó a relajarse y Ken dio gracias a Dios y todos sus querubines.

—Por eso fui a ese mercadillo el sábado. Estaba allí —y vio cómo su amigo se echaba a reír.

—¡Serás cabrón! ¿Y por qué no has empezado por ahí? Aunque te diré que no veo qué relación tiene esto con el enfado de Sandy… —Hizo una pausa y miró a Ken con un ojo entornado—. En Nueva York, me dijiste que la tenías pegada a tu sombra y por eso Cenicienta se te había escapado… ¿Sandy la conoce?

Esta vez fue Ken el que se quedó pensando. La había visto, pero no creía que hubiera reparado en ella. Dicho lo cual, si con eso conseguía que Tom lo dejara en paz…

—Supongo que sí. Estaba con ella cuando Sandy vino a avisarme que la limusina ya estaba abajo, esperando.

Tom dio un golpe triunfal al salpicadero con la palma de la mano. Eso lo explicaba todo.

—Ahí lo tienes. Tu visita al mercadillo salió en todas las noticias y si tu Cenicienta estaba en el puesto, seguro que la reconoció.

Ken esperaba que no. No quería a Sandy en nada que tuviera que ver con Chris. Pero se limitó a asentir.

FUE ENTONCES CUANDO LA VIO. Esperando que el semáforo le diera paso para cruzar. Ken abrió la puerta.

—Espera aquí, enseguida vuelvo —le dijo a un sorprendidísimo Tom, dejándolo con la palabra en la boca.

Acto seguido, trotó hasta la esquina.

—Hola, forastera —le dijo suavemente al llegar a su lado. Procuró no acercarse demasiado, pero aún y así, ella giró la cabeza para mirarlo algo sobresaltada.

En Chris había sobresalto, sin duda. Pero también mucha satisfacción por volver a verlo. A pesar de lo cual, Ken no se libró de la reprimenda.

—¿Nunca te han dicho que si asustas así a la gente pueden reaccionar muy mal? Llevo un bastón, ¿recuerdas?

Ken ladeó la cabeza y le ofreció una sonrisa encantadora.

—¿A quién voy a asustar con esta cara de bueno que tengo?

Chris sacudió la cabeza y se guardó sus pensamientos. En realidad, él tenía razón y ella se alegraba de verlo, aunque no debería alegrarse. La luz le estaba dando paso y no se lo pensó; se puso en marcha.

Ken la siguió. Como solía sucederle en su presencia, se había olvidado de que Tom estaba en su coche, de que de hecho los estaba observando (y pasándoselo en grande a su costa, como siempre).

—¿Vas a alguna parte? —guaseó ella al notar que él seguía a su lado.

Ken sonrió.

—Donde tú vayas. Sí, te estoy siguiendo. ¿Algún problema? —repuso a su vez.

—Por lo visto, tampoco nadie te ha dicho que eso a lo que tú te refieres tan alegremente como «sí, te estoy siguiendo» podría confundirse con acoso. Aunque venga de ti, el inimitable Ken Bryan.

Habían llegado al otro lado de la avenida y Chris se detuvo. Lo miró sonriente y un poco desafiante, sumamente interesada en ver su reacción. Él hizo exactamente lo mismo. Y algo más…

Su mirada le informó inequívocamente de algo que Chris ya suponía; que las mujeres no solían sentirse acosadas si era él, «el inimitable Ken Bryan», quien demostraba interés por ellas.

Permanecieron mirándose unos instantes y al fin Chris hizo un gesto con la mano. Como si una sustancia muy pegajosa le hubiera llovido encima y estuviera intentando quitársela.

Y así era, en efecto.

—¡Menudo pegote de vanidad has soltado, chico!

Las miradas pronto se convirtieron en risas. También solía ser lo normal entre ellos. Mal que le pesara a Chris, especialmente.

Ken se puso las manos en los bolsillos de sus vaqueros y fue a por todas.

—Llevo un mes y medio dejándote claro que me interesas y me sigue costando muchísimo llegar a ti. Cuando creo que ya no desconfías de mí, ¡zas! Haces algo que me obliga a parar en seco y replantearme mi estrategia.

—¿Estrategia?

—Estrategia —concedió—. Has admitido que también crees que hay algo, ya sabes, «algo» distinto sucediendo entre nosotros, pero a veces tengo la impresión de que intentas… —hizo una pausa, buscando una palabra que lo describiera sin resultar ofensivo—: enfriarme. Que me canse y pierda el interés.

—¿Y eso te extraña? —repuso ella y al ver aquellas cejas curvándose sobre unos ojos que siempre le parecían insuperablemente hermosos—. De tu interés sé con seguridad dos cosas. Uno, que no me conviene. Y dos, que me cuesta creérmelo. Me refiero a ¿por qué yo? ¿Por qué ahora? ¿Por qué de esta forma tan… a veces sí y otras no? Todo lo demás es una gran, gran nebulosa. Incluido ese «algo» que ambos admitimos.

Ken se cruzó de brazos, mirándola asombrado y en parte desafiado. Si todo lo que ella decía en verdad lo sentía, entonces él no había estado jugando demasiado bien sus cartas.

Pero no era así. Estaba seguro de que había hecho lo mejor que podía con las cartas que le habían tocado. Entonces, se le ocurrió algo.

—¿Ese «a veces sí y otras no» tiene que ver con que no te haya llamado? —La miró con atención y al ver aquel relámpago breve y casi imperceptible, obtuvo su respuesta. La cuestión era si ahora ella lo admitiría en voz alta o se sacaría algún nuevo conejo de la chistera para ocultar la verdad.

—Ja —ironizó Chris. A continuación movió el bastón frente a ella y posó ambas manos sobre él, imitándolo a su manera. Algo que lo hizo sonreír y sacudir la cabeza ante su desparpajo —. ¿No llamarme y ver cuál era mi reacción formaba parte de tu «estrategia»?

A pesar del tono irónico y desafiante, el ambiente se había relajado. Volvía a ser distendido como siempre que estaban juntos.

—¿Tú qué crees?

—No te va a gustar oír lo que creo.

—Venga, anímate —la azuzó. Le encantaba picarla porque lo que le encantaba todavía más era su desparpajo. Adoraba que no tuviera pelos en la lengua, que no se sintiera impresionada por su estatus de famoso, que le diera igual decir lo que pensaba.

—Muy bien —concedió ella—. Pienso que no te pasas cinco semanas haciendo filigranas para lograr ver a alguien y cuando al fin consigues un número al que llamarla, desapareces y no das señales de vida en dos días. Si esa persona te interesa, marcas el maldito número… A menos, claro, que te traigas entre manos un juego de estrategia… Lo cual, desde mi punto de vista, no es necesariamente algo bueno. Tiendo a asociar la palabra «juego» con la adolescencia. Entre nosotros; es una forma amable de llamarte inmaduro —Le hizo un guiño y añadió—: No te ofendas, ¿eh?

La sonrisa de Ken se hizo mucho más grande. Podía saborear el triunfo, porque esta vez la tenía exactamente donde quería.

—Tranquila, no me ofendo… Tu hipótesis tiene un fallo, ¿sabes?

No esperaba menos de él, de modo que Chris se rio al tiempo que sacudía la cabeza.

—Vale, morderé el anzuelo. ¿Cuál fallo?

—Tú tienes mi número desde hace más tiempo. Tardaste una eternidad en marcarlo y eso sucedió solo después de que yo me tirara dos horas largas, ayudándote a agotar las existencias de tu puesto en el mercadillo. Según tu razonamiento, significaría que no te intereso o que te traes entre manos un «juego de estrategia», lo que, en tus propias palabras, sería una inmadurez. Analicemos la cuestión. ¿Eres inmadura? —Ken negó taxativamente con la cabeza—. Ni aunque te lo propusieras. Tienes los pies muy bien puestos sobre la tierra… Bueno, cuando no te despistas y metes alguno donde no debes, pero eso fue accidental. Eres la típica chica que ya era madura cuando el resto de tus amigos, de tu misma edad, eran unos bobos insufribles. Entonces… ¿Qué?, ¿no te intereso? —Volvió a negar enfáticamente con la cabeza sin apartar sus ojos de ella—. Claro que te intereso. Diría que muchísimo.

Chris mantuvo la mirada, mostrándose digna a pesar de la paliza dialéctica que acababa de recibir.

—¿Entonces? ¿Cuál es el diagnóstico, doctor?

—Que los dos pensamos demasiado. Deberíamos permitirnos ser un poquito más impulsivos… O más inmaduros, según se mire —sonrió—. Te habría llamado a cada rato, Chris.

Estaba trabajando a mil kilómetros de aquí y solo podía pensar en las ganas que tenía de oírte. Pero me dijiste que detestabas que te llamaran porque sí y me ha costado tanto conseguir tu número que… Me dio miedo… No sé… ¿*Cagarla*?

«Si no huyes ahora mismo, no habrá vuelta atrás». Eso era todo lo que Chris podía pensar. No solo eran sus vistas, ni sus modos espontáneos y cálidos. Había algo en él que la reconfortaba como nadie lo había hecho jamás.

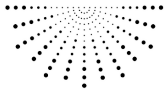
Respiró hondo.

—Lilly no volverá hasta la siete y tengo la tarde libre. ¿Te apetece que …? —Se sentía totalmente ridícula, pero él se lo había ganado y ella se moría de ganas—. ¿Practiquemos juntos eso de ser un poquito inmaduros?

Ken se la comía con los ojos cuando dijo:

—Muchísimo. Mi coche está enfrente. ¿Vamos?

CAPÍTULO 17



Ken se había olvidado por completo de Tom. Estaba en su coche, mirándolo con ojos de «¿quieres explicarme qué está pasando aquí?», lo cual no era para nada de extrañar, dada la manera en la que lo había dejado con la palabra en la boca al ver a Chris esperando en el semáforo para cruzar.

—Baja del coche, Tom, así te presento a Chris…

Tom le echó un rápido vistazo a la treintañera que parecía tener tan cautivado a su amigo. Falda vaquera largo a media pierna, camisa vaquera arremangada hasta el codo, sandalias de cuña baja a juego y un bastón que no iba a juego ni pegaba nada en alguien de su edad. Tenerla a corta distancia le confirmó lo que ya había pensado mientras los veía conversando en la esquina, a cincuenta metros; que en algún rincón de su rotunda anatomía ella tenía que esconder alguna maravilla, de otro modo no había dios que explicara el evidente interés de su amigo. Ella no daba el perfil de candidata a pareja de Ken Bryan ni en sueños. Obviamente, entendía lo que ella había visto en él. Era lo mismo que veían todas. Pero cuando planteaba la ecuación a la inversa… ¿Qué narices hacía el equivalente moderno a un macho alfa al lado de una mujer así?

—Claro… Soy Tom Keller —dijo después de apearse de la camioneta. Extendió su mano—. Encantado de conocerte.

Chris no fue ajena al repaso de Tom. Tampoco al veredicto patente en su mirada. Era el de siempre y no le molestó ni le extrañó.

—Encantada, Tom. Me llamo Chris Thompson y la respuesta a lo que seguramente te estés preguntando es que no tengo ni idea —dijo, divertida y acto seguido estrechó su mano enérgicamente.

De primeras, Tom se quedó cortado, ¿tan evidentes habían sido sus pensamientos?, pero enseguida se echó a reír. Lo último que deseaba era parecer descortés.

Ken, en cambio, no se rio. Apenas sonreía al decir:

—¿Me podéis explicar qué me estoy perdiendo?

Chris se apresuró a desviar la conversación, poniendo su atención en los perros que, tras haberla reconocido, tenían el hocico pegado a la ventanilla.

—¡Uy, pero si los peluditos están aquí! ¿Cómo estáis, pequeños? Hartos de estar ahí dentro, ¿eh? ¡Claro que sí!

Mientras Chris le dedicaba toda su atención a Noah y a River, Ken aprovechó para enviarle una mirada con mensaje a su amigo. Un mensaje que decía claramente: «métete en tus asuntos».

Tom no pudo más que acusar recibo y cerrar la boca. Pensaba lo que pensaba y no sería Ken

quien le hiciera cambiar de opinión, pero que ella se hubiera dado cuenta de ello, lo había dejado en muy mal lugar.

—Bueno… —dijo Ken, ansioso por empezar a disfrutar de la tarde libre en compañía de una mujer con la que llevaba más de un mes intentando quedar—, nosotros vamos a tomar algo por ahí. ¿Te acerco a alguna parte, Tom?

Él se cruzó de brazos. Una sonrisa divertida apareció en su rostro que hizo que Ken frunciera el ceño.

—¿A tomar algo, dices? ¿Vosotros dos solos? —sacudió la cabeza ratificando la ironía del asunto—. Vamos a ver, campeón… ¿Quieres volver a aparecer en las noticias de mañana?

Ken maldijo para sus adentros. Era verdad. No podía hacer tal cosa. No a menos que tanto él como su acompañante femenina en cuestión estuvieran preparados para convertirse en carne de la prensa rosa durante varias semanas, algo que no necesitaba preguntarle a su actual acompañante femenina para saber cuál era la respuesta. La atención de Chris había regresado a él. Por suerte, Tom continuó hablando.

—Pues yo no. Así que seremos tres tomando algo por ahí… ¡Alegra esa cara hombre; así no tienes que molestarte en acercarme a ningún sitio!

Ken le hizo un guiño a Chris y decidió vengarse de su amigo.

—Muy bien, pero sube detrás…

—¿Con los perros? ¡Tú lo flipas! ¡Me van a llenar de pelos!

Chris se compadeció de Tom. No sabía por qué, pero le caía bien… En realidad, sí que lo sabía; le gustaba la gente que no se esforzaba por ser lo que no era. Apreciaba que no hubiera disimulado sus primeras impresiones sobre ella.

—Yo iré detrás. Así los peluditos y yo podemos ir conversando por el camino —bromeó.

Tom miró a Ken esperanzado, pero enseguida lo vio negar con la cabeza.

—¿Conversar con mis peludos? Qué va. Hoy conversas conmigo —miró a Tom con una sonrisa—. Vas detrás, colega.

El manager puso cara de asco y abrió a regañadientes la puerta trasera.

—Moveos y hacedme sitio —les ordenó a los canes—. Y como tenga un solo pelo vuestro en los pantalones, cuando salga de aquí os convertiré en salchichas, ¿está claro?

LOS *BILLARES STAR* era un lugar idóneo para lo que Ken se traía entre manos. Además de que los dueños eran amigos y siempre que no fuera durante la hora feliz, le permitían llevar a sus perros mientras ocupara alguno de los sillones que estaban al fondo del local, era un establecimiento frecuentado por gente joven, principalmente del género masculino, aficionada al billar. Aunque estaba considerado un reducto oficial de la música country, no era el típico lugar que la prensa tenía en mente cuando se trataba de robar la exclusiva millonaria de turno. Además, con un poco de suerte, Tom se aburriría de hacer de carabina y se apuntaría a una partida de billar, al que era un gran aficionado.

Pero una hora después de que los tres se hubieran acomodado en la zona de sillones contigua a la sala donde estaban las mesas de billar, el gozo de Ken estaba enterrado en un foso muy profundo. Si Tom se estaba aburriendo, lo disimulaba muy bien. No dejaba de hacer preguntas a Chris sobre su vida profesional en lo que parecía más un interrogatorio que una reunión informal

de amigos, que era lo que se suponía que era de cara a la galería. También había hecho algunas de índole personal. Así se había enterado de que tenía una hermana más joven, que estudiaba alta cocina y la había acompañado en su viaje a Nashville. Chris respondía sin aparente incomodidad mientras acariciaba con una mano la cabeza de Noah y con la otra el lomo de River, que celoso como buen cachorro, empujaba a su hermano en busca de su ración de mimos.

Tom no se aburría. Al contrario. Estaba asombrado por partida doble.

Por un lado, el don de gentes y el desenfado de Chris no tenía parangón. Eso no era algo que hubiera esperado ver en una persona con su trayectoria. Por otro, había algo entre su amigo y ella. Un algo inexplicable en la forma en que se relacionaban que era raro y bonito al mismo tiempo. Las cosas fluían entre ellos. Daba igual si se comunicaban verbalmente o con miradas. Nunca había presenciado algo semejante, menos aún viniendo de Ken. Él y su política en lo que a compañía femenina se refería, hacía imposible que se diera una situación como la de aquella tarde y, la verdad, se lo estaba pasando en grande.

Lo más interesante, sin embargo, estaba por llegar.

Ken miró el nombre que se iluminaba en la pantalla de su móvil e ignoró la llamada.

—No es importante —dijo a modo de excusa al notar la mirada de Chris.

Ya había sucedido antes, cuando iban en la camioneta. El móvil había sonado, Ken había echado un vistazo a la pantalla y había dejado que sonara sin más. Pero en esta ocasión Chris estaba lo bastante cerca del móvil como para ver el nombre de quien llamaba y esbozó una sonrisa pícara.

—Atiéndela, atiéndela… No me pongo celosa —bromeó y se quedó mirándolo a ver cómo reaccionaba.

Ken echó un rápido vistazo a Tom. Notó que se reía y pensó que como siguiera pasándoselo tan bien a su costa, sería él quien acabaría el día convertido en salchichas. A continuación, le ofreció a Chris una de sus sonrisas cautivadoras y se hizo el desentendido.

—¿Y cómo sabes que es una chica?

Entonces, el móvil dejó de sonar, pero Chris no abandonó el tema. Seguía interesantísima por saber más.

—Ah, porque mi vista no necesita bastón. Veo más que un lince y en esa pantalla pone «Sandy»… Bueno, *ponía* porque ha cortado.

Tom, que hasta el momento presenciaba el partido de ping-pong dialéctico, la mar de entretenido, se envaró. ¿Cómo que era «Sandy»? ¿Y el capullo de su amigo acababa de ignorar la llamada?

—¿Era ella? —le preguntó. No necesitó más que ver la mirada de Ken para saber que sí, era Sandy—. ¿Estás loco, colega?

—No estoy loco. Y te recuerdo que estás aquí porque te has autoinvitado, pero no te pases, *colega*. Así que cálmate y sigue disfrutando —dicho lo cual, volvió a centrar su atención en Chris—: Es un diminutivo unisex. También podría ser de un tío.

Su sonrisa se volvió tan pícara que Ken no pudo más que echarse a reír.

—Pero no lo es, ¿a que no? ¿Sabes por qué sé que no es un hombre? Porque lo habrías atendido. Le habrías dicho «oye, ahora no puedo hablar» y él te habría dicho «vale, llámame luego».

Fue Tom quien respondió.

—Eres muy sagaz, Chris. Tienes razón, es el nombre en diminutivo de una mujer. Una muy importante para su futuro profesional y para mi paz mental. Y debió haberla atendido. —Miró a

su amigo desafiante—. Me da igual que te cabrees, tío. Es la pura verdad, y lo sabes.

Ken soltó el aire por la nariz. La mirada interrogante que halló en los ojos de Chris lo hizo sentir obligado a dar alguna clase de explicación a lo dicho por su mánager, que también era su amigo, aunque muchas veces últimamente hiciera cosas que le hacían dudarlo.

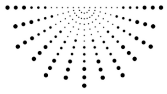
—Me está ayudando a relanzar mi carrera y no lo hace como un favor, tenemos un contrato. Eso es todo. Y su llamada puede esperar perfectamente a otro momento —añadió echándole una mirada recriminatoria a Tom.

Chris notó que el ambiente se había enrarecido. Y aunque lo dicho por Ken había disparado su curiosidad, sus radares le advertían que entre él y su mánager había un problema sobre ese tema en particular.

—¿Relanzar? ¿Cómo, no eres una estrella? ¿Me estás diciendo que llevo un mes perdiendo el tiempo con un don nadie? —dijo apelando al humor.

Afortunadamente, le salió redondo, ya que los dos se echaron a reír.

CAPÍTULO 18



Estaban en la camioneta, aparcados a la vuelta del edificio Myriad, cuando Chris dijo:

—Ha sido una tarde muy agradable, pero has dejado a Tom en los billares, así que será mejor que me vaya…

Se hallaban donde Chris le había indicado que la dejara, después de rechazar su oferta de llevarla a casa, explicándole que era un aparthotel, no una casa propiamente dicha. Por supuesto, Ken leyó entre líneas que, en realidad, era pronto para esa clase de confianzas.

Y sí, probablemente lo fuera, aunque no estaba del todo seguro porque junto a ella se sentía diferente. El tiempo no pasaba a la misma velocidad ni de la misma manera. Prueba de ello era que llevaban tres horas juntos, que le habían parecido un suspiro, y que si de él hubiera dependido, serían muchas más. Pero, a pesar de saber dónde se alojaba desde hacía días, decidió no forzar la situación. Que al fin se mostrara dispuesta a abrirse y le permitiera disfrutar de su compañía suponía un triunfo para él. No tenía ninguna intención de que el conejillo emprendiera la huida.

—¿Por qué no has querido que viniera, por cierto? —volvió a decir Chris. Un instante después, al ser consciente de lo que él estaría pensando, sonrió. Y no se lo calló—: Cualquiera diría que tienes intenciones deshonestas…

Ken asintió enfáticamente con una sonrisa tan pícara como la de Chris.

—¿Y te sorprende después de un mes y pico?

Intercambiaron miradas cómplices.

—Me gusta Tom. Parece buena persona. Y es sincero. Algo que no puede decirse de todo el mundo en los tiempos que corren.

La expresión de Ken cambió de picardía a disgusto al recordar el momento de las presentaciones.

—Discúlpalo, por favor. Es muy buen tío y lo quiero un montón, pero en asuntos de mujeres es muy… —Tom no estaba presente y él no era de los que hablaban mal de alguien a sus espaldas. Por más que todo lo que pensaba al respecto se lo hubiera dicho en su cara infinidad de veces, hacerlo ahora no estaba bien—: Cuadriculado, si entiendes a lo que me refiero.

Chris asintió.

—No hay nada que disculpar.

—Pues yo creo que sí…

Ella le quitó importancia con un gesto.

—En esta sociedad en la que tú y yo vivimos, a ti esperan verte del brazo de una modelo de Victoria’s Secret y a mí, sudando en un gimnasio y matándome de hambre para caber en una 38.

Si les cambias el guion, ¿cómo pretendes que no se queden a cuadros? Tom pensó al verme lo que piensa todo el mundo y agradezco que, por una vez, alguien no intente disimularlo por temor a molestarme u ofenderme… Es la verdad, ¿cómo me va a ofender?

Ken arrugó el ceño.

—¿Para caber dónde?

Las dos cejas de Chris se elevaron mientras sus ojos lo escrutaban, intentando averiguar si Ken de verdad no entendía a qué clase de talla se refería o, por alguna razón que no acababa de comprender, se estaba haciendo el desentendido.

—En una talla 38.

—¿Y qué le pasa a esa talla? —Se encogió de hombros—. ¿Reparte premios millonarios o algo así?

Ella lo miró desafiante. Podía aceptar que al principio jugara a ignorar lo evidente por llevarse el gato al agua. Y solo hasta cierto punto. Pero habían transcurrido cinco semanas desde entonces. Ya era hora de que se dejara de jueguecitos de una vez.

—Dime una cosa, ¿de verdad no entiendes lo que quiero decir?

Lo vio mover la cabeza a un lado y a otro, como si estuviera decidiendo qué responder.

—Sí pero no. Es que… Sin desmerecer a las modelos de Victoria's Secret, que son todas preciosas y seguro que han trabajado durísimo para estar donde están, no tengo un interés especial por llevar a una de ellas del brazo.

¿En serio? ¿Y entonces a qué habían venido los rumores que a principios de año lo habían relacionado con Cindy Tomlinson durante semanas? ¿Acaso estaba jugando al despiste? ¿O, simple y llanamente, mentía? Dado que no estaba preparada para admitir que en las últimas semanas había estado haciendo un curso intensivo por internet sobre la vida y la obra de Ken Bryan, decidió que lo mejor que podía hacer era burlarse.

—¡Venga ya!

La carcajada de Chris hizo ruborizar a Ken.

—Vale, puede que a los diecisiete, sí.

—¿A los diecisiete, solamente? ¡Y a los veinte… y ahora mismo! ¡Venga ya, hombre!

A Ken le encantaba su risa. Por no hablar de su gran capacidad para quitarle hierro a las cosas. Pero esto era importante y no pensaba dejarlo correr.

—Hubo una época en la que jugué a ese juego porque creía que me convenía. Pero para mí nunca fue real, porque *yo no soy así*. Soy un tipo normal y corriente a quien le gusta, por este orden, estar con la familia, componer música, y pasarlo bien con su gente haciendo un asado, o viendo una película, o jugando un partido de fútbol… O lo que sea. Lo importante no es qué, sino con quién.

Ken hizo una pausa considerando si debía ser más explícito. Era complicado que alguien que no pertenecía al mundillo de los famosos, entendiera que entre lo que la prensa decía de él y lo que él era en realidad había un abismo. Pero de nuevo, que Chris entendiera la diferencia era de vital importancia para él.

—Se supone que llevarme a la cama a cuanta mujer se cruza en mi camino, viene en el paquete de ser un tío famoso. Por eso siempre me están relacionando con alguien. —La miró algo incómodo—. Da igual si es mi prima del pueblo que viene a visitarme. Si tengo la buena idea de ir a buscarla al aeropuerto y algún *paparazzi* me ve, ya está el rumor corriendo de boca en boca.

Ella sonrió con picardía.

—O sea, por dejarlo claro, cuando tú ves una mujer espectacular por la calle o en un bar, no piensas en llevártela a la cama como cualquier tío. Porque *tú no eres así*. Es la prensa que se lo inventa todo, ¿no?

Ken sacudió la cabeza, su sonrisa incómoda en ristre.

—Ahora entiendo por qué Tom te cae bien… Sois tal para cual.

Los dos rieron ante aquel inesperado golpe bajo por parte de Chris que, sin embargo, no tuvo en Ken el efecto que ella esperaba.

—No sé si esta es una clase de conversación que me conviene tener contigo en estos momentos, Chris… Pero me voy a arriesgar. A ver… Me cruzo con mujeres preciosas cada día. Eso sí que es parte de mi trabajo. Y con algunas, *algunas veces*, he ido un poco más allá.

—¿Solo algunas veces? —Su tono rebosaba incredulidad.

—Sí, solo algunas veces. ¿Puedo seguir?

—Faltaría más.

Su tono ahora rebosaba burla. Y Ken tuvo claro que la razón era que ella no le creía.

—Por regla general necesito más razones que la atracción sexual para estar con alguien. A eso me refiero cuando digo que yo no soy así…

Tanto como a Chris le tocaba el corazón su sensibilidad, una parte de ella se resistía a tomársela en serio. Una parte bastante grande, de hecho.

—¿Y entonces, qué, eres un extraterrestre?

—Qué va. Soy de este planeta. Del mismo que tú.

Dios, era para comérselo y no dejar ni las migas, pensó Chris. Nada de lo cual se reflejó en su siguiente respuesta.

—Espero que mi escepticismo no te ofenda, pero es que un terrícola de la especie humana y del género masculino no necesita nada más que la atracción sexual para ponerse a funcionar. Hay una muy buena razón para que sea así, ¿sabes? La supervivencia de la especie.

—Vaaaaale… A ver, por seguir con las metáforas, a ningún tío le amarga un dulce y yo no soy una excepción.

—Eso ya me va gustando más…

—*Pero* —precisó él—, primero, soy incapaz de vivir solo a base de dulces, como hace Tom, y segundo, acabo empalagado con muchísima facilidad.

—Entiendo.

Se miraban cómplices y sonreían como si ninguno de los dos tuviera deseo alguno de que aquel momento acabara.

—Dicho lo cual —continuó Ken—, me da igual la talla que gastes o si llevas un bastón o un bate de béisbol. Creo que eres la mujer más espectacular que he conocido en mi vida y, espéralo porque ya llega…; sí, me encantaría llevarte a la cama —le hizo un guiño antes de añadir—: Por dejarlo claro, ya sabes.

Además de sus ganas de comérselo como si fuera un trozo de chocolate, de que ya empezaba a faltarle el aire y de que sentía el corazón latiendo en la garganta en vez de en el pecho, donde debía, Chris descubrió que acababa de ruborizarse. Le ardían las mejillas y sentía la cara acalorada, como si la hubiera puesto frente a una hornalla encendida.

—Vaya…

Chris sonrió porque realmente no sabía qué decir.

Él asintió varias veces con la cabeza.

—Es uno de esos momentos «vaya, vaya», sí…

—Está claro… —respiró hondo, sintiéndose más y más vulnerable—. Bueno, creo que me voy…

Su mirada se encontró con la de Ken camino de Noah y River y, a pesar de lo breve del encuentro, saltaron chispas.

—Me ha encantado volver a veros, chicos. Sois unos perros fenomenales, superobedientes y preciosos.

Ken la observó en silencio. Seguía bajo los efectos del momento de sinceridad absoluta que habían compartido y, evidentemente, ella también.

—Y destrozones —apuntó, cambiando de tercio.

Se trató de algo deliberado con la intención de reducir la intensidad del momento. Chris era la excepción a la regla también en la metáfora de los dulces; era la única clase de dulce a base del cual podría no solo vivir perfectamente, sino del que jamás se sentiría empalagado. Ken ignoraba cómo lo sabía, pero era así; una certeza que nacía de un lugar profundo dentro de él.

—Ya será menos…

—Ojalá. No me han dejado ni un solo par de calcetines sanos… Basta que se queden solos en la casa para que al regresar me encuentre con una zona de guerra. Venga, venga, contadle lo bien que os lo pasáis, destrozándolo todo cuando yo no estoy…

Chris agradeció infinitamente el cambio de tema. Le daba el margen que necesitaba para recuperarse de lo que fuera que la tenía con un tembleque en el cuerpo y una revolución de mariposas en el estómago. Sonrió al ver que Noah y River escondían la cabeza, evitando la mirada de su amo.

—Ay, pobrecitos… Se sienten culpables… —dijo enternecida, frotando las orejas de los perros.

Al fin, volvió a centrar su atención en Ken. Notó que sus hermosos ojos grises brillaban intensamente y pensó que a los suyos también debía sucederles algo raro, ya que veía a través de un montón de puntitos brillantes aquí y allí.

—Has hecho bien en arriesgarte —concedió. Ken hizo un gesto con la cabeza a modo de agradecimiento, y no supo cómo se las arregló para no ponerse a saltar de alegría—. Para mí también hacen falta más cosas aparte de la atracción física. Y llevo mucho tiempo sola. Y están los mil doscientos kilómetros que nos separan y todo lo demás… Pero me gusta saber que tenemos más cosas en común… Dicho lo cual, y por seguir con las metáforas, tendrás que madrugar muchísimo, *pero muchísimo de verdad*, si quieres que Dios te ayude en este asunto.

Ken empezó a reírse suavemente y ella también sucumbió. Se llevó una mano a la frente y sacudió la cabeza, incapaz de creer que estuviera hablando de lo que estaba hablando.

—Vaya dos, de verdad… No quiero imaginar lo que pasará el día que decidamos dejar de echar mano de las metáforas…

—¿No quieres, en serio? —dijo él. Tomó su mano, la que ella se había llevado a la frente.

También saltaron chispas, solo que de otra clase; una corriente de energía intensa y vibrante los recorrió a los dos de la cabeza a los pies. Instintivamente, los dedos de Chris se cerraron en torno a la mano de Ken. Él tiró de ella suavemente hasta su boca y, sin apartar los ojos de Chris, depositó un ligero beso sobre el dorso de su mano. Sintió que ella se estremecía y se le aceleró el corazón.

—Claro que quieres —murmuró—. Pero tiempo al tiempo, ¿vale?

Se miraron largamente y Chris, al fin, hizo un ligero asentimiento con la cabeza.

—Tiempo al tiempo.

—Te llamo esta noche.

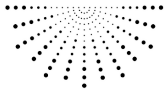
—Pero no muy tarde, que mañana madrugo.

—No muy tarde —concedió él.

Y con una sonrisa que no se le quitaba con nada, se quedó mirando cómo ella se alejaba después de despedirse con un gesto de la mano.

SIN EMBARGO, no era la única persona observando. Veinte metros más atrás, dentro de un taxi que llevaba detenido en la acera de enfrente el mismo tiempo que la F-150 negra de Ken porque, de hecho, lo había seguido desde los *Billares Star*, Alexandra Carrington-Fox contemplaba la escena con expresión muy seria.

CAPÍTULO 19



Después de despedirse de Chris, Ken regresó a los billares. El local estaba en plena hora feliz, de modo que en esta ocasión dejó a Noah y a River en la camioneta. Bajó un poco los dos cristales traseros y les prometió que no tardaría, a pesar de lo cual los perros manifestaron su desacuerdo a todo ladrar.

Sabía que Tom estaría jugando una partida al billar por lo que se dirigió hacia la sala principal. Durante el trayecto recibió palmadas en el hombro y apretones de manos de parte de la concurrencia. También algún que otro beso en la mejilla, pero estos eran los menos. Los nashvilianos se enorgullecían de tener vecinos famosos y se tomaban muy en serio su espacio personal. Todas las historias de terror que Ken había vivido a manos de sus *fans* habían tenido lugar fuera de Nashville.

Para no perder la costumbre, Tom había decidido matar dos pájaros de un tiro jugando al billar con la señorita con quien estaba ligando. Había tenido un accidente tonto del que él había salido ileso, pero no su coche que llevaba cuatro días en el taller. Así que allí estaba él, haciéndole de chófer a su mánager. Dios le diera paciencia.

—Si quieres que te lleve a casa, deja la partida y despídete de la señorita —dijo saludando a la morena de pantalones ceñidos y top negro con un ligero movimiento de la cabeza.

A ella se le iluminó la cara al verlo, dejando claro que su interés había cambiado de foco.

—¡Ken Bryan, dichosos los ojos que te ven! ¿Sois amigos?

—¿Amigo de este individuo? ¡Qué dices! —Tom dejó el taco contra la mesa y se despidió de la mujer—. Lo siento, preciosa. Tengo que irme. Otro día acabamos la partida.

—Ay, qué pena… —coqueteó ella—. ¿No hay nada que pueda hacer para que os quedéis? ¿Seguro?

A Tom no le pasó desapercibido que había hablado en plural, pero se lo tomó con deportividad.

—Me has dicho que vienes a menudo y lo tendré en cuenta —se despidió, haciéndole un guiño. Tras lo cual se puso en marcha. Ken lo siguió sonriendo ante sus propios pensamientos, que no tardó en poner en palabras.

—Qué rápido te das por vencido —dijo, echándole un vistazo rápido cuando se dirigían hacia la salida.

Tom se rio con ironía. Abrió la puerta del local y lo dejó pasar en primer lugar.

—¿Qué? —insistió Ken, risueño—. ¿No dices nada?

—¿Y qué quieres que diga? Flirteo por deporte, tío, pero no podía quedarme. Tengo una cita

en una hora y antes tengo que ir a cambiarme.

Ahora fue Ken el que se rio.

—Así que, que yo haya secuestrado la atención de tu compañera de partida solo con aparecer en su campo visual, no tiene nada que ver con que dos minutos después hayas llamado a retirada y te hayas largado… ¿Esperas que me lo trague?

Ken abrió la camioneta con el mando a distancia y los dos amigos fueron recibidos con un concierto de ladridos.

—¿Y por cuánto tiempo crees que habrías mantenido secuestrada su atención, chaval? —le preguntó Tom, desafiante.

—Perdona, pero esa no es la cuestión.

—Claro que es la cuestión. La chica quería guerra y los dos sabemos muy bien quién habría llamado a retirada llegado el momento de la verdad, ¿o no?

Ken hizo un gesto de desdén. Dio al contacto, puso la camioneta en marcha y recién cuando se había incorporado al tráfico, añadió:

—*Bah*. Según tú, todas las mujeres quieren guerra…

—¿Y no es así?

Ken exhaló un suspiro disgustado y optó por el silencio. Aquella conversación ya no era de su agrado. Además, era una tontería hablar del sexo femenino con alguien como su amigo. La culpa era suya por haber sacado el tema.

Pero Tom no lo dejó correr.

—Todas quieren guerra, tío. Lo admitan o no. Sean descaradas a la hora de demostrarlo o no. Y sí, esto incluye a tu Cenicienta. Está loquita por que le eches un buen polvo. Y que conste en acta que te iría mucho mejor si, en este caso, llamaras a retirada, tío. La verdad es que Cenicienta no te conviene para nada.

¡LA MADRE QUE TE…!

El rostro de Ken pasó por toda la paleta de rojos mientras en su interior se desataba una tormenta de furia. Una furia tal que dio un volantazo a la derecha y se detuvo junto al bordillo en medio de un concierto de pitidos, frenazos e insultos por parte de otros conductores, sorprendidos por su inesperada maniobra.

—¡Pero ¿qué haces…?, ¿estás loco?! —bramó Tom sobresaltado.

—Sal del coche —exigió Ken, furibundo—. *Sal del coche, ya*. Y la próxima vez que se te ocurra hacer un comentario sobre ella, será la última vez que tú y yo hablemos de nada. ¿Me copias?

Los amigos se mantuvieron la mirada durante unos instantes. No era la primera vez que algo que comenzaba como una broma acababa saliéndose de madre. Probablemente, no sería la última. Algo, sin embargo, era distinto en esta ocasión; era la primera vez que una mujer en particular desataba semejante tormenta.

Ken echaba fuego por la boca, completamente bajo los efectos de un ataque de vergüenza ajena que lo hacía sentir como si estuviera sentado sobre brasas.

Tom no se quedaba atrás en enfado. Más allá del asombro por aquella exagerada reacción de Ken, no estaba de humor para más memeces. Ya le parecía suficiente memez verlo tan interesado en alguien que no cualificaba ni siquiera para modelo de tallas grandes. Y no porque no diera la talla precisamente, la tía era enorme. Le parecía increíble que con los años que Ken llevaba en el mundillo, todavía no hubiera caído en la cuenta de que alguien como él no podía permitirse enrollarse con alguien como ella. Por más que su nuevo estilo musical acabara triunfando, por

más que volviera a estar en lo más alto, las mofas de la prensa sonarían mucho más fuerte. Se ensañarían con ella y a él le harían la vida imposible. Y todo el mundo sabía que la prensa no tenía reparos a la hora de ser cruel.

—Abre los ojos antes de que sea demasiado tarde, tío. Haz el favor —le espetó Tom.

Acto seguido, se apeó y cerró de un portazo.

Ken se tomó unos instantes para calmarse y al fin, volvió a incorporarse al tráfico.

KEN maldijo para sus adentros cuando vio a Sandy sentada en su porche, obviamente esperándolo. Encontrarla allí fue una doble sorpresa porque no había ningún coche bloqueando su entrada de vehículos ni en mitad del césped del jardín. Por lo tanto, debía haber llegado en un taxi, lo cual quería decir que después de soportar su perorata de siempre, también tendría que soportarla a ella el tiempo que otro taxi tardara en recogerla. Y hoy no estaba de humor. Aún sentía la sangre hirviendo en sus venas tras la discusión con Tom.

En vez de abrir la puerta de casa, entrar e ignorarla, como había hecho las otras (innumerables) veces que se había presentado sin avisar, fue directo hacia el porche y se detuvo frente a ella.

—¿Qué haces aquí otra vez? —le espetó—. Que la casa sea tuya, no te da derecho a presentarte cuando te dé la gana. Quiero que esto se acabe *ya*.

Sus perros lo habían seguido y ahora rodeaban a Sandy quien se retrajo, intentando apartarlos de malos modos sin éxito.

—¡Me van a enganchar las pantis…! ¡¿Quieres decirles que me dejen en paz?! —dijo ella, casi histérica.

Ken sonrió para sí. Qué bien le venía que aquella mujer detestara a las mascotas. Acto seguido, dio media vuelta ignorando por completo su petición.

—Pues mira, ahí tienes otra razón para no venir. Márchate, Sandy. Te lo digo muy en serio.

Volvió a la camioneta a recoger sus instrumentos y el bolso que se había quedado en el asiento y se dirigió a la puerta de su casa. Esta vez, la abrió, entró y volvió a cerrarla tras de sí en un mensaje confirmatorio de que no recibiría visitas. Noah y River se pusieron a ladrar mientras la histeria de Sandy crecía imparable. Oír sus maldiciones lo reconcilió con la justicia. Donde las dan, las toman, pensó. La víbora no olvidaría ese día en mucho tiempo.

Siguió a lo suyo, pero no estaba tranquilo. Mucho menos, satisfecho. Desde que había tenido la buena idea de hacerle caso a Tom y aceptar la oferta original de Alexandra Carrington-Fox, su vida se había convertido en una noria. Había momentos de satisfacción, generalmente relacionados con la alegría de sus *fans* por volver a disfrutar de su música en directo. Seguidos de momentos de mierda, como aquel. Todo lo que tenía que ver con Sandy era oscuro, retorcido. Sacaba lo peor de él y cuando Ken se miraba al espejo no le gustaba lo que veía. No era así como pensaba que sería su regreso a Nashville y cada vez se sentía más atrapado en una relación que se suponía que solo era de índole profesional, pero que, sin embargo, se había convertido en una relación tóxica.

Se metió en la ducha deseando que el agua se llevara el mal rollo que sentía. Al menos, por un rato. Intentó concentrarse en la tarde estupenda que había pasado con Chris, en lo increíble que todavía le parecía que el muro al fin hubiera cedido. Era la primera vez que ella aceptaba

pasar tiempo con él, que no cambiaba de idea o le salía con alguna excusa de último momento. Y lo habían pasado realmente bien. Había sido una tarde mágica.

Después de un buen rato duchándose, se sentía mejor. Se secó, se puso el albornoz de baño y regresó al salón mientras se secaba el pelo con una toalla. Le llamó la atención que ya no se oyeran los ladridos de Noah y River. Todo estaba en silencio. Miró por la ventana y los vio echados en el césped. La única explicación a tanta calma era que Sandy se hubiera ido. Aunque también era posible que hubiera culminado su ataque de histeria, desmayándose…

«No se le desea el mal a nadie, tío», se recordó en parte avergonzado por la clase de pensamientos que lo invadían siempre que Sandy formaba parte de la ecuación.

Abrió la puerta y se asomó. Sus perros enseguida fueron a su encuentro. Después de restregar sus morros contra el albornoz, mostrando su alegría, entraron en la casa. Ken miró a un lado y a otro. Ni rastro de Sandy. Por lo visto, le había hecho caso y se había largado. Bien. Muy bien.

Antes de echar las campanas al vuelo, decidió ir hasta el porche para asegurarse de que no le habían llegado todas las maldiciones que él le había echado.

Sandy no estaba, pero una nota escrita por ella, sí. Estaba sobre la mesa, pisada bajo una de las pequeñas piedras pintadas del cantero de malvones.

Ken sacudió la cabeza. Estaba tan harto de esa mujer… Tan, tan harto.

Cogió la nota y leyó:

«Te doy 24 horas más para firmar el contrato privado. Fírmalo, y recuperarás tu adorado *Mystic Oaks* y seguirás teniendo una carrera en el mundo de la música. No lo hagas, y toda relación contractual entre nosotros habrá terminado».

La palabra «toda» estaba subrayada tres veces, a falta de una.

Ken soltó un bufido. Arrojó la piedra a su lugar natural, aunque lo hizo con tanta fuerza que esta se estrelló contra el canto de otra piedra decorativa y salió disparada hacia la mitad del césped. Más enfadado que antes, arrugó la nota hasta convertirla en un bollo y la hundió hasta el fondo en el bolsillo de su albornoz. Adiós, relax. Ya estaba otra vez que mordía de rabia y ese nivel de frustración era algo que con su historial médico no se podía permitir. No si quería seguir en el buen camino. Algo que, por supuestísimo, quería. Más que eso, *necesitaba*.

Se apoyó contra la cerca de madera que delimitaba el porche y bajó la cabeza.

Después de la visita de Jim y de saber que la economía familiar estaba peor de lo que pensaba, con más razones que antes necesitaba un nivel de ingresos que solo veía posible alcanzar si entraba en el estudio de grabación y sacaba un nuevo álbum. Y para eso, necesitaba a Sandy.

El problema era que las cosas habían llegado a un punto de no retorno con ella. Y no por las malditas veinticuatro horas que decía la nota. Él sabía perfectamente cómo hacer que se olvidara de ese plazo sin necesidad de firmar ningún contrato, pero no era como Tom. No tenía tanto estómago. En realidad, ningún estómago; se negaba a mantener esa clase de juegos con una mujer a quien la sola idea de tocarle un pelo le provocaba náuseas.

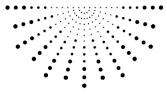
Su insistencia, su nivel de maldad, su obsesión le habían colmado el vaso. Lo encontraba enfermizo, asqueroso, y ya no podía con eso.

Y había aún un problema mucho mayor. Ahora Chris estaba en su vida. No dejaba de preguntarse qué sentiría ella si se enterara de las verdaderas intensiones de Sandy al ofrecerle ayudarlo a volver a estar en lo más alto. Qué pensaría de él cuando supiera que conocía esas intenciones de antemano y aun así había aceptado sus condiciones.

La vergüenza que sentía era tan grande que empezó a sudar a mares.

La idea de desilusionar a Chris y perderla, le resultaba insoportable. *Insoportable*.
El tic-tac del reloj era implacable. Tenía que tomar una decisión.
Pero la furia se había adueñado de él y no lo dejaba pensar.
Debía calmarse. *Necesitaba* calmarse.
Y solo había una persona en el mundo capaz de obrar ese milagro en él.

CAPÍTULO 20



Mientras tanto,
en el aparthotel donde se alojaba Chris…

Chris no había llegado a dejar el móvil sobre la mesa ratona cuando volvió a sonar. Sabía quién llamaba y atendió con una sonrisa, pero lo que oyó fue la voz de su hermana, ladrándole.

—*¡Llevo media hora llamándote! ¿Se puede saber con quién hablabas?*

—Yo también me alegro de oírte, Lilly… Pues verás, estuve hablando con un montón de gente. Con dos alumnas del curso, después me llamó la tía Dottie y por último Jamie. ¿Conforme, o quieres más detalles?

—*Ah, ¿y qué tal están? Uf… Se van a enojar conmigo y con razón. Me han dejado media docena de mensajes, pero es que no tengo tiempo para nada…*

—Están muy bien, no te preocupes. Jamie dice que está aburrido como una ostra y que nos echa mucho de menos. Especialmente, nuestros viernes de cine y palomitas. Pero está claro que sus emociones lo están remontando al siglo pasado porque… —sonrió divertida ante la locura de su viejo amigo—, ¿cuánto hace del último viernes de cine y palomitas? ¿Siete años? —oyó que Lilly se reía—. Y tía Dottie dice que disfrutemos de Nashville y no tengamos prisa por volver, que en Toronto no se nos ha perdido nada… Supongo que eso también viene a decir que llevamos tanto tiempo fuera, que ya está acostumbrada a echarnos de menos. ¿Y tú, qué tal, hermanita?

Un bufido le anticipó que la respuesta no sería de su agrado.

—*¿Me matarás si te digo que me voy a retrasar un poquito?*

Ya estamos, pensó Chris. No le importaban sus «retrasos», sabía que a su hermana le encantaba lo que hacía, pero empezaba a parecerle que pasaba demasiadas horas en ese restaurante. Apenas le veía el pelo. Las dos llevaban años trabajando y pasando la mayor parte del día al aire libre, no era sano que, de repente, Lilly apenas viera la luz del día.

—¿Y cómo es de grande ese poquito esta vez?

—*Un par de horas, máximo. Te lo prometo, Chris. En serio. ¡Y mañana estoy libre, así que podemos hacer lo que quieras!*

Ja, ja, ja. Chris ya había escuchado esa canción antes. Tres veces, concretamente, desde que estaban en Nashville. A ver lo que tardaría su hermana esta vez en *dejar de estar libre*.

—Vaaale. Pero no te espero para cenar porque estoy muerta de hambre.

—¡¡Eres genial!! ¡La mejor hermana del mundo! No me esperes, claro que no. Tú cena tranquila, que yo ya le hincaré el diente a una de las maravillas que pasan frente a mis narices a cada rato… ¡Ñaaaam! ¡Cómo cocina el chef Richmond! Bueno, te dejo que me están reclamando… ¡Buen provecho!

Chris volvió a dejar el móvil sobre la mesilla. No le apetecía salir a cenar sola. Encargaría una pizza por teléfono y de esta forma aprovecharía el tiempo libre para adelantar trabajo y alguna cosa más que tenía en mente. Después de pedir su cena, se incorporó y fue hasta la habitación a cambiarse.

Quince minutos después, regresó con la cara lavada, en pijama, pantuflas y con el pelo suelto, libre de la docena de horquillas necesarias para el moño que acostumbraba a llevar. Se sentó en el sofá, se acomodó contra el ángulo que formaba el reposabrazos con el respaldo y cogió el portátil, que puso sobre sus piernas.

Pero en vez de trabajar, lanzó el navegador de internet y tecleó dos palabras en la ventana de búsqueda. Las dos de siempre, últimamente.

Exhaló un suspiro del que ni siquiera fue consciente cuando hizo clic sobre la imagen y esta se abrió a pantalla completa. Era Ken. Salía de la tienda en una gasolinera acompañado de dos hombres. A uno lo reconoció, era el que había asistido al mercadillo con él. Al otro no, pero estaba segura de que debían ser familia porque el parecido era evidente. El pie de foto confirmó que se trataba de los tres hermanos Bryan; Ken, Jim y Tim.

Ken sonreía y si esa sonrisa imposible no era suficiente para encandilar a todo el mundo, fuera hombre o mujer, también estaba el resto de él. Su cabello rubio con aquel estilo desenfadado que le daba un aire a Jon Bonjovi. Esos ojos hermosos que ahora que los había visto muy de cerca, sabía que no solo destacaban por su belleza, sino por la dulzura que impregnaba su mirada. Esa dulzura envolvente que también estaba presente en sus palabras, en su forma de ser… Estaba siempre allí, implícita en cada cosa que hacía, en cada gesto. Le parecía increíble asociar tanta dulzura a la figura de un hombre. Los que había conocido no lo eran. Ni siquiera Jamie; era amable, respetuoso y un muy buen amigo, pero no dulce.

El artículo hablaba de la enfermedad de su padre y la foto parecía haber sido elegida para ilustrar el título del artículo: «Ken Bryan vuelve a sonreír». Relataba las tres intervenciones quirúrgicas que habían sido necesarias para que el cabeza de la familia Bryan pudiera volver a su vida normal. Una vida que, por lo visto, distaba mucho de la que llevaba antes de que un desmayo sin aparente importancia, acabara por dejar en evidencia la existencia de una enfermedad coronaria grave. Desde entonces, hacía tres años, la responsabilidad del negocio familiar había recaído sobre sus hijos.

Chris volvió a leer el último párrafo.

«Nos alegramos de que Ken haya podido superar el bache emocional provocado por la enfermedad de su padre y que su sonrisa, la más famosa de la música country, vuelva a brillar como siempre».

Releerlo confirmó su primera impresión; Ken debía haber sufrido una depresión. ¿Era esa la razón que lo había alejado de la música?

Unos golpes en la puerta la devolvieron al momento.

—Servicio de habitaciones. Su pizza, señorita Thompson —anunció una voz al otro lado de la puerta.

Chris la reconoció enseguida. Era de Dennis, el camarero más joven de la plantilla. Desde

que había visto a Lilly, cada vez que alguna de las dos pedía algo, siempre venía él. El pobre hoy se llevaría una desilusión porque Lilly, para no variar, seguía en los dominios del chef Daniel Richmond.

Cogió un billete de veinte dólares de la billetera, se lo puso en el bolsillo del pijama y con una sonrisa divertida abrió la puerta.

Y se quedó de piedra al comprobar quién estaba al otro lado.

CHRIS SE TOMÓ su tiempo para mirarlo bien. O mejor dicho, sus ojos lo hicieron. Ella no quería. Deseaba ponerse seria, decirle que esto no le parecía bien. Pero sus ojos, como siempre que tenían a Ken Bryan al alcance, hacían lo que les venía en gana y pasaban de obedecer instrucción alguna.

Sostenía su pizza en una mano y no había señales del camarero por ningún lado. Evidentemente, lo había sobornado.

«Muchas molestias te estás tomando tú», pensó Chris con las pocas neuronas que aún no habían sucumbido a la emoción de verlo.

Notó que no llevaba la misma ropa que antes. Se había cambiado. Una camisa supermoderna con abotonadura rara, entallada, y un pantalón tipo vaquero muy ceñido. Vestía de negro, un color que le quedaba de fábula. Y la miraba con esos ojos de otro mundo y esa sonrisa de chico que sabe que está haciendo una travesura e intenta suavizar las cosas para que no lo regañen.

Lo lógico habría sido ponerle los puntos sobre las íes. Habían quedado en que él llamaría, no en que se presentaría en el hotel sin más. Y, por cierto, ¿cómo sabía dónde se alojaba? ¿Le había puesto un detective o algo semejante?

En cambio, allí estaba, como una quinceañera, contemplando las vistas.

Alucinando con ellas… *Y con él*.

Especialmente, con él.

—Ya sé lo que estás pensando… —empezó a decir Ken.

Chris se cruzó de brazos por toda respuesta. Continuó mirándolo con la expresión más seria de que fue capaz mientras esperaba que se explicara. En realidad, lo miraba porque no podía dejar de hacerlo.

—Y bueno, en parte tienes razón —concedió con esa sonrisa dulce que a Chris le hacía cosquillas—, pero es que… Tenía que venir. Tú me calmas… Es mirarte, zambullirme en ese remanso que siempre hay en tus ojos, y todo vuelve a su ser en un pispás. —Hizo sonar sus dedos—. Así de fácil, así de instantáneo… ¿Lo ves? ¡Ya estoy genial!

Esta vez, la única respuesta de Chris consistió en enarcar una ceja.

—Lo digo en serio… Discutí con Tom. Fue una discusión muy fea. Y al llegar a casa, me estaban esperando… ¿Te acuerdas de la llamada de esta tarde? Pues esa persona.

Así que Sandy se había presentado en su casa… Chris sentía que la curiosidad empezaba a reptar por su espalda y era cuestión de tiempo que acabara su escalada coronando la cima más alta; su cabeza.

—¿Puedo entrar? —dijo él, algo dubitativo. Y enseguida añadió con su sonrisa radiante—: Traigo pizza.

Mi pizza.

Ken se echó a reír al tiempo que asentía.

—Sí, ya sé que es tu pizza… Pero la he pagado, así que también es un poco mía… Venga, no seas mala, déjame entrar, por favor…

Ya no había solo picardía; le estaba rogando y…

Para Chris fue demasiado. ¿A quién quería engañar? Odiaba que se tomara tantas atribuciones, pero le encantaba que estuviera allí, al otro lado de su puerta, dejando claro una vez más su interés por ella. Ese interés que le seguía pareciendo tan increíble como indiscutible a medida que pasaban los días.

Estaba a punto de dejarlo entrar cuando él volvió a hablar.

—Llevo cinco minutos parado frente a ti, hablando sin parar. Hablando yo solo. Tú no has dicho ni pío. ¿Y después tienes la cara de no creerme cuando te digo que eres la mujer más alucinante que he conocido en mi vida? ¿Sabes cuántas veces me ha pasado algo así antes? ¿No? Te lo digo: *ninguna*. —Ladeó la cabeza y la miró con dulzura—. Por favor, Chris… Di algo.

—¿Quieres que te diga algo?

—¡Aleluya! Sí, por favor, por favor, por favor…

—De acuerdo, tú lo has querido… ¿Se te han olvidado las normas de protocolo o qué?

Él la miró interrogante. Sacudió la cabeza ligeramente dando a entender que no sabía a lo que se estaba refiriendo.

Chris soltó una risita irónica. Se señaló a sí misma y luego lo señaló a él.

—¿No notas nada raro?

Ken se empezó a reír. Sí, se había dado cuenta de que ella llevaba ropa de cama. Como para no darse cuenta. Su pijama de Spiderman, negro y rojo, pretendía ser inofensivo. Probablemente, lo fuera para el resto del mundo, pero no para él. Porque nada era inofensivo en una mujer como ella. Se ceñía a sus curvas lo bastante para sugerir lo que había debajo. Y la clave aquí era «sugerir». Él, que era muy bueno cazando las cosas al vuelo cuando se trataba de Chris, lo primero que había «cazado» era que no llevaba sostén. Y se las había visto y se las había deseado para disimular el latigazo de deseo que lo había recorrido entero. Y como si eso no fuera lo bastante estimulante, ella, además, se había deshecho el moño. Su pelo castaño rojizo caía en mechones ondulados sobre los hombros. Una auténtica preciosidad por donde la mirara.

—Imagino que para ti esto es un error garrafal —concedió Ken—, pero si supieras lo que he pensado cuando has abierto la puerta…

Su mente había disparado un «Diossss, estás buenísima» que el ser galante que vivía en su interior se había apresurado a matizar con un «eres una mujer preciosa» que sonaba mucho mejor.

Ella se rio. Sacudió la cabeza.

—Claro, cómo no. Tú eres Ken Bryan. No tienes nada que ver con los demás ejemplares macho de la especie porque *tú no eres así* —dijo, todo ironía, entrecomillando la frase—. Seguro que te encantaría que me presentara en tu casa hecha un pincel y te encontrara con barba de una semana, pantalón pijama a rayas y esa camiseta llena de rotos que llevas meses diciendo que vas a tirar, pero como es tan cómoda…

Los dos rieron. En aquel momento, Ken bajó la cabeza un momento. A Chris le pareció que miraba al suelo enmoquetado de la habitación y miró a su vez. Entonces, él volvió a alzar la vista y sus miradas se encontraron.

Chris tragó saliva. Incapaz de apartar sus ojos y, a la vez, consciente de que debía hacerlo antes que… ¿Antes de *qué*?

Él dio un paso al frente y luego otro más sin dejar de mirarla. Entró despacio, con mucha suavidad, y cerró la puerta tras de sí. Se acercó a ella que tan solo continuó mirándolo, incapaz de moverse o decir nada. Incapaz de liberarse de ese hechizo bestial que los mantenía atados sin necesidad de cadenas desde hacía un mes y medio.

—No veo lo mismo que tú ves, Chris —murmuró a un centímetro de su cara—. Y sí, me encantaría que te presentaras por sorpresa.

Ella inspiró profundamente, pero no soltó el aire. Lo contuvo. Hacía siglos de la última vez que la habían besado y eso era lo que estaba a punto de suceder. Por no mencionar que nunca la había besado alguien que le importara de verdad.

Él apenas sonrió al darse cuenta de que ella contenía el aliento.

—Respira. Llevo semanas soñando con esto… Por favor, no te me mueras ahora…

La voz de Ken, en el nivel de los susurros, sonó al mismo tiempo que su mano libre se posó sobre la cintura de Chris.

Y al mismo tiempo que una intensa corriente de energía los recorrió enteros, haciéndolos vibrar de una forma sostenida, hipnótica.

Chris liberó el aliento e instintivamente se lamió el labio inferior.

—Esto… ¿Qué?

—*Esto* —susurró él.

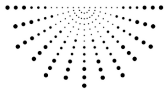
Sus labios se abrieron sobre los de Chris, que cerró los ojos rendida al aluvión de sensaciones que sentía. Primero fue un contacto suave, casi tímido. Como si le estuviera pidiendo permiso para continuar, algo que le acarició el corazón a la par que estimuló un deseo muy físico y muy real. Uno que llevaba años aletargado, dormido.

El contacto de sus lenguas fue la cerilla que encendió la mecha.

Chris le pasó los brazos alrededor del cuello y bebió de sus besos como si llevara media vida deambulando por el desierto, sin agua, sin víveres, sin nada… Lo que, en muchos sentidos, era así. Cuando fuera capaz de volver a pensar con claridad, comprendería que llevaba esperando, *necesitando,* ese momento toda su vida.

Ken, que lo había comprendido hacía semanas, simplemente se dejó llevar. La empujó suavemente con su cuerpo, haciéndola retroceder hacia el interior de la estancia y depositó sobre la mesa del salón la caja de pizza. Necesitaba libertad de movimientos porque lo más importante para él en esos momentos era demostrarle debidamente a esa mujer de la que ya estaba enamorado hasta el tuétano, que no existía otro lugar mejor para ella que ese; *entre sus brazos*.

CAPÍTULO 21



Chris se preguntó por qué era tan incómodo el minuto siguiente al primer beso. ¿Sería por eso, para evitarlo, la tentación de estirarlo eternamente?

—Vaya… —fue todo lo que ella pudo decir cuando sus miradas volvieron a encontrarse.

Ken sonrió suavemente, pero su mirada no permaneció sobre los ojos de Chris más que un instante. Enseguida, descendieron un palmo y se posaron sobre sus labios.

—¿«Vaya qué bien ha estado»… o «vaya qué incómodo es esto»? —le preguntó.

Mientras esperaba una respuesta hizo algo más; empezó a depositar besos cortos y ligeros sobre los labios femeninos que no se limitaban solo a ellos; su nariz, su barbilla y la comisura de su boca a veces tenían suerte y recibían algún regalo.

—¿A ti también te resulta un poco incómodo? —dijo Chris.

No supo cómo, ella logró apartarse. Lo hizo suavemente, pero solo para poder mirarlo mientras hablaban. Aunque le costara creerlo, la verdad era que se habría quedado allí mismo hasta el final de los tiempos. Los besos de Ken, la delicadeza con que la tocaba y la dulzura que emanaba de él tenían que ser curativas porque sentía que él le estaba sanando el alma. Devolviéndola a una vida plena, a un lugar vibrante y lleno de luz, de esperanza.

Él la acomodó mejor entre sus brazos, sosteniéndola asida por la cintura en un abrazo holgado.

—A riesgo de que vuelvas a pensar que soy un extraterrestre… Sí, es un pelín incómodo. Fabuloso… *Dios, fabulosísimo* —matizó—, pero también incómodo en el sentido de embarazoso… Piensas «¿le habrá gustado de verdad o está fingiendo para no herir mis sentimientos?, ¿seguirá creyendo que soy un tipo alucinante, ahora con más razones que antes?» —Su sonrisa pícara volvió a hacer acto de presencia—. ¿O pensará… «bah, chico, menuda desilusión. ¡Besas fatal!»?

Ambos rieron ante aquel inesperado despliegue de sinceridad por parte de él.

—¿Solo eso pensabas? —quiso saber Chris, igualando el récord de Ken en picardía.

—No, qué va… Pero son pensamientos que en cuanto intente ponerlos en palabras van a perder toda su magia.

Unas intensas ganas de comérselo a besos envolvieron a Chris, quien no por eso dejó de burlarse a su manera.

—¿Demasiado vulgares para un hombre *sensible* como Ken Bryan?

Él se inclinó y depositó un beso sobre su frente. Y Chris no pudo evitar pensar…

Pensaba en un millón de cosas. Porque sentía un millón de cosas. Cada vez que la tocaba, disparaba una miríada de sensaciones. Todas intensas. Todas increíbles. Pero cuando elegía

expresarse a través de gestos tan tiernos como ese beso cargado de dulzura en un lugar tan inofensivo, dadas las circunstancias como su frente… La ternura y la devoción implícita en cada uno de esos gestos pequeños, pero enormemente significativos de Ken, la dejaba grogui.

Y mucho más grogui la dejó su respuesta:

«Demasiado corrientes para una mujer extraordinaria como tú».

A NINGUNO DE los dos les había resultado fácil volver a la normalidad tras los primeros besos compartidos. Ken habría seguido besándola el resto de la noche, todas las noches y todos los días. Chris no se lo habría impedido; ese hechizo que los había mantenido en contacto desde que se habían visto por primera vez, se había hecho mucho más intenso después del primer beso.

Pero el cambio de tercio había sido inesperado para ella y su hermana podía aparecer en cualquier momento… En fin, que había razones de peso para no dejarse llevar.

Estaban despidiéndose en la puerta de la habitación.

—Lilly no tardará en llegar…

—Ya. Y no queremos que descubra que el día del mercadillo te consagraste como mejor actriz de reparto…

Intercambiaron miradas cómplices.

—Iba a decir que me gustaría que me contaras lo que pasó con Tom… Pero no sé por qué me da que la historia será larga y Lilly nos interrumpirá en lo mejor, tendremos que dejarlo y me estaré comiendo las uñas hasta que pueda conocer el final.

Ken buscó su mirada con expresión risueña. No solo quería que le contara lo de Tom.

—Así que… Si lo entiendo bien, que Lilly nos vea juntos no te preocupa y lo que pasó con Sandy tampoco. ¿Es así? —Sus ojos le comunicaron exactamente lo que sentían; unas ganas locas de besarla.

Chris sacudió la cabeza.

—Eres imposible, ¿lo sabías? A ver… Lilly es mucho más espontánea que yo. Si te ve aquí y se entera de lo nuestro…

—¿Va a flipar?

Ya estaban esos ojos de niño travieso calentándole el corazón otra vez.

—Muchísimo —admitió—. Así que, si no te parece mal, me gustaría decírselo con calma y, preferentemente, a solas.

Él asintió satisfecho.

—No hay problema.

—Vale. Y en cuanto a la señorita insistente… —Chris se cruzó de brazos y apeló al humor para intentar expresar lo que sentía—. No soporto a la gente pesada. Así que es justo advertirte que, si me cuentas lo que sucede… No sé, igual cuando la vea, decido usar mi bastón contra ella. ¿Quieres arriesgarte a que la corra a bastonazos? Si es tan importante para tu futuro profesional como dice Tom, será mejor que te lo pienses muy bien.

¿Pensárselo? ¡Pagaría por verlo! Ken se echó a reír ante la imagen que apareció en su cabeza. Chris, como era de esperar, también sucumbió a la risa.

Y como siempre que había risas entre ellos, cuando cesaban y eran aún un poco más conscientes de la increíble conexión que compartían, la necesidad de experimentarla a fondo se

entremezclaba con la ilusión y con el deseo, convirtiéndolos en una bomba de relojería.

Ambos suspiraron conscientes de lo que sentían, pero fue él quien lo puso en palabras.

—Me doy por advertido… Pero ahora será mejor que me largue porque… Empiezo a tener tantas ganas de besarte otra vez que… —se apartó el pelo hacia atrás con ambas manos y volvió a suspirar—. ¿Quedamos a desayunar mañana en la cafetería que hay al lado del Myriad? ¿Te parece bien?

—Mejor en el puesto de café del parque. Así los peluditos pueden estar a su aire. Yo llevo los sándwiches… ¿O prefieres otra cosa?

Te prefiero a ti. Siempre te prefiero a ti.

Lo pensó, pero no lo dijo. Porque como se pusiera tierno y ella le devolviera la gentileza, no se iría de allí jamás.

—Sándwiches está bien. ¿A las nueve?

—A las nueve.

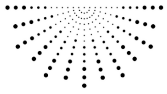
Ken asintió, volvió a suspirar, sacudió la cabeza incapaz de creer lo que estaba a punto de hacer…

Y lo hizo.

Tras dejarle una última caricia sobre la barbilla, dio media vuelta y se marchó.

Y Chris se quedó donde estaba, apoyada en el marco de la puerta, mirando el lugar por donde Ken acababa de irse, con el corazón latiendo a mil por hora y los ojos llenos de estrellas.

CAPÍTULO 22



Ken había ido sonriendo todo el viaje de regreso a su casa, sumergido en sus ensoñaciones de hombre que acababa de triunfar con la mujer en la que no había podido dejar de pensar desde hacía un mes y medio. Todavía sentía el sabor de sus besos en los labios, el calor de sus manos, de su cuerpo en la piel. Chris le había puesto los brazos alrededor del cuello y ahora que ya no lo estaba tocando, un suave cosquilleo por toda la zona seguía recordándole la locura que había sentido al tenerla cerca. La que seguía sintiendo.

Todo parecía tan diferente después del primer beso… Estaba en la misma ciudad, conduciendo el mismo coche, y con los mismos problemas que antes de presentarse por sorpresa en el aparthotel donde ella se hospedaba, pero ahora era como si estuviera viendo su propia vida a través de un prisma diferente, lleno de luces de colores y confeti. Ahora todo parecía posible, realizable. Sus problemas continuaban existiendo, pero ya no le pesaban tanto.

Exhaló un suspiro y expulsó el cd del reproductor. Ya estaba llegando a casa.

Tenía asuntos muy importantes que resolver; aclarar las cosas con Tom y pensar en cómo contener las consecuencias del huracán cuando se cumplieran las veinticuatro horas y él siguiera sin firmar el maldito contrato privado.

Pero eso sería mañana. Hacía una noche estupenda, se sentía pletórico, con muchas ganas de componer y sus planes inmediatos eran prepararse un café, coger la guitarra y sentarse en el porche en compañía de sus dos peludos.

Aparcó en la entrada de vehículo y se rio al oír el concierto de ladridos.

—Ya estoy aquí, ya estoy aquí… Vaya manera de ladrar, colegas… Menos mal que no hay otro ser humano en quinientos metros a la redonda, que si no —dijo en voz alta mientras iba hacia la puerta.

Otra voz le respondió:

—No es por contradecirte, pero aquí hay otro ser humano… Bueno, según tú soy una mala bestia, todo hay que decirlo.

Ken respiró hondo. Adiós al café en el porche. Volvió la cabeza en la dirección de donde provenía la voz.

—¿Y quién ha venido hoy, el humano o la mala bestia? Porque si es la mala bestia, ya puedes marcharte por donde has venido. Estoy genial y no quiero que lo estropees.

Tom se levantó del sillón de mimbre que ocupaba desde hacía veinte minutos y se dirigió hacia Ken.

—Debería estar en el *Red Carpet*, bailando lento con una morena que está como un tren y, en

vez de eso, estoy aquí. ¿Y sabes por qué?

—¿Porque la morena te ha dejado plantado? No se me ocurre otra razón para que hayas cambiado una de tus citas por mí —repuso con todo el retintín del mundo. Sabía que mentía, que Tom era un gran amigo, pero todavía seguía muy revuelto con él por lo sucedido esa tarde.

Tom exhaló un suspiro de hartazgo.

—Diles que se callen de una vez… Se me va a poner dolor de cabeza con tanto ladrido.

Ken hizo callar a sus perros no porque se lo hubiera pedido Tom, sino porque no le gustaba que los cachorros organizaran tanto escándalo.

En cuanto hubo silencio, Tom continuó:

—Te quiero, hermano, pero de verdad que muchas veces me superas… ¿Por qué no puedo tener contigo una conversación de tíos normal y corriente? ¿Por qué siempre tengo que ir de puntillas, eligiendo las palabras para no ofender tu sensibilidad?

Ken soltó una risa irónica.

—¿Te refieres a conversaciones normales y corrientes como la de esta tarde? Vamos a ver, Tom. Me soltaste a la cara que todas las mujeres son unas zorras, «incluida Cenicienta» y te quedaste tan ancho. Soy hijo de una mujer, sobrino de cuatro y primo de otra media docena y cada vez que dices burradas como esta, siento vergüenza ajena. Me parece un problema que pienses así, ¿pero que encima lo digas en voz alta como si fuera lo más normal del mundo? Lo tuyo es de psiquiatra, tío.

En cuanto abrió la puerta, los cachorros se pusieron de fiesta, saltándole encima y dando vueltas a su alrededor, ladrando sin parar.

—Vale, vale, calma… Yo también me alegro de veros, pero no hagáis tanto escándalo… Venga —dijo frotándoles la cabeza, primero a uno y luego al otro—, vamos a la cocina y os doy unas galletas.

Tom lo siguió al interior de la casa pensando que menos mal que en las cosas verdaderamente importantes de la vida, Ken y él se entendían perfectamente. Porque cada vez que le daba esa clase de discursos, quien le parecía que necesitaba urgentemente la ayuda de un psiquiatra era Ken.

—De eso nada. —Después de sentarse en una de las banquetas altas que había junto a la isla en la cocina, Tom hizo las aclaraciones oportunas—. Lo que dije es que todas quieren guerra. Que la quieren igual que la queremos nosotros. Y no hay nada de raro o criticable en eso. A mí me parece perfecto… Y siguiendo por el camino de la sinceridad, te diré que lo que a mí me parece un problema es lo que te traes entre manos con Cenicienta. Lo que sumado al problemón con pe mayúscula de Sandy empiezan a ser *demasiados* problemas.

Ken depositó un puñado de galletas para perros en los comederos de Noah y de River mientras pensaba en lo dicho por Tom. Lo último que le apetecía era hablarle de «lo que se traía entre manos con Chris». Dado que era su mánager aparte de su amigo y que necesitaría su ayuda para poder mantener una relación con ella al margen de los medios de comunicación, no le quedaba otra alternativa que hacerlo.

—Pues si para ti es un problema, que sepas que no es pasajero —se puso de pie y regresó a la isla, frente a Tom—. Estoy saliendo con ella.

—¿Ah, sí? ¿«Saliendo con ella»? —Tom se rio desafiante—. Qué serio. ¿Y desde cuándo?

Ken ignoró el tono burlón y también la voz en su cerebro que no había tardado ni un segundo en recordarle que haberla besado, no implicaba que estuvieran saliendo.

—Desde hace un rato —precisó. Al ver la mirada con segundas de Tom no pudo evitar

sonreír de puro gusto. Porque sí, era cierto, había besado esa boca preciosa y se sentía un ganador.

—Así que hoy has triunfado, tío… Toma ya. Tranquilo, no te preguntaré si también has mojado porque no quiero que me zurres.

Tom seguía burlándose. Ken lo conocía muy bien y sabía que esa era su forma de responder ante lo que le parecía una estupidez con demasiadas consecuencias importantes para su carrera profesional, de modo que no lo tomó de forma literal, pero se permitió incidir en lo evidente:

—Sí, por favor, no estropees el momento.

—En su lugar, te diré que me alegro por ti.

—Gracias.

—Pero, al mismo tiempo, diré que me parece una gran cagada.

—¿Porque se cargaría mi imagen de *macho alfa*? Nunca he dado ese perfil, tío. Y lo sabes mejor que bien.

Desde el principio, Tom se había mostrado partidario de alimentar lo que él llamaba la imagen del «macho alfa» entre sus seguidores, que eran mayoritariamente del sexo femenino. La de un hombre muy sexi, con la dosis justa de canalla, por supuesto heterosexual y (convenientemente) libre de compromisos sentimentales. A Ken le parecía una ridiculez y nunca se había preocupado de intentar siquiera parecerse a ese perfil. Era un músico, no un trozo de carne.

Tom soltó una risita irónica. Ese aire respetuoso, de chico bueno, que mostraba en el trato con el sexo femenino (que resultaba tan creíble porque así era Ken en realidad) contrastaba a las mil maravillas con los inventos de la prensa, siempre maquinando formas de endosarle un affaire prohibido o una vida secreta truculenta, creando al alfa perfecto en la mente de sus *fans*.

—Lo das mejor de lo que crees, Ken. Y sé muy bien que no te lo propones, pero bordas el papel, chaval. Lo bordas de verdad… No, no es por eso.

—¿Y entonces por qué es?

—¿De verdad no lo ves? ¿Quieres que lo diga en voz alta? Luego no me vengas con tus ñoñerías…

—Intenta no decir burradas.

—Vale. Lo intentaré, pero antes dime una cosa… De uno a diez, ¿qué nivel de… —Tom hizo una pausa. La palabra que le había venido rauda a la boca era «calentón», pero el horno no estaba para bollos y la ceja, ahora enarcada de su amigo al sospechar por qué había dejado de hablar, se lo estaba advirtiendo. Decidió cambiarla por otra neutra, inofensiva a los oídos del «chico bueno»—. ¿Qué nivel de interés tienes por ella?

—Quince.

—Guau. Ni te lo has pensado…

—No me hace falta.

De hecho, el nivel ya era diez la tarde que Chris y él habían vuelto a encontrarse en la terraza de aquel hotel en Times Square.

—Pues, por usar un lenguaje que no hiera tu sensibilidad, te diré que no va a ser un camino de rosas. Suponiendo que Chris sobreviva a los constantes rumores que te relacionan con una tía distinta cada semana sin que los celos acaben convirtiendo vuestras citas en una discusión permanente, todavía le quedará sobrevivir a que la prensa la despedace por su aspecto semana sí y otra también… —Al notar la dureza de la mirada de su amigo, lo dijo sin rodeos—: Mira, lo siento, tío. Te guste o no, es lo que hay. No vas a poder esconderla de la prensa…

—Ni quiero —lo interrumpió Ken. Ya había escuchado ese argumento antes, aquella misma tarde y de labios de la interesada. Y seguía sin ver las cosas de la misma manera. Ni él era esa clase de hombre que se escondía, ni ella una mujer que tuviera que «ser escondida». Todo lo contrario.

—Lo que yo pensaba… Y en cuanto la descubran, no la dejarán en paz. Y si aún y así sobrevive, cosa que dudo mucho, todavía le quedará vérselas con Sandy. No está donde está por ser la hija de papá. Puede que llegara con su ayuda, llevar ese apellido abre muchas puertas, pero si sigue en lo más alto después de tantos años es por ella. Es muy inteligente y muy hábil. Y si, a pesar de eso, cumple su amenaza, querrá decir que su obsesión por ti ha podido con ella. ¿Te haces una idea de lo que pasará cuando se entere de que Chris es *tu chica*? Me dan escalofríos solo de pensarlo, tío.

Ken respiró hondo y exhaló el aire en un suspiro. Lo de Sandy ya se había ido de madre y estaba a punto de explotarles en la cara a los dos. Dios. Odiaba tener que hablar de ella y su maldito contrato privado.

—¿Has cenado? —le preguntó.

—Vaya. ¿Tanto ha mejorado tu cabreo conmigo que me invitas a cenar?

—Es que tenemos que hablar, Tom. Y te vas a llevar un gran disgusto. Qué menos que invitarte a cenar.

El rostro de Tom perdió todo rastro de sonrisa. Se convirtió en tensión pura en un instante.

—Joder, qué miedo me das… ¿Qué has hecho, tío?

Ken hizo un gesto de disgusto y se dispuso a contarle a su amigo la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

—ALUCINANTE, ¿a que sí? —dijo Ken. Era plenamente consciente de que se había ruborizado al hablarle del contrato privado. Y no tenía nada que ver con su sensibilidad, como solía pensar Tom. Tampoco con sus ñoñerías. No era ningún santurrón. Pero la idea de que su sueño de triunfar en la música estuviera de alguna manera asociado a lo que con tanto lujo de detalle se describía en los apartados de ese contrato, lo indignaba y avergonzaba a partes iguales.

Tom emitió un silbido.

—Estamos en un lío muy gordo, tío… —Sabía que la mujer estaba bastante loca, pero ¿orquestar algo como eso? No se lo habría imaginado ni en sueños.

—No pienso tragar, Tom. Ni hablar. Ya me tenía harto con sus llamadas a cada rato y esa manía de presentarse sin avisar… Hasta aquí hemos llegado. No quiero tener nada más que ver con esta mujer. Estando ella por medio, las cosas no pueden acabar bien ni por casualidad. Y paso de dejarme la piel y la ilusión intentando sacar adelante una carrera que esa loca de mierda puede hundir con un simple chasquido de sus dedos cuando le dé la puta gana… Además, si algo de esto se hiciera público…

Ken se levantó de la mesa y fue hasta la nevera a por una botella de agua mineral. Bebió a morro dando grandes tragos. No quería imaginar lo que sucedería si esos cinco folios se hacían públicos. ¿Cómo se lo explicaría a su padre…? ¿Qué le diría a Chris?

Tom era consciente de que la indignación de su amigo le hacía hablar sin pensar. Pero, en su opinión, empezaba a desvariar.

—A ver —aclaró—, a Sandy tampoco le conviene que esto se sepa…

—¿Y cómo estás tan seguro? Esa mujer está como una puta cabra —lo interrumpió Ken.

—Y tú, pasado de vueltas —señaló Tom. Ya era raro que Ken elevara el tono de la voz, que además hubiera soltado tres improperios en los últimos cinco minutos, era una señal inequívoca de su nivel de desquiciamiento—. Cálmate, ¿quieres? A ver si te da un infarto y acabamos la noche en la UCI.

Ken regresó a su silla alta. Volvió a sentarse y se restregó la frente, nervioso.

—No pienso arriesgarme. Mañana he quedado con Chris y se lo diré yo mismo. Y otro tanto haré con mi padre. Será lo primero que le diga cuando vuelva a verlo en… —El plan original era hacerse una escapada al rancho a fin de mes. Pero todo estaba a punto de cambiar y no sabía siquiera lo que haría al día siguiente—. Bueno, da igual. Lo llamaré y después se lo contaré con más calma cuando vaya al rancho. Quiero que lo sepa por mí.

Tom iba a quejarse porque su amigo se preocupara tanto por su honorabilidad cuando lo que debería preocuparle de verdad era su futuro inmediato. ¿O quizás debería decir «inminente»? En cuestión de horas, cuando se cumpliera el plazo y Sandy rescindiera el acuerdo que lo había llevado de vuelta a Nashville, se caerían todas las actuaciones programadas por falta de promotor, todas las entrevistas promocionales. Todo. Y con ellas, unos ingresos vitales para tener alguna oportunidad de relanzar su carrera. Por no hablar de que las cancelaciones añadirían más manchas a un curriculum que había quedado bastante desprestigiado dos años y medio atrás, cuando Ken había tocado fondo y lo había abandonado todo para marcharse a Ohio, con su familia. Pero en el último minuto, decidió guardárselo. Ken no podía evitarlo, estaba impreso en su ADN; para los Bryan el honor y la dignidad eran palabras mayores. No le diría eso, pero algo que le hiciera poner los pies sobre la tierra, sí.

—¿Alguna idea de cómo conseguir que esta putada no nos hunda en la miseria a los dos? Mañana no tendrás casa y cuando esta tía cancele tu participación en todos los festivales country del país, habrás perdido la poca credibilidad que te quedaba. Ni Dios va a querer incluir tu nombre en un programa. ¿Se te ocurre alguna forma de evitar lo inevitable? Porque a mí no.

—Algo se nos ocurrirá —aseguró Ken—. No pienso quedarme de brazos cruzados mientras esta mujer intenta llevarse por delante todo lo que me ha costado años conseguir. Ni de coña. Si quiere guerra, la tendrá. Pero no será de la clase que ella quiere, eso te lo doy firmado.

La sorpresa de Tom ante el resurgir de una versión más combativa de Ken Bryan quedó patente en su rostro. Hacía años que había perdido de vista a esa versión de él y le alegraba enormemente volver a verla. No podía llegar en un momento mejor.

Entonces, sonó un móvil. Era el de Ken. Fue hasta la mesa del salón donde lo había dejado. Sonrió al ver el nombre que parpadeaba en la pantalla, atendió mientras regresaba junto a Tom.

—Esto sí que es una sorpresa. De las geniales. Pensaba que tendría que esperar hasta mañana para tener un poquito más de ti…

El tono meloso provocó que Tom hiciera un gesto de asco que su amigo no llegó a ver, tan concentrado como estaba en su propia locura romántica. Pero entonces, vio que la expresión de Ken se transformaba.

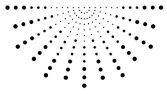
—Ay, Chris, por Dios… Tranquila, nena. Voy para allá ahora mismo. Lo que tarde en llegar. ¿Vale? Enseguida nos vemos.

Cuando cortó la llamada, Ken ya se había puesto en marcha.

—Me largo. Parece que al final sí que pasaré la noche en la UCI, pero no por mí… Es la hermana de Chris. Ha tenido un accidente y la han llevado al Nashville General.

Tom saltó de su silla alta.
—Joder, pobre chica… Voy contigo, tío.

CAPÍTULO 23



A Ken se le encogió el estómago al ver a Chris. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta, despejando totalmente su rostro que era de una palidez superlativa. Vestía jeans, zapatillas y un jersey negro. Era como si la noticia la hubiera sacado de la cama y se hubiera puesto lo primero que había encontrado. Hablaba por el móvil, con la espalda apoyada contra la pared de la inmensa sala de espera llena de otras personas a la espera de noticias sobre su familiar. Parecía un pajarito indefenso. El bastón también estaba apoyado contra la pared, a su lado

Ken avanzó abriéndose paso entre la gente hasta ella que no lo vio hasta que estuvo a un metro. Entonces, Chris extendió su mano hasta la de él y la apretó brevemente en un gesto de agradecimiento. Continuó hablando por el móvil.

—No, aún estoy *desesperando* en esta sala del hospital… Me han dicho poco y nada. El otro conductor se saltó el semáforo en rojo y embistió de lleno al taxi a la altura de la puerta del pasajero, donde iba Lilly… No sé más. Solo que la han traído aquí y que la están atendiendo… En cuanto sepa algo más, le avisaré… Por supuesto, retomaré la agenda del curso en cuanto… —Chris asintió con la cabeza, esbozó una ligera sonrisa—. Gracias, April. Se lo agradezco infinitamente… —Otra pausa después de la cual Chris se despidió—: Por favor, no hace falta que venga. La mantendré informada, quédese tranquila. Y gracias de nuevo.

Tras cortar la comunicación y guardar el móvil en el bolsillo de sus vaqueros, Chris alzó la vista hasta Ken.

—Gracias por venir… —desvió su mirada hacia su amigo—: Hola, gracias a ti también…

—Faltaría más… —repuso Tom—. Siento mucho el disgusto… Ojalá que no sea nada.

Ken no tenía nada claro cómo proceder. Lo que deseaba era lo que deseaba siempre que estaba junto a Chris, pero no tenía del todo claro que ella deseara lo mismo. Aún burbujeaba la parte de su mano que ella había tocado. Pero el contacto había durado un suspiro. Ella había retirado su mano de inmediato y no estaba seguro de qué lectura debía darle a eso. Decidió ir despacio.

—Hola, Chris… —Ella le ofreció una sonrisa triste y a él lo invadieron tales ganas de abrazarla fuerte, que dijo lo primero que le vino a la mente—. Me parece que me voy a quejar al ayuntamiento… Esta no es forma de recibir a una canadiense en la Ciudad de la Música…

—Seguro que no fue su intención… —murmuró ella, coronando sus palabras con un gesto de quitarle importancia.

Ken vio entonces que sus ojos estaban acuosos y darse cuenta de eso, le llegó al alma. Estaban enrojecidos, señal de que había estado llorando largo y tendido.

A la mierda la cautela.

Cogió la mano de Chris y la retuvo entre las suyas, apretándola con suavidad. Le alivió que ella no la retirara ni hiciera el menor gesto de incomodidad. De hecho, lo animó a ignorar la mirada de advertencia de su amigo y a concentrarse en la razón por la que estaba allí; acompañar a Chris y hacer que se sintiera lo más arropada posible.

—¿Llegaste tú primero o Lilly ya estaba aquí?

Ella se encogió de hombros.

—Creo que ya estaba aquí, pero no lo sé seguro… Cada vez que intento obtener alguna clase de información, me devuelven a la sala de espera con la misma frase: «la estamos atendiendo. En cuanto sepamos algo, se lo diremos».

—¿Pero tú has venido por ti misma?

Chris negó con la cabeza.

—Un agente de policía se presentó en el hotel. Esperó en la recepción mientras me cambiaba de ropa y me trajo hasta aquí. Por cierto, tampoco me dijo nada. Es como si todos tuvieran el mismo guion y se lo supieran de memoria… —Fue mitad una queja, mitad un lamento que a Ken le hizo sonreír—. Debe haber pasado más de una hora ya… ¿Cómo puede ser que me sigan diciendo lo mismo? Es desesperante.

—Voy a buscar café, ¿quién se apunta? —intervino Tom.

—Los dos —repuso Ken—. ¿Tienes suficientes monedas?

Tom ni siquiera se tomó la molestia de verificarlo. Por lo visto, a Romeo le daba igual que al día siguiente su foto «sosteniendo la mano de una señorita en las urgencias del Nashville General» ocupara todas las portadas de la prensa, abriendo la veda a dos semanas de rumores sobre quién era ella y cuánto hacía que estaban juntos y de cuánto estaba embarazada o, peor aún, cuántos hijos tenían en común, etcétera, etcétera. Con la que estaba a punto de venírseles encima cuando las veinticuatro horas de plazo se cumplieran, lo último que les faltaba era echar más leña al fuego. Y estaba dispuesto a recurrir a cuantas tretas se le ocurrieran para evitarlo. De última, si tenía que llamarlo al orden usando todas las palabras, lo haría. Estuviera Chris delante o no.

—No. Mira tú si tienes… Casi mejor, ven conmigo… El café de máquina sale tan caliente que no podré traer los tres… —y no le dio ocasión a Ken de negarse, le pasó un abrazo por los hombros y tiró de él con decisión.

—Enseguida volvemos, no te vayas, ¿eh?… —le dijo Ken a Chris, haciéndole un guiño al que ella respondió con una leve sonrisa. Y en cuanto se hubieron alejado unos cuantos pasos, le arregló las cuentas a Tom mientras se dirigían a la máquina expendedora de cafés—: No vuelvas a hacer algo así.

—Así cómo, ¿evitar que mañana Chris tenga a una nube de *paparazzi* machacándola a preguntas y siguiéndola dondequiera que vaya? Piensa antes de hacer las cosas. Cuando ya están hechas, tienen difícil arreglo.

—Sí, seguro que esto lo haces por ella… —Su mirada iracunda se posó sobre Tom—. ¿Me tomas por imbécil?

—Bueno… Un poco imbécil sí que estás desde hace un mes y medio, pero no lo estoy haciendo solo por Chris. La cosa ya está bastante jodida tal y como está. No te conviene empeorarla mostrándote tierno en público con ella. Espera a que no haya un centenar de ojos pendiente de lo que haces, ¿quieres? Haz el favor, hombre.

—¿Pero tú crees que alguien aquí está pendiente de lo que yo hago o dejo de hacer? Esto es

Urgencias, tío. La angustia se puede palpar en el ambiente. Seguro que la mayoría ni siquiera se ha percatado de que estoy aquí…

Tom exhaló un suspiro.

—¿Sabías que los hospitales y los aeropuertos son puntos de vigilancia habituales de los *paparazzi*? ¿No? Pues ahora ya lo sabes.

—*Aj*, tío… No seas tan paranoico… Esto es Nashville. Aquí la gente deja en paz a sus vecinos famosos…

—Los *paparazzi* no son «vecinos», Ken. ¿Llevas años en este negocio y todavía no lo has aprendido?

Ken se limitó a sacudir la cabeza. Desde el principio se había negado a vivir supeditado al qué dirán y a los dictados de los medios de comunicación. No tenía ninguna intención de empezar a hacerlo ahora.

Al llegar a la máquina expendedora, tuvieron que esperar que las dos personas que estaban antes sacaran sus bebidas. Cuando al fin les llegó el turno, Tom volvió a hablar.

—Mira, ya paso de meterme con la elección que has hecho…

—¿Ah, sí?

—Me parece una mujer divertida y muy inteligente. Es buena gente —concedió—. Y como digo, paso de intentar convencerte de por qué creo que ella no te conviene. Pero no voy a dejar de insistir en que uses la cabeza, Ken. Las consecuencias para todos los implicados, y eso me incluye a mí, pueden ser muy jodidas, así que lo menos que espero de ti es que lo que hagas, lo hagas con cabeza. ¿Estamos?

—No voy a esconderme.

—Deberías. Al menos, durante un tiempo. Pero si eso es mucho pedir, ¿podrías, como mínimo, dejar las manos quietas hasta que estéis a solas?

Ken no pudo evitarlo.

—¿Las manos quietas? —se rio bajito—. Qué fuerte, tío. Ni mi padre me decía esas cosas cuando era un crío…

En medio de su disgusto, Tom tuvo que reconocer que lo dicho no sonaba nada a él. También se rio.

—Ha sonado muy ñoño, ¿a que sÍ? Esto me pasa por juntarme contigo… ¡Al final se me contagia la ñoñería! —Cogió dos de los vasos ya servidos de café de la parte superior de la máquina donde los había posado—. Venga, volvamos con Chris antes de que me queme los dedos.

Una hora y un café más tarde…

—MÁRCHATE. Estaré bien —dijo Chris—. Mañana… bueno, hoy, tienes una actuación y no puedes aparecer hecho un desastre ante tus fans… Llevan casi tres años esperando tu regreso y tienes que darles la mejor versión de ti, ¿no crees?

Las tres primeras palabras habían sonado serias. Las siguientes… Con sus modos dulces de siempre, se estaba burlando de él.

Ken sonrió y la miró. Tras cerca de una hora de pie, dos sillas contiguas se habían liberado y mientras Tom hacía su papel de carabina apoyado contra una pared próxima, Chris y él habían conseguido sentarse. No habían conversado mucho. Ella estaba nerviosa, no dejaba de mirar la puerta por donde aparecía la enfermera a ofrecer información a los familiares que esperaban allí, y le costaba concentrarse en otra cosa.

—Vaya, es la frase más larga que has dicho desde que he llegado y me encanta, pero… Dime la verdad, ¿esta es tu manera gentil de pedirme que deje de incordiarte y me vaya a dormir?

Chris inspiró profundamente y soltó el aire en un suspiro.

—Sí y no. Me pesa tenerte toda la noche en vela… Pero, al mismo tiempo, me gusta que estés aquí —lo miró suavemente—. Es un gesto muy bonito por tu parte. Un gesto que no olvidaré.

—Guauuuu… —repuso él, travieso. Enseguida buscó su mirada y su tono cambió—: Actúo a las nueve de la noche, tengo tiempo de sobra para descansar. En todo caso, estoy acostumbrado. No se descansa mucho en las giras. Además, sabiendo que te gusta que esté aquí y que piensas que es un «gesto muy bonito que no olvidarás» —dijo entrecomillando las palabras tras volver a su tono travieso de antes—: tengo más razones para quedarme, ¿no crees?

—Gracias, Ken. Aprecio mucho esto, de verdad —exhaló un suspiro—. Pero como no venga un médico y me diga algo sobre Lilly, vas a conocer una faceta muy distinta de mí… La que reservo para la gente *que me saca de quicio*. *Diossss*…

Ken palmeó la mano de Chris con suavidad.

—Permíteme que vaya a preguntar…

Era la tercera vez que se lo ofrecía y sería la tercera vez que obtendría una negativa por su parte. Él no se refería a preguntar sin más, sino a echar mano del interés que despertaba en la gente, especialmente si eran mujeres, para conseguir lo que se proponía. Y la respuesta era no por dos razones; en primer lugar, Chris quería información de primera mano, que viniera de un médico, le explicara en qué estado estaba Lilly y respondiera a todas sus preguntas. Quería información de alguien que estuviera tratando a su hermana, no de alguien que hablaba de oídas. En segundo lugar, no quería exponer a Ken. En cuanto se presentara en la mesa de información, se sabría que Ken Bryan estaba en el hospital y el dato correría como reguero de pólvora.

—Gracias, pero no… *Por tercera vez* —y en su mirada brilló, como si de un cartel de neón se tratara, la pregunta «¿recuerdas que te dije que no me gusta la gente pesada?».

Ken sonrió y mostró sus manos en señal de rendición.

En aquel momento, el móvil de Chris volvió a sonar y ella atendió de inmediato.

—Hola, Jamie… Aún no sé nada…

Ken prestó especial atención. Su móvil había sonado varias veces desde que él había llegado, siempre eran llamadas interesándose por Lilly; compañeras ponentes del curso que Chris estaba dando en la OADASV, la señora Sommerfield, directora de la organización, un par de alumnas del curso que se habían enterado del incidente porque se alojaban en el mismo hotel que las ponentes. Su tía Dottie… Pero esto de ahora era decididamente algo nuevo. El tono de voz de Chris había sonado inusitadamente suave, como si estuviera hablando con alguien querido. Pero ella nunca se lo había mencionado, así que… ¿Quién era Jamie?

—No lo sé… La siguen atendiendo. He preguntado mil veces y siempre me dicen lo mismo… En cuanto sepa algo, te aviso…

«¿Familia de Lillian Thompson?», dijo un médico en alto desde la puerta que comunicaba la sala de espera con el interior del hospital.

—Te dejo, Jamie, es el médico.

Chris saltó del asiento y fue hacia la puerta de dos hojas con su cojera ágil habitual. Ken y Tom la siguieron.

—Soy yo. Soy Chris Thompson, su hermana. ¿Cómo está Lilly?

El hombre, de unos cuarenta años, era de complexión fuerte y sus rasgos denotaban su ascendencia hindú.

—Hola. Soy el doctor Anand. La paciente está estable. —El suspiro de alivio de Chris fue tal que el médico esbozó una ligera sonrisa—. El impacto le dio de lleno y tiene lesiones y contusiones en el lado derecho del cuerpo. Dislocación del hombro, fractura conminuta del radio distal —el médico se usaba a sí mismo como modelo para ir señalando las distintas lesiones—, dos costillas fisuradas y un traumatismo en la cabeza por el que vamos a mantenerla en observación durante cuarenta y ocho horas. Le hemos hecho varias pruebas. Algunas hemos tenido que repetirlas y estamos a la espera de los resultados. Teniendo en cuenta que el vehículo en el que iba su hermana acabó chocando contra una pared, podría haber salido mucho peor parada…

—No lo sabía —dijo Chris con un hilo de voz.

—Mejor, de otra forma la espera habría sido mucho peor… Hay que esperar a los resultados de las pruebas, pero por el momento su hermana está estable. Podrá verla en un rato. Espere aquí. Le avisaremos, ¿de acuerdo?

Chris asintió con la cabeza.

—Sí, claro. Muchas gracias, doctor.

Pero en cuanto el hombre se alejó por el corredor y Chris se volvió hacia Ken, no dijo nada. Apoyó la frente contra el pecho masculino y volvió a suspirar como si acabara de llegar a casa después de meses deambulando por lugares inhóspitos. Él la rodeó con sus brazos, afectado y a la vez sorprendido por una reacción que no esperaba.

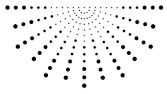
—Lilly está bien —murmuró Ken—. En el lenguaje enrevesado de estos tipos, estar estable significa eso… Yo me hice cosas peores con mi bici…

Tom fue el que puso la clave de humor al momento. No lo hizo con esa intención, Ken lo sabía muy bien, pero acabó saliéndole redondo.

—Odio los hospitales, ¿os lo había dicho? Pero Lilly está estable, así que ¡celebrémoslo como Dios manda!

Y con esas, rodeó a Chris y a Ken con sus largos brazos, y los tres se fundieron en un abrazo.

CAPÍTULO 24



Volver a ver a Lilly había sido un *shock* y un alivio al mismo tiempo para Chris. Comprobar que seguía respirando le había devuelto la vida en el mismo momento que el médico había pronunciado las palabras «está estable». Confirmarlo casi una hora después, la había llenado de un profundo sentimiento de agradecimiento.

Pero verla tendida en aquella cama, con la cara tan amoratada que costaba reconocerla, llena de vendas y cables, había sido decididamente un shock. La angustia le había cerrado la garganta y cada minuto de los quince que le habían permitido estar junto a Lilly, los había pasado llorando en silencio mientras le acariciaba con dos dedos la única porción de su brazo derecho libre de vendas y heridas.

Dormía, aunque no era un sueño tranquilo. A veces, su mejilla o su frente se contraía y más tarde, al preguntarlo, se enteraría de que eran movimientos involuntarios provocados por el dolor. Chris pensó que la brecha que Lilly se había hecho en la cabeza, justificaría por sí sola buena parte de sus padecimientos. Era de gran tamaño. O quizás fuera el vendaje que lo hacía parecer todo más grande y aparatoso. Habían rasurado una parte de su precioso cabello, una franja ancha que comenzaba en la frente y se extendía hasta más de la mitad de la coronilla. Los mechones de pelo que sobresalían del vendaje estaban apelmazados formando pegotes de pelo unidos por sangre seca. Lo que sumado a la hinchazón de la mitad superior de la cara de Lilly…

Chris exhaló un suspiro. Tenía el estómago revuelto por el miedo que aún tenía en el cuerpo y que no mostraba visos de dejarla en paz. Se había llevado un susto de muerte. Y verla estable solo había resuelto su anhelo más inmediato, pero hasta que no tuviera los resultados de los análisis y comprobara que todo estaba en orden, seguiría teniendo el corazón en un puño.

La puerta de la habitación se abrió y Chris se volvió. Era la enfermera avisándole que los quince minutos habían pasado. Asintió y después de depositar un ligero beso sobre la mejilla de su hermana, abandonó la habitación. Le costaba andar, su rodilla mala se estaba quejando mucho. Era consecuencia de la falta de descanso. Desde la lesión, las horas de sueño nocturno eran fundamentales para que su rodilla aguantara la actividad de un día normal. Y aquel estaba siendo de todo, menos normal.

—Puede quedarse en la sala de espera o puede irse a casa a cambiarse, si lo desea —oyó que la enfermera le decía—. Le sugiero que se marche. Aquí no puede hacer nada y le vendrá bien descansar un rato. Quédese tranquila que le avisaremos si se produce algún cambio.

—Gracias —repuso Chris.

Pero no hizo ni lo uno ni lo otro.

Durante unos instantes se quedó viendo cómo la mujer regordeta de piel negra se alejaba por el corredor. Miraba sin ver. Era como si sus funciones cerebrales se hubieran ralentizado, como si todo sucediera a cámara lenta.

Una voz, a su espalda, la devolvió a la realidad.

—Eh, preciosa, ¿qué haces de pie en mitad del pasillo? ¿Estás bien?

Chris se volvió. Eran Ken y su sonrisa imposible. Y aquella voz dulce que la acariciaba de la cabeza a los pies sin necesidad de tocarla.

—¿Y qué haces tú en esta planta donde solo pueden entrar los familiares? —A Chris no se le escapó que, por lo visto, sus funciones cerebrales habían vuelto a funcionar a pleno. ¿Sería por efecto de aquella dulzura implícita en su voz? ¿O la responsable de semejante éxito sería esa sonrisa que quitaba el hipo?

Él ladeó la cabeza y su dulzura volvió a traspasarla, pero no respondió a su pregunta.

No hacía falta que lo hiciera. Chris tenía muy claro que había usado su *sexappeal* de estrella para saltarse todos los controles. Otra vez.

—Deberías marcharte —le dijo con suavidad pero con firmeza.

—¿Cómo está Lilly?

¿Acaso no la había oído? Chris exhaló un suspiro.

—Estable —repuso con un punto de ironía y continuó—: Impresiona verla con tantas vendas y tantos cables. Tiene la cara así —dijo mostrando con sus manos un nivel de hinchazón tan exagerado que Ken sonrió—. Repito, deberías marcharte.

Ken volvió a ignorar su petición.

—Eso serían como tres caras en una, ¿estás segura de que no es el susto lo que te ha hecho verla tan grande?

Chris sacudió la cabeza. Esbozó una ligera sonrisa.

—Quizás, sí. Sigo muerta de miedo, lo reconozco. Pero también es cierto que su cara está muy hinchada. Tiene un aspecto horrible y eso que Lilly es preciosa… Se me encoge el corazón de pensar en el dolor que habrá sentido… En el miedo que habrá pasado al darse cuenta de…

Ken la silenció poniéndole un dedo sobre los labios.

—Shhh… Eso ya pasó. Lilly está aquí y se va a recuperar. El miedo que sientes también pasará… Pero ayudaría que pusieras de tu parte… Llevas horas aquí, Chris, aguantando a base de café. ¿Por qué no te llevo al hotel y te acuestas un rato?

Esta vez fue Chris quien ladeó la cabeza y lo miró.

—Quiero pensar que lo tuyo es una sordera selectiva porque algunas cosas las oyes y otras no… Pero repito: deberías marcharte.

Ken no se cortó. Le bastaba con tener un Tom en su vida recordándole a cada rato lo que le convenía y no le convenía hacer. De Chris esperaba otra cosa. Quería otra cosa. Para empezar, que se sintiera protegida y segura en un momento tan bajo. Y para seguir, que se sintiera halagada de que él escogiera estar allí, con ella, cuando podía estar en cualquier otra parte, y lo aceptara de buen grado.

—¿No me quieres aquí?

—Eso no es justo.

—Lo que no es justo, es que lleve un mes y medio perdiendo el culo por poder verte y estar contigo, y ahora que lo he conseguido y a ti te ha pasado esta desgracia y estás hecha polvo, me pidas que me marche y te deje a tu suerte.

Ken la tomó por los antebrazos, mirándola directamente.

—No quiero irme, Chris. Me da igual si voy a actuar sin dormir, no será la primera vez que lo haga. Me da igual que la gente hable. *Me da igual que la prensa me relacione contigo.* Porque *estoy contigo* y es exactamente donde quiero estar. —Hizo una pausa, tras la cual disparó a matar —: Ahora dime y, por favor, sé sincera; ¿estamos en la misma página o no?

Lo estaban. Definitivamente, lo estaban. Para mal o para bien, él había conseguido colarse en los pensamientos de Chris y, desde que se habían besado por primera vez, también en su piel. De alguna forma que no lograba entender y que al mismo tiempo no acababa de creer, Chris ya no podía imaginar sus días sin Ken. Su vida sin él. Y era una locura que sintiera de esa forma hacia alguien con quien apenas había pasado unas cuantas horas. ¿Qué eran unas horas frente a los años de historias compartidas que tenía con el resto de las personas importantes de su vida; con Jamie, con tía Dottie, con sus compañeros de ayuda humanitaria? Unas horas no eran nada. Y, sin embargo, de alguna forma, eran el principio de todo. De «todo» con mayúsculas.

—No voy a ir al hotel. Cuando estoy tan preocupada no puedo dormir.

El rostro de Ken se relajó en una sonrisa tierna.

—Bien. ¿Y qué tal si bajamos a la cafetería y pides un buen plato de comida? ¿Qué tal unos espaguetis?

—¿Espaguetis de hospital? —Chris frunció la nariz.

—Vaaaale… Algo con más posibilidades de que sea comestible… ¿Un sándwich vegetal y algo dulce de postre?

—Eso podría ser, sí. Me vendrá bien meter combustible para que mi sistema produzca energía. Estoy bajo mínimos.

Él le tendió su mano con una sonrisa triunfal.

—Perfecto. Entonces, vamos a por ese sándwich.

Chris miró su mano extendida, luego a él y al fin negó con la cabeza.

—Ni hablar.

—Vaaaale —repuso él riéndose bajito al tiempo que le cedía galantemente el paso—. Tenía que intentarlo.

NO HABÍAN SIDO dos a desayunar en la cafetería, sino tres. Acababan de acomodarse en una mesa libre, cuando Tom tomó la palabra.

—Yo me quedo aquí con Chris. Tú ve a pedir las consumiciones a la barra —le dijo a Ken—. Y cuando vuelvas, los tres nos dedicaremos a desayunar mientras conversamos como los buenos amigos que somos. Nada de hacer manitas. Ni sobre la mesa, ni debajo de ella. Nada de miraditas ni de gestos tiernos. Y lo digo muy en serio —los miró a los dos—. ¿Estamos?

—No empieces con tus paranoias —se quejó Ken—. Tío, de verdad, ¿por qué no te vas a casa? Ya es difícil lidiar contigo cuando estás descansado. Si no duermes, eres intratable. No quisiera acabar el día teniendo que plantearme buscar un nuevo mánager…

Tom sacudió la cabeza. Tenía gracia que removiera cielo y tierra para evitar que se supieran sus deslices, para proteger su imagen, incluso cubriéndole las espaldas cuando Ken la cagaba en toda regla, y él se lo agradeciera, amenazándolo con sustituirlo. Aunque lo dijera por decir.

—Sí, mejor que no. Lo que acabarás teniendo que buscar es otro promotor. Un promotor y un mánager al mismo tiempo sería demasiado.

Chris alzó la vista de su móvil justo cuando las mejillas de Ken se teñían de rojo y le decía a Tom un «ahora no» que había sonado como una ráfaga de metralleta, a lo que él respondió:

—¿En serio? ¿Y cuándo será «ahora sí»? Porque el plazo vence hoy.

Que Ken fulminara a Tom con la mirada y este, en vez de acobardarse, le plantara cara, hizo que Chris se preguntara qué estaba sucediendo. Recordó que aquella noche, antes de lo de Lilly, Ken le había dicho que la razón de presentarse en su aparthotel era que ella lo calmaba y él lo necesitaba porque había tenido una discusión muy fea con Tom y después de eso, al llegar a casa, Sandy lo estaba esperando. Una cosa había llevado a la otra y esta a un beso, que los había sacado del mundo real durante un buen rato. Al final, no habían hablado más del asunto. Pero ahora…

—¿A qué plazo te refieres? —quiso saber Chris. Miró a los dos hombres alternativamente.

Ken respiró hondo. Le dedicó a Tom una mirada furibunda y al final posó sus ojos sobre Chris:

—Quiero que metas algo en tu sistema. Lo necesitas. Así que ahora voy a pedir las consumiciones. Cuando vuelva, hablaremos del tema, ¿te parece bien?

Chris permaneció mirándolo unos instantes, considerando su oferta. Mientras intentaba asociar sus palabras con el intenso brillo en sus ojos. ¿Brillo de culpabilidad o tan solo de disgusto? No estaba segura. En todo caso, esperaba que al regresar a la mesa, Ken no se inventara alguna excusa para evitar el tema. Porque la frase de Tom había despertado su interés. Más que eso; le preocupaba.

—Muy bien. Aquí te espero.

Ken asintió con la cabeza a modo de agradecimiento y miró a Tom.

—Mantén tu boca cerrada hasta que yo vuelva, ¿estamos?

—Estamos —concedió él.

Sin embargo, a Ken le tomó un buen rato regresar a la mesa. A diferencia de lo que él creía que sucedía en Urgencias, en la cafetería no se palpaba angustia alguna, sino una mezcla de resignación mezclada con la actividad propia de un lugar abierto las veinticuatro horas atendiendo familiares de pacientes, médicos, enfermeras y demás personal sanitario. La primera en reconocer a Ken fue una de las empleadas que atendían la barra. Cinco minutos más tarde, estaba rodeado de una veintena de personas de ambos sexos que, lejos de agobiarlo con peticiones de selfis o de autógrafos, se interesaban por su razón de estar allí y aprovechaban la ocasión para felicitarlo por sus últimas actuaciones y animarlo a continuar. Estaban encantados de su regreso a Nashville y para él siempre era una experiencia inspiradora descubrir el gran interés de la gente por él y por su música.

Al regresar a la mesa, llevaba una sonrisa satisfecha en los labios y una bandeja cargada de otras muchas cosas aparte de las que había pedido. Eso también era habitual. La gente le agradecía los buenos momentos que les hacía pasar con su música de forma creativa y siempre generosa; chocolates, golosinas, dónuts, refrescos… Hasta una rosa había en la bandeja.

—Disculpa la tardanza… —dijo al tiempo que tomaba asiento frente a Chris.

Cuando extendió la mano para coger la rosa, Tom habló entre dientes:

—Como se te ocurra dársela, te zurro aquí mismo. Así, cuando te noquee, los camilleros no tendrán más que soltarte en Urgencias para que un médico te recoloque los huesos.

Chris bajó la vista en un intento infructuoso de ocultar su sonrisa.

Ken soltó el aire por la nariz y dirigió su mano al platillo con el sándwich, que depositó frente a Chris. Hizo lo mismo con la tostada de Tom y finalmente cogió su porción de pizza y le

dio un bocado en un intento de darle a su boca algo que hacer. Si decía en alto lo que estaba pensando, se sonrojarían hasta las paredes.

Poco después, la conversación se reanudó y tal como había prometido, Ken respondió a la pregunta de Chris. Y por eso de que lo bueno, si breve, dos veces bueno, lo hizo con una única frase que esperaba que fuera la última.

—Es muy probable que Sandy rescinda el contrato y me quede sin promotora musical.

—¿Y por qué haría algo así? Está claro que tu regreso está teniendo una buenísima acogida, ¿no? —Chris señaló con la mirada la barra y algunas mesas desde donde sus ocupantes continuaban atentos a él.

Los amigos intercambiaron miradas. Ken volvió a soltar el aire por la nariz.

—Quiere cosas que yo no estoy dispuesto a darle —se limitó a decir. Mantuvo un aire digno, aunque por dentro la rabia y la vergüenza se removían cual león enjaulado.

Chris dejó el sándwich sobre su plato y se limpió las manos con una servilleta de papel mientras consideraba lo que estaba sucediendo. La cara de Tom era un poema. De hecho, era de los dos el que más claramente daba a entender que Ken no estaba hablando de cosas relacionadas con la música. Y si no hablaban de música, ¿de qué hablaban? La respuesta le resultó obvia e incómoda a la vez.

—Oh, vaya —fue todo lo que dijo.

Ken se puso rojo y miró a otra parte deseando que la tierra se abriera en ese preciso instante y lo tragara para no tener que seguir presenciando cómo la única mujer en la que no conseguía dejar de pensar cada minuto del día, hacía toda clase de conjeturas sobre cómo él había llegado a lo más alto. O, peor aún, de qué recursos estaba echando mano para «relanzar su carrera».

—El problema es que su familia manda en esta ciudad, musicalmente hablando —intervino Tom—. Además, si Sandy retira sus apoyos, se caerán todas las actuaciones programadas.

Ken le dirigió a Tom una recriminación en toda regla.

—¿Qué parte de mantén la boca cerrada no entiendes? Chris ya tiene bastante con preocuparse por Lilly. Esto es otra cuestión. Ha hecho una pregunta y la he respondido, pero no voy a seguir con este tema. *Hoy no*. ¿Estamos?

—No. No estamos —repuso ella, dejándolos a ambos con la palabra en la boca—. Chris puede decidir ella solita de qué se preocupa y de qué no.

Tras una pausa presenciando lo cortados que Ken y Tom se habían quedado, continuó:

—Y sí, admito que quizás hoy no es el mejor de los días para pensar en esto, pero no por Lilly. Soy una máquina de idear. Descansada y con una buena taza de café, se me ocurren un millón de ideas geniales, pero… —se empujó el cabello hacia atrás con ambas manos a pesar de que no le molestaba en la cara porque estaba sujeto en una coleta alta—: Estoy molida y el café es malísimo…

Ken la acarició con la mirada a falta de poder hacer lo que se moría por hacer; estrecharla entre sus brazos y comérsela a besos. Esa mujer le inspiraba tanta locura y a la vez, tanta ternura, que cada vez le resultaba más difícil, por citar las palabras de su amigo, «dejar las manos quietas».

—No recuerdo un solo proyecto que saliera adelante solo gracias al dinero —continuó Chris —. Es necesario en la puesta en marcha, sí. Pero después, dependes de la gente, de la comunidad. Es donde está la fuerza, la clave de todo.

Ken la miró interesado.

—No sé si te entiendo bien… ¿Hablas de mis *fans*?

Chris asintió.

—Te adoran, es evidente. Se desviven por apoyarte y siempre te están animando. Para ellos todo lo que haces es genial.

Ken continuó mirándola con el ceño fruncido.

—Ya. Soy un músico con suerte. La gente siempre me trata con cariño y me apoya comprando todos mis trabajos, pero… No acabo de ver adónde quieres ir a parar.

Chris lo miró con expresión divertida.

—¿Sabes eso que haces para saltarte los controles y meterte hasta la cocina en todas partes? ¿Eso que logra que la gente se desviva por congraciarse contigo?

Ken volvió a ponerse rojo por segunda vez en los últimos diez minutos. Tom empezó a reír.

—Ahí, justamente, es donde quiero ir a parar —remató Chris—. Moviliza a tus *fans*, implícalos. Ellos estarán encantados de ayudarte y tú se los agradecerás con más de lo que les encanta. Todas las partes ganan y la fórmula que permite que todos ganen es una fórmula imbatible. *Siempre*. No hay nada que se le resista.

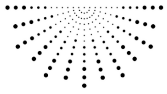
—A ver, por dejarlo claro —coqueteó él—; ¿me estás animando a que vaya por ahí seduciendo a todo el mundo?

—Ya lo haces, ¿o no? —Ahora era ella la que coqueteaba—. Y sin que sirva de precedente, se te da muy bien.

¡Toma ya! Ken no pronunció aquellas palabras en voz alta, pero el gesto de su cara lo mostró a las mil maravillas.

—¡¿Te dije que era superinteligente o no?! —exclamó Tom, dándole una palmada satisfecha en el hombro a su amigo.

CAPÍTULO 25



Estaban en el ascensor, camino de la planta donde habían conducido a Lilly tras salir del quirófano, cuando Ken se acercó un poco a Chris.

—Ve a descansar… —volvió a decirle—. No puedes ver a Lilly y ella sigue dormida. Si le han inducido el sueño, pasarán horas hasta que despierte…

Su voz había sonado a ruego, lo que sumado a su mirada que siempre se las arreglaba para acariciarle el alma, le ponían muy difícil a Chris decirle que no.

No estaban solos. Aparte de Tom, había media docena de hombres y mujeres con uniforme sanitario. Chris se fijó en ellos. Le resultó novedoso que nadie pareciera reparar en Ken. Pero la novedad duró un instante, lo que tardó una de las enfermeras en reconocerlo y decírselo al oído a otras dos del grupo. Pronto empezaron a cuchichear y a lanzarle miradas a Ken, algunas de las cuales también reparaban en ella.

En aquel momento, Chris sintió el brazo de Tom alrededor de sus hombros. Lo miró algo desconcertada justo cuando él habló.

—Nena, odio darle la razón, pero aquí no puedes hacer nada. ¿Por qué no te llevo a casa, eh?

Tras el primer instante de desconcierto, Chris miró con disimulo a Ken. En apariencia, se las estaba arreglando bastante bien para aguantar el tipo, pero sabía lo que estaba pensando como si estuviera viendo sus pensamientos y a pesar de lo preocupada que estaba por Lilly, y de lo cansada que se sentía, se las vio y se las deseó para no reír.

—¿Y a qué voy a ir a casa? ¿A mirar las paredes? Prefiero quedarme aquí. Quizás pueda sobornar a la enfermera para que me deje sentarme junto a Lilly. Pero gracias. Gracias a los dos —matizó. Sus ojos acariciaron brevemente los de Ken, esperando que él pudiera ver en ellos cuánto valoraba lo que estaba haciendo por ella.

Sin embargo, la enfermera no se dejó sobornar y volvió a enviarla a descansar, lo que esta vez, consiguió sacar la faceta menos amable de Chris.

—¿Por qué todo el mundo me dice lo mismo? No voy a morirme por estar una noche sin dormir. El accidente lo ha tenido mi hermana, es ella la que necesita descansar. *Yo necesito estar aquí.* Ver que sigue respirando, saber que estoy cerca de ella por si me necesita… ¿Es tan difícil de entender?

La enfermera sacudió la cabeza ligeramente. Al fin, respiró hondo y suavizó el tono al decir:

—Entiendo lo que usted siente, señora. Lo que tiene que entender es que cada vez que alguna de mis compañeras o yo tenemos que ocuparnos de explicarle lo mismo una y otra vez, lo hacemos a expensas de atender las necesidades de su hermana y de todos los otros pacientes que están en esta planta. No puede quedarse en la habitación donde está su hermana. Allí solo puede

haber personal médico. Durante las próximas ocho o nueve horas, así están las cosas. ¿No le parece que sería mejor que aprovechara para dar una cabezada e intentar reponerse un poco del disgusto?

A pesar de la frustración que Chris sentía, aquello fue un aterrizaje forzoso en la realidad. *En la otra realidad*. La del personal sanitario de aquella planta que, en efecto, tenía que dedicar tiempo y energía a aplacar la preocupación de los familiares cuando, en realidad, su verdadero trabajo consistía en cuidar de los pacientes en su peor momento. Tras el aterrizaje, Chris tuvo que sumar bochorno a su frustración.

—Discúlpeme. Sé que lo entiende y sé que hace todo lo que está en su mano. Yo… —Chris mostró las palmas en señal de acatamiento y no completó la frase.

—Me ha dado su número —repuso la mujer en tono conciliador—. Le prometo que le avisaré si hay algún cambio

—Gracias.

Chris se dio la vuelta y puso rumbo hacia los ascensores sin mirar a los dos hombres que, cual guardaespaldas, la seguían de cerca. Uno de ellos le importaba de manera muy especial y se sentía abochornada doblemente por su reacción ante la enfermera.

Los escasos minutos que los tres permanecieron en el ascensor, Chris se mantuvo en silencio con la mirada fija en el panel que iba iluminando los pisos donde el ascensor se detenía.

Tom y Ken se limitaban a intercambiar miradas. Por distintas razones, los dos decidieron que era mejor dejar a Chris a su aire hasta que se calmara. Ken, porque la conocía, aunque su conocimiento no estuviera basado en las experiencias vividas junto a ella, sino en su intuición. Tom, porque francamente no sabía qué decir. La Chris que miraba silenciosamente el panel luminoso del ascensor no tenía nada que ver con la mujer con quien había pasado la tarde de aquel día, en los *Billares Star*.

Chris, por su parte, intentaba decidir su siguiente paso. No era de la clase de persona que daba vueltas y más vueltas sobre lo sucedido, fuera bueno o malo, sino de la clase que tomaba decisiones y las llevaba a cabo. Si algo no funcionaba, no tenía sentido perder el tiempo lamentándose. Dado que no podía ver a Lilly ni hacerle compañía, quizás lo más práctico era irse a casa. Probablemente, no conseguiría dormir, pero podría darse un baño, cambiarse, echarse en el sofá y descansar su rodilla. Buena falta le hacía; la sentía crujir a cada paso que daba y era cuestión de tiempo que empezara a hincharse y ya no pudiera andar más.

Cuando el ascensor llegó a la planta baja, Chris ya había tomado una decisión al respecto, pero una presencia inesperada impidió que la compartiera con sus dos guardaespaldas. En cambio, salió aprisa del ascensor y fue al encuentro del hombre que, de pie en mitad del hall, miraba a un lado y a otro, obviamente buscándola.

—Diosss… ¿Qué haces aquí, Jamie? —Enseguida se fundió en un abrazo con él—. Luego tendrás que aguantarme un rato a cuenta de esta locura, pero ahora… Gracias por venir. No sabes cuánto me alegra verte.

Jamie estrechó a Chris entre sus brazos, bajó la cabeza para hablarle al oído.

—¿Y qué crees que hago? Me dejaste con la palabra en la boca y no has vuelto a llamar ni a contestar el teléfono. Era subirme a un avión o tener un infarto.

—Madre mía… ¿Me has llamado? Diosss… Te juro que no lo oí sonar…

—Pues compruébalo, te he llamado una docena de veces… Yo y toda la oficina. Todos os envían a ti y a Lilly un abrazo grande y mucho ánimo. Ya les he dicho que no te llamaran más, que yo me ocuparía. Igual te has quedado sin batería o vete a saber… ¿Cómo está Lilly?

A escaso metro y medio, Ken no conseguía apartar su mirada de aquella escena que le estaba provocando urticaria. Y muchas preguntas.

Y cuando ya no fue posible seguir soportando la urticaria, carraspeó de forma ostensible. Después, cuando se tranquilizara un poco y recordara el momento, lamentaría aquella reacción tan infantil, pero ahora era todo lo que se le había ocurrido hacer.

No soportaba que aquel tipo la tocara.

Ni que ella reaccionara tan bien a su cercanía.

Ni ese halo de viejos conocidos que la imagen sugería.

Ni, por supuesto, que ese hombre, quienquiera que fuera, acaparara la atención de Chris lo bastante como para que se hubiera olvidado que *él* estaba allí.

No lo soportaba.

Funcionó. Chris se apartó de Jamie y miró a Ken y, seguidamente, a Tom con cierta incomodidad.

—Disculpad… Este es mi… —Pensó a la velocidad del rayo qué sustantivo emplear. ¿Jefe? ¿Amigo? ¿Compañero de trabajo? Jamie era todas esas cosas y más. Y la expresión de Ken no era la de siempre, por mucho que él intentara mantener el tipo. Su carraspeo había sido todo un mensaje—. Es James Daniels. Y ellos son…

—A uno ya lo conozco, Chris. Lo conoce todo el mundo —dijo Jamie tendiéndole su mano a Ken—. Encantado.

Cuando las miradas de los dos hombres se encontraron hubo rayos y centellas. Y una alarmante sucesión de descargas eléctricas.

—Igualmente —se limitó a responder Ken. Aunque había una sonrisa cordial en sus labios, para Chris era tan significativa como antes lo había sido su carraspeo. Para Tom, directamente, fue una señal de que antes o después correría la sangre.

De hecho, se presentó a sí mismo en un intento de cortar la tensión del momento.

—Yo soy Tom Keller. Encantado de conocerle, aunque ojalá hubiera sido en otras circunstancias —dijo extendiendo su mano que el amigo de Chris estrechó.

El comentario de Tom pareció relajar el ambiente. El amigo de Chris pidió que le pusieran al día sobre el estado de Lilly y ella le contó lo que sabía hasta el momento.

—¿Y el papeleo? —quiso saber Jamie.

Chris se llevó una mano a la frente y exhaló el aire en un suspiro. Se había olvidado por completo de este asunto. Y no era algo banal; las facturas médicas nunca lo eran.

—Me han pedido un montón de cosas y les he dado lo poco que traía en el bolso, pero la verdad es que no he tenido ánimo para ponerme con el resto.

—Vale, olvídate del tema. El seguro corre con los gastos y reclamará la correspondiente indemnización por daños y perjuicios al loco que conducía el otro coche, así que yo me ocuparé. Ahora vete al hotel y duerme. Tienes pinta de ser tú la que ibas en el taxi y cuando Lilly despierte no puede verte así. Yo me quedaré aquí, no te preocupes.

—Gracias, Jamie… Sí, eso iba a hacer… —y no acabó de pronunciarlo en alto, que comprendió que acababa de cometer un error.

—¿Ah, sí? —oyó que Ken le preguntaba, confirmando sus temores.

Ella le dedicó una mirada culpable con tal carga de ternura que él sintió que el picor de la urticaria se aliviaba hasta casi desaparecer. *Casi*.

—Sí, Ken… Llevas diciéndomelo desde hace horas y al fin he entrado en razón, gracias. Me voy al hotel. Dudo mucho que pueda dormir, pero al menos le daré un respiro a mi pobre rodilla —concedió, en lo que también sirvió de explicación al ceño fruncido de Jamie y a la cara de póquer de Tom.

Ken tenía muchas preguntas. Preguntas que no estaba seguro de tener el derecho de hacer y que, aún y así, le quemaban la sangre. Por el momento, lo dejaría correr.

—Entonces, no se hable más. ¿Me permites que te lleve al hotel? —le preguntó, cediéndole el paso con un gesto galante. Ella asintió con la cabeza—. Perfecto. —Sus ojos se posaron un instante sobre los de Jamie, el tiempo necesario para pronunciar una única palabra—: Adiós.

—Sí, vamos —dijo Tom. En su caso, volvió a estrechar la mano del amigo de Chris—. Ya nos veremos más tarde.

—Claro —repuso Jamie.

Chris se limitó a apretarle el brazo cariñosamente a modo de despedida y se alejó hacia la salida acompañada de Tom y Ken.

KEN ni siquiera le preguntó a Chris si podía acompañarla hasta la puerta de su apartamento; lo hizo sin más. Tom tampoco preguntó si les importaba que fuera con ellos; también lo hizo sin más. Chris estaba demasiado cansada para oponer resistencia. En el fondo, necesitaba que la cuidaran, que la hicieran sentir mimada y apoyada, saber que no estaba sola. No lo pediría abiertamente, pero, desde luego, lo necesitaba. Lilly era la persona más importante de su vida, su única familia de sangre, y estaba en el hospital después de que un coche embistiera el taxi en el que iba, y casi seis horas más tarde todo lo que sabía de su estado era que estaba «estable», a la espera de los resultados de las pruebas. Las dos estaban en un país extraño, a mil doscientos kilómetros de casa y del resto de su escasa familia. Era mucho para procesar, incluso tratándose de alguien acostumbrada a capear los peores temporales. Demasiado. Necesitaba todo el apoyo y la compañía que pudiera reunir para no derrumbarse. Porque no podía hacerlo. No debía hacerlo.

Al pasar frente a la recepción, Dennis dejó la revista que hojeaba.

—Buenas noches, señorita Thompson… ¿Qué tal está su hermana?

Su expresión de preocupación le tocó el corazón a Chris, que se detuvo y se acercó hasta el mostrador.

—Según los médicos, está estable.

Una sonrisa apesadumbrada se abrió paso en el rostro del muchacho.

—Siempre dicen lo mismo, pero ¿qué significa eso?

Chris asintió enfáticamente.

—Parece que salió bien parada. El médico comentó que el taxi había acabado empotrándose contra una pared como consecuencia del impacto del otro vehículo que se saltó el semáforo. Pero Lilly no se ha librado del todo; aparte de contusiones y heridas, tiene el hombro derecho dislocado, un hueso del brazo derecho fracturado, un par de costillas fisuradas y una brecha en la cabeza por la que van a mantenerla en observación un par de días. —Respiró hondo al ver la cara de preocupación del joven—. Hasta que no estén los resultados de los análisis, no me dirán nada

más.

—Cuánto lo siento —repuso el empleado—. Me gustaría ir al hospital en cuanto a su hermana le permitan recibir visitas, ¿le parece bien?

Chris esbozó una sonrisa. Dennis le parecía un buen chico. No era concretamente del tipo que a Lilly le atraía, pero el interés que tenía por ella era evidente.

—Claro que sí. Te avisaré cuando pueda recibir visitas… Y ahora me marcho. Necesito urgentemente un baño que me ayude a relajarme un poco. Gracias por interesarte por el estado de Lilly, lo aprecio mucho. Buenas noches.

—Buenas noches, señorita Thompson, que descanse.

Ken se puso en marcha después de que Chris lo hiciera mientras pensaba en lo que acababa de presenciar. No dejaba de asombrarle la facilidad con la que ella cautivaba el corazón de la gente. Apenas llevaba diez días en el país y en unas pocas horas aquella noche, él no había dejado de presenciar muestras de afecto de parte de personas que dos semanas atrás ni siquiera sabían su nombre. Ese pensamiento lo llevó a la inevitable conclusión de que aquella noche había conocido a un corazón en concreto que estaba cautivado por Chris desde hacía mucho tiempo. Ignoraba qué representaba en su vida aquel tipo que se había presentado en el hospital en mitad de la noche, pero había algo que sabía con total certeza; estaba enamorado de ella.

Chris se detuvo frente a su puerta. Metió la mano en el bolsillo con cremallera de su bolso y sacó la llave electrónica. Entró y dejó la puerta abierta.

Ken miró a Tom. Sabía que no iba a poder quedarse mucho tiempo, pero fueran quince minutos o cinco, los quería a solas con Chris.

—¿Me esperas aquí?

—¿Tengo alguna otra alternativa? —ironizó él y con esas se apoyó contra la pared junto a la puerta al tiempo que soltaba un suspiro. No podía creer que estuviera en pie a las cuatro de la madrugada de una noche en la que normalmente a esas horas estaría desnudo, en una cama *kingsize*, mientras lo cabalgaba un bombón tan desnudo como él.

Ken entró y cerró la puerta. Chris estaba de pie en mitad del salón con un brazo caído al lado del cuerpo y el otro apoyado en el bastón, la vista perdida en algún punto de la pared que tenía en frente. Como si no supiera qué hacer. O como si lo supiera, pero no se atreviera a hacerlo.

Ken fue hacia ella. Tomó el bolso de sus manos y lo dejó sobre la mesilla ratona. Hizo otro tanto con el bastón. A continuación, la tomó por los hombros y la hizo girar de frente a él muy suavemente.

Cuando sus miradas se encontraron, Ken vio que los ojos de Chris estaban acuosos. La estrechó entre sus brazos sin pronunciar una palabra. La mantuvo así, pegada a él, durante un buen rato, hasta que sintió que ella empezaba a relajarse. Entonces, la empujó suavemente hacia el sofá, hizo que se tendiera y a continuación, bajo la permanente mirada de Chris, le desabrochó el primer botón de los vaqueros y le quitó las zapatillas.

—¿Quieres que te cubra las piernas con una manta o prefieres que baje la temperatura del aire acondicionado? —En verano la mayoría de los establecimientos hoteleros solían mantener las habitaciones demasiado frescas.

—Estoy bien así, gracias.

—James dijo que te había estado llamando y no lo cogías… Yo tampoco lo oí sonar. Quizás te has quedado sin batería…

Chris asintió.

—Sí, está en mi bolso y el cargador… Mira sobre la mesa grande, debería estar ahí —señaló

hacia atrás, donde estaba la cocina americana—. Por favor, ponlo a cargar. Es mi única vía de conexión con el hospital.

Ken hizo lo que Chris le pedía. En efecto, el aparato estaba apagado.

—Lo dejaré cargando cinco minutos para que puedas activarlo y después volvemos a enchufarlo. No es de extrañar que no atendieras, vete a saber las horas que este trasto lleva apagado…

Regresó junto a ella y después de acercar el sillón al sofá y situarlo frente a Chris, se acomodó en él. Notó que ella se había puesto de costado, yaciendo sobre el lado derecho de su cuerpo. Un cojín debajo de la cabeza hacía las veces de almohada. Sus ojos lo seguían por la habitación. Ya se había percatado de ello antes. No porque la viera, sino porque sentía su mirada sobre él todo el tiempo.

—¿Te apetece un té o algo?

Ella esbozó una ligera sonrisa y negó ligeramente con un gesto.

Ken asintió. Seguía teniendo un millón de preguntas, pero como siempre que estaba a su lado, le acuciaban otras necesidades.

—¿Y un beso?

«Oh, un beso», pensó ella, su mente envuelta en un suspiro. Si no era la solución a todos sus males, seguro que se le acercaba muchísimo.

Pero después del beso, querría otro abrazo, y Ken la hacía sentir tan deseada y tan querida, y ella necesitaba tanto de ambas cosas, que después del abrazo querría mucho más. Muchísimo más. Y esa noche, con esas circunstancias tan horribles, no eran el marco ideal para volver a estar con un hombre, íntimamente, tras años de nada. Y este hombre en particular se merecía lo mejor de ella.

No, no habría más besos, pero podía mostrarle cuánto lo necesitaba. Decírselo con palabras. Eso sí podía hacerlo.

—Si empiezo a besarte ahora, lo más probable es que después quiera otras cosas y hoy estoy bajo mínimos —admitió.

Al ver cómo se transformaba la expresión de Ken, supo que había hecho lo correcto. Había sido una noche intensa y la llegada de Jamie había sembrado dudas en su corazón. Aunque él no las hubiera puesto en palabras, Chris podía sentirlo en cada mirada. Tendría las respuestas que necesitaba, pero no aquel día. Estaba agotada.

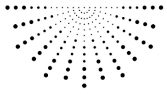
—Guau… —murmuró Ken—. Tú sí que sabes cómo tenerme volando entre estrellas y dejarme con la miel en los labios al mismo tiempo. ¿Te entrenas o es un don natural?

—Será que tú sabes cómo hacerme sentir… —Chris hizo una pausa. Buscaba una palabra adecuada para describirlo que a la vez no desatara la locura en él. No porque no deseara sentir esa clase de locura. Al contrario, la deseaba demasiado en un momento en el que no podía ofrecerle absolutamente nada—. ¿«En casa» te sonaría demasiado precipitado, demasiado formal…? Precipitado sí que es… No hace ni dos meses que nos conocemos… No es así como quiero que suene, pero es así como me haces sentir; que estoy en casa. —Apretó los párpados y respiró hondo—. Disculpa, el agotamiento me pone muy difícil pensar con claridad…

Lo siguiente que vio al abrir los ojos fue a Ken, de cuclillas frente a ella, mirándola atentamente. Con esos ojos que le leían el alma y la reconfortaban lo indecible.

—Estás en casa, Chris. Yo también me siento así cuando estoy contigo. ¿Sabes cómo me suena que lo digas? A música. La música más alucinante que he escuchado jamás.

CAPÍTULO 26



Sandy no había esperado a que se cumpliera el plazo dado. Al llegar hasta la que aquel día había sido su morada temporal, Ken ni siquiera había podido acceder por la entrada de vehículos, ya que estaba ocupada por dos coches desconocidos. Las dos puertas de entrada estaban abiertas, todas las luces encendidas y un grupo de hombres estaba vaciando la casa, arrojando sus pertenencias a un montón en mitad del jardín, mientras sus perros, atados a la barandilla del porche ladraban desaforadamente, tirando con tanta fuerza que parecían a punto de arrancarla del suelo.

Ken dejó su camioneta en mitad del camino, se apeó y se dirigió hacia la casa, echando pestes por la boca. Ya estaba harto de esa loca mucho antes de que se le ocurriera la nefasta idea de atar a *sus* perros, entrar en *su* casa y empezar a sacar fuera *sus* cosas. Quién coño se creía que era.

—¡Dejad lo que tengáis en la mano y largaos de aquí ya mismo! —entró en la casa gritando a voz en cuello.

Por supuesto, lo ignoraron. Todos, menos una persona. Salió de la cocina vistiendo ropa de deporte y una gorra de beisbol, luciendo tan diferente de lo habitual que Ken frunció el ceño al verla.

—Es *mi casa*. Te la dejé temporalmente y ahora la recupero para mi uso personal. Si tienes algo que objetar, llama a la policía —dijo Sandy, con un tono de voz inusitadamente tranquilo. Tras lo cual, se giró hacia los hombres que no dejaban de abrir cajones y puertas y vaciar el contenido que hallaban en cajas de cartón que luego arrojaban a la pila como si de basura se tratara—. Si queréis cobrar, daos prisa y acabad de una vez. Tenéis cinco minutos. Ni uno más.

—¡¿Pero a ti qué te pasa?! —bramó Ken, incapaz de contenerse por más tiempo—. ¡Tenemos un contrato…! Uno, aparte de esa inmundicia que pretendías hacerme firmar. Y ese contrato incluye esta vivienda. No puedes hacer esto. Ni siquiera aunque decidieras cancelarlo. ¡No puedes echarme de aquí de un día para el otro!

Sandy sonrió satisfecha. ¿Que no podía, decía? Menudo imbécil.

—Demándame.

Pasó a su lado en dirección a la calle. O al menos lo intentó. Hasta que Ken la tomó violentamente por el brazo y la obligó a retroceder hasta donde estaba él.

—No puedes hacer esto —siseó.

Ella zafó su brazo de malos modos. Su furia también crecía, a la par de la de Ken.

—Soy Alexandra Carrigton Fox y puedo hacer lo que me dé la puta gana.

—¡Hay leyes y no puedes…!

—Pues mira qué bien —lo interrumpió ella, todo ironía—. Ya no tienes ningún contrato conmigo. Lo he rescindido unilateralmente *porque puedo hacerlo*. He cancelado todas las actuaciones tuyas que estaban programadas para los próximos meses, el resto de las actividades y todos compromisos contraídos. *Lo he hecho porque puedo*. Pero tranquilo, que también he liquidado y transferido todo lo que te debía, así que con suerte no tendrás que irte a dormir debajo de un puente. Otro tanto he hecho con tu mánager, por cierto. —Su sonrisa se agrandó al ver que Ken cerraba los puños en un intento de contenerse—. En resumidas cuentas; no te debo nada ni me debes nada. Estamos en paz. O, bueno, algo por el estilo…

Esta vez sí que logró abandonar la casa antes de que Ken volviera a detenerla. Se dirigió al segundo vehículo que estaba aparcado en la entrada en medio de los ladridos furibundos de Noah y River.

¡Grandísima hija de puta! *Qué ganas de…* Ken contó hasta diez antes de seguirla. Junto a ella se sentía siempre a punto de traspasar una línea roja. Jamás le había levantado la mano a una mujer, pero si había alguien que clamaba a gritos que le dieran una buena tunda, era ella.

—¡Silencio! ¡Callaos ya! —exigió a sus perros.

Los cachorros obedecieron a regañadientes. Estaban demasiado excitados por la situación y la presencia de extraños complicaba aún más las cosas.

Ken fue hasta donde estaba Sandy, a punto de montarse en un coche. La detuvo cogiéndola del brazo.

—¿Qué has querido decir con «algo por el estilo»? ¿Estamos en paz *o no estamos en paz*?

Ella soltó una risotada irónica. Era el colmo de los colmos que un tipo a quien le había dado todas las oportunidades de volver a congraciarse con los grandes del negocio de la música, le hubiera correspondido ninguneándola. *Insultándola*. Y ahora esperara que se quedara cruzada de brazos.

—¿De verdad no entiendes cómo funciona esto? Te he dado la ocasión de tenerme de tu parte. Abriéndote puertas importantes, las más importantes de todas. Financiándote. Poniendo mi prestigio y el buen nombre de mi familia a tu servicio. ¿Y qué has hecho tú? ¡Restregarme tus grandes principios morales por la cara mientras te mostrabas por ahí al lado de esa morsa con bastón que te tiene el coco sorbido!

Ken se quedó inmóvil. ¿Había dicho «bastón»? ¿Hablaba de Chris? ¿Los había visto juntos? ¿Cuándo? La sola idea de que esa loca obsesiva supiera quién era ella, le heló la sangre.

—¿Sabes qué? —remató Sandy, airada—. Espero que su montón de premios humanitarios y sus muchos contactos te compensen, Ken, aunque no alcanzo a ver cómo, la verdad… Yo pienso usar los míos para hacer que volver a Ohio, a cantarles a las vacas, sea el *único* futuro posible para ti.

Acto seguido, posó su mano sobre el volante y apretó el claxon insistentemente, logrando que los perros enloquecieran.

Los cinco hombres que había en la casa salieron a ver qué sucedía.

—¡Nos vamos, señores! —ordenó Sandy.

Y como si formaran parte de una operación programada al milímetro, cuatro de ellos montaron en el primer vehículo mientras el quinto cerraba con llave la puerta de la casa y tras entregársela a Sandy, iba a reunirse con los demás.

—No te molestes en usar tu llave. He hecho cambiar la cerradura —fue lo último que le escuchó decir antes de que se sentara al volante y cerrara la puerta.

Cinco minutos más tarde, Ken estaba solo, de pie, en mitad del jardín plagado de cosas suyas, mientras los perros ladraban sin parar.

TOM RETIRÓ la sábana que lo cubría con un gesto contrariado. Quién narices se dedicaba a pegarse al timbre a esas horas…

—Joder, acabo de acostarme —farfulló entre dientes mientras se dirigía hasta el telefonillo, descalzo y tan solo vestido con sus *boxers*.

En realidad, habían transcurrido dos horas desde que se había metido en la cama, pero ya había amanecido. Eran las seis.

—¿¿¿Quéééé???

—*Soy yo, Ken.*

Tom acabó de despertarse de golpe.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué pasa?

—*¿Y qué tal si me abres y te lo cuento cara a cara?* —repuso Ken, conteniendo su mal humor.

—Joder, tío… ¿Tan malo es que no puede esperar a después del desayuno? —dijo con la frente apoyada contra la pared. Necesitaba dormir.

—*¡Abre de una vez!*

Era lo bastante malo. Si su amigo, el señor Correcto, acababa de soltarle terrible grito por el telefonillo, estaba claro que las cosas iban de mal en peor. Apretó el botón que abría la puerta del edificio y aprovechó mientras Ken subía por el ascensor para ponerse algo de ropa encima. No se vistió del todo, ya que confiaba en que aún podría dar una cabezadita.

Un rato más tarde, los dos amigos estaban sentados en el salón del diminuto piso de Tom sin esperanza alguna por su parte de volver a la cama hasta por la noche.

—¿Decirte te lo dije no solucionaría nada, verdad? Porque te lo dije, Ken. Te lo dije un millón de veces. Y tú no me hiciste ni puto caso.

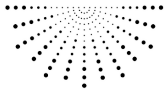
—¡Esa loca quiere lo que quiere y yo no voy a dárselo, ¿te enteras?! ¡Soy un ser humano, no un cacho de carne que ella pueda magrear cuando le da la puta gana, así que déjame en paz con el jodido «te lo dije»! —volvió a bramar Ken. Un síntoma de que había llegado a su límite que Tom se tomó muy en serio esta vez.

—Vale, vale… Disculpa. Es que… Joder, menuda movida, tío. ¡Menuda movida!

Ken respiró hondo. Su vida patas arriba, otra vez. Dios, mataría por una cerveza, pensó. En cambio, dijo otra cosa completamente diferente.

—Haz café y que esté bien fuerte, porque nos espera un largo día de trabajo. Si esa víbora cree que le voy a dejar que se salga con la suya sin presentar batalla, está muy equivocada.

CAPÍTULO 27



Chris abrió los ojos despacio. Intentó enfocar. La habitación estaba a oscuras, de modo que no distinguió gran cosa. Apenas un reflejo de la luz del pasillo que se colaba por debajo de la puerta y que no significaba nada, ya que siempre estaba encendida.

Recordó que se había echado en el sofá. Lo que la llevó a recordar la razón del porqué y a recuperar la plena consciencia cuando el accidente de Lilly se instaló en su cerebro, trayendo consigo el mismo desasosiego, la misma frustración y el mismo miedo que antes de dormirse.

Pero, como solía sucederle desde hacía unos días, también regresaron los recuerdos de Ken. Él y Tom la habían acompañado desde el hospital para que intentara darle algo de descanso a su rodilla.

Su rodilla. Los pinchazos y aquel dolor sordo de base que sentía sin siquiera haberla movido todavía le hicieron comprender que el descanso no había sido suficiente. Se incorporó en el sofá hasta sentarse y se estiró a coger su móvil de la mesilla. Lo activó. Eran las seis. Para haber dormido cuatro horas, se sentía como si llevara en vela una semana seguida.

Tenía que volver al hospital. Ojalá hubiera buenas noticias sobre Lilly porque las necesitaba muchísimo. Inesperadamente, sus ojos se llenaron de lágrimas.

Podía con el dolor físico, con esa sensación de estar fuera de su elemento que la acompañaba dondequiera que fuese desde que había vuelto al mundo civilizado. Podía con el proceso de readaptación intensiva a la que se estaba sometiendo, del trabajo de campo a un cómodo (y aburrido) trabajo de 8 a 5, formando a las nuevas generaciones de cooperantes humanitarios. Podía con su soledad, con la incertidumbre acerca de su propio futuro. Incluso podía con su desánimo.

Podía con todo, excepto el sufrimiento de Lilly. Saber que estaba en una cama de hospital la desarmaba como si estuviera hecha de piezas de Lego.

Su rodilla enferma se quejó a voz en cuello cuando Chris intentó ponerse de pie, obligándola a volver a sentarse. Se tomó unos instantes para que el dolor cediera un poco y se incorporó. Esta vez, se dirigió al baño haciendo oídos sordos a los quejidos. No podía quedarse allí sin hacer nada. Debía ir al hospital y hablar con los médicos. Necesitaba información útil para decidir los siguientes pasos a dar.

Se las arregló para ducharse, vestirse —una blusa estampada, una falda vaquera y unos cómodos zapatos azules con un tacón cuadrado de dos centímetros que le ayudarían a aguantar en pie el largo día que tenía por delante—. Después de recogerse el cabello de la forma habitual, se arregló un poco. Lo bastante para no asustar a Lilly. Y mientras se ocupaba de adecentarse, no

dejó de pensar en ningún momento en lo que se les venía encima a su hermana y a ella.

Para empezar, tendrían que regresar a Canadá en cuanto a Lilly le dieran el alta hospitalaria. Cualquier fractura ósea implicaba meses de curación, además de reposo. Debían ir a casa.

Suponiendo que todo aquel asunto se quedara solo en un puñado de lesiones, Lilly difícilmente podría incorporarse a las clases de la Escuela de Alta Cocina. Si de algo le había hablado su hermana hasta el agotamiento era del altísimo nivel de exigencia que tenían. Por algo eran una de las cinco escuelas más importantes del mundo. Si Lilly no podía empezar las clases con el resto de sus compañeros, probablemente perdería el año, además del dinero de la matrícula. Por no mencionar, que no quería imaginar el estado de ánimo de su hermana si eso sucedía. Llevaba años soñando con «volver al mundo civilizado» para estudiar en la bendita escuela.

No se atrevía a plantearse siquiera la alternativa de que hubiera más que un puñado de fracturas que se curarían por completo en unos cuantos meses. Estaba allí, en el fondo de su mente. Había estado allí desde el principio. Y prefería decirse a sí misma que era normal, dado el hermetismo habitual de los médicos, a permitir que se le fuera la cabeza poniéndose en lo peor.

Cerró la puerta de la habitación, saludó con la mano al portero de guardia, que no era el de siempre, sino un hombre mayor al que no había visto antes, y mientras esperaba al taxi, su mente volvió al asunto que ocupaba todos los titulares de su vida desde la noche anterior.

Sería un golpe muy duro para Lilly si no podía incorporarse a clases en septiembre. Perdería el año de estudio. ¿Conocía a alguien que le pudiera echar una mano con eso, alguien que conociera a alguien que tuviera influencia en la junta directiva de la escuela como para conseguir que hicieran una excepción? Su hermana era una estudiante brillante, había pasado las exigentes pruebas de selección. Solo necesitaba tres o cuatro meses para curar sus fracturas. ¿No sería posible asistir en calidad de oyente?

Ninguna de sus preguntas conducían a nada. Y en todo caso sabía (al menos, una parte de ella lo sabía) que había más razones que su preocupación por Lilly en el hecho de que su cerebro no dejara de soltar ideas. Y ese «más» era Ken Bryan.

¿Cómo era posible que metida en semejante problema le quedara tiempo y energía para pensar en él? ¿Cómo era posible que la idea de volver a Canadá la hiciera sentir tan desanimada? Allí estaba su casa, lo que quedaba de su familia, su único amigo, su trabajo. Sentirse así no tenía lógica. Cero sentido común. Y sería muchas cosas, pero inmadura jamás. Ni siquiera cuando por cuestiones de edad habría sido normal que lo fuera. Ni siquiera entonces. Le había tocado hacer de hermana mayor, de padre y de madre. Nunca había tenido tiempo de ser una inmadura.

Sin embargo, ahora, con los veintiocho cumplidos, por lo visto, había sufrido una regresión mental. Había regresado a la época de suspirar por un chico, de analizar cada uno de sus gestos y cada una de sus sonrisas, buscando confirmar que la locura era compartida. A la época de sentir mariposas en el estómago y un calor abrasador en las mejillas cuando él le hacía algún cumplido…

Dios, ¿qué demonios le estaba sucediendo? ¿Colarse por un tipo que encima era famoso y vivía perseguido por la prensa? ¿Ella, que siempre había tenido a los «famosos» como el súmmum de la banalidad?

Por suerte, la llegada del taxi la rescató de sus propios pensamientos.

CHRIS SONRIÓ al ver a Jamie con el móvil pegado a la oreja. Había sido todo un detalle de su parte presentarse en el hospital, pero los dos sabían que se trataba de un detalle que, en realidad, no podía permitirse. Era el alma de la oficina y sin él en los mandos, todo el personal sufría una sobrecarga de trabajo sobre unos hombros que ya cargaban suficientes tareas.

—¿Otra vez aquí? Necesitas descansar —fue el recibimiento de Jamie.

—Pensé que no dormiría y he dormido, así que no te quejes. Porque, de otra forma, habría vuelto aquí antes. ¿Se sabe algo más de Lilly?

Jamie negó con la cabeza.

—Sigue estable. La enfermera jefe me ha comentado que espera que el médico visite a Lilly a eso de las ocho. Entonces, sabremos más. También me dijo que es buena señal que ella siga estable. Algo es algo.

—Si se trata de conformarnos, te diré que no es mi estilo. Además, llevo oyendo la misma canción desde ayer y ya estoy aburrida. Venga, sentémonos un rato que mi rodilla me está cantando *La traviatta*.

Los dos amigos se dirigieron hacia una hilera de sillas que había al fondo de la sala de espera de la planta donde estaba Lilly. No había mucha gente. Probablemente, muchos hubieran bajado a la cafetería o se habrían marchado a estirar las piernas un rato. O, como ella, a descansar un par de horas.

—Hablando de canciones, ¿qué hacía Ken Bryan aquí, contigo? —quiso saber Jamie. En realidad, lo que quería saber era qué había entre ella y aquel tipo, porque claramente había algo. Pero no deseaba empezar con una pregunta tan personal. Por más amigos que fueran, sabía que Chris no llevaba bien que la gente mostrara interés por su vida personal.

Chris intentó sobreponerse a la intensa sensación de «tierra, trágame» que la invadió. Era una pregunta bastante lógica, habida cuenta de que Jamie era su mejor amigo, se conocían hacía años y, por lo tanto, sabía que su interés por la música y los músicos era tan lejana como las tierras en las que había pasado los últimos seis años de su vida. Pero la había tomado totalmente desprevenida, se trataba de una pregunta que ella misma venía haciéndose desde que Ken y ella se habían visto por primera vez —en circunstancias de lo más anormales, todo había que decirlo —, y francamente no sabía cómo responderla. No entendía nada de lo que le venía sucediendo en relación con él desde hacía seis semanas.

Pero la aparición de dos siluetas femeninas que conocía, salvó a Chris de tener que responder.

—Mira, es la señora Sommerfield. Viene con una de mis alumnas del curso… —Ambos se pusieron de pie y fueron al encuentro de las recién llegadas.

Después de los saludos y las presentaciones, Chris las puso al día sobre el estado de Lilly.

—Parece que ha salido bien parada para lo que pudo haber sido. Eso me dijo el médico anoche. Lo que más les preocupa es la contusión en la cabeza. Quieren tenerla en observación un tiempo. Aparte de la herida, que es bastante aparatosa, tiene una fractura en el brazo, concretamente en la muñeca, dos costillas fisuradas y otras contusiones en el lado derecho del cuerpo, que se llevó todo el impacto. Estoy esperando otro parte médico para las ocho, cuando los médicos hagan la ronda. Entonces, sabré mejor a qué atenerme y… No sé si podré reincorporarme al programa de formación, April. Suponiendo que a Lilly le dieran el alta en un par de días…

—No se preocupe por nada, Chris —dijo la directora de la OADASV—. Ahora lo que debe hacer es ocuparse de su hermana. Ya tendrá la ocasión de impartir este curso más adelante,

cuando su vida vuelva a la normalidad. Estaremos encantadas de tenerla de nuevo con nosotros. Por favor, no piense en eso ahora.

Chris exhaló un suspiro y bajó la cabeza. Eran tantas las cosas en las que había que pensar, ¿y qué hacía ella? Esperar a que el maldito médico le diera información útil sobre cómo estaba Lilly y qué haría falta para que volviera a estar a pleno rendimiento.

—Y pensar que hemos pasado años viviendo en lugares donde hasta la picadura de un mosquito podía matarte. Qué ironía que haya sido la imprudencia de un conductor en plena Ciudad de la Música, la que la ha enviado al hospital…

—Razón de más para preferir el campo —dijo Evelyn James en un intento de relajar el ambiente con una broma—. No digo la selva tanzana, no creo que me atreviera a tanto, ¿pero el campo? ¡Sí, por favor! Sé que April es una urbanita y no estará de acuerdo conmigo en esto, pero para mí no hay nada mejor que dejar que mi vista se pierda en un campo de margaritas. ¡Nada más que tierra virgen en kilómetros a la redonda!

—Me parece que ha dado en la diana, señorita James —comentó Jamie dedicándole una mirada cariñosa a Chris—: Su amor por las tierras vírgenes, por no llamarlas «salvajes», es casi tan legendaria como su amor por los perros. O, como ella les dice cariñosamente, los «peluditos».

—¿En serio? Pues yo también pertenezco al club de los que siempre llevamos la ropa llena de pelos —exclamó Evelyn, haciéndolos reír a todos.

Chris sonrió agradecida por aquel inesperado momento de risa. Desde luego, le hacía muchísima falta.

—¡Tía Dottie! —exclamó Chris al reconocer a la mujer de pelo canoso y muy corto que se aproximaba a la sala de espera donde estaba junto a Jamie, la señora Sommerfield y Evelyn James.

Las dos mujeres enseguida se fundieron en un abrazo.

—¿Creías, por un casual, que iba a dejarte sola con esto? —Buscó su mirada— ¿Tan poco me conoces?

Chris se apretó contra aquella mujer a la que consideraba como una madre.

—Ahora no estás sola, Dottie. Después de muchísimos años, ya no estás sola —dijo Chris en una especie de regañina cariñosa por haber dejado a Frank, su pareja, solo.

—No soy su madre. Puede apañárselas solito unos cuantos días. Tú no te preocupes por eso. —Su mirada se cruzó con las personas que acompañaban a Chris—. Me alegro de que no estés sola. ¿Me presentas a tus acompañantes? Bueno, a uno lo tengo más que visto, no hacen falta presentaciones —dijo tocando el brazo de Jamie en una muestra de afecto.

—Sí, claro… Ella es nuestra tía Dorothea Patterson, le gusta que la llamen Dottie. Vive en Toronto, como nosotras, así que me ha sorprendido bastante verla acercarse por el pasillo —bromeó—. Ellas son April Sommerfield, la directora nacional de la OADASV y la persona que me ha dado la oportunidad de participar en este programa formativo tan increíble… —Las mujeres se estrecharon las manos—. Y esta es Evelyn James. Es una de las alumnas del curso y la directora de la residencia femenina más importante que la organización tiene en Knoxville.

—Encantada —dijo Dottie—. Y ahora, cuéntame, ¿hay noticias? Lo último que sé es de hace

una hora, cuando llamé a Jamie desde el aeropuerto.

Chris miró a su amigo sorprendida.

—¿Sabías que venía y no me lo dices?

—No lo culpes a él. Fui yo. Quería darte una bonita sorpresa —dijo pasándole un abrazo alrededor de la cintura a Chris y estrechándola contra ella—. La necesitas, Chris. Y como no ibas a pedírmelo…

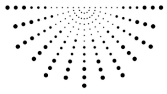
Chris asintió con la cabeza repetidas veces.

—Gracias por ser tan buena leyéndome el pensamiento, Dottie… —dijo ante la mirada cariñosa de todos los presentes.

—Son años de entrenamiento —repuso ella.

Y como si Chris continuara siendo una niña, depositó un amoroso beso sobre su frente.

CAPÍTULO 28



Tom no dudó en intervenir al conocer las intenciones de Ken de poner al día a su familia de lo sucedido.

—¿Qué vas a hacer? ¿Vas a llamarlos ahora para decirles qué? —le dijo Tom.

—¿Ahora, dices? Llevan más de dos horas trabajando… Y les voy a contar lo que pasa. Tienen que saberlo por mí. Además, no pienso ocultarles nada. A mí no me gustaría, si estuviera en su lugar. Así que…

Tom hizo un gesto de disgusto con la boca. A pesar de que llevaba media vida junto a los Bryan, nunca se había hecho del todo a su forma de ver y entender el mundo. En parte, quizás, porque en el hogar en el que se había criado, decididamente las cosas no se veían de aquel modo. También porque no estaba acostumbrado a darle cuentas a nadie de su vida, y nunca se acostumbraría. Respetaba y quería a los Bryan, pero siempre se las había arreglado para mantener su vida privada lo más lejos posible de sus conversaciones de sobremesa.

—¿No sería mejor esperar hasta tener algo más claros tus próximos pasos? Tu viejo no está para sustos y tus hermanos ya están bastante ocupados manteniendo a flote el rancho sin la ayuda de nadie. ¿Por qué no hacemos algunas llamadas más y vemos cómo se presentan las cosas?

Ken negó con la cabeza y cogió su móvil con decisión.

—No puedo esperar, Tom. Estando Sandy por medio, no puedo arriesgarme. Además, tampoco puedo mentir. Es parte de mi rehabilitación —y no añadió que ocultarle algo a su familia lo hacía sentir mal, que siempre había sido así y que eso había sido un elemento más que lo había empujado hacia el abismo. Ahora ya no tenía ninguna duda de que si hubiera sido sincero con ellos, si ellos hubieran sabido la clase de demonios con los que estaba manteniendo una lucha sin cuartel, su descenso hacia los infiernos nunca habría sucedido.

—Vale, tío. Nunca me escuchas, así que no sé por qué hoy iba a ser diferente —se levantó de la mesa—. Voy a hacer más café.

—Eso no es así y lo sabes —dijo Ken y al ver la mirada irónica que Tom le dedicaba, esbozó una ligera sonrisa—. Vale. A veces es así. Y algunas de esas veces que pasé de ti, la cagué, lo reconozco.

—¿Algunas de esas veces? Lo que hay que oír…

—Vaaaale, muchas de esas veces. ¿Te gusta más de esta forma?

—No es que me guste o no, tío. Es que es así.

Ken asintió concediéndole ese tanto porque le correspondía. En asuntos profesionales, especialmente, era de esa forma.

—Tienes razón. Pero en este caso, no. Decirle la verdad a la gente que te quiere y se

preocupa por ti, no es optativo, Tom. Aunque te duela, aunque te cueste un mundo, hay que hacerlo.

Tom enseñó sus manos en señal de rendición y se fue a la cocina a preparar más café.

Ken miró el móvil que sostenía en una mano y respiró hondo.

Hora de la verdad, pensó. Y dado que no cogería ninguna clase de atajos, seleccionó el nombre de su padre de la lista de contactos.

—*Ken, hola… No sé si darte los buenos días o las buenas noches. ¿Acabas de levantarte o estás a punto de irte a dormir?*

Oír la voz de su padre lo hizo sentir bien. A salvo. En casa. El mundo podía estar sacudiéndose hasta los cimientos, pero Robert Bryan conseguía que él no fuera consciente de las sacudidas cuando estaban juntos, fuera hablando por teléfono o en persona. Siempre había tenido ese efecto sobre él.

—Hola, papá. Aún no me he acostado y me queda un buen rato para hacerlo, así que cualquiera de los dos saludos vale. ¿Qué tal tu recuperación?

—*¿Me llamas a las siete de la mañana para preguntarme por mi recuperación? Estoy bien. Dime qué sucede, Ken.*

—No te llamaba solo por eso, papá…

—*Qué pasa, hijo* —insistió Robert.

En aquel momento, Ken oyó voces en su casa de Ohio. Robert volvió a hablar.

—*Tus hermanos están aquí, así que voy a ponerte en alta voz para que puedan oír. ¿O se trata de un asunto privado entre tú y yo?*

—No, no… Iba a llamar a los chicos más tarde, así que mejor si estáis todos juntos… ¿La tía Doreen está ahí?

—*No. No se ha levantado todavía. ¿Por qué?*

Por saber qué nivel de sinceridad utilizar para contar la parte más truculenta de su historia.

—Solo avisadme si aparece… Bueno, el resumen es que ayer Sandy canceló unilateralmente el contrato que teníamos y esta madrugada me desalojó de su casa. Ahora estoy donde Tom… Dijo que ha liquidado lo que nos debía de las últimas actuaciones. Pero también que ha cancelado todas las demás.

El silencio que se oía hablaba alto y claro del nivel de consternación que había en su casa de Ohio. Ken sabía que estaba haciendo lo que debía, pero ojalá no hubiera tenido que darles semejante noticia por teléfono.

—*¿Pero cómo puede hacer eso de buenas a primeras?* —dijo Jim—. *Esa tía está como una puta cabra.*

—*Ese lenguaje* —lo reprendió su padre, haciendo que Ken se sintiera incómodo. Podía imaginarse la incomodidad de Jim, que había sido el verdadero destinatario del llamado de atención.

—Puede hacerlo —intervino Ken—. Según ella, es una Carrington-Fox y puede hacer lo que le dé la gana. Eso habrá que verlo, claro. Como imaginaréis, no voy a quedarme de brazos cruzados. Pero por el momento es lo que hay.

—*No lo entiendo, Ken… Teníais un contrato firmado y nadie establece una relación comercial si no tiene interés en sacarla adelante… ¿Acaso tú incumpliste algún acuerdo?* —quiso saber el cabeza de familia.

Ken bajó la vista. Les había llamado porque no quería que al día siguiente o la próxima semana, algún artículo en el periódico sacudiera el avispero y fuera así como su familia se

enterara de los otros intereses de Sandy, aparte de la música. Pero seguía siendo tremendamente bochornoso pensar en aquel asunto. Por no hablar ya de decirlo en voz alta y nada menos que a su padre.

—Hace unos días se presentó en mi casa con otro contrato y un cheque por mucho dinero. Sabía que estuve hablando con el banco y me dijo que si yo firmaba el contrato, ella firmaría el cheque que, en teoría, me devuelve las llaves de Mystic Oaks y reactiva las antiguas condiciones de la hipoteca. Vamos, que la situación con el banco volvería a cómo estaba hace tres años. Pero no lo firmé y, por lo visto, eso la cabreó muchísimo.

Ahora sabía que no había sido solo eso. El detonante habían sido los celos; haberlo visto junto a Chris había desatado su furia. Pero hablarles de Chris y de la relación tan especial que tenía con ella era demasiado para una misma conversación.

—¿Por qué no lo firmaste, qué era lo que tenías que hacer? —quiso saber Robert.

Aunque Ken no lo supiera porque no podía verlos, había sido la forma en que se transformaba la cara de Jim, su hijo menor, lo que había propiciado esa pregunta de Robert tan a quemarropa.

—El interés de Sandy por mí nunca ha sido solo de tipo profesional. Y yo no firmé ese contrato, porque el mío por ella nunca fue más allá de lo estrictamente profesional —se limitó a decir. Sabía que se había ruborizado. Que Tom, quien había regresado junto a él, le acercara la botella de agua mineral, se lo confirmó.

Qué. Vergüenza.

El silencio que se oía en la cocina de los Bryan en Ohio describía con bastante rigor el estupor de todos. De todos, menos Jim que estaba al tanto. Fue él precisamente quien tomó la palabra.

—Has hecho bien. No te sientas culpable por cómo está la situación. Esa mujer ha mostrado su verdadera cara y siendo como es, seguir con ella acabaría causándote problemas. Si no era por esto, sería por otra cosa. A esta clase de ganado hay que tenerlo a distancia. Cuanto más grande, mejor. Ahora lo único que importa eres tú, tu salud. Lo demás se andará, Ken.

—Estoy de acuerdo —intervino Tim por primera vez desde que había comenzado la conversación—. *Lo mejor para ti es centrarte en estar bien y mantenerte alejado de los tejemanejes de esa mujer. No van a traerte nada bueno.*

—Tus hermanos tienen toda la razón —dijo Robert—. *Quiero que te centres en tu salud, en mantenerte sano. Eso es lo que importa.*

Entonces, se oyó nuevamente la voz de Tim.

—Pero lo dicho no es todo lo que hay. O no nos estarías llamando a las siete de la mañana… —dijo dando de lleno en la diana.

Ken intercambió miradas con Tom y respiró hondo.

—También ha dicho que utilizaría todos sus contactos para asegurarse de que mi único futuro posible fuera «regresar a Ohio a cantarles a las vacas». Esos contactos incluyen a la prensa y sé positivamente que los va a usar. No sé cuándo, ni con qué clase de basura. Pero quería que estuvierais sobre aviso.

—Joder, Ken. ¿Esa loca de mierda te amenazó con volver a estar en boca de todo el mundo? —se quejó Jim.

Durante sus últimos meses en activo y después, cuando había descendido a los infiernos y no lograba levantar cabeza, la prensa no había escatimado esfuerzos en intentar desentrañar la madeja. Eran muy pocos los artículos que se mostraban comprensivos con el hecho de que él

hubiera vuelto a Ohio a ayudar a su familia cuando Robert había caído enfermo. La mayoría lo vilipendiaba sin piedad, haciendo circular mil rumores sobre sus auténticas razones. Tom se las había arreglado para dispersar esos rumores y nunca había habido una confirmación oficial de las veces que Ken había entrado y salido de rehabilitación. Aún y así, para su familia había sido descorazonador verlo en boca de todo el mundo. Y ahora se avecinaba otro período descorazonador.

—*Ese lenguaje* —volvió a oírse la voz de Robert Bryan, pero esta vez no se quedó ahí—: *James, si no te ves capaz de hablar con propiedad, voy a tener que pedirte que vuelvas al trabajo.*

—Eso parece, sí —intervino Ken—. Lo siento. No puedo evitar que esa mujer haga circular basura, pero sí puedo neutralizar el efecto global, asegurándome de que también circulen buenísimas noticias sobre mí. Y eso es lo que voy a hacer. Os lo prometo.

—*Y no lo harás solo, Ken* —volvió a decir Robert Bryan, mirando a su hijo menor.

—*No* —intervino Jim—. *Mañana me tendrás ahí.*

—No hace falta, tío —lo interrumpió Ken a pesar de ver a Tom asintiendo enfáticamente con la cabeza, apoyando la moción de Jim Bryan—. Vosotros tenéis mucho que hacer en el rancho. Quédate donde estás.

—*Jim irá. Y no hay más que hablar, Ken* —dijo el cabeza de familia.

—*Vamos a empezar por resolver el problema del alojamiento* —continuó Jim—, *porque dudo que Tom siga siendo tu mánager mucho tiempo más, si vivís bajo el mismo techo. Por no añadir, que si además de ti tiene que soportar a Noah y a River…*

A Ken no le gustaba la idea de trastocar tanto las cosas por el rancho, pero no pudo evitar echarse a reír ante lo dicho por su hermano. Tenía a Tom delante y cuando Jim mencionó el nombre de sus peludos, sus ojos se abrieron como platos.

—A juzgar por la cara de loco que se le ha puesto, diría que está de acuerdo —terció Ken.

—Totalmente de acuerdo —intervino Tom—. Hola a todos. Quiero un montón a este tipo, lo sabéis, pero como se le ocurra meter a sus bestias en mi ordenadísimo búnker, le retiro el saludo.

Después de un momento de risas, Robert Bryan volvió a tomar la palabra.

—*Y una vez que hayamos resuelto el asunto de la vivienda, nos pondremos a buscar un abogado, hijo. En este país, no se puede rescindir un contrato unilateralmente sin indemnizar a la otra parte por los perjuicios que eso le ocasione. Te llames Carrington-loquesea, o te llames Dios.*

Ken asintió satisfecho. Era lo que tenía pensado hacer, pero le tranquilizó oír que su padre lo decía en alto.

Poco después, cuando la conversación terminó y Ken volvió a dejar el móvil sobre la mesa, Tom rellenó su taza de café.

—Tu familia vale su peso en oro.

Ken asintió. Viniendo de alguien como Tom suponía un gran halago.

—Son lo más de lo más… —Respiró hondo juntando coraje para el siguiente punto del orden del día—. ¿Listo para ayudarme a recuperar todas esas actuaciones?

—Primero que nada me pondré con los músicos, a ver si hay suerte.

—Por las dudas, no te hagas ilusiones. Militan en el equipo de Sandy… Te juro que no veo la hora de volver a tener mi propia banda.

Tom cogió su móvil, su taza de café y se levantó de la mesa para cambiarse de estancia, de otra forma se molestarían mutuamente dadas las pequeñas dimensiones de su piso. Y mientras se

alejaba, comentó:

—Para eso tienes que volver a asegurarles unos ingresos dignos los doce meses del año, tío.

Ken no dijo nada.

Al regresar a Nashville, había intentado reagrupar a sus antiguos músicos. Todos se habían alegrado por su llamada, pero ninguno había regresado con él. Cuatro de los cinco habían logrado seguir viviendo de la música, pero tenían compromisos más o menos estables con sus empleadores. El quinto había sido padre por segunda vez y se había visto obligado a buscar un «trabajo como Dios manda». Respetaba sus razones, por supuesto. Pero no podía negar que se había sentido decepcionado. La lealtad estaba en el ADN de los Bryan y él era un Bryan. Le pesaba que ni siquiera se hubieran ofrecido a volver a ensayar juntos, ahora que él estaba de regreso en Nashville. O quedar para tomar un café. Los había visto varias veces, siempre había sido a instancias suyas; él se había presentado en el local de turno a oírlos tocar.

Así que aunque Tom, obviamente, se refería a sus antiguos músicos, él ya no pensaba en ellos.

TOM REAPARECIÓ en el salón justo cuando Ken estaba hablando con el organizador de la velada de country en la que tenía que actuar aquella noche. Él se había estado ocupando de los músicos que lo acompañaban en las actuaciones y no traía buenas noticias. De modo que no se quedó a esperar que acabara de hablar para decírselo. Lo escribió en un *post-it* que pegó sobre la mesa frente a sus ojos. Decía: «ninguno se apunta».

Ken se limitó a hacer un gesto afirmativo con la cabeza y continuó hablando con normalidad, algo que a Tom le sacó una sonrisa irónica. Sin músicos no había giras, ni actuaciones en vivo, a menos que pensara darlas en el metro. ¿No se había enterado todavía o sería que como, desde que había conocido a Cenicienta vivía en una nube de pedos de color de rosa, había empezado a creer en los milagros? Porque, desde luego, necesitaba uno bien gordo si pretendía que los empresarios lo dejaran actuar por su bonita cara.

Ken era muy consciente de que las tres palabras del *post-it* eran una pésima noticia, pero estaba decidido a no permitir que Sandy ganara esa partida. Lo sucedido hacía unas horas había conseguido tocarle su fibra más íntima. Ahora la rabia se había transformado en algo distinto. De buenas a primeras, se había quedado sin contrato, sin trabajo, sin un miserable techo sobre la cabeza. ¿Iba a presentarse de nuevo frente a ella como un tipo sin nada que ofrecer? Y todo, ¿por qué? ¿Por los caprichos de una víbora de apellido ilustre que sentía una obsesión enfermiza por él? Ni hablar. Era una cuestión de pundonor.

—No sé qué razones pudo darte, Elton, pero yo no he tenido nada que ver. En lo que a mí respecta, todas mis actuaciones comprometidas siguen en pie y esta noche estaré en Atlanta a la hora prevista —aseguró Ken tras poner el teléfono en manos libres para que Tom pudiera oír la conversación.

—Las razones dan igual, Ken. Ayer recibimos el fax con la cancelación. Y poco después, el cheque con la indemnización correspondiente. Hoy empezaremos a devolver las entradas…

—¡No las devolváis! ¡Voy a estar allí, actuaré! —repuso él, lleno de energía.

—No lo entiendes, tío. Y, la verdad, me extraña porque llevas años en esto… Pero te lo voy a repetir despacio, a ver si te enteras: Alexandra Carrigton-Fox canceló el contrato que tenía con

nosotros y ha pagado hasta el último centavo de indemnización. No podemos hacer otra cosa más que poner el cartel de «cancelado» y devolver el precio de las entradas. Lo siento, tío, pero es lo que hay.

Ken miró brevemente a Tom, quien le respondió con un gesto de «te lo dije» que solo consiguió reafirmarlo más en su decisión de plantarle cara a Sandy.

—¿Por qué dices eso? Ella no es Dios. No puede evitar que yo actúe donde me dé la gana. No podía antes y ahora puede menos porque ya no nos une ningún contrato. Por lo tanto, soy un artista independiente y puedo hacer lo que quiera… Por ejemplo; nadie puede impedir que me plante en Atlanta y me ponga a tocar en la calle… ¿Qué crees que pasará si cuelgas el cartel de «cancelado» y yo me presento a mi hora y me pongo a tocar frente a tu club?

—*Que vendrá la policía y te sacará a patadas…*

—¿Lo dices en serio? Si se presenta la policía, será para acordonar la zona. Porque bastará un solo rumor de que voy a actuar, para que se llene de *fans*, de prensa, de fotógrafos… ¿Y sabes lo que dirán los titulares de todos los periódicos al día siguiente?

Del otro lado se oyó un suspiro hastiado.

—*Tío, no niego que le estás echando pelotas, pero esto no puede salirte bien ni por casualidad. Es la promotora musical más importante del país.*

—Su familia, no ella. Ella está jugando fatal sus cartas. Cualquiera con dos dedos de frente es capaz de verlo. Tú tienes más de dos dedos, así que haz lo que debes.

—*¿Prenderme fuego a lo bonzo, permitiéndote actuar? No puedo hacer eso, tío.*

—Sí que puedes. No devuelvas las entradas, devuelve la indemnización. Y mi mánager redactará un contrato manteniendo todas las actuaciones en las mismas condiciones que tenías con Sandy. Sin intermediarios, tu margen será mayor. Y yo conseguiré lo que he venido a hacer a Nashville.

—*No es tan sencillo. Sabes muy bien que los Carrington-Fox tienen mucha influencia en el mundo de la música, están detrás de la organización de los eventos más importantes, deciden quién entra en un estudio de grabación y quién no… Si nos ponemos gallitos, nos dejarán fuera de los circuitos country y si hacen eso, ya podemos ir bajando la persiana y dedicarnos a otra cosa.*

—Invertid en mí. Planteároslo como una inversión a futuro.

—*¿En ti? Estás de coña, ¿no?*

La ironía en su voz dejaba claro que tampoco se creía las razones oficiales de su prolongada ausencia de la música.

—Volveré a ser el número uno. Pero esta vez del mundo. A eso he vuelto a Nashville. Y te garantizo que no he dejado a mi familia atrás, para quedarme cruzado de brazos mientras alguien intenta poner en jaque las cosas que más me importan. Si me ayudáis, os compensaré. Y te diré algo; jamás olvido a quienes me han ayudado a llegar tan lejos. Se llama lealtad y va con el apellido Bryan. Mañana, podéis ser los empresarios que apostaron por mi regreso. O los que cancelaron mi actuación para acabar viendo cómo un millar de esos mismos *fans* bloqueaban las calles aledañas a vuestro negocio, seis manzanas a la redonda, para asistir a una actuación en vivo *y gratuita* de su artista favorito. La decisión es vuestra.

Durante unos instantes, Ken solo escuchó su propio corazón martilleando en el pecho. Ni siquiera miró a Tom, ya que era muy consciente de lo fuerte que había jugado. No necesitaba que nadie se lo recordara.

—*¿Seguro que vendrás?*

Ken soltó el aire que estaba reteniendo sin darse cuenta. Vio que Tom saltaba de la silla y se ponía a mover los hombros como si estuviera bailando.

—Estaré ahí. Sin músicos, eso sí. Trabajan para ella y todavía no me ha dado tiempo a sustituirlos. Pero no os preocupéis. No necesito músicos. Yo soy toda la música que mis *fans* quieren oír.

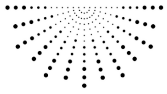
Otro suspiro que confirmó que las negociaciones iban por buen camino.

—Eso espero, tío. Mis socios van a caparme si esto no sale bien, así que más te vale que salga bien…

Recién entonces, Ken se permitió relajarse y chocó los cinco con Tom, al tiempo que decía:

—Saldrá mejor que bien, ya lo verás. Gracias por el voto de confianza, Elton. No lo olvidaré.

CAPÍTULO 29



A Chris se le disparó el corazón al ver el nombre que se iluminaba en la pantalla de su móvil. Se apartó con una disculpa del grupo formado por Jamie, su tía Dottie, April Sommerfield y Evelyn James y atendió la llamada.

—Hola, Ken…

—*Hola, Chris… ¿Podrías salir un momento por la puerta principal, la que da a la calle Albion?*

Solo con oír su voz, Chris abandonó la dura realidad de aquella mañana, para entrar de cabeza en un mundo distinto. Uno en el que solo estaban ella y ese hombre que conseguía rescatarla de sí misma con una facilidad pasmosa. Rescatarla hasta el punto de dejar de pensar en lo preocupada que estaba por Lilly, y reparar en detalles como el nivel de atención que él le seguía dedicando.

—¿Y cómo sabes que estoy en el hospital?

—*¿Y tú cómo crees que lo sé?*

—¿Has ido a buscarme al hotel?

—*¿Te sorprende?*

Chris exhaló un suspiro. La dulzura en la voz de Ken la envolvía incluso aunque él no estuviera a su lado. La mecía igual, la hacía sentir querida. Muy querida.

—Un poco… —admitió—. Hasta que caigo en la cuenta de que trato contigo, el hombre más inesperado y diferente que conozco. Entonces, deja de sorprenderme y me hace sentir genial.

Su risa suave, tan dulce como su voz, acarició el corazón de Chris que, inesperadamente, también se encontró sonriendo.

—*Eso me gusta más…* —concedió Ken—. *Bueno, ¿vienes o qué?*

—Voy —repuso ella antes de cortar.

Regresó brevemente junto a su grupo de gente.

—Disculpadme un momento. Enseguida vuelvo.

—Claro —respondieron las mujeres del grupo.

—No tardes —repuso Jamie.

Sus ojos la siguieron hasta que desapareció en el ascensor y en ningún momento dejó de preguntarse adónde iba. Tenía que estar relacionado con la llamada. ¿Y quién la llamaba a esas horas de la mañana, si su familia más próxima, o sea su tía y él mismo, ya estaban allí?

La respuesta apareció de inmediato en la mente de Jamie.

Y lo revolvió por dentro.

CHRIS SE DIRIGIÓ al punto de encuentro con la misma sensación de irrealidad que la acompañaba desde hacía doce horas. Lo último que se le habría ocurrido era que Ken se presentara allí con sus perros. ¿Quién hacía algo semejante? De ahí que su atención quedara temporalmente desviada hacia Noah y River, que enseguida se pusieron a hacer fiestas a su alrededor.

—Eh, pero ¿cómo estáis, pequeños? Qué sorpresa más buena…

Durante unos instantes, Ken presenció con una sonrisa en los labios y sin despegar los ojos de Chris, cómo sus perros festejaban volver a ver a alguien que les había caído bien desde el principio, mientras ella, otra *fan* declarada de los peluditos, llovía ternura sobre ellos.

Estaban a las puertas del hospital. Ken sabía que Chris necesitaba un poco de esa normalidad en un día difícil que había precedido a otro durísimo y había decidido darle una sorpresa. Tom no sabía que él estaba allí, le había dicho que salía a sacar los perros a dar una vuelta. Los pobres habían pasado parte de la noche en su furgoneta, ya que los nervios de Tom habrían explotado si se presentaba en su piso acompañado de los cachorros. Lo que, por cierto, le recordó que todavía tenía que tomar una decisión al respecto. Haberse quedado sin casa de un momento para otro, lo dejaba en una situación muy precaria para ocuparse de dos perros tan grandes que para peor estaban en la etapa más revoltosa de su vida. Tenía tantas cosas en las que pensar…

Al fin, la atención de Chris regresó a Ken.

—Gracias por traerlos… Necesitaba un poco de esa energía que los hace imparables…

Su mirada cargada de agradecimiento fue la mejor compensación para él.

—Un placer —Ken hizo el ademán de acercarse a Chris para besarla. Pero ella lo detuvo. Fue un ligero pero contundente movimiento de su mano. No lo estaba rechazando. Era solo que aquel no le parecía el mejor lugar para dejarse llevar.

Ken no avanzó, pero tampoco retrocedió. Sus miradas brillantes se encontraron y si ella había tenido alguna esperanza de que él no ahondara en el asunto, muy pronto se esfumó.

—¿No quieres que te bese?

Aquel tono cautivador y, a la vez, lleno de ternura fue el equivalente a una larga caricia de su mano a lo largo de la espalda. Chris deseó cerrar los ojos y sumergirse de lleno en aquella sensación que la embriagaba…

Pero estaban donde estaban, ya era de día y se imponía la cordura. Se obligó a centrarse en el aquí y ahora y cuando estuvo segura de haberlo conseguido, lo miró con expresión cómica.

—¿Tengo cara de tonta? —Una frase perfecta que le dio un pequeño masaje al ego de Ken a la par que disolvió esa atmósfera sensualmente expectante que se había instalado entre ellos.

Los dos rieron suavemente. Chris continuó:

—Será mejor que no eches leña al fuego —y al ver la desaprobación en los ojos masculinos, se apresuró a añadir—: ¿O debería decir «echemos»?

Una sonrisa pícara iluminó el rostro de Ken.

—¿Y por qué no? Somos libres y mayores de edad… Y hay cierta clase de fuegos que es una gozada mantener ardiendo…

Chris sacudió la cabeza ligeramente al tiempo que sonreía. Qué fácil resultaba todo cuando estaban juntos. Con qué facilidad y rapidez, Ken conseguía llevarla a su terreno y hacerla sentir fabulosa.

—Digamos que a mí me gustan demasiado tus besos y que a ti, como dijo Tom, no te

conviene agitar el avispero…

Ken pasó de la sonrisa cautivadora al gesto hosco en un santiamén.

—¿Qué sucede? —quiso saber Chris—. ¿Por qué te has puesto serio de repente?

Ken llevaba toda la noche en vela, dándole vueltas a cómo resolver el problema gordísimo en el que se hallaba y del que Chris no sabía nada, apenas había conseguido recuperar un par de actuaciones. Mentirle no era una opción.

—La bomba explotó de madrugada.

—¿Qué ha pasado?

Ken negó con la cabeza. No estaba allí para cargarla con sus propios problemas, sino para acompañarla en un momento complicado.

—No te preocupes, se solucionará. Dime, ¿cómo está Lilly? ¿Sabes algo más?

Ella se encogió de hombros.

—No mucho. Todavía no ha despertado. Aún no tienen los resultados de los análisis. La enfermera de planta me sigue dejando verla a cuentagotas… Es como un constante *deja vù*. Lo único distinto, es que ha venido mucha gente a verme… Hasta mi tía. Ha llegado hace un rato de Canadá… Por cierto, tengo que volver a entrar, los he dejado solos, ¿te importa?

¿Seguiría allí Jamie? Esa especie de jefe, amigo y ángel de la guarda que no se había molestado en ocultar su molestia al verlo junto a ella. Ken empujó aquellos pensamientos fuera de su mente y se apresuró a responder.

—No, no, claro… Ve entrando. Llevo a los peludos al coche y te sigo. No podré quedarme más que un ratito, ¿vale? Han cancelado el vuelo —mejor dicho, Sandy lo había hecho, y ya no quedaban plazas. Pero no pensaba explayarse más sobre el tema—. Tom está buscando vuelos alternativos, pero no descarto tener que hacer el viaje por carretera.

—Claro, claro… Por supuesto —dijo Chris, sospechando que la explosión habría tenido que ser de aúpa, si los planes habían cambiado tanto.

—Chicos, despedíos de Chris… *Con cuidado* —recalcó al ver que Noah se alegraba demasiado—. A ver si tiene que echar mano de su temible bastón.

—Qué va. Con vosotros, nunca… Sois dos perritos geniales… Gracias por la visita y por las fiestas, me ha alegrado un montón volver a veros… —se despidió Chris, frotando cariñosamente la cabeza de Noah y a continuación la de River. Luego miró a Ken—. ¿Vienes enseguida o…?

Ahora que estaba con él… Dios, por momentos, se sentía como una cría de quince años y eso la hacía sentir tan… Tan *ridícula*.

Para Ken no era ninguna ridiculez. Le encantaba sentir que Chris lo necesitaba tanto como él a ella. Era la confirmación de que había logrado lo que llevaba seis semanas intentando conseguir; toda su atención.

—Lo que tarde en llevarlos al coche.

DESPUÉS DE FIRMAR un par de autógrafos a dos enfermeras que habían salido a fumar un cigarrillo, Ken entró en el hospital. Se dirigió a la sala de espera de la primera planta por las escaleras, procurando que nadie se fijara en él. Tenía como mucho diez minutos para estar con Chris y no quería que lo entretuvieran.

Tan pronto entró en la sala, la vio en un extremo, entre un grupo de personas de quienes él

solo reconoció a una; James Daniels. Era un tipo delgado, de estatura media y aspecto corriente. Pelo castaño, ojos oscuros. Aquel traje gris le daba aire de directivo, aunque no llevara corbata. Pero aparte de eso, no había nada destacable en su persona. Era alguien que le habría pasado totalmente inadvertido de no ser por su relación con Chris que, por cierto, ignoraba en qué consistía todavía. Lo que intuía, sin embargo, no le gustaba.

Y estaba claro que el sentimiento era mutuo, pensó Ken. Al tipo se le había cambiado la cara al verlo.

Jamie procuró disimularlo. No era quién para permitirse pensar lo que estaba pensando ni aquel era el momento adecuado para otra cosa más que apoyar a Chris. Pero, francamente, no entendía qué hacía aquel tipo allí.

La situación no pasó inadvertida a Dottie. Ni la mirada que Jamie le dedicaba al joven que se dirigía hacia ellos. Ni la que él le dedicaba a Jamie. Lo más curioso del caso vino después, cuando el recién llegado estuvo lo bastante cerca para reconocer al artista que entrevistaban por televisión antes de un concierto multitudinario que había tenido lugar hacía más de un mes. Y no porque le interesara la música. Había sido la reacción de su sobrina lo que le había llamado la atención. Se había quedado literalmente con la boca abierta.

—Él es Ken —dijo Chris.

—Lo sabemos —apuntó Evelyn alegremente—. Al menos, yo lo sé. Encantada de conocerte, Ken. Soy Evelyn.

Ken se cambió la pequeña botella de agua mineral de mano y estrechó la de Evelyn.

—Igualmente —repuso algo sorprendido.

—Yo también lo sé —intervino April—. En honor a la verdad, no habría podido decir lo mismo hace una semana. Me temo que no estoy al día de las novedades musicales. Pero después de ver que la A.G.L.T. agotaba sus existencias en el mercadillo solidario, lo he aprendido todo sobre usted. Por cierto, encantada de conocerlo.

—Igualmente… Vaya, las noticias vuelan

—Esta es mi tía Dottie —dijo Chris, pasándole un brazo alrededor de la cintura.

—También lo conozco. Encantada —repuso ella.

—Igualmente, señora —dijo Ken con la formalidad propia que se solía tener en aquellos casos, y que a Chris le derritió el corazón.

—¿Cómo que lo conoces? ¿Desde cuándo escuchas música country? —bromeó Chris en un intento de romper el hielo.

—No la escucho, lo siento —dijo dirigiéndole una mirada amable al artista, quien le quitó importancia con un gesto—, pero estabas hablando y, de pronto, te pusiste a ver la televisión como si estuvieran anunciando una invasión extraterrestre, así que también presté atención.

Chris supo que se había puesto roja por el fuego que sentía en las mejillas. El momento al que se refería Dottie regresó a su mente. Estaba tan sorprendida de descubrir al fin quién era él, que se había olvidado por completo de que su tía estaba allí cuando sucedió.

Qué dato más interesante, pensó Ken. Así que Chris había dejado de hablar… ¿Había sido en plan «mmm, la cara de este tipo me resulta familiar»? ¿O en plan «¡maaaadre mía, es el buenorro de Nueva York!»? Y ¿cuándo había sido eso? Porque, según ella, no tenía la menor idea de quién era él.

—¿Salía yo? —preguntó, divertido, después de darle un buen trago a su botella de agua mineral—. ¿Cuándo?

Chris se apresuró a quitarle importancia y continuó con las presentaciones.

—Son cosas de mi tía. A Jamie ya lo conoces…

Ken se limitó a hacer un leve movimiento con la cabeza a modo de saludo que Jamie retribuyó.

—No, no son cosas mías —volvió a decir Dottie. Miró a Ken—: Te estaban entrevistando en un concierto. No recuerdo el nombre, pero había mucha gente. Fue hace un mes o así.

Ken asintió satisfecho.

—Ah, ya sé de cuál habla. Fue el World Aid.

—Pero ahora que te veo aquí… —continuó Dottie con un punto casi indetectable de picardía —. Ella no dijo nada de que os conocierais.

Chris miró a su tía con cara de «basta ya».

—Es que no nos conocíamos.

La sonrisa de Ken la delató. Y sus palabras siguientes la dejaron totalmente en evidencia.

—Eso no es del todo cierto…

Jamie, que hasta el momento había presenciado el intercambio de información sobre el que él venía devanándose el seso las últimas horas, ya no pudo más.

—¿Os conocíais? Llevas años en los confines del mundo, ¿cómo que os conocíais?

Pero una vez más, su esfuerzo por saber qué era lo que se cocía entre su amiga y aquel guaperas quedó en aguas de borrajas cuando apareció una enfermera y preguntó:

—¿Chris Thompson está aquí?

—Sí, soy yo.

—Me avisan de arriba que su hermana está despierta y pregunta por usted.

A Chris le faltó tiempo para ponerse en marcha hacia los ascensores.

Dottie fue tras ella. Sabía que probablemente no la dejarían pasar, pero lo intentaría de todas formas. Y si, Dios no lo quisiera, lo que encontraba su sobrina al abrir la puerta de la habitación no auguraba una pronta recuperación, al menos estaría cerca para apoyarla, igual que había hecho siempre.

Entonces, Chris se dio cuenta de que se había marchado sin decir una palabra y se volvió brevemente:

—Gracias por venir… —Sus ojos se demoraron en los de Ken al decir—: En cuanto pueda, vuelvo con noticias.

Ken le respondió con un guiño. De buen grado habría subido con ella. *Estaba allí por ella*. Pero era consciente de que hacerlo habría dado que hablar entre las personas que la acompañaban, especialmente una de ellas, y Chris ya tenía suficientes frentes abiertos. En cuanto Ken volvió a poner su atención en el grupo en el que se hallaba, se dio cuenta de lo acertada que había sido su decisión. De pronto, se respiraba un aire muy denso.

En efecto, así era. Aunque al despedirse, Chris se había dirigido a todos, a Jamie no se lo pareció. Los ojos de Chris apenas se habían separado del guaperas mientras hablaba. ¿Y qué problema había? Ninguno, por supuesto. Después de todo, ¿qué había hecho él por ella, aparte de volar desde otro país en cuanto se había enterado del accidente y llevar en pie toda la noche para acompañarla? Darse cuenta de lo molesto que estaba, hizo que Jamie se sintiera aún más fuera de lugar.

—Qué suerte que al fin vaya a poder ver a su hermana… Estaba tan preocupada… —comentó April, consciente de la tensión.

—Sí, desde luego —intervino Evelyn por la misma razón—. Cuando estás en un hospital, el tiempo corre mucho más despacio. Es una tortura.

Ken hacía que prestaba atención e intervenía en los comentarios con algún gesto de la cabeza u ofreciendo una sonrisa. En realidad, solo prestaba verdadera atención a aquel tipo que, de repente, parecía tenso e incómodo. Ya no le quedaba ninguna duda de que a Daniels le molestaba profundamente su presencia. Solo se le ocurría una explicación a tanto malestar…

Y la maldita explicación no hacía sino irritarlo. Más y más cada minuto que pasaba.

KEN echó un vistazo a la hora y comprendió que se le había acabado el tiempo.

—Actúo esta noche, así que voy a tener que marcharme… Encantado de nuevo.

—Espero que no le importe que me tome el atrevimiento de invitarlo a nuestro próximo mercadillo. No me ofenderé si declina la invitación —se despidió April, haciendo reír a Ken con su desparpajo. Sabía quién era, Chris se lo había contado, y sus formas elegantes, pero superdirectas le agradaban.

—¡Es bueno saberlo! —bromeó él. Su sonrisa dejó claro que ni su invitación le parecía un atrevimiento ni la declinaría.

Jamie puso los ojos en blanco. Afortunadamente, nadie lo vio hacerlo.

—Seguro que volveremos a vernos en otra ocasión… —se despidió Evelyn—. ¿Dónde actúas?

—En Atlanta.

—Ah, me queda un poco lejos… ¿Tienes algún show en Knoxville? ¡Iría encantada!

Ken iba a decir que sí, pero recordó cuánto habían cambiado las cosas en las últimas seis horas. Con Tom tenían previsto ponerse en contacto con todos y cada uno de los locales y festivales que aparecían en el contrato, pero con tan pocas horas la prioridad había sido resolver el de Atlanta. Así que, en realidad, ignoraba si lograría recuperar las dos actuaciones que tenía previstas allí para finales de septiembre.

—Mi mánager está en conversaciones con empresarios de Knoxville. —Asintió con la cabeza dando a entender que las negociaciones iban bien—. Le diré a Chris que te avise cuando las fechas estén confirmadas.

«Le diré a Chris que te avise», repitió Jamie mentalmente. No fueron sus ojos lo que mostraron su desdén, sino un suspiro. Un suspiro que esta vez no pasó desapercibido a nadie. En especial a Ken, quien decidió que ya había tenido bastante.

—Será mejor que me vaya de una vez… ¡Adiós, señoras, un gusto! —Miró a Jamie y le dijo —: ¿tienes un minuto?

Jamie tenía muchos minutos y ninguno que le apeteciera dedicarle a aquel tipo que se sabía famoso y atractivo y no dejaba de sacarle partido. Pero, por lo visto, tendría que hacerlo.

—Claro.

Después de excusarse con un ligero movimiento de cabeza con April y Evelyn, siguió al artista.

KEN NO ANDUVO MUCHO. Solo lo bastante para alejarse de las áreas donde hubiera gente que lo reconociera y se interesaba por oír una conversación que él sabía que no sería grata. Se detuvo en

el pasillo a mitad de camino entre el mostrador de información y una puerta de cristal pintada de blanco que separaba una zona especial para pacientes en observación.

Fiel a su estilo, Ken no se anduvo por las ramas y estableció el contacto visual al hacerlo.

—¿Qué problema tienes conmigo?

Jamie fue igual de directo.

—¿Qué te hace pensar que te lo diría, de tener alguno? No te conozco y no tengo por qué darte explicaciones.

Ken sonrió con ironía.

—¿De tener alguno, dices? *Tienes un problema.* Te lo montas tan mal que todo el mundo se da cuenta de eso, no solo yo. Y en el momento que Chris se dé cuenta, si no lo ha hecho ya, voy a ser yo el que empiece a tener un problema contigo. Uno muy gordo. Así que aclaremos este asunto de una vez. ¿Quién eres tú? ¿Qué eres en su vida y por qué te pones verde solo con verme?

—¿No sabes quién soy? ¿Acaso me estás contando que Chris no te ha hablado de mí? —Jamie no pudo evitar sonreír. Era imposible que Chris no le hubiera dicho quién era, de modo que pretendió ser una sonrisa irónica.

Ken no lo tomó así. Su risita le pateó el hígado. Lo revolvió por dentro.

—No. No te ha mencionado ni una sola vez.

—Si no te habló de mí, es que sigues siendo un extraño para ella. Teniendo en cuenta que tu cara sale en las revistas cada día… ¿Ves la ironía?

—No soy un extraño, ya te gustaría —Ken se cruzó de brazos, en actitud desafiante, y apuntó a la cabeza—: Dime, ¿cuánto hace que estás colado por ella?

Vio que la expresión de Daniels se transformaba por completo. Sus ojos lucían brillantes, amenazadores.

—Vuelve a decir eso y te parto la cara.

Ken asintió repetidas veces con la cabeza. Así que era cierto. Así que su intuición, para no variar, estaba en lo cierto. No se había equivocado, pero, ahora veía claro que se había quedado corta; Daniels nunca le había hablado de sus sentimientos a Chris.

—Ya sé cuál es tu problema conmigo. Me da igual si me dices quién eres o no, ¿sabes por qué? Porque *no soy* un extraño para Chris y voy a tener muchísimo tiempo para averiguarlo todo sobre ti.

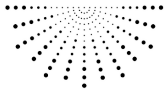
—¿Qué significa eso? ¿Que vas a sentar la maldita cabeza con ella? No me hagas reír. Cambias de acompañante como de camisa y los dos sabemos que esta vez no va a ser diferente. Y ahora que lo menciono, ese es justamente el problema que tengo contigo. Que no entiendo qué haces aquí, representando el papel de hombre interesado. Sabes perfectamente que esta noche, cuando acabes de actuar, estarás representando el mismo papel con otra. U otras, en plural. Su vida no tiene nada que ver con la tuya. Puede que consigas engañarla un tiempo, pero ¿sabes qué es lo que nunca conseguirás? Estar a su nivel, tío. Chris es mucha persona, mucha mujer para ti. Antes o después se dará cuenta de que no le llegas ni a la altura del zapato.

—Tú no sabes nada de mí. Y no voy a molestarme en explicarte por qué te estás equivocando de medio a medio, pero sí voy a darte un consejo. Si no quieres que Chris se dé cuenta de lo que sientes por ella, aprende a controlar tus náuseas. Porque de algo puedes estar seguro; seguiremos viéndonos las caras. Te guste o no.

Y con esas, Ken dio media vuelta y se marchó, dejando a Jamie mucho más descompuesto que antes.

Y mucho más confuso.

CAPÍTULO 30



Chris entró en la habitación de Lilly con el alma en vilo. Dottie había subido con ella en el ascensor, pero se había quedado atrás, por lo que, previsiblemente, aún estaría peleándose con la enfermera, intentando convencerla de que también era familia y tenía derecho a ver a la paciente.

Tan pronto vio a su hermana con los ojos abiertos, Chris soltó un suspiro y apuró el paso hacia ella.

—Ay, Lilly, qué alivio… ¿Cómo estás? —Un quejido la alertó de que ni siquiera intentar darle un beso en la frente era una opción—. Perdona, nena. Vaya pregunta acabo de hacerte… Seguro que no habrá un solo lugar que no te duela… ¿Recuerdas lo que pasó?

Lilly asintió ligeramente con la cabeza. Apretó los párpados cuando sus huesos le recordaron que el menor movimiento le hacía ver las estrellas.

—El otro coche… se me vino encima… —murmuró. Entonces sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¿Qué… qué tengo en la cabeza? Mi brazo… No me dicen nada… Solo que procure no moverme…

Chris acercó la mano para acariciarle el rostro, pero hizo el recorrido en el aire, sin llegar a tocarla.

—Di que sí… Son unos pesados… Yo tampoco sé mucho, pero si quieres, te cuento lo que veo —le dijo con tono gracioso.

Lilly no sonrió. Su gesto sombrío no cambió un ápice. Chris ignoró el nudo en la boca de su estómago y continuó relatándole las lesiones que tenía.

—¿Tengo el brazo derecho inútil? —preguntó Lilly. Su gesto se hizo aún más penoso al comprender que eso no solo implicaba el final de sus prácticas en el restaurante *El Barracuda*, también perdería el año en la escuela de cocina.

Esta vez, Chris se las arregló para encontrar un hueco libre de heridas y apósitos en la mejilla de su hermana y posó su mano allí.

—Inútil no, cariño. Temporalmente de vacaciones. Te recuperarás, Lilly. Y cuando lo hayas hecho, seguirás adelante con tus planes. Esto es solo un paréntesis.

—Nooo… —balbuceó ella.

—Vamos, nena. ¿Qué son unos pocos meses para una máquina como tú? Arriba ese ánimo. Estás viva, Lilly. Y estás bien… —al ver la mirada enojosa de su hermana, bromeó—. Bueno, vaaaale, estás horrible, ¿te quedas más conforme así? Pero pudo haber sido fatal y no lo fue. Y eso es todo lo que importa. De todo lo demás nos ocuparemos a su debido tiempo.

Lilly respiró hondo. O al menos lo intentó. Su cara de dolor mostró a las claras que esa era

otra de las cosas que tampoco podía hacer. Sus pulmones, por lo visto, también estaban de vacaciones para según qué tareas.

—Puedes hacerlo, Lilly, solo que más despacio y con cuidado —le aseguró Chris.

La joven volvió a intentarlo. No consiguió llenar sus pulmones, pero esta vez inspiró más aire que la vez anterior.

—Hay que avisar al chef…

—Ya lo sabe —la tranquilizó Chris—. April Sommerfield se lo dijo. Vendrá a verte en cuanto te permitan recibir visitas…

—¡Nooo!

Chris no pudo evitar reír ante la expresión horrorizada de su hermana.

—¿Y por qué no? —Vio que su hermana le dedicaba una mirada cargada de ironía—. No quieres que te vea así, ¿es eso? —Otra mirada todavía más irónica—. De acuerdo, le diré que no venga.

Lilly cerró los ojos. Intentó una respiración más profunda, pero sus costillas volvieron a impedírselo y esta vez se puso a sollozar.

Chris se inclinó hacia ella, lo más cerca que pudo e hizo lo que hacía siempre.

—Tranquila, preciosa, tranquila. Ten un poco de paciencia. Acabas de despertarte, date tiempo… Sé que es un *shock* para ti, que te duele todo, hasta lo que no te has roto. Pero pasará, Lilly. Pasará, nena. Eres fuerte y te recuperarás. En unos cuantos meses esto no será más que un mal recuerdo —buscó su mirada, pero Lilly aún seguía apretando los párpados—. Venga, hermanita, por favor… Me parte el alma verte sufrir…

—¿Qué vamos a hacer ahora? —balbuceó, llorando con congoja—. Todo iba tan bien…

—Seguir con nuestra vida, Lilly. Eso es lo que vamos a hacer…

—¿Así… de fácil? Se supone… que yo… tengo que cuidar de ti ahora que esa rodilla te lo pone todo tan difícil… —Hizo una pausa para recuperar el resuello—. ¿Cómo voy a hacerlo con dos costillas fracturadas y un brazo roto?

A Chris se le derritió el corazón.

—Ay, Lilly… Nena, estoy bien… Te agradezco en el alma que quieras seguir cuidando de mí, pero, de verdad que no hace falta. No podré participar en una maratón, pero todo lo demás no se me resiste.

—No es así… —volvió a sollozar—. No es justoooo…

—Ay, cariño, no… Esta no es forma de hacer frente a las cosas y tú lo sabes mejor que bien. Desahógate un rato, si lo necesitas. Enfádate y llora, vale. Pero después pon toda tu energía a trabajar por ti, a tu favor. Cuanto antes te recuperes, antes podrás seguir con tu vida. ¿De acuerdo, Lilly? —le dijo con dulzura buscando su mirada. La vio respirar a medio fuelle, que era todo lo que le permitían sus costillas y al fin, hacer un ligerísimo movimiento afirmativo—. ¡Esa es mi chica!

En aquel momento se oyeron unos golpes en la puerta. Lilly se tensó de inmediato. El horror que había en sus ojos le informaron a Chris que seguía sin querer que nadie la viera en aquel estado.

—Tranquila, si no lleva una bata blanca o un pijama verde, ¡no pasará! —dijo blandiendo su bastón cómicamente.

NO HABÍA batas ni pijamas al otro lado de la puerta.

Cuando Chris la abrió y se asomó por poco se cae de espaldas.

Ken sonrió.

—Me encanta sorprenderte. Se te pone una carita que… —*Te comería a besos*.

—¿Qué haces aquí? —atinó a preguntarle cuando recuperó el habla. Salió al pasillo y cerró la puerta tras de sí. No solo porque Lilly no quisiera que la vieran, sino porque Chris no quería que Lilly viera a Ken. La conocía lo bastante para saber que las preguntas no acabarían nunca. Por no mencionar las bromas.

Él apoyó una mano contra la pared, muy por encima de la cabeza de Chris, quien miró ligeramente hacia arriba y volvió a mirarlo a él con cara de «repito; ¿se puede saber qué estás haciendo aquí?».

Hacía lo que debía, lo que deseaba más que nada. En un primer momento, él mismo se había dejado llevar por el que dirán por no causarle más problemas a Chis, pero tras su conversación con Daniels, había visto más claro que nunca que la gente siempre hablaba, si se le presentaba la ocasión. Y siempre lo haría. Aunque no tuviera ni la más zorra idea de lo que decía, como era el caso.

—¿Creías que me iría sin despedirme de ti? —repuso sin darse por aludido de su mirada.

Su perfume la estaba mareando. ¿O era esa dulzura traviesa que Ken exudaba por cada poro de su piel?

—Sí —se las arregló para responder—. Porque es lógico pensar que si hacías lo que haces siempre que quieres salirte con la tuya, darías lugar a habladurías que no nos convienen ni a ti ni a mí. Y como eres un tipo inteligente, muy capaz de pensar con lógica…

Ni él ni su sonrisa imposible se inmutaron.

—¿Por qué no te conviene? ¿Te preocupa lo que diga tu tía? ¿O es tu jefa quien te preocupa?

Tenía gracia que creyera que April era su jefa. Lo que ponía sobre la mesa otro asunto importante; ni siquiera había tenido tiempo de contarle quién era Jamie. Por supuesto, no lo haría ahora.

—Entre otras cosas, sí.

—No te preocupes —coqueteó—. Les he caído fenomenalmente bien a las dos.

—Ya. ¿Y qué hay de ti? Según Tom, los hospitales son uno de los sitios favoritos de los *paparazzi* y, como ves, estamos en un hospital…

Ken sonrió pícaro.

—¿Esa es tu excusa? Que sepas que voy a besarte igual.

Se miraron un poco risueños y bastante inmersos en el proceso habitual que se ponía en marcha cada vez que estaban juntos. Un proceso cuyo primer efecto secundario era que lo que los rodeaba, sencillamente, se evaporaba.

—¿Y si yo no quiero?

Él ladeó la cabeza y su mirada, aunque todavía risueña, se volvió mucho más intensa.

—Te pregunté lo mismo cuando estábamos fuera. ¿Recuerdas lo que me respondiste? —Chris asintió—. ¿Qué ha cambiado tanto en media hora, aparte de que estamos cuatro plantas más arriba? Sigues teniendo cara de tía listísima… Y preciosa —añadió a dos centímetros de sus labios.

Ay, Dios…

—Y a ti sigue sin convenirte que nos relacionen juntos.

—¿Y eso quién lo dice? —repuso él.

Pero no le dio tiempo a responder. Su boca se abrió sobre la de Chris y el beso fue largo y mucho más vehemente de lo que las circunstancias y el lugar permitían.

Al fin, se apartó despacio. A regañadientes, dándole ligeros besos sobre los labios. Tan ligeros que parecían caricias y se las arreglaban para mantener a Chris totalmente cautiva del momento.

—¿Estás bien o necesitas que te haga la respiración boca a boca? —murmuró él.

Fanfarrón. Chris sonrió al fin.

—Cualquier excusa te vale para salirte con la tuya, pero te aguantas porque no necesito asistencia. Estoy perfectamente…

—Mentirosa —repuso él, riendo suavemente.

—Vamos, vete ya, Ken…

—¿O qué?

—O seguiré queriendo que me beses y… —Chris miró alrededor. Sus ojos se encontraron con los de Dottie que había dejado de pelearse con la enfermera y ahora la miraba totalmente alucinada—. Mi tía nos ha visto…

Ken volvió ligeramente la cabeza y no pudo evitar echarse a reír.

—Creo que la que va a necesitar respiración boca a boca es ella. ¡Vaya cara se le ha quedado!

Era normal, pensó Chris. Estaba segura de que era la primera vez que la pillaba en un renuncio. Por no mencionar que Dottie sabía que hacía años de la última vez que Chris había tenido a alguien con quien pudieran pillarla en esa clase de renuncios.

—Ya veremos cuánto te ríes cuando empiecen las preguntas —se quejó y lo empujó suavemente, instándolo a que se fuera—. Vamos, márchate antes de que alguien se dé cuenta de quién eres y…

—Está bien, ya me voy, ya me voy… Esta noche te llamo, ¿de acuerdo? —y se inclinó a robarle un último beso antes de alejarse a paso ligero.

Chris lo vio saludar a Dottie con la mano al pasar frente a ella y pensó «tierra, trágame».

Pero a pesar de todo, le encantaba que él dejara claro cuánto le importaba. Su entrega y su determinación por demostrarle cuánto significaba para él le llegaban al corazón.

DOTTIE DEJÓ HABLANDO sola a la enfermera y fue al encuentro de su sobrina mayor. Ya que estaba en el pasillo, nadie podía impedirle nada.

Chris esbozó una sonrisa incómoda cuando la sexagenaria se detuvo frente a ella con los brazos en jarra y empezó a golpear el suelo repetidas veces con la puntera de su zapato.

—Deja de hacer eso, que ya soy mayorcita para besar a quien me dé la gana —dijo Chris rompiendo a reír ante el histrionismo de su tía.

—Pues cuando estábamos abajo decías que eran cosas mías —retrucó Dottie—. Así que primero; dime cómo está Lilly y segundo; desembucha.

La mención a Lilly hizo que Chris regresara de sopetón al mundo real. Lo hizo con esa sensación extraña que la invadía cada vez que caía en la cuenta de la facilidad de aquel hombre para arrancarla de esta realidad y sumergirla de cabeza en otra paralela. Otra en la que solo estaban ella, él y una locura desbordante de sentimientos y sensaciones que crecían a la carrera, sin que ninguno de los dos pudiera hacer nada al respecto.

Exhaló un suspiro e intentó centrarse.

—Está bien. Muy dolorida. Preocupada por cómo afectará esto sus planes inmediatos y por su aspecto… No quiere que nadie la vea tan horrible… Y sí, desanimada por las injusticias del mundo, ya la conoces… Sigue pensando que lo de mi rodilla es una injusticia y que tiene que cuidarme y que cómo va a hacerlo con un brazo inútil y dos costillas rotas, etcétera, etcétera, etcétera. Aparte de eso, su memoria parece estar bien y aunque el médico aún no ha venido a darme los malditos resultados de las pruebas… —Exhaló un suspiro—. Creo que Lilly está bien y se recuperará.

Dottie asintió aliviada.

—Bien, bien, bien. ¿Me dejará entrar a verla cuando le permitan visitas o tendré que esperar a que se curen sus heridas?

—No se lo digas, pero creo que la prohibición solo aplica a hombres ajenos a la familia —le dijo en voz baja.

Dottie sonrió traviesa. Ahora que el alma había vuelto a su cuerpo después de comprobar que sus dos niñas estaban bien, se sentía liberada.

—¿Habrá conocido a alguien especial? —curioseó y enseguida entornó un ojo y miró a su sobrina mayor—: Como alguien que miro y no nombro.

—Me hablaba mucho del chef y cuando le comenté que vendría a visitarla, le faltó tiempo para decirme «¡nooooo!», toda horrorizada, así que…

—Pero, por lo que me dijo, él tiene treinta años… Es muy mayor para ella.

—¿Y eso lo dices tú? ¿Cuántos años te llevas con Frank?

—No es lo mismo. Yo ya peinaba canas cuando lo conocí… Además, no te vayas del tema que todavía te falta desembuchar.

Chris negó con la cabeza.

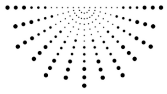
—No, Dottie. Lo siento, pero no. La enfermera todavía no ha venido a echarme, así que volveré a entrar y me quedaré con Lilly; llevo doce horas rogando poder hacer esto. Si quieres saber más, tendrás que esperar.

Y después de hacerle un guiño, volvió a entrar en la habitación y cerró la puerta.

Lilly estaba con los ojos cerrados. Se acercó hasta la cama procurando no hacer ruido y prestó atención. Su respiración era pausada y, dentro de lo que cabía, su rostro lucía bastante relajado. Chris cogió una silla, la puso lo más cerca posible de la cama y finalmente se sentó. Su rodilla mala se quejó y ella la estiró despacio para que dejara de doler. Exhaló un largo y profundo suspiro.

Lilly dormía. Solo dormía. Gracias a Dios no la había perdido.

CAPÍTULO 31



Tom ya lo estaba esperando en la puerta con las guitarras y el equipaje, cuando Ken aparcó en doble fila.

—Tío, un poco más y me convierto en piedra. ¿Adónde has ido a pasear a tus chuchos, a otro país? ¿Te acuerdas de que esta noche actúas en Atlanta y todavía tenemos que llegar?

—Venga, sube, quejica. Los tres necesitábamos airearnos un buen rato después de la noche que hemos pasado. Pero ya estamos aquí. ¿Hay alguna noticia?

Una vez que Tom acomodó las cosas en los asientos de atrás y ocupó el suyo, junto a Ken, él reanudó la marcha.

—Sí, no ha habido suerte con los vuelos. Las conexiones nos harían llegar muy justo y no merece la pena arriesgarse. Vamos por carretera y asunto resuelto. Si quieres, puedo conducir yo y tú te echas a dormir un poco en el asiento de atrás… —dijo mirando el lugar donde estaban Noah y River—. Por cierto, ¿qué vas a hacer con ellos? Espero que no te haya cruzado por esa cabezota que vengan con nosotros a Atlanta, ¿no? —Y acompañó sus palabras de una mirada ceñuda.

Llevarse a sus peludos de gira con él era algo que estaba en sus planes de futuro. Tom lo sabía y de ahí su pregunta (y su mirada asesina). Pero, precisamente, porque era un amante de los animales y un gran conocedor de sus perros en particular, sabía que hacerlo no sería una buena idea en esta ocasión. Lo habían pasado muy mal la noche anterior. Primero, viendo cómo unos extraños los ataban y luego entraban en «su territorio». Y luego, viendo que su amo se marchaba y los dejaba durmiendo en el coche. Necesitaban un poco de normalidad y lo más cercano a eso que podía darles, era llevarlos con sus adiestradores. Eran personas conocidas que además los querían y el entorno también les era familiar. Ken los había llamado al salir del hospital y Gary le había confirmado que podían hacerse cargo de ellos el tiempo que hiciera falta. Solo serían veinticuatro horas. Lo que le tomara llegar a Atlanta, actuar y regresar a Nashville.

—Tranquilo, esta vez no tendrás que aguantarlos —dijo mirándolo brevemente—. Gary y Paul se los quedarán encantados.

Tom soltó una risa irónica.

—Pues yo me quedo en el coche. Porque después de la noche que hemos tenido, como alguno de esos floripondios me dedique una miradita tierna, te juro que los zurro. Así que mejor…

Ken no pudo evitar reír.

—Sí, mejor. Tengamos la fiesta en paz.

EN EFECTO, al llegar al centro veterinario, Tom no se apeó de la F-150. Oculto tras sus *Rayban* de sol de estilo aviador, se dedicó a su móvil. Lo cual no evitó ni las miraditas tiernas ni tampoco los comentarios por parte Gary, uno de los dueños.

—Ay, cuánta guapura de amo y qué penita de perros… ¿Cómo es que están tan sucios? Mira, mira, ¿y estos pegotes de pelos? No, no y no. Estos chicos necesitan un buen baño y una buena *coiffeur*.

Ken obvió completamente la primera parte del comentario y fue directo a responder el segundo.

—Estoy de acuerdo. Ocúpate, por favor, ¿vale, Gary?

—¡Por supuesto!

—Fantástico. Mañana a mediodía los recojo. ¿Te dejo su alimento?

—No hace falta. Aquí hay de todo, ¿verdad, pequeños?

—¿Les llamas pequeños a mis perros? ¡Eres peor que yo!

—Ese es peor que tú —repuso él en confidencia, señalando a Tom—. ¿Por qué no se baja? ¿Pensará que tenemos una enfermedad contagiosa o algo así?

Ken le palmeó el hombro y Gary enseguida le devolvió una sonrisa que le hizo recordar por qué jamás lo tocaba.

—Qué va. No le gustan los animales y encima los míos siempre le llenan de pelo esos pantalones carísimos que le gusta ponerse…

—Y que le sientan tan bien —repuso Gary, haciéndole ojitos a Tom que seguía empeñado en ignorar lo que sucedía fuera de su asiento—. Vale, por esta vez, se lo perdonaremos, ¿verdad, cari? —le preguntó al celoso de su pareja.

Paul fabricó una sonrisa de plástico para Ken y luego miró a su chico.

—Lo que tú digas, *baby*.

Ken se inclinó a despedirse de sus perros frotando sus cabezas, como hacía siempre.

—Sed muy buenos chicos, ¿vale? Mañana vuelvo a por vosotros. ¡No la lieis ni rompáis nada, ¿eh?!

—¡Y tú no les pidas milagros! —se rio Gary al tiempo que sacudía la cabeza.

TOM HABÍA CONDUCIDO la mayor parte del trayecto, de modo que Ken había podido dormir. Faltaban cincuenta kilómetros para llegar a Atlanta, cuando Tom detuvo la F-150 en un bar de la carretera y despertó a su amigo.

—Necesito ir al baño y tampoco nos vendrá mal tomar un café.

Ken se enderezó, se restregó los ojos y miró alrededor.

—¿Dónde estamos?

—Cerca. —Le entregó las llaves de la furgoneta—. Voy al servicio. Te espero dentro.

Ken asintió con la cabeza. Se desperezó y a continuación se echó un vistazo en el espejo retrovisor. El aspecto de su cara y de sus pelos no dejaba lugar a dudas de lo que había estado haciendo, pensó divertido. Se pasó los dedos, peinándolo lo mejor que pudo. Volvió a calzarse las botas cortas y se apeó.

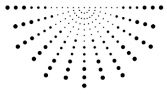
Su vida profesional estaba en suspenso y todavía le quedaban montones de cosas que resolver de su vida personal, pero de alguna manera que no era capaz de explicar, se sentía tranquilo.

En realidad, pensó, no podía explicar cómo sucedía, pero sí podía explicar por qué.

Estar junto a Chris obraba magia en él, en su ánimo… Incluso en cómo se desarrollaban las cosas de su vida. Era mirarla a los ojos y sentir que ese remanso que había en ellos también lo envolvía a él. Era como si todo estuviera en orden. Como si todo sucediera de la manera que debía suceder. Lo cual no tenía mucho sentido desde el punto de vista lógico… Pero ¿qué había de lógico en lo que había sentido y vivido junto a Chris desde que se habían visto por primera vez?

De lógico, nada. De mágico, todo.

CAPÍTULO 32



Era imposible que Ken fuera a alguna parte y la gente no se congregara a su alrededor. Tom se armó de paciencia. Habían parado en aquel bar de carretera porque necesitaba ir al baño y los dos necesitaban un café, pero como el tío no dejara de hacerse selfis con los empleados y de firmar autógrafos, les daría Navidad y seguirían allí.

—¡Una más, una más…! ¿Que no me fío de que esta noche pueda cazarte! —rogó una de las camareras, empujando a sus compañeras para conseguir salir en el centro de la foto, junto a Ken.

Él sonrió, dejó que tomaran unas cuantas fotos más y al fin se disculpó:

—Chicos, me tengo que ir. En serio. Esta noche nos vemos, ¿hecho?

—¡Hecho! —exclamaron en un coro bastante desafinado, al tiempo que una a una, las tres chicas y los cuatro chicos chocaban los cinco con Ken.

Regresó a la mesa con una sonrisa que no le entraba en la cara… Y sin su café. Tom soltó un bufido.

—Siéntate, anda. Yo iré por tu café. Tú no te muevas de aquí —le ordenó.

—Gracias, tío. Te debo una.

—¿Solo una? Qué cuentas más raras llevas tú…

Un rato más tarde, con un café y un sándwich, los amigos continuaron hablando del tema del día.

—¿Sabes algo de Shane? Acabo de caer en la cuenta de que no tenemos seguridad. De los músicos, puedo prescindir… Pero sin Shane abriéndonos camino y manteniendo a todo el mundo a raya… —Ken negó con la cabeza—. No sé yo si podemos prescindir…

—Sí, hablamos esta mañana. Con tanto jaleo se me olvidó contártelo… Dice que cuentes con él, que esta noche nos estará esperando en el complejo deportivo… Pero, bueno, supongo que habrá que verlo.

No, pensó Ken, Shane era un tío de ley.

—Si ha dicho que cuente con él, es lo que hay.

Tom hizo un gesto dudoso con la boca. En su ánimo no estaba criticarlo, pero todo el mundo tenía responsabilidades a las que hacer frente. Prefería no descartar la posibilidad de que Shane cambiara de idea cuando viera que no podía pagar el alquiler.

—Por las dudas, hazte a la idea de que en los próximos meses verás ir y venir a mucha gente que tienes por amigos. Es lógico. Todos tenemos que comer.

—¿Eso te incluye a ti también? —dijo Ken sin ambages, como era habitual en él.

—Sí, claro. Como no llevo los últimos quince años a tu lado, aguantando todos los

chaparrones y rescatándote de la riada cuando el chaparrón de turno pasa a mayores… —repuso con segundas.

Era lo que le faltaba por oír y quería que Ken tuviera claro que bajo ninguna circunstancia lo oiría una segunda vez, de modo que mantuvo la mirada sobre él.

—Perdona, tío. Me he pasado. Lo siento mucho. Es que… La vida ya es bastante complicada sin que la gente se olvide tan convenientemente de que ha dicho ser tu amigo y te la juegue en el peor momento. Estoy harto de tanta hipocresía.

Tom asintió dando por buena su disculpa. Era muy consciente de lo mal que Ken llevaba la facilidad con la que la gente se cambiaba de chaqueta según los dictados de sus propios intereses. A él también le molestaba sobremanera.

—Bienvenido al club. Pero como digo, no cuentes con nadie hasta que sea un hecho consumado. Será lo mejor para todos.

Ken negó con la cabeza. Desconfiar no estaba en su naturaleza. Simple y llanamente no era así.

—No voy a dejar de creer en la gente porque haya personas incapaces de mantener su palabra cuando las cosas se tuercen. Confío en Shane. No habría dejado mi seguridad en sus manos de otra forma y conmigo siempre ha recorrido la milla extra. Si ahora que está lloviendo barro decide quedarse a mi lado, lo tendré muy en cuenta y la recompensa será grande. Y si no… —se encogió de hombros—: Él se lo pierde.

Tom se dedicó a su sándwich sin hacer más comentarios.

—¿Y qué tal va la recuperación de los eventos cancelados? —preguntó Ken al cabo de un rato.

La respuesta era mal. La mayoría de los organizadores o empresarios dueños de los lugares donde tendrían lugar las actuaciones, no habían querido saber nada de «invertir a futuro con Ken Bryan» y no había tenido noticias de los que habían dicho que se lo pensarían. Honestamente, no creía que la suerte que habían tenido con Elton fuera a repetirse. Para cualquier empresario musical era un riesgo desoír a los Carrington-Fox. Además, teniendo en cuenta que Ken había estado alejado de la música los últimos tres años, era normal que no estuvieran dispuestos a asumir dicho riesgo. Nadie podía culparlos por proteger su negocio.

Sin embargo, el buen ánimo jugaba un papel fundamental en la rehabilitación de Ken. En sus actuaciones, no tanto, ya que parecía haber nacido para estar sobre un escenario; cuando estaba allí se le olvidaban todos los males. Por lo que Tom no consideró oportuno decírselo en aquel momento. Ya tendría tiempo de enterarse después, cuando regresaran a Nashville.

—Sigo en ello. He hecho algunas llamadas. No todas las que quería. Era muy temprano. Estos tipos rara vez están disponibles antes del mediodía. Volveré a la carga más tarde, no te preocupes.

Ken dio un último sorbo a su café.

—No estoy preocupado. Sé que quizás debería, pero… Lo que le dije a Elton esta mañana no fue ningún discurso. Esto es un nuevo comienzo. Y en este nuevo comienzo, la gente tendrá que elegir de qué lado quiere estar. Los que elijan ayudarme, se forrarán conmigo. Y los que elijan pasar de mí ahora, tendrán muchos años para darse la cabeza contra las paredes porque pienso dedicarme a reventar las listas de los más vendidos, año tras año. Volveré a estar en lo más alto y una vez que esté allí, ya no me bajaré del pedestal.

Tom se quedó mirando a su amigo con una expresión que estaba a mitad de camino entre la ilusión y la más absoluta burla.

—No sé qué has tomado, tío. Por tu bien, espero que sea solo agua… No entiendo lo que te pasa. Es como si un día te hubieras acostado siendo el de siempre y al día siguiente hubieras amanecido otra persona.

—¿A que sí? Yo no lo habría explicado mejor. Soy otro tipo. Y este tipo que soy ahora está cansado de tejemanejes, de gente que te promete las estrellas a cambio de quitarte hasta la camiseta y al final no te da más que problemas. Se acabó. De ahora en adelante, las cosas serán a mi manera —sentenció y acto seguido esbozó una sonrisa triunfal.

Tom no pudo más que rendirse ante tal despliegue de ilusión. Llevaba tres años luchando por que Ken recuperara ese empuje, esa fuerza que parecía haberlo abandonado en el momento que había puesto el pie en la primera clínica de rehabilitación. Por lo visto, había regresado. Estaba allí, frente a él. Imparable como en los viejos tiempos.

—Amén, tío. Amén.

TOM ENTRÓ por la puerta posterior e incluso allí había multitud de personas esperando que abrieran las puertas para poder acceder al recinto. Agradeció que las cosas estuvieran saliendo mejor de lo previsto porque aquella misma madrugada, cuando Ken se había presentado en su piso y le había contado lo sucedido con Sandy, no daba dos céntimos por él y su futuro inmediato. Pero, por lo visto, su poder de convocatoria seguía siendo impresionante a pesar de los casi tres años de ausencia.

Miró a Ken y se rio ante sus ojos como platos. Saludaba con la mano y regalaba sonrisas a la gente que rodeaba la F-150.

—Estás flipando, ¿eh? No me extraña. Esto es una pasada… ¡La caña, tío!

—¡Ya lo creo! —exclamó Ken—. Como en todas partes sea así, ningún promotor musical volverá a echarme el guante en lo que me quede de vida.

Tom no le había dicho que sus otras llamadas iban de mal en peor, no lo había juzgado oportuno horas antes de una actuación clave en su nuevo comienzo, pero tampoco quería que se llevara un batacazo al caer de la séptima nube donde evidentemente estaba ahora.

—Sí, tío y me encantará poder decirles en su cara «gracias, pero Ken Bryan no está interesado». Es algo que llevo años queriendo poder decir. Pero ya conoces el refrán, no tires mantequilla al techo… ¿Vale? Es mejor pecar de escéptico que de iluso.

Se habían detenido a la espera de que las puertas interiores se abrieran para darles paso cuando Ken le dijo:

—Que sí, hombre… ¿Tanto miedo me tienes? Tú mismo lo dijiste hace un rato; ya no soy el mismo. Esta vez, no hay vuelta atrás.

No era miedo, sino desconfianza, pensó Tom. Desconfiaba de que tuviera la piel lo bastante dura para aguantar lo que significaba renacer en el mundo de la música. Pero viendo lo que veía ahora, no podía más que concederle el beneficio de la duda. Sin duda, Ken ya no era el mismo.

—Esta vez no hay vuelta atrás —concedió con sinceridad.

Cuando las puertas le dieron paso, Tom avanzó por el túnel subterráneo siguiendo las directrices impresas en el suelo. Al fin, llegó al espacio dedicado al aparcamiento de los visitantes y cerró el contacto. Cuando alzó la vista, una sonrisa apareció en su rostro; de pie, como un soldado, estaba Shane.

—Mira —le dijo a Ken.

Él, que estaba cogiendo sus cosas de la guantera, hizo lo que le pedían.

También sonrió.

—¿Puedo decirte «te lo dije» o te sentaría demasiado mal?

—*Bah*, por una vez que aciertas… —se burló Tom.

EN EL CAMERINO, poco antes de que comenzara su actuación…

KEN SE ECHÓ un último vistazo en el espejo. Teniendo en cuenta que solo había dormido dos horas en las últimas treinta y seis, no estaba nada mal.

Respiró hondo y exhaló el aire lentamente.

Solo le faltaba algo para estar perfecto y ahora que lo mencionaba, ¿por qué privarse de ello?

Con renovada energía, Ken cogió su bolso de hombre y sacó el móvil. Buscó en su lista de contactos, seleccionó la memoria que le interesaba…

Y esperó con una sonrisa en los labios.

EN LA SALA de espera de la primera planta, Chris estaba conversando con el chef de *El Barracuda* que, a pesar de haberle explicado que Lilly todavía no podía recibir visitas, se había presentado allí igualmente. Dottie y Jamie la acompañaban también cuando su móvil empezó a sonar. Supo quién era al instante y su ansiedad volvió a hacer acto de presencia.

—Perdón. Tengo que atender —se disculpó.

—Claro, tú ve que yo seguiré sonsacándole recetas exquisitas al chef Daniels —bromeó Dottie.

Jamie se limitó a seguirla con la mirada, la expresión de su rostro mucho más seria de lo habitual en él.

Chris se alejó unos cuantos pasos. De hecho, esperó a haber salido de la sala de espera para responder a la llamada.

—Eh, pero mira a quién tenemos aquí… —lo saludó.

—*Chica con suerte. ¿Cómo estás?*

—Muy bien. ¿Y tú?

Un suspiro anticipó la clase de respuesta que Chris recibiría.

—*Perfectamente… ahora que te oigo. No tengo mucho tiempo, pero quería llamarte…*

—Pues aquí me tienes…

—*¿Puedo hacerte una pregunta? No es personal* —advirtió con picardía.

—Entonces… ¿Es profesional?

Ambos hablaban en voz baja. Había un aire íntimo, cómplice, entre ellos y, por supuesto, ambos sonreían, aunque ninguno fuera consciente de ello en aquel momento.

—*Mitad y mitad* —repuso él—. *Tiene que ver con mi profesión, pero me gustaría saber tu opinión.*

—Cuéntame.

—De acuerdo… Te dije que anoche la bomba había explotado. Lo que no te dije es que ahora voy por libre. Tom y yo estamos intentando renegociar directamente con los empresarios las actuaciones que Sandy canceló. De momento, hemos recuperado la de esta noche… Pero no hay garantías de que consigamos levantar las demás fechas. Para cualquier empresario es un riesgo contratarme directamente, sin la mediación de Sandy. Y en el momento que uno solo de ellos se niegue a renegociar, pondrá el cartel de cancelado a mi actuación, mis fans se enterarán y mi prestigio quedará en entredicho… A menos que coja el buey por los cuernos y me anticipe, diciéndoselos yo mismo. O sea, haciendo público lo que pasó.

—Bien —repuso ella—. ¿Quieres saber qué opino de que cojas el buey por los cuernos?

—Sí, por favor —rogó él. Sonreía, se le notaba en la voz. Y entre eso y aquel tono seductor con el que siempre le hablaba, Chris estaba teniendo serios problemas para mantenerse atenta—. *Es un riesgo. Puede salirme bien, pero también puede traer consecuencias muy malas… Me preocupa mi imagen… Quiero decir, nadie que merezca la pena va por libre. En este mundillo, si no tienes a los gigantes de tu lado, eres poco menos que un paria. Tu talento está en duda, no solo tu futuro. ¿Entiendes a lo que me refiero?*

—Para tus *fans*, no. Para ellos nada de lo que tú representas está en duda. Mucho menos, tu futuro. Ellos ya creen que estás donde tú aún sueñas con estar. Para ellos ya eres el mejor músico del mundo. ¿Entiendes a lo que me refiero? —dijo con una sonrisa al repetir la misma frase que él había dicho antes.

Ken exhaló un suspiro.

—Eres la mejor. Gracias, Chris. Ojalá, cuando se trata de mí mismo, yo tuviera la claridad mental que tú tienes.

Ella se rio suavemente, halagada por sus palabras.

—No puedes aspirar a eso. Eres parte implicada y uno nunca ve las propias cosas con tanta nitidez ni con tanta lógica como cuando observa las ajenas.

—En ese caso, me alegro infinitamente de tenerte conmigo. Ya me alegraba antes. Estoy en el séptimo cielo desde hace exactamente siete semanas y ahora con más razón. Pienso aprovecharme de tu lucidez, si me dejas…

—¿Y qué más harás aparte de aprovecharte de mi lucidez? —repuso ella, insinuante. No pudo evitar reírse de sí misma al darse cuenta de lo que acababa de decir.

«¡Toma ya!», pensó él. Y no dudó en echar el resto.

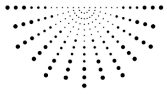
—Compensarte debidamente, qué menos. Y lo voy a hacer tan, pero tan bien, que nunca se te va a cruzar por la imaginación alejarte de mí.

Esta vez fue Chris la que pensó «¡toma ya!». Le quedaba muy poco tiempo en Nashville. Lo suficiente para que Lilly dejara de estar en observación y se recuperara lo bastante para poder viajar. Y entonces, volvería a estar a mil doscientos kilómetros de Ken Bryan y todo su carisma, con una frontera mediante. Era una absoluta locura.

Pero allí estaban sus sentimientos y sus certezas, inamovibles.

—Te tomo la palabra —dijo Chris.

CAPÍTULO 33



THE NASHVILLE DAILY
Edición matutina
Viernes, 16 de agosto de 2002.

Ken Bryan vuela libre.

El músico confirma que ya es un artista independiente.

Por Jeremy Dunn.

Nashville, TN.--- Ken Bryan, el popular músico country que este año ha regresado a los escenarios después de una larga ausencia, sorprendió a los *fans* que ayer se reunieron en Atlanta no solo con su repertorio de nuevas canciones con un aire diferente a lo que el oriundo de Springfield, Ohio, los tiene acostumbrados, sino compartiendo con la audiencia su condición de artista libre después de que la promotora musical Alexandra Carrington-Fox rescindiera el contrato que los unía desde principios de este año. Sin entrar en detalles, el artista dejó claro que no tuvo nada que ver con la cancelación de las actuaciones comprometidas y que su deseo sigue siendo realizarlas, para lo cual solicitó la colaboración de sus seguidores.

Esta decisión, que ha sorprendido al mundo de la música country, fue recibida con ovaciones por un público totalmente entregado que coreó los estribillos, aclamó las nuevas canciones y se rindió incondicionalmente a un artista de indiscutible carisma.

El músico confirmó que está ansioso por tomar parte en el Country Festival y confía en que los organizadores mantendrán su nombre en el cartel, pero que si no es así, buscará formas alternativas de llegar a sus *fans* a quienes, aseguró, no los dejará en la estacada.

Preguntado sobre su relación con la promotora musical, el artista declinó hacer

declaraciones.

En esta ocasión y por primera vez en años, la adrenalina no había impulsado a Ken a una actividad frenética. Al contrario, apenas había durado el tiempo suficiente para regresar a la habitación del hotel, desmayarse en la cama y dormir doce horas seguidas.

Cuando Tom y Ken, escoltados por Shane tomaron la autopista que llevaba a Nashville, eran las dos de la tarde y ambos venían hablando por el móvil. Tom lo hacía a través del manos libres, ya que era quien iba al volante. Ken hablaba con su familia y alucinaba con las noticias.

No era para menos; su familia en pleno estaba en Nashville; su padre, su tía y sus dos hermanos.

—¿Y a quién habéis dejado a cargo del rancho? —preguntó asombrado.

—*Tenemos capataces. ¿Sabes lo que son?* —guaseó Jim.

Jim era el que hablaba principalmente, pero había activado el altavoz del móvil, de modo que todos los demás contribuían a la conversación.

En aquel momento la contribución era de Tim, el mediano de los hermanos Bryan.

—*¿Que dices? Háblale de instrumentos y de partituras. No le hables de nada que tenga que ver con un rancho porque no tiene ni la más remota idea. Y ojo, no es ninguna crítica, hermanito* —añadió dirigiéndose al artista de la familia—, *cuando alguien hace música tan buena como la que haces tú, se le disculpa todo. ¿Has visto las noticias?*

Ken sonrió. ¿Noticias? Lo único que había hecho era dormir. En todo caso, ahora estaba más interesado en saber cómo se le había ocurrido a su padre meterse seiscientos kilómetros entre pecho y espalda cuando todavía estaba convaleciente.

—Gracias por el voto de confianza, tío. Pero creía que venías tú, Jim. Y me encanta teneros a todos aquí, pero, en serio, ¿se puede saber qué narices haces fuera de la cama, papá?

—*Me han dado el alta y estoy bien. Y respondiendo a tu pregunta, lo que hago es ocuparme de lo importante*.

—¿Venir a Nashville es importante?

—*Tú eres importante. Lo más importante. Y a eso he venido, a ocuparme de ti. Todos hemos venido a lo mismo. Somos tu familia y eso es lo que hacen las familias…*

Ken exhaló un suspiro contrariado. Llevaba meses intentando mantenerlos a todos lejos de las preocupaciones por su vida y sus asuntos. Especialmente, a su padre. Y por la maldita locura de esa víbora, todos sus esfuerzos se habían ido al traste junto con el contrato que, teóricamente, iba a devolverlo al tope de las listas de ventas y le aseguraría un contrato discográfico.

—Papá… —suspiró.

—*No hay nada de lo que hablar, hijo. Además, te echamos mucho de menos*.

—Y yo a vosotros.

—*Pues yo no te echo de menos* —dijo la tía Doreen—. *Nada, nada, nada.*

—*Y nosotros te creemos* —terció Tim—. *Llevas meses insoportable. Desde que el niño de tus ojos hizo sus petates y se fue cantando bajito, no puedes ni con tu vida.*

—*Eso no es verdad* —se defendió ella.

—*¡Vives hablando de él! Si Ken esto, si Ken aquello…* —dijo Jim, secundando a Tim.

—*Vaaaale. ¿Pero teníais que decírselo? Ya se lo tiene bastante creído, ¿sabéis? Ahora será él quien esté insoportable.*

Después de otro rato de charlas y risas compartidas, Ken cortó la comunicación y miró a Tom. Él hacía una pausa en su constante lista de llamadas.

—¿Qué, cómo van las cosas? —le preguntó.

—Anoche, hiciste furor, tío. Y las noticias vuelan… —repuso Tom satisfecho—. Hay un par de actuaciones que ya están recuperadas y otras tres que quizás, con suerte, recuperemos también. Pero lo más importante es que Elton y sus socios están encantados. Tanto que nos han propuesto un par de fechas más para antes de que acabe el año.

—¡Bien! —exclamó Ken.

—¿Qué decía tu familia, por cierto?

—Agárrate que vienen curvas —le advirtió rezumando alegría—. ¡Están en Nashville! *Todos* —subrayó mirándolo con expresión divertida.

—¿Cómo que todos? ¿Tu viejo también?

Ken asintió enfáticamente.

—Viene a poner las cosas en su sitio —dijo Tom. No fue una pregunta ni un comentario, sino una afirmación a la que Ken volvió a asentir—. Tu viejo es un crack. Qué tío, de verdad…

—Ya sé que eres su gran admirador y todo lo que hace te parece la caña —se burló. Una burla a medias, ya que jamás le agradecería a su padre lo bastante la manera en que se había volcado en Tom, apoyándolo y preocupándose por él durante su adolescencia—. Pero yo habría preferido que se quedara en Springfield, recuperándose del todo. Ya no es ningún crío, las operaciones lo han dejado muy tocado y me preocupa que esta escapada a Nashville a «ocuparse de lo importante», como él lo llama, acabe pasándole factura. A él y a todos nosotros.

—No lo veas de esa forma.

—¿Y de qué otra quieres que lo vea? En las dos últimas operaciones casi no lo cuenta…

—Lo que tenga que ser será, Ken. No puedes evitarlo. Lo que puedes hacer es no perder de vista que para tu viejo pasar tiempo contigo es lo más grande del mundo. Lo más de lo más. Robert te respeta mucho. Y te admira.

—Sí, porque yo he hecho mucho en mi vida digno de admiración, ¿no? —Ken sacudió la cabeza cuando los recuerdos de un pasado terrible, un pasado que nunca olvidaría, regresaron vívidos a su mente.

—¿Lo dudas?

Ken le dedicó una mirada irónica y no hizo comentarios.

—Estás aquí, tío —insistió Tom—. Te has rehecho y no has partido de cero; has partido de menos cincuenta. Has salido de las fauces de un demonio del que la mayoría no logra liberarse. Y estás reconstruyendo tu vida y tu carrera. ¿Cómo no va a admirarte? Hasta yo te admiro cuando pienso en los huevos que le estás echando —y añadió con sorna—: Y eso que hay momentos en los que no me gustas nada de nada…

Ken valoró sus palabras de una forma especial porque sabía que su amigo no era nada dado a hacer cumplidos.

—Gracias, tío. Quizás tengas razón y a la familia nos venga bien volver a estar juntos un tiempo… —sonrió divertido al recordar el deporte oficial que a su familia le encantaba practicar cada vez que se reunían en torno a una mesa—: ¡metiendo nuestras narices en los asuntos de todos!

EL ENCUENTRO con su familia había sido como siempre; risueño y cargado de abrazos y bromas.

Dado que los Bryan se habían alojado en un pequeño hotel familiar de los que aún quedaban en la ciudad y que el salón del piso de Tom era demasiado pequeño para tantas personas, el plan era continuar la reunión en un restaurante, con un apetitoso platillo sureño delante.

Pero, por el momento, continuaban en casa de Tom. Se habían acomodado en los sillones y sillas disponibles, que habían acercado al centro de la estancia. Los hombres, excepto Ken y su padre, bebían cerveza. La tía Doreen bebía café.

—Y después de comer algo, nos ponemos a buscar piso —dijo Tim, el mediano de los Bryan y el más fornido de los tres. También era el más convencional en su cuidado personal; era sobrio en el vestir, llevaba el pelo con un corte moderno muy corto y una perilla que siempre lucía perfecta. Era dos años menor que Ken, pero tres centímetros más alto y unos cuantos más ancho de espalda, lo que había dado lugar a las correspondientes bromas desde que eran adolescentes y las diferencias en tamaño habían dejado de corresponderse con la diferencia en edad.

—Tengo dos perrazos, ¿recuerdas? No los puedo meter en un piso. Tendrá que ser una casa con algo de terreno. Me da igual si la casa es diminuta, me basta con que quepa la cama. Lo que me importa es que Noah y River no sufran… Lo que me recuerda que tengo que ir a buscarlos.

—¿Dónde están? —quiso saber Jim.

—Con sus adiestradores. Se adoran mutuamente, así que lo estarán pasando en grande. ¿Y Rain, dónde la has dejado?

—En el rancho. Cuando dije que pensaba traerla se organizó tal jaleo en casa, que pensé que me ponían de patitas en la calle.

Aunque Jim hubiera usado una forma tan genérica de describirlo, en realidad se refería a su padre. Había sido quien había puesto el grito en el cielo. La tía Doreen, como solía ser habitual, había secundado la moción.

Robert no lo había dejado correr entonces y tampoco lo hizo ahora:

—¿Cómo ibas a traer a esa perrraza, hijo? ¿Para que se junte con los de tu hermano, ocupen todo el coche y nosotros tengamos que ir andando?

Robert J. Bryan era el cabeza de la familia. Tenía sesenta y cinco años y era oriundo de Springfield, Ohio. Era rubio y de ojos claros, como todos sus hijos. Aunque, debido a las tres operaciones cardíacas que lo habían envejecido mucho, ahora su pelo lucía más canoso y su rostro mostraba más arrugas y marcas de expresión. Había perdido peso durante la convalecencia, de ahí que ahora su metro ochenta de altura acentuara su delgadez.

—Qué exagerado —se quejó Jim, haciéndole un guiño a Ken.

—¿Has sabido algo más de Sandy? Seguro que le tiene que haber salido una úlcera al ver las noticias de hoy… —terció Tim. Le tendió un par de periódicos.

Ken los cogió interesado, pero cuando puso atención a la lectura, no se veía por ningún lado. Alzó la vista y miró a su hermano.

—No creo que nada de esto le provoque una úlcera. No sé por qué me da que la política le importa un bledo.

Jim soltó una carcajada. Tim exhaló un suspiro. Se estiró, le quitó a Ken el periódico de las manos, pasó las páginas hasta la sección de entretenimiento, lo dobló y volvió a entregárselo.

—No es por nada —comentó, desdeñoso—, pero todavía tendrás que esmerarte un rato para

salir en la primera página.

Esta vez fue Ken quien se rio.

—Vale. Anótate el tanto; es todo tuyo… Es que todavía no estoy con todas las luces encendidas —se excusó al tiempo que señalaba cómicamente su cabeza. Y, a continuación, volvió a poner su atención en la noticia. Leyó con interés. Ya había sido un logro en sí mismo haber podido dar ese concierto, pero además el público había disfrutado del nuevo repertorio y habían respondido fenomenalmente bien a su petición de ayuda.

—Una úlcera tamaño elefante, sí —concedió devolviéndole el periódico a su hermano—. Y más que le saldrán pronto. Ha cometido un error muy gordo rescindiendo el contrato. Si aún no se ha dado cuenta, me voy a encargar de acelerar el proceso saliendo todas las semanas en los periódicos. Se va a hartar de verme triunfar.

Robert asintió satisfecho.

—De todas formas, no vamos a quedarnos a esperar noticias suyas —anunció—. Unos amigos me han recomendado un abogado. Esta tarde, mientras vosotros os dedicáis a buscar un sitio para vivir, Tom y yo hablaremos con el bufete, a ver si podemos concertar una reunión pronto. Hay que ponerle una demanda a esa señora cuanto antes.

Ken asintió. Si alguien le hubiera dicho que las cosas acabarían así apenas meses después de que ella le prometiera el oro y el moro, lo habría tomado por un idiota. Por más caprichosa que fuera, Sandy no había alcanzado el lugar que ocupaba a base de caprichos. Estaba claro que había sido él quien se había equivocado al calibrar el nivel de obsesión que Sandy tenía por él.

—¿Estás bien, Ken? —preguntó Robert.

La pregunta lo sacó de sus pensamientos. Se disponía a responder cuando Doreen habló.

—Claro que sí. Diría que está mejor que nunca —dijo al tiempo que analizaba a Ken con sus grandes ojos grises—. También diría que su bienestar no tiene del todo que ver con la música… Pero esto no puedo demostrarlo, claro; es pura intuición femenina.

Ken no supo si las risas que oyó a continuación se debían a que él se había sonrojado o a que, sin darse cuenta, había hecho algún gesto que lo había delatado. Pero, de pronto, sus dos hermanos se estaban partiendo de risa. Su padre, no. Él no reía. Lo miraba expectante y también lo analizaba. ¿Tan evidente era?, pensó Ken. También había muchas posibilidades de que Jim se hubiera ido de la lengua acerca de su visita conjunta al mercadillo solidario y los suyos, que nunca se quedaban cortos a la hora de imaginarse historias románticas con él como protagonista, hubieran hecho el resto.

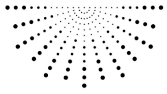
Se limitó a sonreír intrigante y a cambiar de tema.

—Voy a por mis perretes… ¿Nos vemos en el *Silver Café* dentro de una hora?

—Sí —se apresuró a responder Robert—. Tengo ganas de darle un buen abrazo a Otis. Hace años que no nos vemos.

—Genial. Nos vemos allí.

CAPÍTULO 34



Mientras tanto,
en el Nashville General…

Chris abandonó la habitación cuando la enfermera entró para asear y cambiar a su hermana. La tía Dottie había ido a estirar las piernas y Jamie seguía arreglando papeles del seguro en la oficina de administración del hospital.

Revisó su móvil por si había recibido algún mensaje, pero no era el caso. Continuaba sin noticias de nadie. Aunque, en realidad, a lo que se refería por nadie era al artista carismático con el que empezaba a sentirse más y más implicada a medida que pasaban los días. Hacía horas de la última vez que habían hablado. No podían ser más de las siete cuando él la había llamado. ¿Estaría durmiendo? Probablemente.

Se encaminó hacia la máquina de café que estaba al final del pasillo, junto a un grupo de máquinas expendedoras donde también podían comprarse *snacks*, sándwiches y golosinas. Tenía hambre. Su estómago no tenía más que el café y la tostada que había tomado hacía un siglo.

Una vez allí, introdujo las monedas, seleccionó su bebida y esperó. Cogió su café expreso y fue hasta la máquina de los *snacks*. Después de mirar lo que había disponible en el escaparate, se decidió por un sándwich de jamón y queso. Con ambas cosas en la mano, se dirigió hacia un grupo de sillas que había en el pasillo, cerca de la habitación de su hermana.

Estaba terminando su sándwich cuando llegó Jamie. Traía un café en la mano y se sentó a su lado.

—¿Han dejado de pedirte papeles ya? —le preguntó Chris.

Él exhaló un suspiro. No había tenido tanta suerte. La burocracia sanitaria era de aúpa, especialmente si el paciente no tenía la nacionalidad norteamericana. Pero estaba acostumbrado, la organización gestionaba muchos desplazamientos de personal humanitario cada año y lidiar con la burocracia implicada era parte de su trabajo. No era de papeles de lo que quería hablar, ahora que al fin la encontraba sola.

—Están en ello. No te preocupes. Oye, ahora que estamos tranquilos…

Chris se rio divertida.

—¿Tranquilos? Qué gracioso estás esta mañana, Jamie. Porque, verás, hasta que no pueda llevarme a Lilly de aquí, seguiré con los nervios de punta.

Él consideró si aquello había sido una broma o una forma de evitar hablar de temas personales. Tratándose de Chris, ambas cosas eran perfectamente posibles.

—Lilly está bien, Chris. Y por tranquilos me refiero a libre de visitas, médicos y enfermeras para poder hablar.

—¿De qué quieres hablar?

—¿Y a ti qué te parece? —repuso él mirándola directamente. Sus ojos destilaban ironía.

Chris respiró hondo. Pasar tiempo con Ken la llenaba de renovada energía, de ilusión, de esperanza. Pero las preguntas que surgían a cuenta de que ella pasara tiempo con él… Eso no le gustaba nada.

Fue en aquel momento cuando vio otra figura familiar dirigiéndose hacia donde estaban ellos. Y decidió que, ya que, evidentemente, no se libraría de las preguntas, al menos las respondería a todas una sola vez.

—De acuerdo. Como me imagino que esa señora que viene hacia nosotros con tanta energía —enfatizó cuando Dottie ya estaba frente a ella— también querrá hablar del mismo tema, esperaremos a que se siente aquí —palmeó el asiento que estaba a su derecha— y atacaremos el asunto de una vez por todas.

Dottie le dedicó a Jamie una mirada pícara. Si ella estaba mordiéndose las uñas por saber qué se cocía entre su sobrina mayor y el famoso cantante, Jamie estaría subiéndose por las paredes.

—Ataquemos, entonces —dijo la sexagenaria, tomando asiento a su lado—. No puedo hablar por Jamie, pero yo quiero todos los detalles. Todos.

No tendrían todos los detalles, pensó Chris para sus adentros. Ni en broma diría en voz alta lo que se repetía en la intimidad de su mente desde hacía un mes y medio. Le seguía sonando tan mágico y a la vez tan imposible de creer como el primer día. Lo que sucedía entre Ken y ella no era clasificable. Al menos, por el momento. Entendía que Jamie y Dottie, que eran su única familia, tuvieran muchas preguntas. Pero les ofrecería solo la información imprescindible para tranquilizarlos.

—No hay mucho que contar…

—¡Claro, porque tú lo digas! —terció Dottie.

Lo hizo casi al mismo tiempo que Jamie se permitió expresar lo que realmente pensaba:

—¡Déjate de estupideces, Chris! ¿Lilly tiene un accidente, y quien viene a acompañarte al hospital es ese cantante famoso? ¡Ni que te dedicaras al negocio de la música!

Chris aguantó el exabrupto de su amigo lo mejor que pudo, pero no se guardó de mirarlo con el asombro pintado en la cara. Dottie soltó una carcajada.

—¡Ha dicho! —exclamó, y los tres se rieron. Jamie, algo menos. Aquel asunto lo tenía muy mosqueado.

—*De acueeerdo.*… Pero no es lo que parece.

—¿Ah, no? —escupió Jamie una vez más.

Chris lo miró aún más asombrada que antes.

—Estás un poco exaltado esta mañana, ¿no? Yo de ti dejaría la cafeína.

—Sí. Es posible que esté un poco pasado de vueltas. No he dormido y me están friendo a llamadas de la organización. Pero tendrás que reconocer que es un poco insólito llegar y encontrarte acompañada de un tío que sale en las noticias día sí y otro también. Un tío con el que, evidentemente, estás teniendo algo. Y que cuando se te pregunte, sueltes un «no es lo que parece»… Ni tu tía ni yo somos idiotas.

Chris se sonrojó. Vio que Dottie asentía con la cabeza dándole la razón a Jamie.

—De acuerdo. Nos conocimos por accidente hace tiempo y cuando volvimos a vernos en Nashville… —¿Qué? ¿Cómo seguía la frase? Chris respiró hondo—: Hemos seguido viéndonos.

Jamie frunció el ceño. Desvió su mirada hacia la tía de Chris para comprobar si solo a él aquella explicación le parecía ridícula, o se trataba de un sentimiento compartido. Y, en efecto, era un sentimiento compartido.

—A ver —empezó a decir Jamie—. Está claro que lo tuyo son las obviedades, así que concretemos un poco. ¿Cuándo es «hace tiempo»? ¿Os conocisteis hace un año? ¿O hace diez?

—¿Y eso qué más da? —repuso Chris—. Nos estamos viendo, y ya. Soy una mujer libre y mayor de edad. Y él es un hombre libre y mayor de edad. No hay nada malo ni raro ni sorprendente en que nos veamos. O, al menos, no debería haberlo.

—Vale, sobrina. Malo no es. Aunque teniendo en cuenta de que ya no me acuerdo de cuándo conocí a tu última cita, igual un poco raro sí que es…

Chris soltó un bufido.

—No tengo tiempo para citas.

—Pero para ver a este tipo parece que sí —terció Jamie.

—Se llama Kenneth y no es ningún «tipo», Jamie. Y tampoco te creas que tengo tanto tiempo para verlo. Más bien es él quien fabrica el tiempo, no yo.

—Eso es un dato muy interesante —intervino Dottie—. ¿Así que es él…?

—Bueno, ya está bien. Basta de preguntas —dijo mirando a su amigo—. Y basta de bromitas. —Esta vez miró a su tía—. Nos estamos conociendo y, por el momento, lo pasamos bien.

—Perdona que sea siempre el que te pincha el globo, pero… ¿Has caído en la cuenta de que en cuanto a Lilly le den el alta, regresarás a Canadá? Ya sé que con la emoción de la novedad puede parecer un detalle sin importancia, pero hay una frontera entre este país y el tuyo. Y más de mil doscientos kilómetros, si la memoria no me falla.

Chris exhaló el aire por la nariz. No hacía falta que nadie se lo recordara, gracias.

—Mil doscientos diecinueve kilómetros —precisó.

—Veo que no has perdido del todo la chaveta. Es un consuelo, desde luego.

Dottie le dedicó una mirada cariñosa al amigo de la adolescencia de su sobrina y a continuación hizo lo mismo con ella.

—Bueno, también hay aviones, móviles, internet… La distancia no tiene por qué ser un problema.

Jamie reaccionó con asombro.

—¿En serio? De acuerdo. Como por lo que se ve soy el único al que la cabeza le funciona bien esta mañana, pondré otro argumento sobre la mesa. Es otro detallito de nada, pero… ¿has caído en la cuenta de quién es ese hombre? Es un famoso, Chris. Tú detestas la fama y todas las banalidades que implica… ¿O ya no la detestas?

—Es un músico. Vive de su música, no de la fama —volvió a precisar Chris—. Pero sí, es alguien famoso y ya había caído en ese detallito de nada que a mí me espanta igual que siempre… Es algo en lo que habrá que pensar, si… —Si, ¿qué? ¿Si la tontuna que sentía por Ken se convertía en locura pura y dura y lo de él, que tenía más pinta de locura pura y dura que de tontuna, acababan de confirmarse y había que plantearse seriamente cuál sería el siguiente paso? ¿Si los dos decidían que daba igual cómo se llamara lo que les pasaba, seguirían adelante, todo a babor, y que la prensa escribiera lo que le diera la gana? ¿O si a ella le entraba un ataque de cordura, comprendía que aquello era un sueño imposible, ambos regresaban a sus respectivas

vidas, y si te he visto, no me acuerdo?

A Chris ya no le quedaban neuronas funcionales para seguir dándole vueltas a ese tema. Ser capaz de fabricar una explicación sencilla que a la vez fuera tranquilizadora era pedirle demasiado, llevando casi cuarenta y ocho horas en pie.

Pero cuando sus ojos detectaron la silueta del hombre alto y guapísimo que se acercaba sonriendo…

Chris sucumbió a la invasión de endorfinas que se adueñó de ella, transportándola directamente a otra dimensión.

KEN SALUDÓ con un gesto (aceptablemente) amable a Jamie y con una sonrisa a Dottie, pero enseguida se puso de cuclillas frente a Chris.

—Buenos días… O, mejor dicho, buenas tardes… ¿Cómo están las hermanas Thompson? A ti te veo… —Iba a decir «preciosa», pero el gesto algo tenso de Chris, sumado al frío gélido que le estaba helando la mitad izquierda del cuerpo, le hizo cambiar de idea—: Perfecta. Un poco cansada, quizás. ¿Has dormido?

Chris negó con la cabeza.

—Lilly está bien. Quejosa, pero bien.

—Me alegro mucho… ¿No me preguntas cómo estoy yo? —coqueteó él, logrando que una sonrisa traviesa iluminara el rostro femenino. Y que la temperatura bajara diez grados de golpe por el franco izquierdo, situación que ignoró. Le daba igual lo que pensara o sintiera ese capullo que iba por la vida juzgando a las personas sin conocerlas.

—No hace falta. Te veo muy bien.

Él sonrió con ternura.

—¿A que sí?

Los dos rieron. Era una risa cómplice, casi íntima, que a Dottie le encantó ver y a Jamie le retorció el hígado.

—Estoy mejor que bien… ¡Estoy fabuloso! ¿Y sabes por qué?

—¿Tan bien te fue anoche? Aquí encerrada no me entero de nada… —se disculpó Chris.

—Fue bien, pero no es por eso… ¿Puedes salir del hospital media hora o así? —Miró a la tía de Chris y le preguntó—: ¿me la puedo llevar un ratito?

Dottie no pudo más que sonreír ante la zalamería de aquel hombre. Jamie, en cambio, desvió la mirada.

—Si mi sobrina se deja…

Los ojos de Ken cambiaron de foco. Se centraron en Chris.

—¿Te dejas?

¿Y quién es capaz de decirte que no? Chris sacudió la cabeza y se puso de pie. Ken hizo lo propio.

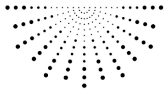
—¿Eso es un sí? —preguntó él con una sonrisa radiante.

Chris consultó su reloj de forma ostensible.

—Has dicho media hora y el minutero corre. ¿Quieres seguir haciéndome preguntas?

—¡A la orden! —exclamó él graciosamente, y después de hacerse a un lado, le cedió el paso con un gesto galante.

CAPÍTULO 35



Ken se tomó su tiempo para disfrutar viendo cómo Chris jugaba con Noah y River. Le encantaba el cariño con que los trataba y también envidiaba esas caricias juguetonas que les daba, cómo enmarcaba la cabeza de sus perros entre las manos y les hablaba con dulzura, haciendo siempre contacto visual con ellos. No era de extrañar que sus perretes se volvieran locos de alegría cada vez que la veían.

—Sube. Te llevo a dar una vuelta —le propuso.

Ella lo miró algo extrañada. Se enderezó, cogió su bastón que había apoyado contra la furgoneta. Entonces, cayó en la cuenta de que estaban en el aparcamiento temporal del hospital y aunque nadie lo echaría de allí, se suponía que su estancia no debía prolongarse.

—No quiero dejar sola a Lilly mucho tiempo…

—No te preocupes. Será una vuelta cortita.

Chris asintió y mientras Ken hacía subir a los perros al asiento de atrás de la F-150 y sujetaba sus arneses a los agarres correspondientes, ella se acomodó en el asiento del copiloto.

Él finalmente se puso al volante y salió del aparcamiento. Recién entonces, la conversación se reanudó.

—Así que anoche arrasaste… —comentó Chris—. Muy propio de ti, por lo que tengo entendido.

—Exacto. Y que conste que si todavía no has podido juzgarlo por ti misma es porque nunca has venido a verme actuar. Y eso que te dejé entradas gratuitas en la taquilla hace bien poco —repuso él, dedicándole una mirada fingidamente recriminatoria.

—En mi defensa diré que no tengo por costumbre aceptar invitaciones de hombres a los que no conozco, y a ti no te conocía.

—Cómo me gusta que uses el verbo en pasado… ¿Quiere decir que la próxima vez que te deje invitaciones en una taquilla, las recogerás?

—Que las recoja, no implica que asista. Evelyn mataría por ir a verte actuar, ya lo has visto. Podría dárselas a ella.

—Qué mala… —se rio—. ¿Serías capaz de hacerme algo así con las ganas que tengo de que vengas a verme actuar? Yo creo que no…

—Deja de flirtear conmigo y cuéntame qué tal te fue anoche.

—Te hice caso y fui sincero y directo con el público.

—¿Y…?

—He vuelto con varias cajas de las de mudanza llenas de emails. La organización habilitó un

par de urnas enormes, de esas que usan cuando hacen sorteos o encuestas, para que el público dejara allí su nombre y su correo electrónico. Había de todo; servilletas de papel, cachos del programa garabateado, páginas arrancadas de una libreta… Lo que se te ocurra.

También había quienes habían decidido dejar los datos en su ropa interior, pero eso no pensaba decírselo.

—¿Y eso? —preguntó Chris, sonriendo intrigada.

—Me aconsejaste que implicara a mis *fans* y eso hice. Les dije que ahora voy por libre y que la mejor forma de seguirme la pista es a través de mi club oficial de *fans*. No existe, claro. Me refiero a uno oficial —se rio—. Todavía hay que crearlo, pero ya tengo a un montón de gente apuntada. ¡Algo es algo!

—¡Eso es muchísimo, Ken! ¡Felicidades!

—Es genial, ¿a que sí?

—Ahora entiendo a qué te referías con «¡estoy fabuloso!»… Has tenido una idea genial, Ken. Ya verás lo bien que responderá la gente cuando la convoques…

Él no quería dar nada por sentado. Había sido una idea un tanto desesperada de intentar tener algún tipo de control sobre su futuro profesional.

Además, no era esa la única razón de que estuviera «fabuloso».

Tras un recorrido de unos pocos minutos más, Ken volvió a detenerse. Aparcó y cerró el contacto.

Chris lo miró interrogante y a continuación miró a través de la ventanilla para ver dónde estaban. Se habían detenido frente a un local en cuyo cartel lucían las palabras «Silver Café - La mejor comida sureña». Sonrió y volvió a mirarlo.

—Te dije que no quería estar lejos de Lilly mucho rato, ¿y me traes a un restaurante? Por más que pida solo un café, no será menos de media hora.

Ken se apeó, rodeó el vehículo y apoyó los brazos sobre el borde de la ventanilla del acompañante.

—En realidad, mi intención es invitarte a comer… Bueno, casi es a cenar a estas horas… —vio que ella abría muchos los ojos y rectificó—: pero si no me queda más remedio, me conformaré con que compartamos un café…

—A un café me apunto. Más, no. Tengo que volver.

Ken carraspeó. En un principio, tampoco era su intención decirle que toda su familia estaba esperándolo dentro, pero en aquel momento le pareció un golpe bajo no hacerlo. No era lo mismo conocer a una tía en la sala de espera de un hospital junto a otras personas que habían ido a ver a Lilly, que conducirla dentro del local y que ella se encontrara a todos los Bryan. Por cierto, ellos tampoco estaban al tanto de nada.

—Antes tengo que decirte algo… —empezó Ken. Hasta que la voz de alguien exaltado que abría la puerta de atrás de su F-150 y desataba a sus perros, le impidió seguir.

—¡Hola, hola, hola, perretes! ¿Cómo estáis? ¿Habéis echado de menos al tito Jim? —los liberó y los perros saltaron a la acera moviendo sus colas e iniciando uno de sus habituales conciertos de ladridos bajo la mirada tierna (aunque algo sorprendida) de Chris y la bastante menos tierna mirada del dueño de los perros.

—Si no te importa, saluda, Jim —requirió Ken—. Y deja de hacerlos ladrar. ¡Menudo concierto están dando!

Jim se sacudió las rodilleras de sus vaqueros, se apartó unos mechones que habían escapado a su coleta baja y fue al encuentro de Chris.

—Hola… ¿Te acuerdas de mí? Soy el que se pasó la tarde del único día que estaba en Nashville en un mercadillo solidario para apoyar a su hermano mayor.

Ken lo miró risueño.

—Tío, menos rollo, por favor, que te pasaste la tarde coqueteando…

—Mira quién fue a hablar… ¿Qué hacías tú en ese mercadillo?

—Colaborar con una asociación sin ánimo de lucro —repuso todo formal, y le hizo un guiño a Chris.

—¡Pero qué cara tienes! Venga, tío, déjate de moñas y entra de una vez, que sin ti no podemos pedir y estamos muertos de hambre… Me los llevo —añadió, cogiendo las correas de los canes que lo siguieron moviendo el rabo alegremente. El restaurante contaba con un jardín en la parte posterior, donde los clientes podían comer o cenar con sus mascotas.

Cuando Ken volvió la mirada hacia Chris, se encontró con una sonrisa cómica. Una sonrisa que pronto se transformó en una pregunta muy concisa y muy breve.

—¿Estamos?

Ken puso cara de dolor y acto seguido se echó a reír.

—Te juro que iba a decírtelo… Bueno, al principio no, pero cuando paré y me puse de este lado… ¿Recuerdas cuando te dije «antes tengo que decirte algo?». Pues era esto.

—¿Decirme qué?

Ken se enderezó, se puso las manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros y miró brevemente hacia el local del que salía un agradable aroma a barbacoa.

—Mi familia está ahí dentro.

La sonrisa de Chris fue perdiendo brillo.

¿Cómo…? ¿Qué…? ¿Qué quería decir con eso? Entendía el sentido literal de «mi familia está ahí dentro», lo que no acababa de entender era qué estaba haciendo *ella* allí. ¿Tenía algún significado viniendo de alguien como él? ¿O simplemente era…? ¿Era *qué*? Una coincidencia, desde luego que no. Y si no era casual, estaba previsto.

Chris hizo un gesto de *stop* con la mano que, en realidad, estuvo más dirigido a ella que a él. Tenía que detener aquella metralleta mental que no conducía a nada, excepto a ponerla de los nervios.

—¿Y por qué me traes a tomar un café justo aquí, si «tu familia está ahí dentro»? —preguntó haciendo el gesto de ponerle comillas a las palabras.

Ken comprendía perfectamente a qué se refería. De hecho, estaba a punto de darle la razón. «Conocer a la familia» del otro tenía una lectura muy específica para la familia de los implicados. Normalmente, era algo que daba por hecho cierto nivel de formalidad, si se trataba de una pareja sentimental. Para él las cosas no tenían una lectura tan específica. Su padre, su tía y sus hermanos eran personas muy importantes para él. Jugaban un papel fundamental en su vida. Y Chris, a otro nivel, también era alguien importante que estaba jugando un papel fundamental en su vida. Para él tenía todo el sentido del mundo que se conocieran.

Ken le ofreció una sonrisa tierna.

—¿No quieres conocerlos? Son unos locos geniales. Te gustarán. Y tú a ellos, te lo aseguro…

¿Y qué otra cosa iba a decir un hombre como él?, pensó Chris al tiempo que sacudía la cabeza. No estaba contrariada. Más bien, sorprendida. Pero luego, hasta el momento, nada de lo que había sucedido entre ellos, nada de la forma en que él se había presentado ante ella, respondía a la forma normal en que estas cosas sucedían entre un hombre y una mujer.

—Esa no es la pregunta correcta. La pregunta correcta es: ¿sabes lo que va a pensar tu familia cuando me vean entrar por la puerta contigo?

Ken no se había parado a considerar la cuestión porque no era necesario. Sabía que ellos aprobarían lo que creyeran que era bueno para él. Así había sido siempre. Y no había ninguna duda de que Chris era buena para él.

—Pensarán que soy un tipo con un montón de suerte —repuso él con la misma ternura y la misma seguridad con la que había formulado su pregunta.

Touché, pensó Chris.

Y como se le había hecho un nudo en el estómago de los nervios, se limitó a indicarle con un gesto gracioso que se apartara de la puerta para que ella pudiera apearse del coche.

CHRIS SE DECÍA que estaba acostumbrada a lidiar con situaciones tensas. Había dictado decenas de cursos y había estado frente a audiencias de lo más variopintas a lo largo de su carrera. Desde personas sinceramente preocupadas por el hambre y las desigualdades en el mundo que trabajaban como cooperantes o como voluntarios en las peores condiciones imaginables, hasta mecenas de enorme poder adquisitivo que se dedicaban al mecenazgo más por las ventajas fiscales que eso conllevaba que por genuino interés. Tenía muchas tablas y, generalmente, conseguía su cometido; fuera este formarlos o que sacaran la chequera.

Pero ahora no acababa de funcionar del todo. Porque esa gente que la miraba con evidente interés mientras atravesaba el jardín hacia su mesa no era gente corriente. Eran la familia de Ken y, probablemente, estuvieran dando por hecho que si estaba allí, era porque mantenían una relación. Una relación seria, por supuesto. Lo cual tenía sus bemoles, ya que ni ella ni él, de eso estaba segura, serían capaces de explicar qué clase de relación mantenían, en el caso de que alguien de los allí presentes tuviera la ocurrencia de preguntarles al respecto.

—Siento el retraso… —empezó a decir Ken—. Os presento a Chris Thompson. Por favor, no me hagáis quedar mal. Dejad las bromas y las indirectas para otro momento… Su hermana tuvo un accidente hace un par de días, está en el Nashville General y Chris tiene que volver pronto… ¿Entendido? —Sin esperar respuesta, continuó con las presentaciones—: Ese señor canoso es mi padre, Robert.

—Pues si crees que estoy canoso, recuérdalo. Así estarás tú cuando tengas mis años —repuso él, que tras ponerse de pie ceremoniosamente, extendió su mano hacia Chris—: Encantado de conocerla, señorita Thompson.

—Tutéala, papá, por favor… Te aseguro que el planeta no se va a salir de su órbita, si dejas las formalidades a un lado por una vez —repuso Ken.

Chris no pudo evitar reír. A pesar de lo nerviosa que se sentía, aquello le había parecido un comienzo genial. Le gustaba que el padre de Ken fuera de la vieja escuela, de los que consideraban que no se tuteaba a alguien que recién conocías porque fuera más joven o porque estuviera de moda. Y le había encantado la reacción de Ken.

—Lo mismo le digo, señor Bryan. No lo tutearé, también me educaron miembros de la vieja escuela, pero usted, por favor, hágalo. Faltaría más.

Robert asintió varias veces con la cabeza aprobando aquella respuesta con la que estaba totalmente de acuerdo y, además, le sorprendía viniendo de alguien tan joven.

—¿Ves que no soy tan raro como tú crees, hijo? Chris me entiende, ¿verdad?

—Perfectamente, señor.

Ken siguió con las presentaciones sin dilación. Conocía a los suyos y sabía que era cuestión de oportunidad que empezaran con sus bromas de siempre. Razón por la cual, no pensaba dársela.

—Y esa señora guapísima que está a su lado es la tía Doreen. Es la hermana de nuestra madre y la que ha cuidado de nosotros desde que ella murió, cuando yo tenía cinco años.

¿También era huérfano? No tenía ni idea. Fue una sorpresa de la que tuvo que recuperarse en tiempo récord; no deseaba que los demás se dieran cuenta de lo poco que sabía de Ken.

—Encantada, señora.

Doreen fue mucho más efusiva que su cuñado. También se puso de pie, pero en vez de ofrecerle una mano, se acercó a ella y le dio un abrazo cordial.

—Y yo, Chris. Por favor, llámame Doreen.

—Y este tipo tan impecable —continuó Ken—, sin un solo pelo fuera de sitio, es mi hermano mediano, Timothy. Tim, para la familia.

El aludido hizo los honores, poniéndose de pie.

—Encantado de conocerte, Chris —y dirigiéndose a su hermano, añadió—: También soy más grande que tú y estoy más fuerte que tú… Aunque siempre destaques cosas de mí mucho menos obvias…

—Pues es verdad… —comentó Chris, incapaz de negar la evidencia. Todos se echaron a reír —. Igualmente, Tim.

—Y a esos dos, ya los conoces —señaló a su hermano menor—; ese es Jim, el guasón de la familia, y ese de ahí —señaló a Tom, pero no siguió con las presentaciones.

Hizo una pausa durante la cual todas las miradas confluyeron en Ken.

—Ese de ahí es Tom. Mi mánager, mi mejor amigo y, aunque no llevamos la misma sangre, yo lo considero mi hermano.

Los amigos intercambiaron miradas. ¿Estaba siendo sincero o solo intentando taparle la boca para que no le leyera la cartilla otra vez por seguir mostrándose en sitios públicos junto a ella, dándole así generosas raciones de carnaza a los *paparazzi*?, pensó Tom. Al fin, decidió darlo por bueno e hizo un ligero asentimiento con la cabeza.

—Qué bonito —murmuró Doreen, ajena a las elucubraciones de Tom.

—Y qué privilegio que tengas a alguien en tu vida a quien puedes decirle algo así —intervino Chris.

Ken sonrió complacido, pero dado que el tiempo apremiaba, continuó con lo que realmente le interesaba; confirmar si, ahora que habían acabado las presentaciones, Chris aún quería quedarse… O estaba más decidida que nunca a largarse de allí como si la persiguiera una estampida de búfalos cabreados.

—¿Tienes diez minutos para un café? —. «Por favor, quédate», le rogó con los ojos.

Un ruego al que Chris no se resistió.

—Claro. Siempre se tienen diez minutos. —Posó una mano sobre la silla que había frente a ella. Ken enseguida la apartó de la mesa. Intercambiaron miradas cómplices y ella, finalmente, tomó asiento—. Mejor que sea un té rojo, por favor. Hoy me he pasado con la cafeína.

—¡Marchando! —dijo él.

PERO NO SOLO HABÍA SIDO UN momento de descubrimientos para Chris…

—¿Ha dicho Ken que tu hermana está en el hospital? ¿Un accidente de tráfico? —preguntó Robert cuando Chris ya había acabado su té y estaba a punto de marcharse.

—Sí, había salido de sus prácticas y volvía al hotel, cuando un coche se saltó el semáforo y embistió al taxi de lleno. Con tanta mala suerte que todo el golpe fue del lado donde iba Lilly…

—¿Trabaja en un hotel? —quiso saber Doreen.

—No, no… Nos alojamos en un hotel. Un aparthotel, en realidad. Somos canadienses… Quizás, ya se hayan dado cuenta por mi acento… —Miró a Ken con picardía recordándole que no había sido su caso—. Yo estoy dando un curso en una organización sin ánimo de lucro y Lilly está haciendo unas prácticas de cocina en un restaurante de la ciudad con dos o tres estrellas Michelin, no estoy segura… Venía de sus prácticas, era bastante tarde y cogió un taxi… Y bueno… —Exhaló un suspiro, al tiempo que ofrecía una sonrisa—. Supongo que ha sido la típica desgracia con suerte. Pero le quedan tres meses por delante hasta que pueda volver a su vida normal. Tiene una herida enorme en la cabeza que no ha tenido mayor trascendencia. Le han hecho dos resonancias y está bien. Bueno, bien aparte de las dos costillas que se ha fracturado y el hueso del brazo derecho que se ha roto, lo que teniendo en cuenta que ella es diestra…

—Qué barbaridad… ¿Y tu familia? Menudo susto.

Ken cayó entonces en aquel tema. Su tía y su amigo (enamorado) se habían desplazado inmediatamente. Pero nadie había hecho la menor mención a otros familiares. La miró y ella le ofreció una sonrisa antes de responder.

—Mi jefe, que también es mi mejor amigo, viajó de inmediato. Y mi tía llegó poco después. Es toda la familia que tenemos Lilly y yo.

Ken por poco se atraganta con la comida. Y no solo por saber que la mujer que había conocido era la única familia que tenía, sino también por Daniels. ¿Aquel tipo al que le había plantado cara era también su jefe?

Jo-der.

La voz de su padre lo devolvió a la realidad.

—Cuánto lo siento, Chris. Qué duro debe estar siendo todo esto… Si podemos ayudarte en lo que sea, por favor, cuenta con nosotros.

A Chris se le llenaron los ojos de lágrimas. Fue una reacción tan inmediata, tan inesperada hasta para ella misma… Cuando quiso darse cuenta, veía todo borroso.

La reacción de Ken también fue inesperada; posó su mano sobre la de Chris y la rodeó afectuosamente. El contacto, sin embargo, fue igual que siempre; intenso, profundo, electrizante.

Pero muy breve, ya que Chris la retiró con suavidad.

—Muchas gracias, Robert… Lamento… —se refería a su exceso de emotividad, pero en vez de decirlo con palabras, hizo un gesto con una mano señalando vagamente su rostro—. Han sido unas horas difíciles y estoy casi sin dormir… Se lo agradezco de verdad.

Se hizo un momento de silencio en la mesa que Chris aprovechó para despedirse.

—Bueno, tengo que volver al hospital… Ha sido un placer —sonrió—. Hasta otra.

Ken se levantó de inmediato. Ella intentó disuadirlo.

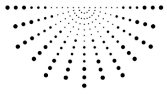
—Quédate, por favor y disfruta de tu familia. Puedo coger un taxi.

—¿Con cuatro Bryan sentados a esta mesa hablas de coger un taxi? Olvídalo. Si se me

ocurriera hacerte caso solo por complacerte, mi padre no volvería a dirigirme la palabra. No, señorita. Nada de taxis.

—Muy bien. En ese caso, nada de taxis —concedió Chris—. ¡Adiós a todos!

CAPÍTULO 36



Esta vez, Ken había entrado al *parking* subterráneo y aparcado en una plaza libre. A pesar de tener una ligera idea de lo que él se proponía, y de que tan solo esa ligerísima idea, aún pendiente de confirmación, le hacía estremecerse de anticipación, Chris le dedicó una mirada divertida.

—No puedo quedarme… —advirtió. Una advertencia hecha a su estilo, con tanta picardía como dulzura.

—Lo sé, no te preocupes. Enseguida te dejo volver con Lilly… Aunque también podría acompañarte y aprovechar para saludarla… Si has cambiado de idea, claro —dejó caer él con su carita de niño que no había roto un plato.

No era la primera vez que Ken hacía esa sugerencia. Y obtuvo la misma respuesta que las anteriores.

—Lilly no quiere que la vean todavía. Es muy coqueta y estas cosas le importan…

—Y además, tú no quieres «seguir tentando al diablo», mostrándote conmigo en lugares tan públicos como un hospital —dijo él, completando aquella frase que había oído tres veces aquel día y otro millón más en los días precedentes.

—Veo que tienes buena memoria… Lo que me lleva a preguntarme por qué insistes, si ya conoces la respuesta y también sabes que no va a cambiar.

Ken se rio.

Era su risa cómplice. Esa misma que Chris se habría quedado escuchando embobada hasta el fin de los tiempos.

—¿He dicho algo gracioso?

—Algo así… ¿En serio no sabes por qué insisto? —Ella se encogió de hombros—. Si te hubiera hecho caso alguna vez, no habría vuelto a saber de ti desde el día de los canapés de salmón… —repuso él divertido

—O sea, que eres de los que creen que el que la sigue, la consigue…

—En general, sí; contigo, definitivamente, sí. No me dabas ni la hora. ¿O es que ya no te acuerdas de la cantidad de veces que me has hecho morder el polvo?

Por supuesto que lo recordaba. Y cuando pensaba en ello, al igual que entonces, todo el asunto le seguía pareciendo increíble.

—Tengo que irme. De verdad, que no puedo retrasarlo más —dijo al tiempo que cogía sus cosas bajo la brillante mirada de Ken.

—¿Qué pasa, Chris?

—Que tengo que irme —volvió a decir ella con un tono gracioso.

No era cierto. Le sucedían más cosas. Cosas totalmente opuestas entre sí, como que, por un lado, quería quedarse, porque deseaba intensamente eso que intuía era la razón de que él hubiera escogido el aparcamiento subterráneo y no el exterior, y por otro, quería marcharse no solo por las razones que le estaba dando; había más. El encuentro con su familia, entrañable como había sido, también había subrayado una realidad disonante; lo poco que sabían el uno del otro. Lo cual ponía de relieve lo irreal, sin asideros y sin razones plausibles, de eso que los unía, atrayéndolos inexorablemente.

Él ladeó la cabeza, la dulzura de sus ojos la traspasó de parte a parte, incluso aunque no había sido más que un llamado de atención, una forma de decirle que no le mintiera.

Chris decidió no darse por aludida. Continuó recogiendo sus cosas, decidida a marcharse. Si le decía algo más, suponiendo que a su cerebro se le ocurriera una forma coherente de explicar lo inexplicable, se pasarían el resto de la tarde dentro de aquella furgoneta.

Pero Ken no se lo permitió. Posó su mano sobre la de Chris, provocando las mismas reacciones de siempre, y buscó su mirada.

—Dime qué pasa… *Por favor*.

—Pasa que no sé nada de ti —repuso, mirándolo a los ojos—. Ni tú de mí. Y a pesar de eso, nos hemos estado comportando como si nos conociéramos de toda la vida. No somos ningunos jovencitos… Pero hemos estado haciendo cosas propias de adolescentes. Te he presentado a mi familia, tú me has presentado a la tuya…

—No fue algo planificado. Ni por tu parte ni por la mía —aclaró Ken—. Me enteré este mediodía que estaban en Nashville…

Chris hizo un gesto con la mano, pidiendo que la dejara continuar, ya que tanto había insistido en hacerla hablar.

—Llámalo hache. La cuestión es que sucedió. Y no dejo de tener la sensación de que hemos aprendido más cosas del otro mientras hacíamos esas presentaciones, que en todos los otros días que jugábamos a flirtear…

—Chris, entre el accidente de Lilly y mi movida con Sandy, apenas hemos tenido tiempo de vernos…

Ella se quedó callada unos instantes. Después de indicarle con la mirada que no quería más interrupciones, dijo:

—Pasa que en cuanto Lilly pueda viajar, volveremos a casa. A Canadá. —Exhaló un suspiro —. Pasa que no sé cómo encaja esto indefinible que tenemos con la realidad… Con *mi* realidad y con *tu* realidad.

Ken asintió.

—Y eso te preocupa —concedió.

Era más que preocupación. Era asombro, incredulidad y también temor. Últimamente, no se reconocía. Cada vez que estaba a solas y, en un instante de coherencia, lograba pensar fríamente en lo que estaba sucediendo y en cómo se estaban desarrollando las cosas entre los dos, se sentía una extraña para sí misma.

—Mucho… Pero tendremos que dejar esta conversación para otro momento porque tengo que irme, Ken. ¿De acuerdo?

—Por supuesto —dijo él. De inmediato se apeó, dio la vuelta al otro lado de la F-150 y abrió la puerta del acompañante. Le tendió su mano para ayudarla a bajar.

Chris no se movió del sitio. Lo miró con un punto de recriminación al decir:

—Puedo hacerlo sola.

Ken no se inmutó. Su mano extendida tampoco.

—Lo sé. Eres una mujer valiente y, sobre todo, autosuficiente. Hasta un ciego lo vería —murmuró—. Pero yo soy un Bryan. Y los hombres Bryan hacemos estas cosas.

El corazón de Chris palpitó. O, mejor dicho, el trocito que aún le quedaba de corazón, ya que el resto había sucumbido a la ternura avasalladora de aquel hombre.

Aún y así, era el trocito de un corazón guerrero e hizo honor a su naturaleza.

—¿Te refieres a flirtear? *Lo sé* —su voz salió impregnada de dulzura, la que él le inspiraba, y de una dosis de innegable ironía que hizo sonreír a Ken—. Pero yo soy una Thompson y las Thompson somos muy claras al exponer nuestros deseos. Tan claras, que damos por hecho que no nos hará falta tener que repetirlos.

Se miraron desafiantes durante unos instantes. Ken no retiró su mano. Chris no se movió de donde estaba. Al fin, él sonrió derrotado y asintió con la cabeza.

—De acuerdo… Estoy flirteando, lo admito. Y no me pidas que deje de hacerlo porque no podría. Me vuelves loco, Chris… Pero no es solo flirtear. Es un gesto de respeto, de admiración… Y también de necesidad —reconoció con un gesto travieso—. Eres tan alucinante, tan increíble… Que necesito tocarte para sentir que eres real —ladeó la cabeza y volvió a traspasarla con su mirada—. ¿No quieres que te toque?

«Tanto, set y partido», pensó ella. ¿Cómo se las arreglaba para llegarle tan hondo con cada cosa que hacía, con cada maldita palabra que pronunciaba? Claro que quería que la tocara, vaya pregunta. Incomprensiblemente, lo necesitaba tanto como él.

Chris apartó la mirada un instante, decidiendo… Decidiendo, ¿qué? No había nada que decidir. Él seguía ganando terreno. Seguía cautivándola. Era posible que su cerebro no se sintiera a gusto con esa realidad, pero su corazón estaba encantado.

Volvió a mirarlo con una especie de sonrisa y, al fin, le tendió su mano. Una sonrisa imposible brilló en aquel rostro masculino casi perfecto cuando la tomó y se apartó, dejándole sitio para que ella se apeara.

Pero una vez que Chris estuvo en suelo firme, Ken avanzó.

Chris se estremeció. Primero fue el calor de su mano en la cintura. Luego, el calor de su aliento muy cerca de su oído.

Y luego aquel murmullo que le puso el vello de punta y volvió a confirmarle que, fuera lo que fuera lo que los unía, era infinitamente más poderoso que todas sus dudas y todas sus preocupaciones. Que todo su sentido común.

—El tiempo vuela cuando estoy contigo —susurró él—. Sean horas o segundos siempre me dejan con ganas de muchísimo más. Pero tienes razón, necesitamos dejar de volar entre estrellas cuando estamos juntos y centrarnos en conocernos mejor. Hay mil cosas que quiero preguntarte y seguro que a ti te pasa igual. ¿Te parece bien si esta noche paso a verte al hotel y empezamos con el turno de preguntas?

Con aquella lengua suave como el terciopelo acariciando su cuello era muy difícil pensar. Chris respiró hondo:

—¿Y tú crees que si estamos a solas en un lugar tan privado vas a querer empezar con el bendito turno de preguntas?

Su risa juguetona la erizó entera. Una de sus manos fue directamente a enredarse en el pelo de Ken. La otra permaneció donde estaba, apoyada en el bastón. *De momento*.

El tacto de la mano femenina repartió una cascada de sensaciones por todo el cuerpo de Ken.

—¿Y qué hay de ti? —murmuró, pero no esperó respuesta. Su boca se abrió sobre la de

Chris, al tiempo que le quitaba con suavidad el bastón de la mano y lo apoyaba contra el lateral del vehículo.

En un principio, fue un beso suave, casi tímido. Él no forzaba la apertura de sus labios, tan solo los acariciaba con la punta de la lengua.

Pero cuando sintió que la otra mano de Chris se unía a su compañera y entre las dos se dedicaban a revolverle el pelo en aquella caricia dulce a la vez que apasionada, la timidez se transformó en fuego. Su lengua invadió la boca de Chris con avidez y esta vez, ella respondió del mismo modo.

A los besos, se unieron las caricias, los abrazos y, por primera vez, desde que se habían conocido, ambos tuvieron una muestra, un pequeño atisbo, de lo que sería estar juntos de verdad. Juntos en todo el sentido de la palabra.

NINGUNO DE LOS dos supo cuánto tiempo permanecieron allí, abrazados. Enredados en besos apasionados, en caricias cada vez más calientes y, a la vez, profundamente reconfortantes.

Lo que sí supieron con una claridad sin precedentes en sus vidas fue el dolor que les causaba la separación. Un dolor tan intenso que ambos experimentaron también a nivel físico cuando ella intentó alejarse y él se lo impidió.

—Diosss… —murmuró Chris, apretándose de nuevo contra él—. Esto es una locura…

Ken volvió a adueñarse de su boca y esta vez el beso fue mucho más largo y profundo que antes.

—No sé tú, pero yo quiero mucho más de esta locura. Muchísimo más… —susurró él sobre sus labios, resistiéndose a poner fin a aquel momento.

—Tengo que irme y si no dejas de besarme… —repuso ella con un hilo de voz. Apoyó su frente sobre el pecho de Ken en un intento de alejarse de aquella boca que la tentaba tanto.

—Es que no puedo dejar de besarte… —dijo él— No puedo, no puedo, no puedo…

Él volvió a la carga y ella no se lo impidió.

Y mientras Chris y Ken se entregaban a lo que sentían sin filtros ni barreras, los minutos siguieron pasando.

EN CUANTO LAS puertas del ascensor se abrieron, Chris se dirigió con paso apresurado hacia el baño de señoras. No tenía la menor idea de qué aspecto tendría, pero a juzgar por cómo se sentía, era imprescindible que lo comprobara antes de entrar en la habitación de Lilly. Era la hora de las visitas y Jamie y Dottie estarían allí, con ella.

La impresión al verse fue tal que se ruborizó. Su moño, generalmente tenso y bien recogido, estaba torcido y parcialmente deshecho, con algunos gruesos mechones cayendo sobre sus hombros y su espalda. Sus labios lucían enrojecidos e hinchados. Como cuando tenía quince años y se había pasado buena parte del baile de fin de curso morreándose con su primer noviete en un rincón del jardín. Solo que ahora tenía veintiocho, no quince, y el responsable no era aquel crío desgarbado y lampiño, sino el mismísimo Ken Bryan.

«Dios mío, qué locura», pensó mientras se afanaba en adecentar su aspecto a toda prisa.

El pelo logró dominarlo con relativa facilidad. Con sus labios, no tuvo tanta suerte. En especial, porque no eran solo sus labios. Aunque pudiera disimular la irritación de alguna forma, el brillo de sus ojos, el rubor de sus mejillas y ese aire de venir de una cita romántica que la envolvía, era imposible de disimular.

El pensamiento la hizo sonreír. Hacía tantos años de su última cita romántica… Y lo de hacía un momento había sido tan loco, tan apasionado…

Tan alucinantemente bueno.

Respiró hondo e intentó recuperar la compostura. A pesar de lo fabuloso que pudiera haber sido el momento romántico que Ken y ella acababan de compartir… Y de lo genial que se sentía, ya no era una niña. No podía permitirse mostrarse como tal.

Abrió el grifo del agua fría, mojó su pañuelo y se refrescó las mejillas, repitiendo el proceso tres o cuatro veces. Luego, hizo lo mismo con su frente y su nuca y volvió a comprobar su aspecto.

Conforme con el resultado, escurrió bien el pañuelo y lo guardó en su bolso.

A continuación, dio media vuelta y se dirigió a la habitación de Lilly.

LILLY Y DOTTIE estaban conversando cuando Chris asomó la cabeza por la puerta. Le tranquilizó comprobar que su hermana parecía bastante recuperada.

—Vaya, qué bien te veo, hermanita.

Lilly suspiró y dio otro sorbo a la pajita de su vaso de zumo de fruta mientras Dottie lo sostenía.

—Ha dicho que tenía sed y la enfermera le ha traído zumo en vez de agua. Dijo que necesita empezar a tomar alimentos.

Chris cogió una de las sillas y la puso cerca de Lilly.

—¿Y está bueno?

Ella arrugó la nariz.

—Dicen que es de naranja, pero no sé yo…

—¿Y Jamie? —dijo Chris al darse cuenta de que las dos mujeres estaban solas.

—Camino de Toronto —repuso Dottie sin dar más detalles.

—Oh… —Chris no ocultó su sorpresa. Era raro que se hubiera marchado tan pronto—. Bueno, luego lo llamaré.

«Mejor que no», pensó Dottie.

—Te llamará él cuando pueda.

Algo en el tono de su voz, en la forma en que lo dijo, le dio muy malas vibraciones a Chris. Además, le resultaba de lo más raro que Jamie se hubiera marchado sin avisarle, sin más. Pero no era un tema a comentar delante de Lilly. Ya se ocuparía de averiguar lo sucedido en otro momento.

—Ah, vale —concedió—. Necesito un refresco o algo, ¿te apuntas, Dottie? —Ella asintió. Chris miró a su hermana y bromeó—: A ti puedo traerte uno imaginario.

—Tranquila, déjalo. Yo sigo con mi zumo de naranja imaginario. Porque zumo es, ¿pero de naranja? Lo dudo.

Tía y sobrina rieron el comentario de Lilly. Era una señal de que estaba bien y después de

horas de preocupación, constituía todo un alivio.

NO FUE hasta un rato más tarde que Chris se enteró de lo que realmente sucedía. Cuando una enfermera se presentó en la habitación para hacer las curas pertinentes a las heridas de Lilly, Chris y su tía salieron al pasillo.

—Dijiste media hora y pasaron dos horas y media —repuso Dottie.

¿Eso había sido una recriminación? Chris procuró sonar lo más neutral que pudo cuando dijo:

—Sí, me retrasé, es cierto. Pero imagino que esa no habrá sido la razón de que Jamie se fuera, ¿no?

—No habrá sido la única, pero una de ellas seguro que sí.

Dottie estaba midiendo las palabras porque ignoraba si Jamie y su sobrina habían hablado de sentimientos alguna vez. Para ella, los de Jamie siempre habían estado claros. Los de su sobrina, no tanto. Chris vivía su vida alejada del mundo del flirteo y las citas románticas. No demostraba el menor interés en tener un compañero sentimental, aunque solo fuera de manera esporádica. Sin embargo, Jamie era desde hacía años una constante en la vida de Chris. La única constante del sexo masculino. Ignoraba si la verdadera razón de que solo fueran amigos estaba relacionada con esa falta de interés por tener un compañero sentimental o si, simplemente, los sentimientos de Jamie no eran correspondidos.

Mejor dicho, lo había ignorado hasta hacía unas horas, al ver cómo se transformaba la mirada de Chris mientras Ken Bryan se dirigía hacia ellos con su sonrisa y su *sexappeal*. Entonces, lo había visto clarísimo.

Y si ella se había dado cuenta de la nube de corazoncitos rosas que flotaban en el ambiente, Jamie también tenía que haberlo notado.

—¿A qué te refieres, tía?

—¿No sabes a lo que me refiero?

Chris se quedó mirando a la sexagenaria con el ceño fruncido.

—A ver… No soy tonta. Me he dado cuenta de que Ken no le cae bien. Pero de ahí, a largarse sin siquiera despedirse, hay un trecho muy largo, ¿no te parece?

—¿Tú crees?

—Creo que estaría bien que dejaras de responder a mis preguntas con otras preguntas.

Dottie hizo un gesto de «así sea» con la cabeza.

—Lo suyo es más que no caerle bien. Tú le importas y lo que está pasando entre Ken y tú no le gusta nada.

Chris esbozó una sonrisa irónica.

—Ya. Sigue pensando que tenemos quince años y tiene que protegerme de todos los males del mundo. Y, ya de paso, decirme lo que me conviene y lo que no me conviene —repuso, intentando superar el profundo disgusto que le provocaba que Jamie se hubiera ido sin más—. Se le pasará. Es listo y tiene buena memoria. Por lo tanto, sabe que ni siquiera a los quince permitía que nadie me dijera lo que tenía que hacer.

—No me has entendido, sobrina… ¿Nunca se te ha ocurrido pensar que para Jamie eres mucho más que su mejor amiga?

Chris frunció el ceño al tiempo que una sonrisa desdibujada curvaba sus labios.

—¿Dices que siente algo por mí?

Dottie asintió enfáticamente.

—Y no es de ahora —añadió.

Eso no era posible, pensó Chris. Porque de serlo, ella se habría dado cuenta. En algún momento, Jamie habría dicho o hecho algo que habría dejado sus sentimientos en evidencia. Y no era el caso. Se conocían de toda la vida, por Dios Bendito.

—Claro que soy importante para él. Jamie también lo es para mí. Pero no en ese sentido, Dottie.

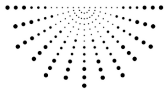
—¿Y entonces cómo explicas su actitud de hoy cuando conversábamos los tres en esas sillas? —dijo señalando el lugar—. ¿Cómo explicas la forma en que se ha ido?

No podía explicarlo. Jamie no era alguien que se dejara llevar por las emociones del momento. No era nada dado a obrar por impulso.

—No lo sé —admitió—. Pero voy a averiguarlo. Y va a ser ahora mismo.

Y con esas, Chris se alejó por el pasillo con el móvil pegado a la oreja.

CAPÍTULO 37



Mientras tanto,
en el aparcamiento subterráneo…

Ken respiró profundamente. Siguió debatiéndose entre continuar colgado de la estrella más alta del firmamento o regresar al aquí y ahora, desprenderse de ese halo de inmaterialidad que lo envolvía, y conformarse con el perfume de Chris que aún impregnaba sus manos, hasta que pudiera volver a tenerla a cincuenta centímetros, cogerla fuerte entre sus brazos y volar otra vez. Aún percibía aquel aroma dulzón con la misma intensidad que si aún le estuviera rozando el cuello con la punta de la nariz. Así que, quizás, fuera suficiente para mantenerlo alto, muy alto.

Sentía todo el cuerpo vibrando. Cada centímetro de su piel era como un gran campo de fuerza que magnificaba las sensaciones. Todas y cada una, por breves que fueran. Como si estuvieran conectadas a un potente amplificador que daba volumen a cada respiración, a cada estremecimiento…

Sostener a Chris entre sus brazos, saborear su locura, sentir cómo era ella cuando la pasión reinaba a sus anchas había sido una experiencia de otro mundo.

Ken exhaló un suspiro y volvió a llenar sus pulmones de aire. Seguía vibrando. Todo él era un gran diapasón. No había experimentado algo tan intenso en toda su vida. Ni siquiera cuando cabalgaba a lomos de un subidón de cocaína.

Tan distinto a lo que conocía.

Tan único.

Y además de vibrar, estaba ardiendo.

Oh, tío. Esto es una puta locura…

Se empujó el pelo hacia atrás con ambas manos y enfocó la vista en el suelo, intentando dejar de debatirse. Por excitante que fuera todo mientras estaba colgado de la estrella más alta, Chris ya no estaba con él. Tenía que salir del maldito aparcamiento. Volver a la cafetería, con su familia. Y no podía hacerlo en sus actuales condiciones. Tenía que centrarse. Y, sobre todo, enfriarse.

Se incorporó del lateral de la camioneta, donde se había apoyado cuando sus piernas, acusando una flojera generalizada, se habían negado a sostenerlo por sí solas durante más

tiempo. Recuperar la verticalidad plena requirió unos instantes. Los que su cuerpo, borracho de intensas sensaciones, necesitó para volver a mantenerse en equilibrio.

Joder. Qué fuerte…

Ken dio vuelta a la camioneta con un andar tan errático que parecía ir bebido. En muchos sentidos, lo estaba. Estaba borracho de emociones, que no de alcohol, del que se había despedido para siempre hacía más de un año.

Abrió la puerta y se dejó caer en el asiento del conductor. Recostó la nuca contra el apoya-cabezas y respiró hondo un par de veces más. A su alrededor todo era brillante. Vibrante. Todo se expandía y retraía al ritmo de los latidos de su corazón. Apretó los párpados en un nuevo intento de descolgarse de aquella hipnótica locura y regresar a la realidad.

Y esta vez, lo consiguió. Cuando volvió a abrir los ojos al cabo de unos instantes, veía con relativa normalidad. Los objetos ya no mostraban ese halo brillante a modo de aura. No vibraban al son de un ritmo trepidante ni se le echaban encima a velocidad de vértigo para luego alejarse hasta casi desaparecer.

Sin embargo, seguía sintiendo la piel de Chris haciéndole cosquillas en la yema de sus dedos.

La curvas voluptuosas de su cuerpo llenándole las manos, despertando en ellas una necesidad de continuar explorándola, descubriéndola. Una necesidad tan acuciante que dolía.

Su perfume… Estaba por todas partes, dulce y envolvente. Embriagador.

Y sus besos… Dios, sus besos…

Sentía el sabor de su boca, el tacto de su lengua quemándolo entero.

Antes de entrar en ese aparcamiento tenía mil preguntas, cosas que quería averiguar de Chris, de sí mismo. Quería estar con ella y averiguar qué sentía cuando cesaban los juegos y los flirteos, cuando la razón se retiraba a un silencioso segundo plano.

Ahora, conocía la respuesta a muchas de esas preguntas…

Y sabía algo más; ya no podría vivir sin eso.

Lo que sentía por Chris se había calzado las botas de siete leguas y ya no se detendría.

No se detendría jamás.

AL VOLVER A SALIR al aire libre, la intensidad de la luz hizo que Ken entornara los ojos. Cogió las gafas de sol del salpicadero y se las puso. Despacio, muy despacio, volvía a ser el de siempre. El de siempre *después* de haber conocido a la mujer más especial de la galaxia. O sea, el tipo que no paraba de idear maneras de seguir en sus pensamientos cada minuto del día.

Una sonrisa brilló en el rostro de Ken cuando la millonésima ocurrencia romántica del día apareció en su mente. Controló por el retrovisor que podía hacer la maniobra y se detuvo en doble fila. No quería perder tiempo buscando un lugar donde aparcar. Cogió su móvil e hizo una llamada.

Y esperó que lo atendieran con el corazón palpitando y una sonrisa de niño que está a punto de hacer una travesura de amor en los labios.

En el pasillo de la planta donde estaba Lilly, Chris se detuvo. Miró el nombre que se iluminaba en la pantalla del móvil que sostenía en su mano y exhaló un suspiro enamorado del que no fue consciente.

Su estado de ánimo experimentó un cambio drástico y de este sí fue plenamente consciente.

Hasta hacía un minuto estaba tensa, molesta por una reacción de Jamie que no conseguía entender y no le gustaba en absoluto. Confusa por lo que Dottie había comentado acerca de los hipotéticos sentimientos que Jamie sentía hacia ella.

Ahora él y su reacción de crío enfurruñado no eran siquiera un recuerdo, y lo que sentía era unas ganas increíbles de regresar a aquel *parking* subterráneo donde su vida había dado un giro trascendental. Estuviera dispuesta a reconocerlo abiertamente, o no.

—Como me digas que estás tres plantas más abajo, tú y yo tendremos una conversación muy seria —fue su saludo.

Ken se puso más cómodo en el asiento del conductor, su sonrisa *sexi* en ristre.

—*¿Una conversación como la que hemos tenido hace un rato en el aparcamiento subterráneo?*

Chris se estremeció. Toda su piel se erizó ante el sonido de aquella voz supermasculina.

—Acabamos de despedirnos. ¿Por qué me estás llamando? —repuso en un súbito ataque de cordura—. Y que sepas que si dices que porque necesitas oír mi voz, voy a colgar.

Ken se rio.

—*Entonces, vas a tener que darme un minuto para que piense otra respuesta…* —reconoció con tal picardía, que Chris también claudicó y se rio.

—Eres imposible.

—*Pero te encanta que haga estas cosas… Puedes negarlo, si quieres* —su voz descendió al nivel de los susurros al decir—: *también me encanta cuando te haces la dura conmigo… No te imaginas cuánto me pone.*

Chris recorrió el pasillo con la mirada, intentando averiguar si lo que sentía era tan evidente en su cara o en sus ojos como ella creía, y todos la estaban mirando. Pero el ir y venir de la gente era ajeno a su existencia. De hecho, en aquel momento una enfermera pasó frente a ella y ni siquiera pareció notar su presencia.

«Claro», pensó, «porque no estoy aquí». Aquel hombre tenía la inaudita capacidad de transportarla a otra dimensión con la misma facilidad que alguien chasqueaba los dedos. La transportaba a otro lugar donde solo estaban ella, él y esa voz que la arrullaba y la hacía sentir… Única. Tan especial como nadie la había hecho sentir jamás.

Esa voz que la encendía como nadie. Haciéndola desear intensamente. Desear sus besos, sus abrazos, su cercanía. Y sobre todo, lo en casa y a salvo que se sentía cuando estaba a su lado.

Diosss… Ya basta. Baja del Limbo ahora mismo, Chris.

—¿Has dicho «me pone»? —le preguntó en un claro intento de dejar de desvariar—. Vaya, ¿dónde se ha ido el hombre galante?

—*No tengo ni idea…* —admitió risueño—. *Creo que todavía está en el parking, intentando recuperarse del subidón.*

Pero Chris no había conseguido bajar del Limbo. Ni mucho menos. Acababa de descubrir que sus comentarios de tipo sexual le gustaban tanto como sus galanterías.

—Pues ve a buscarlo. Me gusta ese hombre y no quisiera perderlo de vista.

—*Guau… Así que resulta que, al final, te gustan mis galanterías… Fíjate, quien lo habría dicho después de soltarme ese discursito sobre la claridad de las Thompson…*

Y menudo discurso le había soltado, pensó divertida al recordar la expresión de aquella cara masculina guapísima. La verdad, simple como la mayoría de las verdades, era que tenía tantas ganas de que él la tocara, aunque fuera un roce de sus dedos, que hubiera dicho cualquier cosa para que no se le notara.

—Al final y al principio —repuso ella, sonriendo ante una conversación de la que, sorprendentemente, estaba disfrutando muchísimo.

—*Al final y al principio, ¿qué? ¿Qué quieres decir?*

—Que tus galanterías me han gustado siempre… Aunque lo haya disimulado tan bien que ni siquiera tú te has dado cuenta —admitió con una sonrisa complacida.

—*¿Mis galanterías? ¿O la galantería, en general?*

—¿Tú qué crees?

Uy, si te dijera lo que creo… Entonces, Ken cambió de idea. ¿Por qué no decírselo? El que no arriesga no gana, pensó.

—Pienso *que soy el primer hombre al que le das tiempo para que despliegue sus encantos…*

Chris bajó la vista. Le estaba sonriendo a sus sandalias y era perfectamente consciente de ello. Se sentía fabulosa, ligera como una pluma.

—¿Eso crees? Mi vida sentimental no ha empezado contigo, Ken. Sé que a tu vanidad le encantaría apuntarse ese tanto, pero no. Lo siento.

Él sonrió vanidoso y siguió apostando por arriesgarse.

—*Sí que ha empezado conmigo.*

Solo él conseguía hacerla sonreír y estremecer al mismo tiempo. Era un hecho, pensó Chris. Había tal certeza en su voz… Ken no se había marcado un farol. No era la superestrella que arrasaba allá donde iba, cautivando a hombres y mujeres por igual, echando mano de su *sexappeal* para seducir a la chica de turno. Era el hombre el que había hablado.

—*Unos cuantos besos, unos cuantas caricias subidas de tono no implican una relación sentimental* —continuó él—. *De la misma manera que unas cuantas salidas o unas cuantas cervezas compartidas no te convierten en amigo de nadie. Una relación implica compromiso, intención de seguir junto a alguien y profundizar. Tu vida sentimental no solo ha empezado conmigo, también acaba conmigo. En mí. ¿Sabes por qué lo sé?*

—¿Porque a ti te pasa igual? —repuso ella con un punto diminuto de ironía que apenas consiguió ocultar lo impactada que se sentía por la certeza que fluía de él y lo impregnaba todo —. Por favor, no rompas el encanto soltándome un cliché. Los dos tenemos un pasado.

—*No es ningún cliché. Mi pasado… Todo lo que he vivido, las mujeres a las que he besado, los momentos que he compartido con ellas a pesar de saber que no durarían, me han traído hasta aquí. Hasta ti. Me han preparado para reconocer la enorme diferencia entre lo que sentía entonces y lo que siento ahora.* —Ken hizo una pausa, consciente de que lo que diría a continuación marcaría un antes y un después en la vida de los dos—. *Tú eres mi principio y mi final. Y todo lo que hay entre medias. Y para ti es igual, Chris… ¿Recuerdas esa conexión rara a la que ninguno de los dos ha podido o querido ponerle nombre todavía? Por eso lo sé.*

Chris apretó los párpados cuando su corazón trepó hasta la garganta, haciendo que solo pudiera oír sus potentes latidos. Durante unos instantes no hubo nada más… Su corazón latiendo desaforadamente y el impulso de echar a correr antes de que fuera demasiado tarde.

Fue el persistente silencio que se había instalado entre los dos, lo que impulsó a Ken a corregir el rumbo de la conversación. Había sido demasiado intenso, se dijo. Y si para él mismo lo había sido, era cuestión de minutos que el conejillo echara a correr.

—*Pero como tu cerebro y el mío también tienen sus exigencias* —dijo, recuperándose en tiempo récord de su propia emoción—, *habrá que ponerse a trabajar… Por eso te llamaba, ¿ves? Para saber si sigue en pie el plan para el turno de preguntas de esta noche.*

Chris abrió los ojos de golpe. ¿Qué había sido eso? Menudo cambio de tercio. Tuvo que

sonreír ante la innegable habilidad de aquel hombre para saber cuándo podía dar sedal y cuándo debía recogerlo.

—No había ningún plan en pie para esta noche. Dije mañana y en público. ¿O es que esa conexión… ya sabes, esa a la que ninguno de los dos le ha puesto nombre todavía, se quedó tan patidifusa por las sensaciones que no me entendió?

—*¿Solo la conexión? ¡Por poco acabas conmigo!* —explotó Ken, dulce y risueño.

«Y tú conmigo», pensó ella. Pero dijo algo completamente distinto:

—Sigue siendo mañana y en público.

—*Venga ya, ¿en serio? Qué mala…*

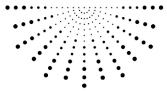
—Es lo que hay, señor Bryan. Eres un *auténtico* peligro en las distancias cortas.

—*¡¿Y qué hay de ti?! Sabes que no haré nada que tú no quieras que haga* —la desafió.

Chris se rio y esta vez, para satisfacción de Ken, no se escondió:

—¡Justamente ese es el problema!

CAPÍTULO 38



Jim intercambió una mirada pícara con Tim y no se lo pensó dos veces.

—A ver, a ver, a ver… ¿Qué es eso que tienes en el labio? —le dijo a Ken. A todos les quedó claro que se estaba metiendo con él. Entre otras cosas, porque tan pronto había regresado a la mesa del *Silver Café*, todos habían comprendido la razón de que hubiera tardado tanto en volver.

Por supuesto, Ken sabía dónde quería ir a parar Jim con su comentario. Antes de entrar en la cafetería-restaurante, se había echado un vistazo en el retrovisor para asegurarse de que el pelo estaba como debía. Y lo que había comprobado era que, independientemente de lo que su pelo diera a entender, la irritación de sus labios no engañaba a nadie. De hecho, esperaba la pregunta. Y hasta cierto punto le extrañó que alguno de los payasos que tenía por hermanos hubiera tardado tanto en sacar el asunto a relucir. Ya estaban frente al edificio donde vivía Tom. ¿Cómo habían conseguido morderse tanto tiempo?

—Me habré manchado con las costillas… Estaban buenísimas, por cierto. Tenemos que ir más a menudo…

Las carcajadas de Jim anticiparon la clase de respuesta que Ken estaba a punto de recibir.

—¿Y desde cuándo las costillas tienen ventosas? —Se acercó a la cara de su hermano y lo soltó sin miramientos—: ¡Eso es mitad chupetón, mitad mordisco, tío! ¡Y que yo sepa tampoco tienen dientes!

Tom miró hacia otra parte al ver las mejillas coloreadas de su amigo. Y eso que no eran nada comparadas con la incomodidad del cabeza de la familia Bryan. Incomodidad que no estaba relacionada con las insinuaciones de Jim, sino con que las hiciera «en presencia de una dama»; su cuñada Doreen, quien sonreía enternecida.

El mediano de los Bryan, en cambio, se estaba riendo a mandíbula batiente. Tanto, que lagrimeaba. Cuando al fin logró calmarse un poco, le puso la guinda al pastel:

—¡Será que no sabes elegir las costillas adecuadas, tío! Porque está claro que las suyas tienen de todo. ¡A ver si aprendes!

Ken soportó estoicamente las pullas de sus hermanos hasta que al fin parecieron terminar.

—¿Ya? —les preguntó con ironía—. ¿Podemos seguir con el siguiente punto del orden del día? ¿O tenéis algo más que comentar?

Por las dudas, Tom decidió cortar por lo sano. Conociendo a los hermanos Bryan era lo mejor.

—Nosotros vamos subiendo —anunció, refiriéndose también a Robert y a Doreen—. No tardes, tío. Nos quedan un montón de llamadas por hacer.

—No, no, tranquilo… Enseguida subo.

Ken lo había dicho de verdad. No pensaba darle coba a sus hermanos para que siguieran riéndose a su costa. Ya estaba bastante alterado después de lo vivido en aquel aparcamiento. No necesitaba que nadie le recordara lo excitante que había sido. Además, había mucho trabajo por hacer. Ahora era un artista independiente y tenía que ocuparse de todo.

Pero al ver al grupo de adolescentes que iban hacia él con aspecto de estar a punto de sufrir un ataque de ilusión al encontrarse con su cantante favorito, Ken tuvo claro que no sería tan «enseguida» como le había dicho a Tom.

Después de un rato de conversación, firmar los debidos autógrafos y hacerse media docena de fotos con ellas, las chicas al fin habían seguido su camino. Sus hermanos también habían intervenido, flirteando como correspondía a dos tipos ligones en edad de merecer. Y tal como había esperado, a Ken también le había tocado soportar sus bromas una vez que habían vuelto a quedarse a solas. No eran solo bromas, ya que aludían a qué pensaría Chris de aquellos besos en la mejilla tan cariñosos que le habían dado o de aquellas fotos «tan juntitos» que habían tomado.

Ken los ignoró. La efusividad que habían mostrado las chicas no era lo habitual en Nashville, pero en el resto del país, sí lo era. Estaba acostumbrado. En todo caso, las cuatro habían sido cariñosas pero sin pasarse de la raya. Lo que hizo, en vez de seguirle el juego a Jim y a Tim, fue tomarse su tiempo para despedirse de Noah y River.

Sus hermanos irían a ver casas en alquiler y Jim, antes del asunto de las ventosas, había propuesto algo bastante inteligente; llevarse a los perros. Lo había justificado con un sinsentido, claro. «Ellos también tienen derecho a opinar» le había dicho, a lo que Tim había respondido con un «¡tío, tú estás fatal de la cabeza!»

A Ken, en cambio, le pareció una muy buena idea. Quería que el nuevo casero tuviera claro desde el principio a qué se referían sus hermanos al decir que el inquilino, o sea él, tenía dos perros grandes. Además, Tom no quería animales en su búnker, por lo que la otra alternativa era dejar a Noah y a River en la camioneta y bajar a cada rato para darles de beber y asegurarse de que estaban bien. Tenían por delante una tarde de llamadas y de gastar mucha saliva intentando recuperar las actuaciones canceladas, así que necesitaba energía y concentración. No tener que preocuparse por el bienestar de sus cachorros facilitaría mucho las cosas.

Se agachó frente a sus perros y estableció contacto visual mientras les decía:

—Os prometo que nuestra vida volverá a la normalidad muy pronto, ¿vale, chicos? —Ellos respondieron lamiendo la mano que los acariciaba y seguidamente, haciendo lo mismo con la cara de Ken. Lo hicieron con tal devoción que estuvieron a punto de hacerlo caer—. ¡Vaya, cuánto ímpetu! Sois geniales, ¿lo sabéis? ¡Claro que sí! ¡Sois los mejores perros del mundo!

—Perdona, ¿y su madre, qué? —intervino Jim, saliendo en defensa de Rain—. Su madre es toda una campeona, chaval.

—¿Queréis dejar a los perros en paz? De verdad, qué pesados sois —se quejó Tim—. Tenemos una lista de casas para ver y me encantaría acabar antes de que nos dé la medianoche.

—Que sí, hombre, que sí… Ya me gustaría a mí saber por qué tienes tanto interés en acabar antes de medianoche…

—¿Por dormir? —repuso Tim con cara cómica—. Eran las cuatro de la madrugada cuando

este cuerpazo —señaló su llamativa envergadura— se puso en movimiento hoy, ¿sabes, chaval?

—¿Y me lo dices a mí? Este pedazo de tío de rompe y rasga —se señaló igual que había hecho Tim— ya estaba en la cocina tomándose el café cuando apareciste. ¡Madrugar, dice! ¡Estás hecho un carroza, hombre!

—¡Sí, claro, porque tú lo digas! —Tim dio la vuelta alrededor del vehículo para ocupar el asiento del acompañante—. Anda, calla, Jim. Y sube al coche de una vez…

Ken se incorporó riendo. Sus hermanos eran dos tipos geniales. Sacudió la cabeza al recordar lo bien que lo pasaban los tres juntos en el rancho de Ohio.

A continuación, ayudó a sus perros a subir a la parte posterior del coche familiar, aseguró sus correas a los puntos de sujeción de los asientos, y se despidió acariciando sus cabezas una última vez.

—Portaos bien, ¿vale? Nos vemos en un rato —y cuando Jim y Tim ya ocupaban sus respectivos asientos, se asomó a la ventanilla del primero, que iba al volante, y les dijo—: Gracias, tíos, de verdad. Y suerte con la búsqueda.

Jim le hizo un guiño. Y fue Tim quien puso el comentario risueño.

—Que gracias ni gracias. Ya te pasaremos la factura, chaval.

CAPÍTULO 39

La búsqueda de nueva casa había ido muy bien. Al final de la tarde, Jim y Tim habían llamado a Ken para mostrarle la que creían que se adecuaba más de la decena que habían visto. Estaba en las afueras de Nashville, al norte de la ciudad. Disponía de un patio trasero bastante grande, una pequeña parcela delantera hacía las veces de jardín y zona de aparcamiento para un solo vehículo. Aunque el resto de la casa contaba con los muebles básicos necesarios, la cocina estaba totalmente equipada y, lo mejor de todo, la propietaria se había enamorado de Noah y de River en cuanto los había visto. Había dicho que ella misma tenía un pequeño zoológico en su casa. Le habían explicado que se trataba de un alquiler temporal para la familia y que probablemente no ocuparían la vivienda más allá de un año. La mujer había estado de acuerdo. A las ocho de aquella misma tarde, Ken ya tenía en su poder las llaves de su nueva casa.

—Seguro que Tom hará una fiesta cuando se entere. No es por nada, pero creo que estuvo a punto de tener un infarto cuando nos vio a los Bryan en pleno —se rio Jim, en el asiento del acompañante de la F-150 de Ken.

Tim los seguía al volante de la furgoneta familiar con la que habían viajado desde Springfield.

—No solo él… La verdad es que era lo último que me esperaba… —concedió Ken. A pesar de la alegría de tenerlos a todos con él, aunque solo fuera un par días, no podía evitar pensar que la preocupación de los suyos por la última locura de Sandy había tenido que ser muy grande para impulsarlos a dejar el rancho en manos de los capataces y trasladarse a Nashville.

Jim lo miró con picardía.

—Bueno, si hablamos de cosas inesperadas, tendrás que admitir que tú nos has ganado por goleada.

—No empieces. Que te veo venir…

—¿Que no empiece qué? ¡Eres tú el que nos lo has puesto a huevo! De tu aparición triunfal de este mediodía se hablará largo y tendido, tío. Que lo sepas… Por no hablar de las costillas con dientes y ventosas de después —añadió con todo el doble sentido del mundo.

Ken sonrió, pero no hizo ningún comentario. Podía imaginarse la sorpresa. No tanto por lo que Chris había dicho —que se imaginarían que había un romance en progreso—, como porque había sido la primera vez que él les presentaba a alguien. El asombro había sido mayúsculo por muy bien que lo hubieran disimulado. Se moría de ganas de saber qué les había parecido Chris. Pero no sería él quien pusiera esa bola en movimiento. Ni hablar.

Enseguida descubrió que no le haría falta.

—Te doy un parte rápido, ¿quieres? —lo pinchó Jim.

—No sé por qué presiento que lo harás de todos modos… Pero vale, dame un parte rápido.

—La tía dice que Chris le parece una «criatura adorable» —empezó a decir, haciendo las pausas dramáticas oportunas porque, en el fondo, su única intención era meterse con Ken—. A Tim le gusta, pero no le parece de la clase que aguanta memeces. Según él, vas a durar con ella lo que un suspiro.

Típico de Tim, pensó Ken. Aunque, en esta ocasión, tenía que admitir que no había errado tanto. Estaba de acuerdo con él en algo; Chris no era de la clase que aguantaba memeces. Era todo genio y figura. En lo del suspiro, no, pero su hermano ya tendría tiempo de darse cuenta. Tiempo de sobra.

—Y a mí… Bueno, la verdad es que a mí ya me tiene ganado desde que supe lo que te costó conseguir que te diera su teléfono —dijo, haciendo sonreír a Ken.

—¿Y papá?

Jim esperaba esa pregunta. Para todos era importante la opinión del cabeza de la familia Bryan, pero para Ken era fundamental. Siempre había sido así.

—Ha dicho que no metamos el hocico en tus asuntos y nos ha mandado a todos a callar. —Y acto seguido, los hermanos se miraron y se echaron a reír.

«Otro que era todo genio y figura», pensó Ken.

MIENTRAS JIM y Tim iban a comprar algo para picar a modo de cena frugal, Ken se había quedado en casa de Tom, con su padre y la tía Doreen.

—Así que mañana recupero mi tranquilidad. ¡Qué bien! —comentó Tom al enterarse de las novedades, elevando su botellín de cerveza a modo de brindis. El guiño que le dedicó a Ken vino a confirmar lo que todos sabían; que era una broma a medias.

—Y yo la mía, porque tío, eres un tiquismiquis —repuso Ken, devolviéndole el golpe—. Pero eso sí, un tiquismiquis al que quiero un montón y le estoy muy agradecido.

Tom le dio una palmada en el hombro y no siguió con la broma. En su lugar, desvió la mirada hacia el cabeza de la familia Bryan. Ken lo notó. También notó que su padre hacía un ligero movimiento con la cabeza. Como si Tom le estuviera cediendo la palabra y Robert Bryan la aceptara. Arrugó el ceño y miró a los dos hombres con gesto interrogante. Cuando miró a su tía, ella le ofreció una sonrisa que confundió a Ken más de lo que estaba.

—¿Pasa algo? —les preguntó.

La llegada de Jim y Tim interrumpió la conversación temporalmente. Traían la cena.

—¡Han llegado los refuerzos! —dijo Jim.

—Traemos comida para un regimiento. Era imposible decidirse, así que hemos traído un poco de todo —explicó Tim.

—Bien —dijo Robert—. Habéis llegado justo a tiempo. Enseguida daremos cuenta de esas cajas que huelen tan bien, pero ahora, por favor, sentaos.

Si el intercambio de miradas le había puesto la mosca detrás de la oreja a Ken, que sus hermanos obedecieran sin rechistar le confirmó que, definitivamente, algo sucedía. Sus nervios acusaron recibo de inmediato. Su padre tenía buen aspecto, sus hermanos le habían asegurado

que se estaba recuperando, pero con su historial de cardiopatías nadie ponía las manos en el fuego.

—¿Qué es tan urgente que no puede esperar a que acabemos de cenar? —preguntó. Sonreía al hacerlo, había pretendido que sonara a broma y no estaba seguro de haberlo conseguido. De lo que estaba totalmente seguro era de que tenía un nudo en el estómago.

—Estoy cansado, ha sido un día muy largo para mí, y si lo dejamos para después… Bueno, ya sabes que nuestras sobremesas son interminables —dijo Robert.

Ken miró a su padre y a continuación a Tom. Le preguntó con los ojos si sabía algo y él desvió la mirada. Lo que quería decir que estaba al tanto. Que no se estaba imaginando nada. Su sorpresa al ver a todos los Bryan en Nashville había sido genuina, lo conocía bien y sabía que no fingía. Por lo tanto, la única explicación posible era que Robert hubiera puesto a Tom al tanto durante las horas que habían pasado juntos, aquella tarde.

La mirada de Ken regresó a su padre:

—¿Si dejamos *qué* para después? —le preguntó.

Robert esbozó una ligera sonrisa y miró a sus hijos. Finalmente, su mirada recaló en Ken.

—Hay una razón para que hayamos venido todos —empezó a decir.

Ken tragó saliva cuando sintió que el corazón empezaba a martillear en su pecho. ¿Qué demonios sucedía?

—Mañana, tus hermanos te ayudarán a poner en condiciones la casa y Doreen se ocupará de tu cocina y de tu nevera. No intentes disuadirla. —Se adelantó al gesto de disgusto de su hijo—. Ya lo intenté yo. Por activa y por pasiva, te lo aseguro. —Le dirigió una mirada con segundas a su cuñada de la que ella, como siempre, no se dio por aludida—. Está convencida de que comes basura por pereza y no está dispuesta a permitirlo. Tom y yo hemos estado hablando con el abogado. Le hemos explicado lo que tenemos entre manos y después de asegurarnos que oía con claridad el nombre completo de Sandy y comprobar que todavía seguía interesado en representarte, concertamos una cita para mañana a las doce. No está en la ciudad, por eso no puede ser antes.

—Es alentador que no os haya colgado el teléfono cuando escuchó su nombre… —dijo Ken.

—La fama le precede, por lo visto —explicó Robert—. Me han dicho que el hombre ha puesto en jaque a varios nombres importantes del mundo de la política. Veremos qué tal se le dan los nombres importantes del mundo de la música.

Tras una pausa, Robert abordó el tema más delicado de todos los que lo habían llevado a Nashville.

—Antes de que vayamos a ver al abogado, me gustaría que tú y yo vayamos al banco. Quiero hablar con el director sobre la hipoteca de *Mystic Oaks*.

Durante un instante, Ken se quedó mirando a su padre fijamente. Empezaba a comprender la verdadera razón de que estuviera en Nashville y su amor propio se estaba retorciendo como un animal herido. Al fin, se las arregló para decir:

—Sé que me tienes muchísima fe, papá. Y esta vez, te prometo que no habrá errores que lamentar. Pero la cruda realidad es que sin el contrato de Sandy no hay forma de avalar que tengo la solvencia suficiente para seguir pagando la maldita hipoteca. Eso es lo que nos dirá el director del banco. ¿De verdad quieres oírselo decir? Porque yo no. Lo he oído demasiadas veces ya… No quiero volver a pasar por eso. Después, me cuesta días sobreponerme a la frustración.

Hablar de ello fue volver a sentir la rabia, la decepción, la desesperación… Ken cogió la pequeña botella de agua mineral de la mesilla y se bebió la mitad de una vez sin respirar.

Aquel gesto sin aparente importancia, que habría podido pasar totalmente inadvertido en cualquier reunión de amigos, para los Bryan, sin embargo, fue otra prueba irrefutable de la lucha interior de Ken. De la batalla sin cuartel que mantenía con sus demonios desde hacía casi tres años.

Doreen, que estaba sentada a su lado, le pasó un brazo alrededor de los hombros y cuando él giró la cara para mirarla, ella depositó un beso sobre su mejilla y no dijo nada. El padre de Ken sí lo hizo:

—Lo sé, hijo. Pero yo sí puedo avalar esa solvencia.

Ken bajó la vista hasta sus manos, que tenía enlazadas entre sus piernas. Estaban justo en el punto en el que nunca había querido que su familia y él estuvieran. Ese en el que además de haberles complicado la vida, incluso que hasta probablemente haber contribuido a que su padre tuviera un segundo infarto, ahora *además* ellos se sentían obligados a hacerle de muro de contención. Ya no solo a nivel emocional sino también económico.

—Papá… —sacudió la cabeza—. No voy a poner en riesgo el bienestar de la familia. Ni hablar.

—¿De qué riesgos hablas? —intervino Tim—. Volverás a arrasar en las listas de más vendidos, Ken. Tú lo sabes y nosotros también. Además, le estás pidiendo a tipos que no te conocen de nada, que inviertan a futuro en ti, ¿y no quieres que tu propia familia lo haga? ¿Estás loco? Díselo, Tom —dijo el mediano de los Bryan.

—Tu hermano tiene sus razones y yo las respeto —repuso Tom, dirigiéndole a Ken una mirada cargada de cariño.

—Venga, hombre. No seas tibio en este asunto… —Tim dejó de hablar cuando su padre le indicó, con un gesto, que no siguiera con el tema.

—No vas a poner en riesgo nada —continuó Robert Bryan—. No será un aval. Intentaré negociar un intercambio, que el rancho familiar salde la hipoteca completa de *Mystic Oaks*.

A Ken se le descompuso el gesto de la cara.

—¿Qué estás diciendo? Para ti las raíces lo son todo y las tuyas no están aquí, están en Ohio. No, papá, escucha, por favor…

—No, escucha tú —lo interrumpió Robert—. *Tú* lo eres todo. *Nuestra familia* lo es todo… Que tú estés aquí, bregando solo, *sufriendo solo* y nosotros estemos en Springfield con el alma en vilo, no tiene ningún sentido. ¿No lo ves, hijo? Ya basta de sin sentidos. Doreen, tus hermanos y yo lo hemos hablado y hemos decidido que, si tú estás de acuerdo, usaremos el rancho familiar para conseguirnos a todos un nuevo hogar aquí.

El nudo, que antes estaba en el estómago de Ken, ahora había trepado hasta la garganta. Miró a sus hermanos con los ojos brillantes y luego a Robert.

—No puedo permitir que hagas esto, papá… No es justo.

—Claro que puedes. ¿Acaso reunir a la familia no era tu plan? Lo sé hace mucho tiempo, Ken —aclaró ante su asombro—. Sé que querías relanzar tu carrera, liquidar la hipoteca en cuanto pudieras y convencerme de que vendiera el rancho y todos nos viniéramos aquí, contigo. Sé que Jim y tú lo habéis hablado… Y que hasta Tim estaba al corriente… Y, por Dios, también sé que querías conseguirlo por ti mismo. Lo sé mejor que nadie, Ken. En eso, nos parecemos demasiado… ¿Sabes lo que aún no sabes, hijo? Que no habrías tenido que convencerme de venir. Ya no. Si algo he aprendido estos últimos dos años es que, sea lo que sea que nos depare el futuro, lo único que deseo es que lo afrontemos juntos. Es lo único que me importa.

El nudo en la garganta de Ken volvió a transformarse; esta vez en unos ojos

sospechosamente acuosos.

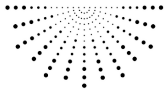
—Lo hemos pasado mal estos meses, ¿eh? —murmuró.

No solo su padre asintió enfáticamente con la cabeza, sus hermanos y la tía Doreen también.

Ken respiró hondo. Tragó saliva.

—De acuerdo… —concedió con un hilo de voz—. Entonces, ya basta de sufrir.

CAPÍTULO 40



Chris cortó la comunicación en cuanto oyó que otra vez salía la grabación. Ya no podía atribuirlo a que Jamie hubiera apagado el móvil durante el vuelo. Según sus cálculos, debía haber aterrizado en Toronto hacía tiempo. Así que estaba claro que la estaba evitando. Exhaló un suspiro. La cuestión era por qué. No comprendía lo que estaba sucediendo.

Se sentó en una de las sillas del pasillo, estiró su pierna dolorida y apoyó el bastón contra la pared, a su lado. Se tomaría unos minutos más antes de regresar a la habitación. Por si la intempestiva marcha de Jamie no fuera suficiente, Lilly había empezado a sospechar que algo sucedía. No había dicho nada. Aunque eso, probablemente, se debiera a que le costaba hablar. Sin embargo, podía sentir su mirada inquisitiva, siguiendo atentamente cada movimiento, cada intercambio de palabras o gestos con Dottie, buscando averiguar qué le estaban ocultando. Y ahora que ella se había marchado al hotel a descansar unas horas, se había quedado sola ante el peligro. Dottie planeaba quedarse por la noche cuidando de su sobrina menor para que la mayor «pudiera dormir toda la noche en una cama». Chris no había intentado disuadirla. La rodilla le dolía y sabía que en buena parte era consecuencia de la falta de descanso.

La mejoría que había notado en Lilly al llegar y verla tomando un zumo de frutas se había evaporado enseguida. El dolor sumado al desánimo por lo que creía que era un incierto futuro como estudiante de la escuela de cocina había hecho mella en ella. De hecho, había insistido en que alguien hablara con la escuela en su lugar, dado que apenas podía hilvanar una frase seguida de otra, para contarles lo de su accidente y lograr que le permitieran asistir como oyente a las clases que empezaban en dos semanas. A duras penas habían conseguido convencerla de que aquel no era el momento de preocuparse de eso, que ya los llamaría ella misma cuando se encontrara mejor. Sospechar que algo sucedía con Jamie había sido la gota que colmaba el vaso. Lilly lo consideraba un miembro de la familia.

¿Pero qué podía decirle para tranquilizarla? Ni ella misma entendía qué bicho le había picado. Y en el más que hipotético caso de que Dottie tuviera razón y lo que le pasaba a Jamie tuviera que ver con Ken, tampoco podía decírselo. Lilly no estaba al tanto de que su hermana mayor se había vuelto completamente loca y ahora, no solo se codeaba con una estrella de la música; iba por ahí aceptando sus besos como una *groupie* descerebrada.

Y qué besos.

Instintivamente, se tocó los labios. El simple recuerdo había reactivado todas las emociones vividas en aquel aparcamiento subterráneo. Eran los mejores besos que le habían dado en toda su vida, desde luego. Pero no era por eso, sino por lo que había sentido. *Por lo que sentía*.

No se trataba de algo que había vivido y dejado atrás. En absoluto. Desde que había visto a Ken por primera vez, algo había sucedido. Fuera explicable o no.

Y algo había seguido sucediendo.

Lo hacía cada vez con más fuerza. Y resultaba cada vez más memorable. Fueran risas o besos, el momento perduraba en el recuerdo porque las emociones perduraban en su piel. Estaban allí siempre, cada minuto del día. Era algo que no podía explicar desde la lógica, pero podía sentir con una intensidad que no había experimentado jamás.

Mientras una parte de ella seguía oponiendo resistencia a lo que sentía, intentando racionalizarlo (como si el hecho de que el sexo hubiera sido algo tan esporádico en su vida pudiera explicar unas emociones que nada tenían que ver con su libido) o minimizarlo justificándolo con vaguedades, la otra parte era cada vez más consciente de que el truco había dejado de funcionar. Lo que sentía era un millón de veces más poderoso que toda su lógica y su sentido común juntos.

Así que quizás había llegado la hora de sincerarse con Lilly y hablarle de su relación con Ken Bryan.

Chris se levantó con cierto esfuerzo de la silla y decidida, se dirigió a la habitación. Abrió la puerta despacio y asomó la cabeza.

Y no pudo evitar un suspiro de alivio al comprobar que su hermana se había quedado dormida.

CHRIS ALZÓ la vista cuando oyó que tocaban a la puerta. Lilly continuaba durmiendo y ella había decidido matar el tiempo recogiendo unas ideas que se le habían ocurrido sobre el curso de la OADASV.

—¿Qué tal? —saludó la enfermera.

Chris reconoció en ella a la misma persona con quien se había molestado la primera noche de Lilly en el hospital. Sintió que las mejillas le ardían al recordar lo fuera de lugar que habían estado las palabras que le había dedicado aquella noche.

Se levantó de la silla y fue hacia la puerta.

—Parece que bien —dijo en voz baja—. Gracias. Lleva un buen rato durmiendo. Eso quiere decir que la analgesia ha hecho efecto y le ha dado un respiro. Por cierto… Discúlpeme por lo de la otra noche. Siento mucho lo que le dije. Estuvo muy mal y lo lamento.

—Menuda noche —dijo la mujer esbozando una sonrisa compasiva. También hablaba en un murmullo—. Tranquila, quizás no lo recuerde, pero ya se disculpó. Estaba asustada, un sentimiento de lo más normal, teniendo en cuenta que su hermana había sufrido un accidente y nosotros, por lo visto, no hacíamos más que enviarla a casa, a dormir. Como si alguien pudiera dormir cuando tiene los nervios de punta… Si le sirve de consuelo, las primeras diez horas de un paciente de trauma suelen ser por el estilo. Los familiares no pueden quedarse y nosotros no estamos allí para atenderlos a ellos, sino para cuidar de los pacientes. Es lo que hay.

Chris hizo un gesto con la mano, dándole la razón.

—Es natural. No suelo comportarme así, soy lo que se dice una persona moderada, pero ese día… Supongo que se me juntaron muchas cosas —miró hacia la cama donde Lilly parecía dormir sin aparentes muestras de dolor. Su rostro tenía un gesto relajado—. Ella es toda la

familia que tengo. La idea de…

No completó la frase. Lilly estaba bien. Necesitaría algún tiempo para poder regresar a su vida normal, pero las lesiones que tenía no ponían en riesgo su salud ni su vida. No había razón para traer al presente los oscuros pensamientos que la habían aguijoneado aquella noche terrible. Además, hablar de asuntos tan personales con una desconocida, tampoco era su forma de ser.

—Pues… ¿Sabe qué? —dijo enseguida la mujer cambiando el tono de la conversación. Hoy no la voy a enviar a casa a descansar. Le voy a decir «¡que aproveche!» —y acto seguido, le entregó la bolsa de plástico que traía.

Chris la miró a ella y luego a la bolsa con las cejas arqueadas, haciendo sonreír a la enfermera.

—Ah, ¿no lo ha pedido usted? —Chris negó con la cabeza—. He deducido lo que hay dentro porque huele que alimenta —se rio—. Un mensajero lo estaba entregando abajo en el mostrador de información y como yo tenía que subir a ver a una compañera que trabaja en esta planta, me he ofrecido voluntaria…

Dottie estaría durmiendo y, de traerle la cena, lo haría personalmente, cuando viniera a relevarla. Habría sido todo un gesto por parte de Jamie a modo de disculpa por dar la callada por respuesta, pero suponiendo que fuera su estilo, y no lo era, si estaba en la fase de evitarla, no le enviaría semejante ofrenda de paz. ¿A quién conocía en Nashville, que sabía que ella estaría allí, a quien se le ocurrieran ideas tan insólitas… y tan, tan apetecibles? Ken Bryan, cómo no. Pero no era de los que delegaban en otros cuando sabía que hacerlo en persona tendría un efecto mucho más impactante.

Al primer pensamiento de si Ken estaría abajo, esperando el momento para hacer su aparición triunfal, sucedió otro: «¿y cómo estás tan segura de que no es de los que delegan?». Tuvo que responderse con la verdad por más increíble que pareciera: «simplemente, lo sabía».

Entonces, cayó en la cuenta de que se había quedado ensimismada.

—¿Un mensajero? —dijo.

—Sí, de esos que van en moto… Bueno, yo tengo que irme y usted tiene que darse un festín antes de que se enfríe. Aproveche que su hermana duerme —le dijo la enfermera antes de cerrar la puerta.

Chris volvió a abrirla para agradecerle que le hubiera traído la cena hasta la puerta. La mujer se despidió con la mano una última vez y se alejó por el pasillo.

Chris regresó a su asiento. Retiró la libreta y la estilográfica y las puso sobre la mesilla de la cama. A continuación, volvió a tomar asiento y se puso a inspeccionar el contenido de la bolsa. Era del Silver Café, el restaurante donde ella había conocido a su familia aquel día. Había costillas de cordero a la brasa, batatas fritas y ensalada. Dos raciones de cada una. Así que no solo había pensado en ella, sino también en Dottie. A ese hombre no se le escapaba nada, pensó envuelta en un suspiro que la tomó totalmente por sorpresa. No por el suspiro en sí, sino por su clase.

Ignorando que se había tratado de un suspiro de naturaleza romántica, Chris abrió el contenedor de las costillas y aspiró el sabroso aroma que desprendían.

CHRIS MARCÓ el número de Ken y mientras esperaba, asomó la cabeza por la puerta de la

habitación para comprobar que Lilly seguía durmiendo. Luego, volvió a cerrarla y se recostó contra la pared.

—*¿Qué tal tu cena?* —oyó que él le decía a modo de saludo.

—Fabulosa. Esas costillas son un peligro. Sabes cuándo empiezas a comerlas, pero no cuándo terminas… —se rio—. Gracias, por cierto. Me he dado un festín y mi estómago te estará eternamente agradecido.

—*¿Solo tu estómago?* —dijo él, riéndose—. *¿Qué hay del resto de ti?*

Era aquella risa suave que a Chris le hacía cosquillas. Otra más entre el millón de cosas que encontraba superatractivas en él. *Aparte de él*.

—El resto de mí te lo dirá mañana, cuando vea lo que marca la báscula —bromeó. Su peso había dejado de preocuparle al cumplir los trece y comprender que lo suyo no era el típico problema de sobrepeso adolescente.

En realidad, toda ella le agradecía encarecidamente el detalle de enviarle una cena tan apetitosa. Desde el accidente, comía mal y a deshoras y podía sentir los efectos de una buena comida en su ánimo. Pero ya estaba bastante derretida por su gesto —y por él—, como para concederle el tanto completo sin hacerse de rogar aunque fuera un poco. Solo lo bastante para quedarse a gusto consigo misma.

—*¡Qué bien!*

—Uy, qué raro que te parezca tan bien…

Al escuchar su risa traviesa, Chris se descubrió sonriéndole a sus sandalias.

—*Es que… Acabas de darme la excusa perfecta para plantarme ante tu puerta mañana a la hora del desayuno. Así comprobamos juntos que la báscula está tan agradecida como tu estómago y lo celebramos…* —Tras una pausa, añadió en tono aún más travieso que antes—: *No te has dado cuenta, ¿a que no?*

—¿No será que tú no pierdes ocasión de encontrar excusas para vernos en cada cosa que digo o que hago?

—*Quiero verte. Y sé que tú también quieres verme.*

Ninguno de los dos sonreía. Como solía sucederles últimamente, la conversación empezaba entre risas, pero muy pronto se volvía íntima.

—¿Lo sabes? ¿En serio? ¿No será tu vanidad dando por sentado que como soy una chica y tú eres Ken Bryan… ya me entiendes?

—*No lo sé por eso… Aunque te gustaría, ¿eh? Te encanta darme caña… Lo sé porque… Porque sí, Chris. Y también sé que llegará un momento en que seremos dos haciendo toda clase de locuras para poder estar un rato juntos. Pero, mientras tanto, lo hago yo. Y te aseguro que pocas cosas he hecho en mi vida con tantas ganas como esto.*

—Esto, ¿qué? ¿Fabricar excusa tras excusa?

—*Echar el resto para enamorarte, para que no puedas dejar de pensar en mí cada minuto de cada día.*

Chris se tragó un suspiro. Si lo dejaba escapar, Ken se daría cuenta de lo blandita que se ponía cada vez que lo oía hablarle de aquel modo, rezumando dulzura a la par que seguridad.

—Así que tu cena no ha sido un acto tan desinteresado como parece, ¿eh? —contraatacó.

—*Qué mala… Visto así, nada de lo que hago contigo es totalmente desinteresado. Y no es de ahora, es así desde que mis ojos se cruzaron con los tuyos por primera vez. Pero no lo hago solo por enamorarte… Lo hago porque te lo mereces y, además… No sé, siento que lo necesitas… Necesitas atenciones, mimos, detalles que te hagan sentir querida y valorada.*

Ken no se equivocaba. Lo que Chris no tenía del todo claro era si esas necesidades siempre habían estado allí, en su corazón, o si eran necesidades nuevas que sentía estando a su lado. Necesidades que él provocaba en ella, que llevaban su nombre.

—¿Qué hacías? —le preguntó dando un drástico giro a la conversación.

—*Estoy en una gasolinera. Paré a repostar y cuando ya me iba, ha sonado el móvil y eras tú.*

El tono de su voz denotó que sonreía. Sonreía a cuento de haberse dado cuenta de que el giro de noventa grados que Chris acababa de dar a la conversación, tenía que ver con lo de siempre; su buenísima puntería a la hora de acertar en mitad de su corazón.

—¿Y dónde ibas cuando te diste cuenta de que, por fantástica que sea tu furgoneta, aún no ha aprendido a funcionar con el olor a gasolina?

—*Vaya, vaya… Primero un cambio de tema y ahora una broma; esto mejora por segundos…*

—Y no una broma cualquiera. Por si no te has dado cuenta iba acompañada de una pregunta de lo más normal… —matizó ella, siguiéndole el juego.

Sí, pensó Ken con el corazón en fuga; una pregunta de esas que las parejas se hacían todo el tiempo.

—*¡Es verdad!…* ¡*Madre mía, dame un minuto para que me recupere!* —se rio.

—¿Has visto? Casi se te escapa, ¿eh? Vale, te doy un minuto… ¿Me responderás o es demasiado personal para decírmelo?

Ken procedió con total normalidad. No necesitaba un minuto. No necesitaba pensar en qué responder. Lo que llevaba semanas buscando, *deseando*, estaba sucediendo.

—*A sacar a mis perros a dar un buen paseo… Los pobres llevan todo el día sin mí… Y luego, a reunirme con mi familia… Mis hermanos han encontrado una casa nueva para mí. Me estaban esperando con la dueña, así que ya tengo las llaves. A Noah y a River les encanta… Tiene un jardín y una pequeña parcela de tierra en la parte de atrás. Por lo que me ha contado Jim no paraban de corretear, así que lo tomaron como una señal de que era la casa adecuada. Y, para que quede claro, nada es demasiado personal para ti. ¿Estamos?*

Chris volvió a sonreírles a sus sandalias.

—Estamos. Así que… Tus hermanos te están ayudando a reorganizarte… Ya me parecían muy majos antes de saber cuánto te cuidan… ¿Han venido por eso, porque les has dicho el problema que tuviste con tu promotora musical?

—*Sí. Son geniales. Toda mi familia, no solo mis hermanos. Valen su peso en oro.*

—Sé que estáis muy unidos, me lo has dicho, pero es raro dar con una familia tan grande que se lleve tan bien. Y es muy bonito verlo. Hoy lo pasé muy bien entre vosotros. Fue muy agradable.

—*A pesar de los nervios…*

—Sí, a pesar de los nervios —reconoció—. ¿Y qué tal van las actuaciones canceladas?

—*Vaya, seguimos con las preguntas normales… ¡Toma ya!* —y sin darle ocasión a que metiera baza, continuó superanimado—. *Hemos recuperado unas cuantas. No todas, eso sería un milagro. Pero ¿sabes qué? Entre las recuperadas está un festival muy importante. Lo bueno es que siendo el primer gran evento que ha dicho que sí, aumentan mis posibilidades de que los otros dos, en los que formaba parte del cartel, también se animen. Lo malo es que comienza el viernes y voy a necesitar irme un par de días antes para contratar a unos músicos locales y tener tiempo de ensayar…* —exhaló un suspiro—. *Ojalá pudieras venir conmigo…*

—¿A dónde? —preguntó ella asombrada.

Él se rio.

—*¡Oye, ni que te estuviera invitando a un funeral!*

—Pues igual acabaríamos asistiendo a uno porque no creo que Tom sobreviviera al disgusto de verme contigo en uno de esos festivales… —repuso ella, riendo.

La risa cesó muy pronto y la conversación volvió a convertirse en íntima.

—*Tendrá que acostumbrarse. Ya lo sabe porque se lo he dicho. Sé que cuadrar tu agenda con la mía no va a ser pan comido… Pero lo que piense Tom no forma parte de esta ecuación. Ni lo que piense nadie, para el caso.*

Chris se quedó muda. Todavía seguía habiendo muchos momentos en los que la incredulidad se adueñaba de ella y todo volvía a parecerle irreal, un mero producto de su imaginación.

Y cuando se presentaban esos momentos, él volvía a demostrarle cuánto la conocía y lo claras que tenía las cosas.

Eso mismo hizo ahora.

—*Respira. No pasa nada. No tendrás que soportar mi música, si no te gusta…* —dijo Ken tronchándose de la risa—*. Podrás quedarte en el hotel… O ir a ver museos… Y si te portas muy, pero que muy bien, puede que hasta te permita que saques a pasear a Noah y a River… ¿Te he dicho que pienso llevármelos de gira conmigo? ¡No veo la hora, te lo juro, me cuesta muchísimo dejarlos aquí…! Total, que podrás estar a tu aire todo el tiempo que quieras… Te prometo que no tomaré a mal si no quieres estar en primera fila, gritando y saltando, con una pancarta que diga…* —Lo primero que le vino a la mente fue una frase que veía muy a menudo en sus conciertos: «¡Queremos un hijo tuyo!». Pero a último momento decidió cambiarla por otra—*: «¡Eres el mejor!»*

Chris sacudió la cabeza. ¿Cómo se las ingeniaba para traerla de regreso a una realidad de la que todavía seguía teniendo serias dudas y hacerlo con tanta facilidad? Era de locos.

—*¿Sigues ahí?* —dijo él.

Chris respiró hondo.

—Sigo aquí. Pero voy a cortar. A ti te están esperando y yo tengo que volver con Lilly.

Ken apretó los párpados. ¿Por qué siempre se le hacía tan corto el tiempo que pasaba con Chris? Un minuto de felicidad suprema, seguida de una eternidad esperando la llegada de otro minuto que también pasaba volando.

—*Vale… Gracias por llamarme. Iba a hacerlo yo, seguro que te lo imaginabas* —se rio—*, pero me ha encantado que tomaras la iniciativa…*

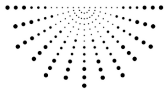
—De nada. Gracias por la cena. Estaba buenísima. Y tu gesto… Bueno, por usar tus palabras, te diré que también me ha encantado… Me ha parecido de lo más dulce, Ken.

Chris se quedó esperando su respuesta —la misma de siempre— con el corazón latiendo fuerte y una sonrisa en los labios.

Esta no tardó en llegar:

—*Es que soy un tipo dulce, Chris. Y contigo, mucho más.*

CAPÍTULO 41



Después de dar un largo paseo con los cachorros, Ken los llevó al hotel donde pasarían la noche junto con su padre y su tía. Sería la última noche que los perros estarían alejados de su dueño. La despedida, a las puertas de aquel establecimiento familiar amigo de los animales domésticos que llevaba años funcionando en Nashville, tomó varios minutos y sucedió bajo la paciente mirada de la familia de Ken.

—Tengo que admitir que fue todo un acierto que le regalaras esos cachorros… —comentó Robert, dirigiéndose a Jim—. No sé si antes se lo consultaste a su madre y ella te dio sus bendiciones, pero que ha sido una buena idea, lo ha sido.

—Para que lo sepas, Rain no es una madre posesiva. Está encantada de que sus hijos vivan otras experiencias y vean mundo —bromeó Jim—. Y que conste que eso lo dices ahora. En su momento, dijiste algo distinto. —Adoptó la postura totalmente erguida, casi circunspecta de su padre, y lo imitó con descaro—. ¿No te parece que estás llevando tu amor por los perros demasiado lejos, Jim? Tu hermano ya tendrá suficiente con volver a su vida de locos.

Ken se echó a reír.

—¿Eso le dijiste, papá?

—Sí —repuso Jim, dejando a Robert con la palabra en la boca—. Eso me dijo. Por suerte, no le hice ni puñetero caso. Mal que le pese, hay dos amantes de los perretes en la familia y yo sabía que Noah y River te alegrarían la vida. Son dos cachorros geniales —comentó mirando a los hijos de su perra con orgullo.

Tim encontraba de lo más curioso que la conversación del momento fueran aquellas adorables bestias peludas cuando, claramente, no era ese el tema estelar del día. Decidió lanzar la idea, a ver si alguien la secundaba.

—Pues espero que a Chris… ¿Thompson, has dicho que se llama?

Nadie dijo nada. Ken porque todavía tenía una diminuta lucecita de esperanza de que la fiesta acabara allí. Los demás porque estaban deseosos de que empezara. Por más que el cabeza de la familia los hubiera mandado a callar antes, no podría hacerlo eternamente. Y aquel era un momento tan bueno como cualquier otro para lanzarse en plancha.

Tim continuó.

—Bueno, el apellido da igual. Decía que espero que a Chris le parezca bien ese amor tan grande que tienes por los perros. No son caniches a los que puedas llevar en el bolso y tú no das un paso sin ellos al lado…

Ken tenía toda la intención de no darse por aludido. O, como mucho, ofrecer alguna

respuesta de compromiso, de esas que salvaban el momento, pero no decían nada consistente. Pero la carcajada de Jim y lo que vino a continuación, frustró sus planes.

—¿Que le parezca bien? ¡Es otra loca de los peluditos como Ken y yo! Para que lo sepas, Noah y River la adoran. Se vuelven locos de alegría cuando la ven.

Ken apretó los párpados. Podía oír en su cabeza cuál sería la siguiente pregunta.

Y no se equivocó ni en una coma.

—¿En serio? Mira qué bien… Y, digo yo, por curiosidad… ¿La ven muy a menudo?

Mientras su familia en pleno se partía de risa, Ken se enderezó, se sacudió los pelos de los pantalones y esperó pacientemente a que los demás acabaran de reír. Entonces, dijo:

—Se acabó la fiesta. Papá y la tía tienen que retirarse a descansar y si vosotros queréis que os lleve a disfrutar de la noche nashviliana, más vale que nos pongamos en marcha ya —Le dio un abrazo a su padre—. Te recojo mañana a las ocho y media. Así nos da tiempo a pasear a los peluditos y a desayunar antes de ir al banco. Que descanses, papá.

—Eso ni lo dudes. No soy yo el que llevará a tus hermanos de juerga —repuso él, palmeando el hombro de su hijo cariñosamente.

Ken acusó recibo del mensaje oculto en la botella.

—No te preocupes. Está controlado.

Robert asintió con la cabeza y le ofreció una sonrisa. Confiaba en la fuerza y en la determinación de su hijo. Pero sabía que las adicciones eran una cárcel de la que nunca se era libre del todo. El temor a recaer siempre estaría allí, agazapado. Enturbiando buenos momentos, como aquel, y sembrando dudas.

—No me preocupo. Confío en ti —repuso, dándole a su hijo la respuesta que sabía que necesitaba oír.

Y así fue. Ken esbozó una sonrisa satisfecha y a continuación se despidió de su tía.

—Prométeme que no te vas a pasar el día cocinando esas delicias que me hacen engordar con solo mirarlas —dijo al tiempo que le daba un beso en la mejilla.

Ella le acarició la barbilla y se tomó unos instantes para disfrutar del momento. Al igual que Robert, llevaba tiempo sin verlo. Sus hermanos lo habían disfrutado más porque viajaban a Nashville con frecuencia. Era estupendo encontrarlo tan bien, viviendo su vida a pleno otra vez.

—¿Y por qué no? Me encanta cocinar y a ti te encanta mi comida… ¿No vas a dejar que lo disfrute, por una vez? —repuso en lo que a Ken le pareció la típica respuesta cariñosa y cargada de remembranza. Pronto descubrió que era mucho más que eso—. Además, por lo que he visto hoy, ya no eres tú solo a comer… —matizó.

Y se quedó mirándolo con esos enormes ojos grises, idénticos a los suyos, mientras los demás intentaban aguantar la risa sin demasiado éxito.

Ken sacudió la cabeza.

—Adiós, tía —se despidió dejando claro que no soltaría prenda.

Doreen le despeinó el pelo cariñosamente.

—¡Adiós, sobrino!

Tim aprovechó para intervenir. Si Ken pensaba que le resultaría fácil evitarlos a todos, estaba muy equivocado. Eran cuatro contra uno.

—Oye, te he hecho una pregunta… ¿No vas a responder?

Ken frotó las testas de sus perros una última vez y finalmente miró a su hermano.

—No. ¿Algún problema? Si dices que sí, te quedas en el hotel.

Tim mostró sus dos palmas en señal de rendición y los tres hermanos pusieron rumbo hacia

los vehículos bajo la cariñosa mirada de su padre y su tía.

DESPUÉS DE MARCHARSE DEL HOTEL, los tres hermanos se habían reunido con Tom Keller en los *Billares Star*. Como siempre, llegar hasta la sala donde él jugaba su partida con una pelirroja, les había tomado un buen rato. La gente se acercaba a saludar a Ken en cuanto lo reconocían, le pedían un autógrafo o un selfi y sus hermanos no perdían la ocasión de ver si, en palabras de Jim; pillaban cacho [1].

Los hermanos Bryan habían gozado de éxito entre el público femenino a lo largo de su vida, pero la fama de Ken le añadía un indudable atractivo a un hombre que ya era atractivo sin necesidad de más. Algo que, como era de esperar, también era motivo de pullas y retos constantes entre los tres.

En esta ocasión, tanto Tim como Jim tuvieron la ocasión de observar otra circunstancia curiosa, aparte de la que había tenido lugar a la hora de la comida. Ken se había deshecho enseguida de las servilletas y trozos de posavasos con números de teléfono que muchas de sus admiradoras le entregaban, a veces, deslizándolo con disimulo en algún bolsillo de su indumentaria; otras poniéndoselo delante de los ojos mientras se insinuaban con descaro. Antes solía guardarlos. Ignoraban si hacía uso de ellos en algún momento, aunque sospechaban que sí. Pero esta vez, se había deshecho de ellos enseguida mientras esperaba que el camarero, un antiguo conocido, le sirviera las bebidas de la primera ronda a la que invitaba él. Eso sí, lo había hecho con disimulo.

Jim lo había visto porque estaba pendiente de él. Cuando Tim se acercó y le habló al oído, tuvo claro que no era el único que no le perdía pisada al famoso de la familia.

—¿Eran los números lo que acaba de tirar?

Jim intercambió una mirada pícara con Tim y asintió con la cabeza.

—Es celosa —anunció Tim, sin más. No aclaró a quién se refería porque ambos lo sabían.

—Lo dudo.

—¿Y por qué lo dudas? ¿Qué sabes tú que yo no sé? —lo pinchó Tim poniéndose delante para acaparar toda su atención, impidiéndole con aquel gesto seguir observando lo que hacía Ken.

—Si lo repites, te zurro —le advirtió. Tim asintió y continuó mirándolo expectante—. Tardó semanas en conseguir que ella le diera su número. No sé exactamente cuántas, pero un montón. Tratándose de él, hasta una hora sería alucinante. ¿Semanas, y nuestro hermanito siguió al pie del cañón? —dijo divertido—. ¡Esto es un Récord Guinness, chaval!

—¿Quién ha batido un récord Guinness? —dijo Ken mientras repartía las bebidas; cerveza para sus hermanos y agua con gas para él.

—¿Y quién va a ser? —repuso Tim, señalando a Tom Keller con los ojos—. ¿Alguna vez liga con una rubia o con una morena? Y mira que liga el tío, pero nueve de cada diez son pelirrojas. ¿Cuántas lleva? Tiene que estar a punto de batir un récord…

—Si no lo ha batido ya —matizó Jim.

Ken se echó a reír. Tom estaba haciendo como que jugaba una partida al billar, pero lo que hacía en realidad era flirtear con descaro.

—Ya lo ha batido, seguro. Aunque, si te digo la verdad, creo que no le hace ascos a nada.

Además, ahora está de moda el tinte cobrizo, ¿no? —dijo Ken, riendo.

Jim y Tim intercambiaron miradas. Ken apretó los párpados al darse cuenta de que esta vez él mismo les acababa de servir la ocasión en bandeja.

Ocasión que sus hermanos no dudaron en aprovechar.

—Pues ahora que lo mencionas… —Tim le pasó un brazo alrededor de los hombros a Ken y se dirigió a Jim al decir—: Chris también tiene el pelo cobrizo, ¿o es una idea mía?

—Pero no es teñido. El suyo es natural, ¿no, Ken?

Ken sintió que sus mejillas se prendían fuego. Y no se debía, como pensaban sus hermanos, a que las pullas de tipo sexual hubieran vuelto al centro de la dinámica fraterna como siempre que estaban juntos, sino a haber caído en la cuenta de que detrás de aquella pregunta con doble sentido de Jim, se escondía una realidad inédita en su caso; después de casi dos meses perdiendo el culo por ver a Chris, técnicamente, aún ignoraba la respuesta a esa pregunta.

CHRIS ENTRÓ EN LA HABITACIÓN, encendió la luz, cerró la puerta y fue directa al sofá, donde se dejó caer, cargada con las cosas que traía.

Exhaló un suspiro al tiempo que se pasaba la mano por el cabello, empujándolo hacia atrás. No quería moverse y se descalzó con los pies. A continuación, despacio y con mucho cuidado, subió ambas piernas y las apoyó sobre la mesita ratona.

Al fin un poco de paz.

Lilly se había despertado de su larga siesta impuesta por los medicamentos con un humor tan poco amigable como el que tenía antes de quedarse dormida. A la pobre debía dolerle cada centímetro del cuerpo… Aunque, en honor a la verdad, el problema de su hermana siempre había estado en su cabeza. Normalmente, era el ser más dicharachero del planeta. Excepto cuando se enfrentaba a una pérdida afectiva o, como ahora, a un giro demasiado drástico en sus planes de futuro. Entonces, pasaban varias semanas hasta que el ser feliz que vivía en su interior lograba volver a tener el control de la situación. Su padre había muerto cuando Lilly todavía no había aprendido hablar e incluso entonces, sin entender bien lo que sucedía, pasaba largas horas ensimismada con sus lápices y sus juguetes. La muerte de su madre, acaecida años atrás, había sido poco menos que el fin del mundo para una Lilly en plena pubertad. Chris se había visto obligada a regresar a Toronto al convertirse en su tutora legal, pero dado que los meses transcurrían sin que su hermana levantara cabeza, al fin, de común acuerdo, habían decidido que Lilly se establecería con Chris, dondequiera que su trabajo la llevara. Primero había sido en Perú, luego en Costa Rica y tiempo después en África. El cambio de aires había tardado en hacer efecto, pero Lilly había conseguido salir del pozo.

Ahora, por lo visto, estaban ante un proceso semejante. Desde niña, siempre trasteaba en la cocina entre cucharones y cacerolas. Aún no llegaba bien a las hornallas cuando había empezado a hacer sus primeros pinitos. Habían tenido que encargar un taburete a medida para ella. Sus primeros platos eran sencillos, pero tan apetitosos que nadie imaginaba que habían sido preparados por unas manos infantiles. A los doce, ya era quien cocinaba en casa y desde entonces, acariciaba el sueño de convertirse en una chef de renombre. Estudiar y formarse en los rincones remotos del mundo donde el trabajo de su hermana mayor la llevaban no había sido tarea fácil, pero lo había logrado, tal era su empeño. Su plaza en la escuela de alta cocina llevaba

reservada desde hacía tiempo. A pesar de saber que eso la mantendría separada de su hermana mayor durante el curso lectivo, Lilly soñaba con el primer día de clase. Y ahora, un accidente de tráfico no solo amenazaba con posponer ese día un año más, también estaba por verse cómo se resolvían las lesiones de su brazo derecho. Los médicos eran optimistas, pero Lilly sentía que se estaba jugando su futuro.

El constante malestar de su hermana pequeña, sumado al paulatino empeoramiento de su rodilla, que ya no dejaba de dolerle ni un minuto, habían estado a punto de conseguir estropearle el día. Pero entonces…

Unos besos de locura en un aparcamiento cubierto habían ido en su rescate, llenándole el estómago de mariposas y llevándola de regreso a una época de su vida donde todo era nuevo, vibrante, lleno de color y de expectativa… A esa época en la que era tan feliz que hasta se olvidaba de comer.

Y un poco más tarde, unas deliciosas costillas a la brasa habían llegado para acabar de recauchutarla de una forma que solo era posible conseguir alimentándose.

Chris sonrió al pensar que Ken Bryan era el remate a una existencia llena de giros y situaciones inesperadas. Sin duda, era lo más insospechado que le había pasado en la vida.

Al principio, estaba tan segura de que todo lo que él hacía estaba relacionado con salirse con la suya, que no se había parado a pensar en la posibilidad de que simplemente esa fuera su forma de ser. Ahora empezaba a tener serias dudas al respecto. Nadie podía fingir eternamente y dos meses actuando sin cometer un solo error era mucho tiempo. Además, si su interés por ella no fuera real, si lo único que buscaba fuera llevársela a la cama, ¿no jugaría más duro? Siendo quien era, ¿no intentaría poner toda la carne en el asador? Se sonrojó al pensar que la había tenido completamente a su merced en dos ocasiones. Dos a falta de una. Y en ambos casos, había sido él quien había dado un paso atrás. Ella no lo habría detenido y él tenía que saberlo. Ningún otro hombre en su lugar habría elegido retroceder. ¿Por qué él sí?

Chris exhaló un suspiro. «Dos o tres días más, y a casa», pensó. La sensación que experimentó no fue agradable. Ni mucho menos. Y ahora sabía la razón. Marcharse de Nashville significaba decirle adiós a alguien de quien no deseaba despedirse.

En aquel momento, el móvil la sacó de sus pensamientos. El sonido indicaba que había recibido un mensaje. Mientras rebuscaba en el bolso, pensó que sería Jamie.

Pero no era él.

Sonrió de oreja a oreja al leer el mensaje de Ken.

¿Qué haces?… Por seguir con las preguntas normales, ya sabes :)

Chris tecleó:

¿Puedo responder ‘¿y a ti qué te importa?’? Por seguir con las respuestas normales, ya sabes :)

Y se quedó mirando la pantalla, sonriendo mientras esperaba ansiosa. Enseguida recibió un mensaje:

Cómo te gusta hacerme morder el polvo!

Y tanto que sí.

Me encanta, lo admito ;) No hago nada especial. Estoy en mi sofá, reuniendo fuerzas para darme una ducha. ¿Y tú?

La respuesta volvió a llegar enseguida:

En los Billares Star, con Tom y mis hermanos.

Chris sonrió traviesa y tecleó:

Encandilando señoritas, ya veo. Qué vida más dura la tuya.

Un segundo después su móvil volvió a sonar y no pudo evitar pensar que aquel hombre tecleaba a velocidad supersónica.

Durísima. Pero no por ellas, por ti.

Chris frunció el ceño. Escribió:

???

Un nuevo mensaje volvió a ponerle una sonrisa en el rostro:

No quiero estar aquí. Ellas no me interesan. No son tú.

Que te veo venir…, pensó Chris, incapaz de dejar de sonreír. Escribió:

No voy a picar. Voy a dejar el móvil sobre la mesa y me voy a duchar. ¡Pásalo bien!

Pero ni soltó el móvil ni se movió del sitio. La respuesta de Ken tardó un milisegundo en llegar:

Déjame ir a verte. Solo una hora. Sé buena. Así seguimos con el turno de preguntas.

Ni lo sueñes. Después de lo sucedido en el *parking*, Chris tenía más claro que nunca que estar a menos de un metro de aquel hombre era un peligro mortal. Tenía que volver a Canadá. Y hacerlo ya sería bastante duro tal como estaban las cosas.

¿Tú y yo tan cerca y tan solos? Será mañana y en público. 07.30 en el puesto de café del parque.

Así que reconoces que no es cosa mía, sino de los dos…

¿Lo dices en serio?, pensó Chris. Su expresión se tornó desafiante:

Dime una cosa: ¿eras tú o era otro tipo el que estaba en el parking conmigo?

Y esta vez la respuesta no solo la hizo sonreír, entró de lleno en su pecho y le masajeó el

corazón:

Estoy loco por ti, Chris.

APARTE de haber conseguido hacer que Ken se sonrojara un par de veces más, y divertirse a su costa, viéndolo echar balones fuera por seguir resistiéndose a hablar de su vida privada, Tim y Jim también tuvieron ocasión de verlo intercambiar varios mensajes con otra persona. Al principio, no estaban seguros de si se mensajeaba con personas distintas, pero a medida que los mensajes se sucedían y la sonrisa que aparecía en su cara seguía siendo la misma, tanto Jim como Tim estaban bastante seguros de que se trataba de una sola persona, la misma que les había presentado en el restaurante.

—Bueno, chicos. Me voy —anunció Ken—. Nos vemos mañana

Hacía un rato que Tom se había marchado y dado que Ken pernoctaba en su casa, no lo dudaron ni un instante.

—Tom se ha largado con la pelirroja y me da que tiene para largo. ¿Dónde vas a dormir tú? ¿O tienes llaves de su piso? —dijo Jim, con su mejor cara de póquer.

—Eso. Si quieres, te podemos colar de extranjis [2] en el hotel —lo secundó Tim.

Esos dos gandules lo habían hecho sonar a preocupación fraterna, pero Ken sabía perfectamente que sus intenciones eran muy distintas. Cogió su chaqueta de la mesa de billar donde los tres jugaban por turnos y se la puso. En ningún momento dejó de sonreír, pero cuando al fin se dispuso a hablar, en su rostro lucía una sonrisa radiante.

—Tengo llaves.

—Ah, vale… Bueno, es temprano todavía. ¿No te parece, Tim?

—La noche está en pañales —repuso él con toda normalidad. Sus ojos, sin embargo, se estaban riendo a carcajadas.

Ken sacudió la cabeza. «Muy bien», pensó, «si queréis pullas, aquí va una»:

—Precisamente, tíos. Precisamente —les dijo. Y empezó a alejarse—. ¡Pasadlo bien! ¡Yo pienso hacer lo mismo!

Y aunque se había tratado de una broma típica entre hermanos, distaba muy poco de la realidad.

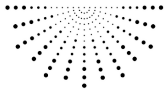
Distaba exactamente cinco minutos en coche de los *Billares Star*.

---

1 Ligar, mantener relaciones sexuales de tipo oportunista con alguien.

2 De tapadillo, subrepticiamente.

CAPÍTULO 42



Chris apagó la luz del baño y volvió al salón. Tenía siete horas por delante para relajarse en el sofá viendo una película hasta que sus ojos se cerraran y se quedara frita. No pensaba siquiera molestarse en abrir la cama. ¿Para qué? Era tan extraña para ella como el sofá de aquel aparthotel. Allí, al menos, se sentía más acompañada con el sonido de la televisión. Después de una larga ducha reparadora, se había puesto el pijama, se había dado un poco de crema hidratante y se había cepillado el pelo cinco minutos.

No había podido hablar con Jamie todavía. Y no porque no lo hubiera intentado; había dejado varios mensajes en su buzón de voz. Que no hubiera respondido era una muestra clara de que a Jamie le sucedía algo. Estaba lo bastante molesto para no querer ponerse al teléfono con ella todavía.

Recordó las palabras de Dottie. Era la primera vez que alguien le decía que los sentimientos de Jamie hacia ella no eran lo que ella creía. Y no se trataba de alguien cualquiera. Dottie era, aparte de Lilly, la persona que más los conocía a los dos. No iba a negar que empezaba a darle que pensar su persistente negativa a ponerse el teléfono, pero le seguía pareciendo imposible dar alguna credibilidad a sus palabras.

Se conocían desde la adolescencia. Eran muy buenos amigos. Jamie era la persona a la que acudía para todo, fuera de naturaleza profesional o personal. Él había elegido la vía de la gestión dentro de la organización. Ella, en cambio, había elegido el trabajo de campo que, por lo general, se desarrollaba en lugares apartados del mundo, razón por la cual pasaban meses sin verse. Si Jamie sintiera algo por ella, ¿no habría intentado convencerla de quedarse en Canadá en vez de animarla a perseguir sus sueños o, incluso, empujarla, como había hecho esta última vez con el viaje a Nashville?

Dottie tenía que estar equivocada en cuanto a los sentimientos de Jamie. En lo que no se equivocaba era en que algo le sucedía. Y ese algo tenía que ver con ella.

Chris exhaló un suspiro. Paciencia. Con Jamie no había otra manera. Era de los que se tomaban su tiempo para rumiar las cosas que lo perturbaban.

Cogió el mando a distancia, se acomodó mejor el cojín debajo de la cabeza y se puso a buscar un buen somnífero entre la interminable oferta que mostraba la guía de la televisión.

En ese momento, se oyeron golpes en la puerta.

Chris miró en esa dirección con el ceño fruncido. No había pedido nada al servicio de habitaciones. Dottie se había quedado al cuidado de Lilly, así que también estaba descartada.

Se levantó del sofá y fue hasta la puerta cojeando sin ayuda del bastón.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy yo —dijo Ken.

El batir de las alas de un millón de mariposas alzando el vuelo en su estómago precedió la intensa descarga que a Chris le recorrió la espalda al reconocer su voz. Las emociones del momento íntimo con él en el aparcamiento regresaron con toda su fuerza ante la perspectiva de estar a punto de repetir la experiencia.

Entonces, cayó en la cuenta de que aquel tipo guapísimo había vuelto a saltarse el protocolo y lo que se adueñó de ella no tuvo nada que ver con el placer.

Abrió la puerta y miró a Ken con una ceja enarcada.

—Empiezo a pensar que tienes un problema con las normas de cortesía. Vuelves a sorprenderme en pijama y a cara lavada.

Ken la recorrió con la mirada, extasiado, incapaz de apartar la vista. Eso que ella había llamado «pijama» era un conjunto negro de un tejido fluido, probablemente satén, con ribetes de encaje. Un top con escote en pico y delgados tirantes y unos pantalones muy cortos. Realzaban unas formas femeninas que él encontraba excitantes sin necesidad de que hubiera tanta piel a la vista. Tardó unos instantes en acabar su recorrido. Y otros más en responder.

—Pues… Que sepas que es bueno para mi corazón haberte sorprendido de esta forma. Porque si te hubiera dado tiempo a elegir con qué vestuario y con qué maquillaje dejarme grogui, no seguiría vivo… Eres alucinante. La mujer más impresionante que he visto en mi vida.

A sabiendas de que cada célula de su cuerpo se estaba derritiendo, Chris se las arregló para cruzarse de brazos y dedicarle una mirada socarrona.

—¿A qué has venido, Ken? Quedamos mañana, no ahora.

—A hablar. Tenemos que seguir con el turno de preguntas…

—¿A las once y media de la noche? Menuda cara tienes.

Él ladeó la cabeza y jugó su mejor baza.

—¿No te fías de mí? —le dijo rezumando ternura con aquella carita de niño bueno que no ha roto un plato.

Por supuesto que no se fiaba. Ni de él ni de ella. Volver a verse, reconocer en los labios del otro, rastros de lo sucedido en el aparcamiento estaba siendo toda una experiencia. A pesar del tono fingidamente casual de la conversación que mantenían, la emoción era intensa y los estaba sacudiendo a los dos por igual.

—No es una buena idea —murmuró ella.

Ken se metió las manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros y asintió con la cabeza varias veces.

Vale. No ha colado. Estaba claro que lo que sentía, esa locura que lo sacudía desde hacía horas, era evidente para Chris. Mucho más de lo que él creía. Y si era tan evidente…

—Nunca me he sentido tan vivo, tan real, tan yo mismo como en ese aparcamiento. Y sé que a ti te pasó igual. Sentiste lo mismo. Con la misma intensidad… Así que… ¿Por qué no es una buena idea? Estar juntos me parece la mejor idea del mundo.

Chris apartó los ojos de aquella irritación en los labios de Ken que la hacía desear tan intensamente dejarse llevar. Sabía perfectamente dónde conducían las miradas y las sonrisas. Junto a él era tan fácil olvidarse de todo y permitirse sentir. Solo sentir. Pero una parte de sí misma seguía reclamándole más sensatez, más cautela.

Ken buscó su mirada. Lo hizo con suavidad, con la misma dulzura de siempre. Esa que conseguía meterse en su cuerpo y acariciarle el corazón.

—No he venido a seducirte… —Su voz descendió al nivel de los susurros al decir—: Aunque si tú quieres…, ya sabes que me encanta darte el gusto. —Chris hizo lo imposible por tragarse la sonrisa, pero él la detectó y sonrió a su vez—. Lo digo de verdad.

—¿Ah, sí? Lo del aparcamiento fue tan intenso y te sentiste tan real, tan tú mismo que… ahora estás aquí, en mi habitación del hotel, conmigo en ropa de cama porque otra vez te has saltado el protocolo, pero no has venido a seducirme. No, qué va. Has venido a… —lo miró mitad burlona, mitad tierna—. ¿A qué has venido, Ken?

Él sacudió la cabeza risueño, su sonrisa traviesa en ristre.

—Vale, lo admito. Me muero por repetir…

Chris tragó saliva. Pues ya eran dos a morirse. Permaneció mirándolo sin hacer nada. Sin decir nada. Él continuó hablando.

—No puedo quitarme ese momento de la cabeza. Sigo sintiendo el sabor de tus besos y… —El calor de su boca y el tacto de su piel y exactamente la misma locura. Exhaló un suspiro intentando volver a centrarse—: Fue lo más intenso que he sentido en toda mi vida y… Supongo que necesitaba volver a verte para comprobar que…

—¿Si yo tampoco podía quitármelo de la cabeza? —Sus miradas se encontraron. Intensas, brillantes—. No hace falta que te molestes en comprobarlo. Te lo puedo decir yo; tampoco pienso en otra cosa… Pero, tranquilo, es un efecto temporal —añadió risueña.

Era un intento de cortar la tensión emocional del momento y ambos lo sabían. Prueba de ello fue que sonrieron e intercambiaron miradas cómplices.

—Lo que necesitaba comprobar es si somos capaces de estar juntos sin perder los papeles… Porque sé que aquí —señaló su propia cabeza— necesitas conocerme mejor. Saber qué más soy aparte de un tío famoso. De qué madera estoy hecho. Necesitas asegurarte de que no le estás abriendo tu corazón al hombre equivocado… Por mucho que te atraiga.

Otro revuelo de mariposas. Otro escalofrío. Por el relámpago de deseo que centelleó en aquellos ojos grises, Chris supo que uno idéntico lo estaba sacudiendo a él.

—Y parece que sí —continuó Ken—. Que somos capaces… ¿no? Tú te mueres por tocarme, pero sigues ahí, mirándome con esos ojos alucinantes… Y yo sigo aquí, a un metro de ti, a pesar de… —Su mirada recorrió la silueta femenina y regresó a los ojos de Chris mucho más brillante que antes. En vez de completar la frase, respiró hondo y ensayó una sonrisa—: Y todavía no me ha dado un infarto… Propongo que hablemos. Que sigamos con el turno de preguntas.

Chris titubeó unos instantes. No tenía nada claro que él fuera tan capaz como pensaba de mantener las distancias. ¿La razón? Tampoco tenía claro que ella lo fuera. De hecho, *no mantenerlas* le parecía una idea cada vez más tentadora… Aunque todo su sentido común estuviera echándose las manos a la cabeza.

Al fin, abrió del todo la puerta y se hizo a un lado para dejarlo pasar.

—Una hora máximo —le advirtió—. Y como hagas el menor intento de que la conversación se convierta en otra cosa, te echo de aquí en menos de lo que se tarda en pestañear. ¿Entendido?

La sonrisa de Ken daba dos vueltas al planeta cuando dijo:

—Una hora y manos quietas. Prometido.

NO FUE hasta que Ken estaba junto a la mesa que Chris se percató de la bolsa y la bandeja con

dos vasos de cartón que traía. Y eso fue solo cuando consiguió dejar de pensar en lo bien que le quedaba la ropa que vestía. La camisa era blanca, entallada, de un tejido ligero que resaltaba su buena contextura física. Llevaba las mangas arremangadas hasta el codo, dejando a la vista los tatuajes de su brazo izquierdo y las delgadas pulseras multicolores que tenía en ambas muñecas. El blanco inmaculado de la prenda destacaba el ligero bronceado de su piel y conjuntaba a la perfección con sus ceñidos vaqueros desgastados y sus botas tejanas. Le daba un aire juvenil pero muy masculino.

Y ella con esas pintas espantosas…

—En la comida dijiste que te habías pasado con la cafeína, así que te he traído otra cosa —comentó él mientras distribuía el contenido de la bandeja de cartón y la bolsa sobre la mesa—. Y como sé que ya has cenado, he traído el postre. Brownies, tarta de manzana y unos bombones superfamosos en Nashville, que te recomiendo encarecidamente que pruebes. Se llaman *GooGoo* y están para morirse de buenos.

Chris, que con los brazos cruzados permanecía de pie cerca de la mesa, observándolo (y disfrutando horrores de las vistas), hizo un gesto de aprobación.

—Qué raro que no hayas dicho que el postre eres tú… Vamos mejorando.

Ken se rio y no confesó que ese había sido su primer pensamiento.

—¿No te sientas? —repuso, en cambio, después de que él mismo hiciera lo propio.

Chris asintió. Pero en lugar de sentarse, desapareció de la estancia. Instantes después regresó. Se acomodó en una silla y usó la otra para descansar su pierna lesionada.

Ken sonrió con picardía al ver que se había puesto un jersey deportivo con capucha, de esos que se cierran con una cremallera. Volvió a guardarse sus pensamientos. A saber; que daba igual lo que se pusiera o cuánta piel dejara a la vista. Lo que veía lo excitaba, pero lo que no veía… Eso lo volvía directamente loco.

—Prueba —dijo él, tendiéndole un *GooGoo*—. Te prometo que las calorías extras valen la pena.

—¿Desde cuándo te preocupan las calorías? —De pronto, Chris dejó de hablar para deleitarse con aquella mezcla de chocolate y caramelo que se deshacía en su boca—. ¿Pero qué es esto? ¡Podría comerme toda la caja de una sentada!

—¡Te lo dije! Están tan buenos que cuando pruebas uno, no puedes parar. Son típicos de Nashville. Siempre llevo varias cajas cuando vuelvo a Springfield y no duran nada. Mi padre no es muy dulcero que digamos… Ni siquiera mi tía, que es una repostera de aúpa, ha conseguido tentarlo, pero a estos bombones nunca se resiste —la miró risueña y añadió—: Y no me preocupan las calorías. Si no recuerdo mal, es a ti a quien le preocupan.

Así que Ken se acordaba de aquella conversación tan divertida que habían mantenido el día de los canapés de salmón. Algo más que añadir a la creciente lista de cosas que le encantaban de él. Chris cogió su vaso de cartón y dio un sorbito al té.

—Mmm, qué bueno. Es té rojo.

Lo vio asentir con aquella ligera expresión autosuficiente, propia de alguien que siempre sabe lo que se hace. Claro. También lo había tenido en cuenta, cómo no. ¿Llevaría una libretita con apuntes sobre ella? Bien. Ya que había dicho venir para seguir con el turno de preguntas, sería ella misma la que arrojara la primera piedra.

—Te encuentro muy parecido a tu padre, pero tus ojos… Tus ojos son como los de tu tía.

—Son los de mi madre. Murió cuando yo tenía cinco años. Doreen es su hermana. Soy el único de los tres que ha sacado sus ojos. Pero en todo lo demás, soy un clon de Robert Bryan.

Así que ya lo sabes, prepárate porque en unos años tendré el pelo plateado… Espero que no te importe…

—¿Estás insinuando que por entonces todavía seguiremos en contacto?

—¿En contacto, dices? —Negó con la cabeza, su sonrisa traviesa en ristre—. Juntos.

Chris bajó la vista. Aquellos ojos le decían mucho más que las palabras que había pronunciado. Estiró la mano para coger otro bombón, deseando que la verdadera razón de haber apartado la mirada quedara entre su corazón y ella.

—No sabía que habías quedado huérfano tan pequeño…

La muerte de su madre era algo que Ken había superado hacía mucho tiempo. Aunque fuera tan solo un niño, era el mayor de los tres hermanos y esa sensibilidad suya, de la que todos se mofaban, ya estaba muy desarrollada por aquel entonces. Sentía que su padre no estaba bien, aunque su mente de niño no fuera capaz de explicarlo de forma racional e, instintivamente, se había ocupado de curar rápidamente sus propias heridas. No suponía ningún dolor hablar de ella ahora, pero la muerte no le parecía el mejor de los temas para cautivarla. Y a eso había venido; a conquistar su cerebro, ofreciéndole toda la información sobre él que evidentemente necesitaba. Su corazón ya le pertenecía… Aunque Chris todavía no se hubiera dado cuenta.

—Mi vanidad de superestrella me pide que te dé las gracias por tu gran interés.

Chris se atragantó con el té y los dos rieron un buen rato a cuenta del comentario.

—Dile a tu vanidad que lo siento, pero cuando pasas tanto tiempo desconectada del mundo, al volver cuesta ponerse al día. No fue intencional.

—¡Claro que fue intencional! Te encanta bajarme los humos.

Los ojos chispeantes de Chris lo miraron por encima del vaso de cartón.

—¿Eso hago?

Ken asintió repetidas veces con la cabeza y también desvió la mirada con la excusa de coger un bombón que no se comió; lo depositó frente a él, sobre la lustrosa superficie de madera de la mesa.

—Empecé en esto a los dieciocho. Me costó hacerme un hueco en la música country. Pero a fuerza de ir de bar en bar, de esquina en esquina, de festival en festival… Lo que quiero decir es que dejé de ser un desconocido hace mucho tiempo… Dondequiera que voy la gente me reconoce. Fue muy raro dar con alguien que no tenía la menor idea de quién soy. Y más raro todavía que no mostraras ningún interés por conocerme.

—¿Herí tus sentimientos?

Era su voz dulce de siempre, lo que sumado al remanso acogedor de su mirada, lograba que sus palabras fueran como caricias para él. Incluso cuando quedaba claro que se estaba burlando.

—Mi vanidad, no mis sentimientos. Y no hables en pasado.

—Vaya… No sabía que tuviera semejante poder sobre ti. Mmm… Creo que no has hecho bien en decírmelo. Ahora que lo sé podría aprovecharme…

Ken se llevó finalmente el bombón a la boca y permaneció mirándola mientras lo comía.

Para Chris, él hacía más que mirarla; la estaba traspasando con esos alucinantes ojos grises.

—En mi defensa diré que no fue a propósito —argumentó, consciente de que seguir hablando no era más que un intento de evitar lo que aquellos ojos le hacían sentir—. De verdad que no sabía quién eras. Tiempo después, cuando lo supe…

—Te quedaste con la boca abierta mirando la pantalla de la televisión. Pero, luego, lo niegas diciendo que son cosas de tu tía… ¿De verdad te quedaste pasmada o tu tía estaba exagerando?

La reacción de Chris le dio la respuesta que necesitaba. Primero se puso roja. Después, se

echó a reír.

—No exageraba —admitió y vio que una sonrisa radiante iluminaba aquella cara guapísima —. Estábamos tan tranquilas en una cafetería, conversando no recuerdo de qué mientras comíamos y, de pronto…

—De pronto, ¿qué?

—Diosss… ¿Pero tú te has dado cuenta de que las cámaras te adoran? Te las comes. Te enfocan a ti y todo lo demás desaparece. Da igual donde estés o lo que haya detrás. Como si es el gran templo de Abu Simbel o la Mezquita Azul de Estambul. ¿A quién le importa? ¡Solo te vemos a ti!

Ken sonrió encantado. Su vanidad estaba dando un fiestón por todo lo alto. Aunque, todo había que decirlo, habría preferido un ligero cambio en su última frase. Le habría encantado oír «solo te veo a ti». Pero teniendo en cuenta que hasta hacía dos días «eran cosas de su tía», lo daría por bueno.

—Así que son las cámaras… —dejó caer, mirándola con picardía.

—Eres superatractivo y lo sabes.

—O sea, *que no son las cámaras*.

Chris lo miró con una ceja enarcada. ¿Después de lo sucedido en aquel *parking* todavía necesitaba preguntarlo?

Ken no se dio por aludido. Porque aunque para él siempre hubiera sido evidente, para ella no lo era tanto. Chris empezaba a asumir lo que sentía. Aquellos besos incendiarios que habían compartido hacía unas horas no respondían ante lógica alguna y ya ni siquiera alguien tan pragmático como la hermosa mujer que estaba frente a él podía rebatirlo. Pero necesitaba oírselo decir. *Ella necesitaba oírse a sí misma* diciendo en alto algo que llevaba negando un mes y medio.

—¿Qué hay de raro en lo que he dicho? —Y con esas sacó su cartera, extrajo algo del compartimento lateral, lo desplegó y lo situó frente a ella. Permaneció mirándola expectante.

Chris se cubrió la boca al reconocer el dibujo que ella misma había hecho un par de meses atrás en lugar de darle su número de teléfono. Enseguida reparó en lo verdaderamente importante de aquella servilleta; Ken la había guardado.

Diosss… ¡Qué tío más alucinante!

Alzó la vista hasta él. Fue una mirada cargada de ternura y de un poquito de culpa. Él elevó sus cejas, desafiándola a que siguiera rebatiendo el punto ahora. Al ver que ella permanecía en silencio, asintió satisfecho y continuó:

—Acabo de tirar un puñado de números que no he pedido.

Ella enseguida comprendió a qué se refería. Sus seguidoras siempre lo abordaban y, generalmente, le daban más cosas aparte de la enhorabuena por su última actuación o su regreso a Nashville.

—Me los dan sin más… A ti te lo pedí y no me lo diste. Te gusté desde el minuto uno. Te entré por los ojos. Igual que tú a mí. Después pasamos un rato increíble en esa terraza que parecía una selva… Pero cuando te pedí el teléfono, me diste eso. Así que, dime, ¿qué hay de raro en que quiera oírtelo decir con todas las letras? Nadie me lo había puesto tan difícil en toda mi vida…

—¿«Había»? —le preguntó.

No fue hasta que lo vio sacudir la cabeza divertido, que Chris se dio cuenta de que acababa de volver a hacerlo. Desafiarlo era algo que le salía de forma espontánea. Y era mutuo. Una

extraña manera de comunicarse que cada día le gustaba más y sospechaba que a Ken también.

—Dilo —exigió él.

Intercambiaron miradas divertidas y ella al fin concedió con un gesto de la mano.

—Me gustas muchísimo. Creo que eres el hombre más bestial sobre la faz de la Tierra. ¿Conforme?

Su carita de niño que no ha roto un plato volvió a hacer acto de presencia.

—Creo que no te he escuchado bien, ¿me lo repites?

Y como era de esperar, las risas también volvieron a hacer acto de presencia.

—Lo has escuchado perfectamente. Y los dos sabemos a dónde conducen esta clase de conversaciones.

—Vale, vale, está bien… Un poco de seriedad, por favor. ¿Y tú, a quién te pareces más, a tu padre o a tu madre? —le preguntó mientras guardaba el dibujo y devolvía su cartera al bolsillo.

Chris titubeó. Aquel súbito cambio de tema la había tomado desprevenida.

—A ninguno de los dos, realmente. Soy el patito feo de la familia. ¿Parecidos? A ver… Dicen que tengo el perfil de mi padre y bastante del genio de mi madre, pero… No sé, yo no lo veo tan claro… Murieron hace mucho, así que…

Ken permaneció mirándola. Tenía la sensación de que ella, por alguna razón, no estaba cómoda hablando de sus padres. Decidió hacer honor a sus deseos.

—Pues para ser un patito feo, eres toda una preciosidad…

—Deja de flirtear.

—¿Quién dice que flirteo? Eres preciosa. Te lo he dicho un montón de veces porque es la verdad. ¿No me crees?

—Creo que ya hemos hablado de eso —repuso ella dedicándole una sonrisa cómica.

—Ah, sí, ya me acuerdo. —Miró la gruesa rodillera negra de su pierna derecha y luego a ella —. ¿Qué pasó? Y, por favor, esta vez no me digas que metiste el pie donde no debías…

Ella se rio con suavidad. Era cierto. Ken ya le había hecho esa pregunta con anterioridad. Y ella, como siempre, le había ofrecido la típica respuesta para salir del paso.

—Los hombres del poblado estaban instalando un generador que acabábamos de recibir después de casi un año esperándolo. No era la mejor época para acometer semejante tarea, pero… Era necesario y decidimos arriesgarnos… Había llovido mucho… No vi el agujero. Me escurrí. Con tanta mala suerte que mi pierna quedó atrapada y la rodilla cedió.

Al verla por primera vez y quedarse tan cautivado por ella, Ken se había lanzado a hacer conjeturas sobre su cojera. Entre las tonterías que se le habían ocurrido había barajado la posibilidad de que se lo hubiera hecho esquiando. ¿Esquiando? *Joder, tío.*

—Vaya… No me imaginaba algo así. Lo siento, Chris… ¿Y hace mucho de eso?

—Va para cuatro meses ya. Por eso he vuelto a la civilización. No puedo hacer trabajos de campo con una pierna en estas condiciones. Sería un problema para mis compañeros más que una ayuda. Bueno… Por eso y porque le prometí a Lilly que volveríamos. El accidente fue bastante aparatoso y ella lo vio todo, así que… Quería sacarme de allí a toda costa.

—¿Estaba contigo? —preguntó Ken asombrado.

Chris asintió.

—Lleva años conmigo, siguiéndome dondequiera que voy —al ver su mirada interrogante, añadió—: ya te he dicho que nuestros padres murieron hace tiempo.

La admiración que Ken había sentido por ella desde el momento que había encontrado su ficha en la página web de la organización crecía a pasos agigantados a medida que aprendía

cosas sobre su vida.

—Así que todo esto es muy reciente. Debes sentirte…

—Perdida —dijo ella.

Las palabras «no estoy pasando por un buen momento», que había pronunciado tiempo atrás, regresaron a la mente de Ken. Cobraron sentido.

—Disculpa… No pretendía que sonara tan mal —matizó ella—. Cuando nos conocimos, acababa de tocar tierra en el Continente Americano después de algunos años viviendo en distintas partes de África. Los últimos tres en Tanzania. Si no me hubiera salido esta oportunidad de colaborar con la OADASV impartiendo un curso… Me habría vuelto loca. Sigo sintiéndome muy rara… Fuera de mi elemento. Pero este curso, al menos, me estaba dando la oportunidad de trabajar con gente que necesita mi ayuda y mis conocimientos…

Él la miró con ternura.

—Pues ya somos dos fuera de nuestro elemento…

—¿Y tú crees que nuestras situaciones son comparables?

Otra vez aquel tono dulce, pretendidamente burlón que lo hacía derretir, pensó Ken.

—Esto es Nashville —continuó Chris—. ¿Cuántos años has dicho que llevas aquí? ¿Diez, doce…? Si después de tanto tiempo te sigues sintiendo fuera de tu elemento, diría que tienes un problema muy gordo…

—No lo he dicho, pero son diez y cuando digo que estoy fuera de mi elemento, no hablo de lugares. Hablo de personas. Mi elemento es cualquier lugar donde estén los míos. Mi gente.

Chris asintió con la cabeza al recordar que uno de los artículos que había leído sobre él, hablaba de que era una persona muy familiar que siempre había reconocido abiertamente en las entrevistas que llevaban muy mal estar lejos de su familia. De hecho, también recordaba otro que daba a entender que Ken había pasado por una depresión a raíz de la enfermedad de su padre.

—Para ti es muy importante tu familia… —dijo ella.

No había sido una pregunta. A pesar de lo cual, Chris obtuvo una respuesta.

Una respuesta que le puso el corazón a latir a dos mil revoluciones por minuto:

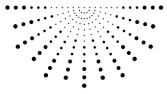
—Sí. Y por dejarlo claro, «mi gente» también te incluye a ti.

Chris demoró unos instantes en volver a respirar. Y cuando lo hizo, se levantó de la silla y manoteó el bastón.

—Enseguida vuelvo —atinó a decir.

Y se alejó cojeando en dirección al baño ante la mirada desconcertada de Ken.

CAPÍTULO 43



Chris entró en el baño como una tromba y apoyó la espalda contra la puerta. Respiró profundamente. Todavía sentía el corazón latiendo a mil por hora en su pecho y un barullo mental en el que solo Ken conseguía sumirla con la misma facilidad con que alguien chasqueaba los dedos.

«Mi gente también te incluye a ti», le había dicho. Sacudió la cabeza en un gesto cargado de incredulidad. Sus ojos se empañaron de emoción.

Ese hombre no se imaginaba lo que significaban esas palabras para ella. No tenía ni la menor idea.

Chris se había pasado la vida deambulando por caminos inciertos más sola que una ostra. Había aprendido el verdadero significado de la palabra «familia» no donde debía haberlo aprendido, sino junto a desconocidos que se habían apiadado de ella y le habían tendido la mano o, incluso, en rincones olvidados de Dios, entre personas que carecían hasta de las cosas más básicas y que, sin embargo, a ella se lo habían brindado todo… Las palabras de Ken eran como la visión de un manantial para alguien que se ha perdido en el desierto; algo tan imprescindible, tan de vida o muerte… que resultaba aterrador descubrir que podía tratarse de una ilusión, de un espejismo.

Chris respiró hondo. Se tomó unos minutos para serenarse. Antes de regresar al salón, comprobó en el espejo que no mataría a nadie de un susto si salía del baño. Y fue al ver su imagen reflejada, que tomó conciencia de algo por primera vez.

Si la ternura y la entrega de ese hombre no conseguían derribar sus barreras, su intensidad lo haría. Antes o después, lo lograría. Ken Bryan era simplemente demoledor.

No hacía mucho que Chris se había marchado, pero a Ken le estaba pareciendo un siglo. Quedarse sentado en esa silla y esperar, no ir tras ella, era una tortura. Una tortura que se hacía más sangrienta y dolorosa a medida que pasaban los minutos y ella no daba señales de vida.

Tenía una ligera idea de lo que sucedía. Él y su vehemencia se habían pasado de frenada otra vez. Pero si Chris se había marchado, era porque necesitaba espacio. Fuera lo que fuera lo que estuviera sucediendo en ese baño, estaba claro que ella no quería que él lo viera. Y, como mínimo, debía respetar su deseo… Aunque se estuviera volviendo loco de preocupación.

Ya tendría tiempo de echar la puerta abajo, si en dos minutos más no había regresado, pensó

con sorna.

Entonces, Chris reapareció. Verla fue para Ken como si alguien le hubiera quitado la coraza de hierro que le oprimía el pecho, impidiéndole respirar. Tanto fue así que un suspiro aliviado escapó de sus labios.

La siguió con la mirada sin decir nada, incapaz de apartar sus ojos. Se apoyaba mucho en su bastón al andar y la cojera era más notoria que antes. Claramente, le dolía la rodilla. Pero parecía serena, normal… Suponiendo que a un ser tan alucinantemente hermoso por dentro y por fuera se le pudiera calificar de normal.

Chris, al notarlo, le ofreció una ligera sonrisa.

—Ya estoy aquí… Disculpa que me fuera de repente.

Ken asintió con la cabeza dándolo por bueno. Decidió que no la pondría en el brete de tener que explicarse. Era él quien se había pasado de frenada.

—Cuando hay prisa, hay prisa… —le tendió un bombón—. Ayúdame o acabaré con la caja yo solo… Estos bombones son mi perdición, de verdad.

Chris aceptó el dulce de buen grado; su intento de evitarle una explicación, no.

—Te agradezco el gesto, pero honestamente creo que sería mejor que ataras más en corto a tu vehemencia. Así, ni yo tendría que disculparme por salir corriendo. Ni tú inventar una excusa para convencerme de que te ayude a *no* comerte la caja de bombones —dijo de carrerilla con un tono mitad severo, mitad humorístico. Y luego añadió—: ¿desde cuándo necesitas excusas para comer? Esto es nuevo.

Él le dedicó una mirada cargada de ternura.

—Vaya… ¿Acabas de regañarme?

Chris sacudió la cabeza. ¿Había *alguna* circunstancia en la que aquel hombre dejara de ser un surtidor de miel? Era imposible.

—A ver, Ken… Eres un hombre muy intenso. Y cuando te sale el «yo intenso», dices unas cosas que… —Que, ¿qué? Las cosas que él decía no eran el problema. Entregarse a una persona, vivir un sueño a fondo, confiar en el otro no era un problema. La desconfianza, sí. El miedo, sí.

Chris agarró el vaso de cartón, bebió un sorbo de té rojo y no acabó la frase.

Ken lo hizo por ella.

—Digo cosas que te emocionan y te asustan a la vez. Lo sé.

—¿Lo sabes? ¿De verdad? No te ofendas, pero dudo mucho que entiendas el efecto que causas en otras personas, Ken.

—En ti, sí… Pero no es mi intensidad lo que me hizo decirte lo de antes, es la certeza de que eres parte de mi vida.

—¿Y esa certeza tuya también sabe que *no* vivo en este país?, ¿que en dos o tres días como mucho me marcharé de aquí? ¿O todavía no se lo has dicho?

Chris había sonado desafiante, incluso molesta. Ken entendía el porqué y acudió al humor para suavizar las cosas.

—¡Como para no saberlo! Lo dejaste muy claro el mismo día que nos conocimos. Tan claro que no querías ni decirme tu nombre —se rio al recordar aquel día—. Te digo: «vale, no me conoces. Propongo que nos presentemos». Y tú me dices: «¿por qué tendríamos que hacerlo? No vivo aquí. Ni trabajo aquí y, además, me marcho mañana a primera hora». ¡Me lo soltaste tal cual y te quedaste tan ancha!

Chris vio su expresión teñida de asombro y diversión. Era como un quinceañero relatando sus andanzas del fin de semana. Acabó claudicando y también se echó a reír.

—Era la verdad —se defendió—. Al día siguiente me marché.

—Y poco después, regresaste y estás aquí.

—Pero *no soy de aquí*. Lo que te dije ese día sigue siendo válido.

La mirada de Ken se volvió tan tierna como sonó su voz al decir:

—Dónde vivas tú o dónde viva yo, no importa. Importa la vida que construyamos juntos. Todas las piezas seguirán encajando sin más. Igual que han encajado hasta ahora. Porque *existe una historia nuestra*, Chris. Por más loco o increíble que suene, es así y una parte de ti lo sabe. Pero la otra… Sigue necesitando razones lógicas para aceptarlo.

Chris se echó hacia atrás en su asiento. Bajó la vista porque ya no era capaz de sostenerle la mirada.

Ken era un prestigitador capaz de movilizar las emociones a su antojo; un minuto la tenía sonriendo como una adolescente loca de amor, al siguiente la hacía vibrar de emoción. Luego la impulsaba a huir despavorida y cuando creía que ya no podía experimentar nada más intenso, él entraba en su corazón y leía en voz alta lo que allí descubría como si lo hubiera hecho toda la vida. Como si conociera sus miedos, sus anhelos, sus sueños…

—No pasa nada, Chris, no te preocupes —continuó él con dulzura—. Tendrás todas las razones que necesites. Lógicas, ilógicas, descabelladas, de todas las clases… Todas las que quieras.

Sin darle tiempo a reaccionar, Ken cogió un *brownie* de la caja y después de darle un bocado, se lo tendió.

—Está buenísimo. Prueba.

Chris lo miró brevemente y tomó el pastelillo que él le ofrecía. Su pulso temblaba. En realidad, toda ella temblaba.

—Gracias —le dijo. Y no se refería solo al *brownie*.

Ken leyó entre líneas.

—De nada… —repuso en tono seductor—. Te cuento algo, ¿quieres?

—Depende. ¿Tendré que moverme? —Sonrió—. Lo digo porque he encontrado la postura perfecta.

—Es una noticia, tranquila… ¡No tendrás que salir corriendo al baño otra vez!

Los dos rieron. Las risas consiguieron el efecto deseado; ella empezó a relajarse otra vez. Y mientras daban cuenta de los dulces y las bebidas ya no tan calientes, él se dispuso a hablar de la gran noticia.

—Con un poco de suerte, los Bryan en pleno se trasladarán a vivir a Nashville. Pronto. Desde luego, mucho antes de lo que esperaba… Dios… No sé qué cara habré puesto esta tarde, cuando mi padre me lo dijo… —En realidad, sí que lo sabía; se le había hecho un nudo en la garganta—. Verás, es un ranchero enamorado de su tierra y de sus gentes.

—Un hombre de raíces y de tradiciones…

—Se le nota un montón, ¿a que sí? —concedió él con una sonrisa orgullosa—. Mis hermanos y yo siempre hemos tenido claro que en Springfield es donde quiere vivir y donde quiere morir… Lógicamente, saberlo no iba a evitar que intentáramos convencerlo de venir a Nashville, pero sabíamos que no iba a ser nada fácil lograrlo… Es más, contábamos con que probablemente no lo conseguiríamos… Por otro lado, siempre hemos sido una piña. Discutimos, como todas las familias, y si toca, nos tiramos los trastos a la cabeza, pero llevamos fatal estar separados… Nos echamos muchísimo de menos. Muchísimo, muchísimo…

—Qué dulce… —Chris había pasado de querer salir corriendo a estar completamente

inmersa en su relato. Inmersa y a gusto. Le encantaba oírlo hablar de las personas y de las cosas de su vida porque indefectiblemente su voz se teñía del amor y el orgullo que sentía por ellas, ofreciéndole una imagen de Ken muy distinta de la del músico famoso que todo el mundo conocía.

—*Soy* muy dulce —coqueteó él, pero enseguida continuó—: Y, por lo visto, esa ha resultado ser la baza ganadora. Mi padre ha dicho que basta de sufrir. Así que… ¡Redobles de tambores, por favor! ¡La montaña vendrá a Mahoma! ¿Y dónde está Mahoma, exactamente? Está en Nashville, es un paraíso terrenal y se llama *Mystic Oaks*…

Chris arrugó la frente. Aquel nombre le resultaba conocido, aunque no estaba segura de dónde lo había oído. Iba a preguntarle más sobre el tema, cuando al notar su gesto, él se le adelantó.

—¿Lo conoces?

—Mmm… Creo que no. Pero me suena familiar. A lo mejor, lo mencionan en alguno de los artículos que leí sobre ti…

Tal como Chris esperaba, una enorme sonrisa brilló en el rostro de Ken.

—¿Has estado leyendo sobre mí? —Ella asintió—. ¿Y lo admites? —Ella volvió a conceder con un movimiento de la cabeza— ¡Toma ya, esto mejora por segundos!

Chris disfrutó del momento tanto como él. Ken era igual de intenso para todo. Cuando sonreía o se reía, lo hacía con toda el alma. Repartía toneladas de buenas vibraciones kilómetros a la redonda. Era un espectáculo digno de ver.

—Fue amor a primera vista —continuó él con aquel tono superapasionado que empleaba cuando hablaba de algo que le tocaba la fibra—. Yo era un crío… Todavía no había cumplido los veinte y vivía de lo que ganaba actuando en bares o en las esquinas… Ese fin de semana, unos conocidos tenían un bolo en un pueblo vecino, me invitaron y me apunté. A la mañana siguiente, cuando regresábamos a la ciudad, el que conducía se hizo un lío con la ruta. Se metió por un camino de tierra, un camino privado, y acabamos en mitad de un campo… Estaba en flor, amapolas y margaritas hasta donde alcanzaba la vista… —movió el brazo extendido como si abarcara un espacio infinito—. Y al fondo, un bosque de robles centenarios. Majestuoso. Lo más imponente que he visto en mi vida… Si cerrabas los ojos podías oír la caricia del aire en las hojas, el sonido del agua corriendo en el arroyo… Mis colegas no paraban de despotricar por habernos perdido y yo… Te juro que miraba alrededor…

—Y no podías dejar de alucinar ante la belleza abrumadora de la naturaleza en estado salvaje —dijo ella. Él asintió enfáticamente—. A mí me pasaba igual en África.

Para un urbanita podía resultar una experiencia sobrecogedora al principio. Para ella misma, desde luego, lo había sido. Esa era otra razón por la que se sentía tan fuera de su elemento al regresar a la civilización; echaba en falta esas mismas cosas que Ken mencionaba. La calma, la intensidad de los colores, los sonidos de la naturaleza. Unos sonidos que se le habían metido tan dentro del alma que se sentía un poco huérfana sin ellos.

—Al final, apareció un guardés y nos mostró la forma de salir. Pero yo volví en cuanto pude sacar mi vetusto *Camaro* del taller… Y esa vez fui yo el que buscó al guardés… Quería saberlo todo de ese lugar que me había dejado sin palabras. Así me enteré de que la propiedad llevaba un par de años en desuso, pero no estaba abandonada ni a la venta. El típico caso de los padres rancheros que se jubilan sin herederos que quieran seguir con la tradición. Eran una familia numerosa, cuatro o cinco hermanos, creo. Pero estaban desperdigados por todo el país en distintas ocupaciones. Así que los padres conservaron el rancho, arrendaron la explotación a

terceros durante algunos años. Finalmente, dejaron de hacerlo y se mudaron a Colorado. Ese día decidí que *Mystic Oaks* sería mío, que yo sería el próximo propietario… Y eso que por entonces no tenía un centavo. Imagínate, en casa no sabían que a veces dormía en mi coche… —se rio con nostalgia de sus locuras de aquellas épocas—. Pasó el tiempo y ese día llegó. Después de casi dos años, al fin logré convencerlos de que me lo vendieran… Y luego vino la debacle y… —La sonrisa de Ken se desvaneció durante unos instantes. Enseguida volvió a brillar—. Es un paraíso, el sitio perfecto para vivir… Te va a encantar, ya lo verás.

—Seguro que sí —se descubrió diciendo ella.

Hubo un momento de silencio. Continuaron mirándose sin decir nada.

Ken fue el primero en romper el contacto visual. Lo hizo con la excusa de consultar la hora en su móvil. Y no precisamente porque quisiera irse. Todo lo contrario. Quería quedarse… Para siempre. Cada minuto que pasaba, estaba más convencido de que su lugar en el mundo estaba allí, junto a ella. Pero ya se había pasado de frenada una vez. No se arriesgaría a una segunda.

—Y como te prometí que solo me quedaría una hora, te lo sigo contando mañana. —Acto seguido se puso de pie ante la mirada sorprendida de Chris y le ofreció su mano para ayudarla a levantarse.

Ella la aceptó con gesto ceremonioso y los dos se dirigieron a la puerta.

Una vez allí, Chris lo miró risueña.

—Tengo que admitir que esto no me lo esperaba…

—Mujer de poca fe… ¿Entonces…, mañana a las siete y media?

Ella asintió con la cabeza.

—¿En el puesto de café del parque? —volvió a decir él.

Se miraron con picardía. Ella leyó en sus ojos un «¿no puede ser en privado, por favor? Venga, di que sí». Él leyó en los de ella un «no» rotundo que un instante después tuvo su confirmación en palabras:

—En el puesto de café del parque.

Los dos rieron con complicidad y fue en ese momento cuando Ken fue a por todas.

—¿A que esto tampoco te lo esperas? —la desafió. Y con esas, se inclinó. Pero en vez de besarla en la boca, se llevó su mano a los labios y depositó un pequeño beso sobre la palma. Luego, la miró a los ojos y murmuró—: Que descanses. Nos vemos mañana.

Chris no atinó a nada.

Se quedó viéndolo alejarse por el pasillo con el corazón palpitando de emoción y una revolución de mariposas en el estómago.

KEN SALUDÓ al conserje al pasar frente a la recepción y abandonó el aparthotel por la puerta principal. Salió al agradable aire nocturno y se tomó unos instantes para respirar a todo pulmón.

Sonreía. No podía dejar de hacerlo y era plenamente consciente de ello. El camino empezaba a despejarse ante sus ojos, dibujando una senda clara, libre de obstáculos. A cada paso que avanzaba, se despejaba más y más. Su carrera, su familia, sus planes a futuro… Era como si Alguien Allí Arriba hubiera decidido fabricar una fabulosa alineación planetaria especialmente para él y las cosas sucedieran sin más. Sin esfuerzo, sin la lucha denodada que había supuesto los últimos doce años.

Y para completar un cuadro perfecto, su vida sentimental empezaba a rodar lenta, pero segura. Chris confiaba en él. Empezaba a aceptar que entre los dos existía algo poderoso, aunque su mente no lo entendiera y, de a poco, también empezaba a dejarse llevar. Unos cuantos turnos de preguntas más y dejaría de estar en guardia. Se pertenecían, eran el uno para el otro. Su corazón ya lo había aceptado. Era su mente la que aún luchaba. Pero no sería por mucho tiempo más; su pragmatismo también acabaría claudicando ante una realidad que iba más allá de la razón.

En aquel momento, su móvil sonó indicando la recepción de un mensaje. Ken lo sacó del bolsillo trasero de sus vaqueros y abrió el mensaje.

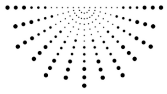
Su corazón se saltó un latido al leer:

«A las 7 am aquí. No te retrases. Tengo solo una hora.
He quedado con Dottie. El café lo pongo yo. Hasta mañana».

Y un instante después, se estremeció al comprender el verdadero significado de ese puñado de palabras.

Diosss… —pensó, envuelto en un suspiro—. *Van a ser los sesenta minutos más alucinantes de toda mi vida*.

EPÍLOGO



En la acera de enfrente, unos veinte metros antes de donde se encontraba la entrada principal del aparthotel, entre los vehículos aparcados, había un sedán negro con matrícula de Kentucky. Tenía las luces apagadas y la ventanilla del lado derecho del vehículo estaba abierta hasta abajo. En su interior, había solo un pasajero. Un afroamericano que, en ese momento, ocupaba el asiento del copiloto.

El hombre apartó la cámara fotográfica de su cara unos instantes y se quedó observando. Ken Bryan estaba mirando su móvil después de un buen rato de pie en mitad de la acera sin hacer nada. ¿Esperaba a alguien?

Entonces, vio que se ponía en movimiento y después de andar la corta distancia que lo separaba de su coche, rodeaba la furgoneta y subía al vehículo.

Volvió a enfocar el objetivo de la cámara y tomó varias fotos, asegurándose de que el rótulo del establecimiento aparecía en el encuadre.

Inesperadamente, el músico se apeó del coche y desanduvo el camino hacia el aparthotel, dándole apenas tiempo a disparar otra secuencia de fotos antes de desaparecer en el interior del edificio.

Eso se había salido de lo habitual. El hombre dejó la cámara en el asiento del conductor y marcó un número de teléfono.

—Estaba a punto de largarse, pero ha cambiado de idea. Ha vuelto con la chica. ¿Qué quiere que haga? —dijo cuando lo atendieron.

El silencio se prolongó lo bastante para que decidiera insistir.

—¿Hola…? ¿Me oye?

—*Espérelo. Y después, sígalo. Documente hasta el último detalle* —fue la respuesta.

—Entendido.

Formaba parte de un equipo que llevaba días vigilando a la estrella del country. Por lo visto, el tipo había cabreado a la persona equivocada y le estaban preparando un buen escarmiento.

El hombre volvió a dejar el móvil en el salpicadero y se arrellanó en el asiento. Intuía que la espera sería larga.

<<<<>>>>

FIN DE LA PRIMERA PARTE

¡Gracias por leerme!

Espero que hayas disfrutado de la primera parte de *Superstar* y que Chris y Ken te hayan dejado con muchísimas ganas de más ❤
Si es así, te animo a compartir tu valoración en mi web. Tu recomendación es muy, muy importante para que otras lectoras se animen a darle una oportunidad a mis novelas y, además, me encanta conocer tu opinión ¡y agradecértela!
Haz clic en el siguiente enlace: (y avanza hasta el final)
Cuéntame qué opinas de Superstar. Parte 1.

O escanea este código QR:



¡Un millón de gracias!

<<<<>>>>

¿Y ahora con qué seguir?

¡Con *Superstar*. Parte 2, por supuesto!

Ya puedes reservarla en preventa en este enlace.

<<<<>>>>

NOTA DE LA AUTORA

Cuando comienza *Superstar*, la prestigiosa organización sin ánimo de lucro OXFAM Internacional, llevaba apenas siete años operando. Por lo tanto, carecía aún de la vasta estructura que le atribuyo en esta historia. A pesar de que se trata de una obra de ficción, y que todos los sucesos y personas referidas en ella son producto de mi imaginación, me ha parecido oportuno señalar este hecho y dejar claro que me he tomado la licencia creativa de alterar la realidad para adecuarla a mi historia.

Patricia Sutherland
Madrid, mayo de 2024.

SOBRE LA AUTORA

NOVELAS ROMÁNTICAS DIFERENTES

Escribo historias en las que el amor es el ingrediente imprescindible y que siempre, siempre, tienen un final feliz. Se desarrollan en esta época porque me interesa mucho ahondar en cómo son las relaciones sentimentales hoy día y en cómo ha evolucionado el papel de la mujer, nuestro papel, en la sociedad actual. Por esta razón, los personajes femeninos tienen roles muy importantes en todas mis historias…

Y también por esta razón los personajes masculinos son de la clase que dejan huella, ya que les he encargado la ardua tarea de conquistar el corazón de mujeres independientes y fuertes, y la más ardua aún de mantener la llama encendida siempre.

La familia y los amigos también son una constante en mis novelas y esto explica, en parte, por qué escribo series. La única vez que me propuse publicar una novela independiente, las lectoras se enamoraron de su protagonista ¡y no pararon hasta convencerme de que le diera una secuela! El protagonista al que me refiero es Dakota y la novela en cuestión, *Princesa*, la primera entrega de la Serie Moteros.

Y porque escribo series, aunque cada novela es autoconclusiva en cuanto a la historia principal, entre todas dan forma a un universo muy particular en el que cada personaje cuenta, importa, y la cronología es fundamental. Si eres *fan* de las series, te sentirás como en casa. Y si no lo eres… Quizás empieces a serlo a partir de ahora ;)

Aquí encontrarás una lista actualizada de mis novelas publicadas en su correspondiente secuencia de lectura. También podrás suscribirte a mi boletín ***Románticas***, si lo deseas. Es mensual, es gratuito, incluye un regalo de bienvenida y es el único lugar donde comparto información sobre mis proyectos literarios mucho antes de que se conviertan en novelas publicadas ;)

Novelas de Patricia Sutherland
https://jeraromance.com/orden

O escanea este código QR:

¡Buenísima lectura y gracias por leerme!

OTRAS OBRAS DE PATRICIA SUTHERLAND

SERIE MOTEROS

Princesa. Serie Moteros # 1.

Harley R. Serie Moteros # 2.

Harley R. Entre-Historias. Serie Moteros #2.1.

Lola. Serie Moteros #3.

Lola. Entre-Historias. Serie Moteros # 4

Fire & Gasoline. Serie Moteros # 5

Fire & Gasoline Entre-Historias. Sire Moteros # 6

EXTRAS SERIE MOTEROS

Los moteros del MidWay, 1. Extras Serie Moteros # 1

Los moteros del MidWay, 2. Extras Serie Moteros # 2

Los moteros del MidWay, 3. Extras Serie Moteros # 3

Momentos Especiales – Dakota & Tess. Extras SM # 4

Momentos Especiales – Pau & Tina. Extras SM # 5

Momentos Especiales – Maverick & Shea. Extras SM # 6

Momentos Especiales – Dylan & Andy. Extras SM # 7

Momentos Especiales – Evel & Abby. Extras SM # 8

Momentos Especiales – Conor & Nikki. Extras SM # 9

Los moteros del MidWay, 4. Una Navidad muy especial. Londres. Extras SM # 10

Los moteros del MidWay, 5. Noticias inesperadas. Menorca. Extras SM # 11

Los moteros del MidWay, 6. Una locura maravillosa. Londres. Extras SM # 12

Momentos Especiales - La quedada. Extras SM # 13

Los moteros del MidWay, HEA. Happily Ever After. Extras SM # 14

SERIE SINTONÍAS

Volveré a ti. Serie Sintonías # 0.

Bombón. Serie Sintonías # 1.

Primer amor. Serie Sintonías # 2.

Amigos del alma. Serie Sintonías # 3.

Simplemente perfecto. Serie Sintonías # 3.1.

El último mejor lugar. (Título independiente).

El último mejor lugar – SECUENCIAS NUEVAS.

Table of Contents

Cubierta
Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Resumen
Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Epílogo
Nota de la autora
Sobre la autora
Otras Obras de Patricia Sutherland